«Una de las autoras de novela histórica con más talento de la actualidad».
—*Romance Review*

Seduciendo a Juliana

SERIE LA FAMILIA CHASE

Autora bestseller del *New York Times*

LAUREN ROYAL

SEDUCIENDO A JULIANA

VICTORIA HORRILLO

Traducido por

VICTORIA HORRILLO

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44

Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60

Nota de la autora
Un extracto del siguiente libro de Lauren
Agradecimientos
Sobre Lauren Royal
Otros títulos de Lauren Royal

1

Hospital de Expósitos, Londres
Sábado, 8 de junio de 1816

LA FAMILIA DE LADY JULIANA Chase solía a acusarla de andar siempre metiéndose en líos. De meter la nariz donde no la llamaban. De exagerar —cuando no de inventar— los problemas, las penas y las miserias de los demás.

Ella, no obstante, habría jurado que aquello era lo más triste que había visto en toda su vida.

Estaba contemplando el patio del Hospital de Expósitos desde la ventana de la galería de cuadros, en el piso de arriba. Allá abajo, dispuestas en seis filas bien ordenadas, más de un centenar de niñas hacían gimnasia con la resignación pintada en el semblante. En sus veintidós años de vida, Juliana no recordaba haber sentido nunca una tristeza semejante.

—William Hogarth era un genio.

Se apartó de la ventana con un suspiro y vio a su hermana pequeña escudriñando los cuadros que colgaban de las paredes de color verde pálido de la galería.

—Creía que preferías a los maestros holandeses.

—Y los prefiero —respondió Corinna—. Pero fíjate en los personajes de este cuadro.

El cuadro se titulaba *La marcha de los guardias hacia Finchley* y las personas representadas en él eran, en efecto, personajes. Abundaban el humor, el desorden y el alboroto.

—El tamborilero parece estar pasándoselo en grande —comentó Juliana al volverse para mirar de nuevo por la ventana.

El cuadro contrastaba vivamente con las figuras de fuera.

La señorita Emily Neville, la vecina de ocho años de Juliana, también miraba por el cristal, a su lado.

—Esas niñas no parecen estar enfermas, así que ¿por qué están en el hospital?

—«Hospital» es una palabra muy antigua que originalmente significaba «casa de huéspedes» —explicó muy seria la señorita Strickland, la mujer semejante a un hacha de guerra que se encargaba de enseñar el orfanato a las visitas—. Es una institución benéfica para niños cuyas madres no pueden hacerse cargo de ellos.

—Mi madre murió. —Sin dejar de mirar afuera, Emily levantó distraídamente la mano y acarició a la esbelta serpiente de color verde oliva que descansaba sobre sus hombros—. ¿Puedo jugar con las niñas?

Las niñas, de entre cinco y catorce años, llevaban todas el mismo corte de pelo e idénticos delantales de lino crudo encima de un vestido de sarga marrón. Juliana pasó las palmas de las manos por su suave falda amarilla.

—Me temo que se asustarían de tu serpiente.

—Además, no están jugando. —La señorita Strickland cruzó los brazos sobre su amplio pecho—. Están haciendo ejercicio. El ejercicio al aire libre es imprescindible para una buena salud. Y en todo caso usted no podría jugar con ellas, jovencita, con ese horrible bicho o sin él.

—Herman no es horrible —repuso Emily, dándole la mano a Juliana—. Solo es una culebra de collar normal y corriente. ¿No se ve por las rayas negras que tiene a los lados y por la franja amarilla de detrás de la cabeza? Es completamente inofensiva, se lo aseguro.

Juliana disimuló una sonrisa. Vaya, qué vocabulario para una niña de ocho años... Emily era muy elocuente, desde luego.

Pero llevar encima una serpiente no estaba bien visto.

Emily era su último proyecto, y Juliana estaba segura —absolutamente convencida— de que con un poco de paciencia convertiría a la niña en una perfecta señorita. Después de salir unas cuantas veces más con Herman, sin duda comprendería que la culebra no era bienvenida en público.

Apretó la mano de la pequeña y se volvió hacia la señorita Strickland.

—¿Las niñas juegan alguna vez?

—Por supuesto que sí —respondió la señorita Strickland—. Una hora todos los domingos. —Como si de repente se acordara de sus obligaciones, que consistían fundamentalmente en fomentar las donaciones, tensó los labios en una sonrisa muy forzada—. ¿Están disfrutando de su visita a la galería?

—Mucho. —Corinna se acercó al siguiente cuadro—. George Lambert —musitó. Había sido ella, que también era pintora, quien había propuesto aquella visita a la pinacoteca del Hospital de Expósitos—. Qué escena tan bonita.

El cuadro del señor Lambert era, en efecto, muy bonito, pero Juliana no podía detenerse mucho tiempo a contemplar a gente pintada habiendo personas reales —niños desfavorecidos— en los que pensar.

—¿Qué hacen los expósitos todo el día, si no juegan? —preguntó.

La señorita Strickland cuadró los hombros y empezó a recitar de memoria:

—Se levantan a las seis y se preparan para la jornada, las niñas mayores visten a los más pequeños, y los niños bombean agua y cosas así. A las siete y media desayunan y a las ocho y media empiezan las clases. A la una en punto comen y a las dos vuelven a la escuela, hasta que anochece. —Hizo una pausa para tomar aire—. Después de la cena, los que no tienen trabajo en los edificios aprenden a cantar los himnos y cantos de los expósitos, y el catecismo. A las ocho se van a la cama.

Vaya vida... Al pensar en sus días y sus noches llenos de fiestas, compras y bailes, Juliana sintió un nudo en la garganta y tuvo que tragar saliva. Con todo, los niños parecían sanos y bien abrigados y alimentados, lo que seguramente no podía decirse de gran parte de los niños de Londres.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar? —preguntó.

—Por supuesto, milady. Para nosotros siempre es una alegría recibir donaciones monetarias.

Juliana sabía que ese era uno de los fines de la galería. Los artistas más afamados donaban cuadros y esculturas, lo que no solo les permitía consolidar su posición social mediante actos de caridad que se hacían públicos, sino que además garantizaba que sus obras estuvieran a la vista de los aristócratas ricos, o sea, del tipo de personas que podían encargar obras de arte y dejarse persuadir para convertirse en gobernadores del hospital.

Era un arreglo de lo más satisfactorio para todos. Pero, por desgracia, de momento Juliana no

tenía posibilidad de convertirse en gobernadora del hospital. Si bien era cierto que su difunto padre le había dejado una dote considerable y no se hallaba en la miseria, sino todo lo contrario, por ser una mujer soltera carecía de dinero propio, aparte de la pequeña asignación que le daba su hermano Griffin.

—No puedo donar una cantidad importante —dijo en tono de disculpa.

La señorita Strickland la miró con incredulidad desde lo alto de su nariz afilada como un cuchillo y recorrió con la vista su elegante vestido.

—No puedo —repitió Juliana—, pero me gustaría hacer algo. —Podía pedirle a Griffin que hiciera una donación, por supuesto, y lo haría, pero también quería hacer algo por sí misma—. Quizá podría confeccionar ropa para los niños.

Seguro que con su asignación le alcanzaría para comprar tela.

—Los niños no necesitan ropa. Llevan uniforme, como puede ver.

Juliana había visto a los niños almorzando en el comedor, todos con camisas blancas de lino y trajes de corte militar hechos con la misma sarga marrón que los vestidos de las niñas.

—Pero alguien tiene que hacer los uniformes.

—Las niñas los hacen y los remiendan durante sus clases de costura.

—Entonces quizá pueda hacer golosinas —sugirió Juliana—. Las mujeres de mi familia tenemos bastante fama por nuestros dulces.

—Los niños gozan de una dieta sencilla y saludable. No se permiten los dulces, salvo en ocasiones muy especiales. Sin embargo, la comida supone una parte muy importante del presupuesto del hospital, por lo que le quedaríamos muy agradecido si hiciera una donación pecuniaria. —Antes de que Juliana pudiera repetir que no tenía dinero que donar, la señorita Strickland añadió—: Hoy es día de recepción. Quizá ver a algunos de nuestros bebés le haga cambiar de opinión.

Juliana sabía que no había nada que pudiera hacerla cambiar de opinión, pero le encantaban los bebés y estaba deseando tener uno propio.

—Nos encantaría verlos —dijo, llevando a Emily hacia la puerta.

—Yo no he terminado de ver la galería —dijo Corinna mientras se acercaba al siguiente cuadro.

El hacha de guerra le lanzó una mirada calculadora.

—Bueno, entonces quizá pueda quedarse con esa horrible culebra.

—¡Herman no es horrible! —Emily soltó la mano de Juliana—. Si Herman se queda, yo también me quedo. —Se acercó a Corinna y la agarró de la mano—. Hay un bebé aquí mismo, en este cuadro.

La cabeza morena de Corinna hizo un gesto afirmativo.

—Es la *Adoración de los Magos* de Andrea Casali.

Juliana nunca entendería que alguien pudiera quedarse tanto tiempo mirando un cuadro. En su opinión, con dos minutos era más que suficiente. Claro que a ella siempre le había interesado más la gente que las cosas.

—¿Qué es el día de recepción? —preguntó al salir de la galería siguiendo al hacha de guerra.

La señorita Strickland la condujo por un pasillo.

—El segundo sábado de cada mes, se invita a madres a traer a sus bebés para su posible admisión.

—¿Posible?

—Deben cumplir unos requisitos muy concretos. El candidato ha de tener menos de doce meses, ser el primer hijo de la madre y estar sano, para que no haya riesgo de que contagie a

otros niños. Además, aunque solo admitimos hijos ilegítimos, la madre debe demostrar su buena disposición. Otro objetivo del hospital, aunque sea secundario, es el facilitar que la madre pueda redimirse, trabajar y llevar una vida honrada. Algunos niños son fruto de una violación, pero la mayoría de las solicitudes que recibimos proceden de mujeres que afirman haber sido seducidas con promesas de matrimonio y abandonadas después, al quedar encinta. En tales casos, muchas madres solo pueden evitar la deshonra y encontrar empleo si no tienen que ocuparse del niño.

—Por desgracia, así es —dijo Juliana, y se le encogió el corazón al pensar en esas mujeres que se veían obligadas a abandonar a sus bebés.

La señorita Strickland abrió una puerta.

—La Sala del Comité —murmuró.

Y entonces a Juliana se le partió el corazón en dos.

Dentro de la elegante sala, una fila de madres jóvenes agarraban con fuerza a sus bebés, con una expresión en la que se mezclaban la angustia y la esperanza. Sus sencillos mantos y delantales contrastaban con los vestidos de seda de varias damas de alcurnia que, por ser gobernadoras del hospital, habían acudido a presenciar el espectáculo.

¡Y menudo espectáculo!

Mientras Juliana observaba la escena, una joven fue invitada a adelantarse y un hombre bien vestido le tendió una bolsa de tela. Cambiando de postura a su bebé, que no paraba de lloriquear, la muchacha metió una mano temblorosa en la bolsa y sacó una bolita roja. Tragó saliva y, apretando la bola en el puño, se acercó a un grupito de madres que se apiñaban a un lado de la sala con sus bebés.

Juliana se apartó del hacha de guerra y se acercó a las demás espectadoras.

—¿Para qué es la bolita? —preguntó en voz baja.

Una mujer alta, de mediana edad, respondió en tono amable:

—Es un sistema de sorteo. Estas madres ya han sido examinadas y se las ha considerado aceptables, pero la Junta de gobierno solo acepta a diez niños cada vez, y hay muchas más madres que cumplen los requisitos y desean un plaza para sus hijos. El sorteo es el método más justo para asignar las plazas.

Mientras terminaba su explicación, otra joven sacó una bola, negra esta vez. La dejó caer al suelo y rompió a llorar mientras salía corriendo de la sala, llevándose consigo a su bebé.

—¿La bola negra es mala? —preguntó Juliana.

—Las madres que sacan una bola negra deben abandonar inmediatamente el hospital. Sacar una bola blanca significa que el bebé será examinado y admitido, si está sano. Las madres que sacan una bola roja pueden esperar para ver si se deniega la admisión a algún bebé, en cuyo caso se les da una segunda oportunidad de entrar en el sorteo.

¡Qué angustiosa lotería! Juliana vio a dos madres más que sacaban bolas negras y a una tercera que, por suerte para ella, sacaba una blanca.

—¿Cuántas madres esperan plaza hoy?

—Unas cien, lo normal.

Y solo se admitiría a diez bebés... La afortunada que había sacado la bola blanca fue conducida a un rincón, donde un médico esperaba para examinar a su bebé, una niña, a juzgar por la cinta torcida que llevaba atada en el escaso y fino cabello.

Durante el breve examen, otras doce madres sacaron bolas de la bolsa: nueve negras; una roja y dos blancas. Las dos últimas se pusieron locas de contento. Cuando el médico declaró que el primer bebé estaba sano, las madres con bolas rojas que esperaban se desanimaron visiblemente y apretaron a sus hijos con más fuerza. A la madre afortunada —si se la podía llamar así— se le

entregó un documento numerado que certificaba que el hospital había admitido a su bebé, y a la pequeña le pusieron alrededor del cuello una cadena con una chapita de plomo con el número correspondiente.

Juliana sintió una opresión en el pecho al ver la lacrimógena despedida. La madre besó a su hija una y otra vez antes de entregársela con pesar a una empleada del hospital.

—¿Le dan ese papel para que pueda reclamar a su hija más adelante?

—En parte, sí. A los bebés se les bautiza con nombres que elige el hospital. Nunca se les dice la identidad de su madre, y la madre no sabe el nuevo nombre de su hijo. Pero si posteriormente consigue convencer a la Junta de gobierno de que se ha reformado y de que sus circunstancias han mejorado, el papel y el número del colgante sirven para que se le devuelva a su hijo.

—Pero ha dicho usted «en parte» —insistió Juliana.

La mujer suspiró.

—La verdad es que pasa muy pocas veces. Es mucho más probable que la madre utilice el papel para defenderse. Si la acusan de haberse deshecho del bebé matándolo, el certificado puede salvarla de la horca.

—Santo cielo. —Ninguna de aquellas jóvenes parecía una asesina. Solo eran mujeres en circunstancias trágicas—. No he visto ningún bebé ni en el edificio de las chicas ni en el de los chicos. ¿Están en un lugar aparte?

—Los bebés no viven en el hospital. Los bautizarán mañana, en el oficio dominical, y el lunes los llevarán a casa de distintas nodrizas en el campo. Las nodrizas reciben un salario mensual y se quedan con los niños hasta que cumplen cinco años aproximadamente. Después, vienen a vivir aquí.

Juliana observó cómo se llevaban a la niña.

—¿Alguien se asegura de que los bebés estén bien cuidados?

—Oh, sí. Las inspectoras van de visita cada cierto tiempo. Se encargan de pagar el salario de la nodriza y los gastos médicos del pequeño, y de comprar ropa…

—¿De comprar ropa?

—Sí, ropa de bebé. Se envía a los bebés a casa de sus nuevas «madres» con vestidos, gorros, gasas, abrigos y mantas...

—¿La ropa de los bebés no la hacen las niñas en clases de costura?

—No, no son uniformes…

—¡Entonces puedo proporcionársela yo!

—¿Cómo dice?

—Puedo hacerla yo. Puedo confeccionar ropa de bebé y donarla al hospital.

La amable señora la miró pestañeando.

—No sé. No creo que nadie done nada, aparte de dinero.

Juliana vio que otra madre sacaba una bola roja y que, temblando y con su bebé en brazos, iba a reunirse con el grupito de las esperanzadas. Se imaginó teniendo que desear que el hijo de otra mujer estuviera enfermo para que su propio hijo pudiera llevar una vida decente. O al menos intentó imaginárselo, porque la sola idea le parecía desgarradora.

Se volvió hacia la gobernadora que estaba a su lado.

—El hecho de que el hospital no haya aceptado donaciones de otro tipo en el pasado no significa que no pueda hacerlo en el futuro. —Quizá, si alguien les proporcionaba ropa de bebé, quedarían fondos suficientes para que la Junta de gobierno aceptara uno o dos niños más. No iba a permitir que la rechazaran—. Para todo hay una primera vez, ¿no?

2

Pasteles De Especias

Se miden tres cucharadas de harina y se les añade una cucharada de levadura de cerveza, varios clavos machacados, macis y una medida generosa de canela. Se añade media libra de mantequilla dulce y una buena cantidad de azúcar y se mezcla todo bien. Se añaden tres huevos y se trabaja la masa hasta que esté bien consistente, se le agrega entonces un poco de agua de rosas fría y se amasa bien. Se vuelve a amasar, se corta en pedazos y se cuecen los pasteles en el horno bien caliente.

He oído decir que, si te comes uno de estos antes de una velada en la que es probable que conozcas a hombres casaderos, su sabor picante te despeja la cabeza y te permite elegir con buen tino. Esto, sin embargo, no funcionó cuando los hice para mi hija. En cualquier caso, están deliciosos.

—Amethyst, condesa de Greystone, 1690

—¿C**UÁNTA ROPITA** de bebé tienes que hacer?

—Mucha. —Esa tarde, a primera hora, en su habitación de la casa familiar de los Chase en Berkeley Square, Juliana dejó su botecito de bálsamo labial y cogió la lista que le había dado la Junta de gobierno—. Tres batitas, tres gorros, tres camisones, un manto, un abrigo, una enagua, dos mantas y diez gasas para pañales. Todo eso por cada niño. Y son diez.

Emily mordió uno de los pasteles de especias que había horneado con Juliana tras regresar del Hospital de Expósitos.

—Entonces, ¿tienes que hacer treinta batitas?

—Sí. —La niña no solo era elocuente; también se le daba bien la aritmética—. Y treinta gorros, treinta camisones, diez mantos, diez abrigos, diez enaguas, veinte mantas y cien gasas. Todo en el plazo de un mes, antes del próximo día de recepción.

Juliana dejó la lista sobre el tocador. Del revés, para que dejara de inquietarla. ¿En qué se había metido? Se había entusiasmado cuando la Junta de gobierno había aceptado su ofrecimiento de proporcionar ropa para la siguiente tanda de bebés, hasta que se había dado cuenta de la cantidad de ropa que eso suponía.

No le preocupaba el coste de los tejidos, porque estaba segura de que podía convencer a Griffin para que pagara lo que no pudiera comprar con su asignación. Pero la sola idea de confeccionar tantas prendas resultaba abrumadora.

—Me ayudarás, ¿verdad?

Emily frunció el ceño.

—No se me da muy bien coser.

—Puedes hacer el dobladillo de las mantas y las gasas. No es muy difícil y así practicarás. —Estiró la mano por encima de la serpiente para quitarle a la niña unas migajas de la boca—. Voy a invitar a mis hermanas a que me ayuden. Haremos una fiesta de costura. Será divertido trabajar juntas. —Mojó un dedo en el bálsamo labial—. Pero creo que tendrás que dejar a Herman en casa.

—Ya te he dicho que no es peligroso.

—Que lo sea o no carece de importancia en este caso —le dijo a la niña, mirándola por el espejo del tocador mientras se aplicaba bálsamo en los labios—. Las señoritas no llevan serpientes encima.

Emily levantó su delicada barbilla.

—Yo sí. —Se ajustó el largo reptil verde oliva alrededor del cuello para poder comerse otro pastel de especias—. ¿Para qué decías que servían estos pasteles?

—Para ayudarme a elegir marido sabiamente.

—Todos los caballeros querrán casarse contigo. Está usted preciosa esta noche, lady Juliana. Aunque, claro, tú siempre estás preciosa —añadió Emily con un suspiro melancólico.

Juliana cogió un bote de colorete.

—Tú serás preciosa cuando tengas mi edad.

Era cierto. Dejando a un lado su desafortunado apego por el reptil, la niña era un dechado de feminidad. Siempre vestía de rosa. Su melena rubia y sus grandes y luminosos ojos grises prometían mucho, y era alta para su edad. Como Juliana era muy menuda, la niña ya casi la había alcanzado.

—Estoy segura de que tendrás mucho éxito si te deshaces de la serpiente —le aseguró.

—Mamá y yo encontramos a Herman cuando era un bebé en nuestro jardín —le contó Emily por enésima vez—. Mamá me dijo que podía quedármelo y verlo crecer.

Hacía cuatro años que su madre había muerto. Juliana, que también había perdido a su madre tres años antes —aunque, por suerte, a los diecinueve años, no a los cuatro—, se compadecía de la pequeña.

—Tu madre lo entendería —le dijo con ternura—. Creo que no tenía intención de que te quedaras con Herman tanto tiempo. Estoy segura de que no sabía que esa cría de culebra tan pequeñita llegaría a medir tres pies de largo, y no me cabe duda de que no tenía la costumbre de llevarla encima a todas partes. Te aseguro que ahora mismo te está mirando, esperando a que crezcas y dejes de llevar a toda partes a ese bicho que horroriza a los demás.

—Herman no es ningún bicho. Es una mascota.

—Un gatito adorable es una mascota. Un perro travieso, también. Pero una serpiente, no.

—¿Ya estás lista? —Corinna apareció en la puerta y frunció el ceño—. Una Dama Distinguida no aconseja llevar colorete.

Juliana miró involuntariamente un libro que descansaba sobre su mesilla de noche: *El espejo de las Gracias*, de Una Dama Distinguida. Su hermano les había regalado un ejemplar a cada una con la esperanza de que aprendieran a comportarse y encontraran marido lo antes posible.

—Esa mujer es una cretina —dijo Juliana, y, para enfatizar su opinión, se puso más colorete

antes de levantarse—. Sí, estoy lista. Cómete un pastel de especias mientras llevo a Emily a casa.

Corinna cogió uno.

—Tía Frances está esperando en el carruaje. Ya sabes que detesta llegar tarde a los bailes.

—Tía Frances detesta llegar tarde a cualquier sitio.

A la tía Frances todo le parecía mal, pero no por ello dejaba de ser una señora entrañable, y era muy amable por haberse prestado a hacerles de madrina y acompañante durante la temporada, de modo que Juliana no se quejó. Cogió a Emily de la mano y la llevó abajo, seguida por Corinna.

Estaba lloviendo —ese verano parecía llover todos los días—, pero tardaron solo un momento en llegar a la puerta de al lado y depositar a Emily sana y salva en la casa que compartía solo con su padre y unos cuantos criados ya entrados en años. Emily tenía dos hermanos mayores, fruto de dos matrimonios anteriores, pero uno estaba casado y el otro pasaba la mayor parte del año en Cambridge.

El demacrado mayordomo, un hombre que debía de tener ochenta años, abrió la puerta en cuanto llegaron.

Emily entró.

—¿Cuándo volveré a verla, lady Juliana?

¿Quién podía resistirse a aquel rostro adorable y suplicante, aunque estuviera rodeado por una serpiente?

—El lunes —le prometió a la pequeña. La lluvia repiqueteaba en su sombrilla y se acumulaba a sus pies—. Estoy segura de que tu padre querrá pasar el día contigo mañana, pero el lunes iremos las dos de tiendas a elegir tela para la ropa de los bebés.

—¿Lady Corinna vendrá también?

—Creo que preferirá quedarse pintando. —Corinna siempre prefería quedarse pintando; para ella, el colmo de la felicidad era llenar sus días de color, óleos y trementina—. Hasta el lunes —prometió Juliana con suavidad, y se dirigió al carruaje bajo la lluvia.

Dentro esperaban Corinna y la tía Frances. Los ojos azules oscuros de ambas tenían una mirada impaciente. El parecido acababa ahí, sin embargo. Los ojos de la tía Frances miraban desde detrás de unas gafas redondas, en un rostro rodeado de nubes de suave pelo gris (prematuramente gris, puesto que aún no había cumplido los cincuenta). Corinna tenía el pelo castaño y ondulado y la tez tan fresca como solo puede tenerla una mujer de veintiún años. No necesitaba cosmético alguno.

Juliana, en cambio, creía necesitar toda la ayuda posible. Debido a circunstancias que escapaban a su control (o séase, a varias muertes sucesivas en la familia, que la habían mantenido de luto durante años), aquella era su primera temporada. ¡Con veintidós años! Ya había transcurrido más de la mitad de la temporada y aún no había conocido a ningún hombre que despertara su interés.

Y no porque su hermano no hubiera hecho todo lo posible por encontrar alguno.

Griffin ya estaba allí cuando llegaron al baile, examinando el plantel de hombres de aquella velada. Por desgracia, a esas alturas de la temporada Juliana ya conocía a casi todo el mundo. La alta sociedad comprendía a toda la gente de importancia, pero a fin de cuentas era un grupo bastante reducido. Aun así, Griffin le había conseguido candidatos para los tres primeros bailes y seguía buscando más.

Su hermano no escatimaba esfuerzos para intentar casarla. Juliana no estaba segura de que ello la agradara, pero sabía que Griffin tenía buena intención y, como le gustaba bailar, bailó dócilmente con los tres hombres, y sonrió y charló con amabilidad, a pesar de que no eran ni de

lejos lo que ella estaba buscando.

Lord Henderson era demasiado alto. Lord Barkely, demasiado moreno. Y el señor Farringdon era amable pero un poco soso; eso por no hablar de que tenía un tic de lo más molesto. Apenas podía apartar los ojos del movimiento espasmódico de su mejilla.

Los pasteles de especias no la ayudarían a elegir sabiamente, pensó con un suspiro, si ningún hombre interesante se dignaba asistir al baile.

3

JAMES TREVOR, conde de Stafford, llevaba años sin asistir a un baile. Y tampoco ardía en deseos de asistir a este. Sin embargo, dado que le gustaba buscar siempre el lado bueno de las cosas, había decidido considerar la velada como una oportunidad para retomar antiguas amistades. Griffin Chase, el marqués de Cainewood, era una de ellas.

Pero su viejo camarada no parecía muy contento.

—¿A quién miras con esa cara de enfado, Cainewood?

—A mi hermana. —Cainewood frunció más aún el ceño—. No está bailando.

La mirada de James siguió la del marqués a través del salón de baile y fue a posarse en una criatura que parecía un delicado duendecillo. Levantó su monóculo y miró a través de él.

—¿Esa cosita de pelo rubio?

—¿La que va de amarillo? Sí, esa es Juliana, perdiendo un tiempo precioso.

—Está conversando con otra mujer.

—Con otra de mis hermanas. Pero se supone que Juliana está aquí para conocer a hombres. Me desespera, no sé si lograré encontrarle marido alguna vez.

—Ah. —James soltó el monóculo, lo dejó colgar de su larga cadena de plata y se centró en Cainewood, del que había sido amigo íntimo durante sus tiempos en Oxford. Hacía años que no lo veía y nunca había coincidido con su familia, pero pese a todo sentía que aún lo conocía bien. No pudo evitar sonreír al ver la consternación de su antiguo compañero.

—Juliana tiene veintidós años —añadió Cainewood como si eso lo explicara todo.

—No parece una edad provecta. —James tenía veintinueve.

—Después de casarla a ella, tendré que casar a Corinna. —Cainewood señaló a su otra hermana, una bonita muchacha de cabello castaño, largo y ondulado—. Confiaba en encontrarles marido a las dos esta temporada, pero Juliana no está poniendo nada de su parte. Y, por desgracia, creo que ya conoce a todo el mundo aquí, excepto a... —Sus ojos verdes se posaron en James—. A ti, quizás.

—¿A mí?

—Sí, a ti —dijo Cainewood con esa sonrisa fácil que había conquistado a tantas mujeres en sus años de estudiantes—. ¿Me permitirás al menos que te presente a Juliana? Ahora eres conde, ¿no? Un conde necesitado de esposa.

«Un conde necesitado de esposa», exactamente las mismas palabras que había empleado la madre de James para describirlo esa tarde, cuando casi lo había llevado a rastras del carruaje a aquella casa.

Pero aunque hacía ya casi tres años que había heredado el título, aún le costaba verse a sí mismo como conde, y mucho más como «un conde necesitado de esposa».

James, segundogénito de una familia muy unida, nunca había pensado que llegaría a ser conde de Stafford. Ese era el porvenir de su hermano mayor, no el suyo. Al acabar la universidad, su padre le había comprado un puesto en el ejército. Nunca le había importado convertirse en oficial. Era lo que se esperaba de él. No le atraía la vida eclesiástica y muchos de sus amigos —Cainewood entre ellos— habían ingresado en las filas del ejército. Sin embargo, pasados menos de dos años, resultó herido y le mandaron de vuelta a casa.

Al recordar aquellos tiempos, cambió de postura y flexionó la rodilla izquierda, que siempre le dolía cuando el tiempo era frío y húmedo, como ese verano en Londres. En días como aquel todavía caminaba con una leve cojera, pero aun así les estaba profundamente agradecido a los cirujanos del ejército por haberle salvado la pierna en lugar de amputársela. Tan agradecido estaba que, al verse obligado a buscar otra ocupación tras su convalecencia, se había hecho médico. Al poco de salir de la facultad de medicina, se había dado cuenta de que al fin había encontrado su verdadera vocación. Durante los años posteriores a su regreso a Inglaterra, James se había sentido plenamente satisfecho con el oficio que había elegido y con su vida, especialmente después de enamorarse y casarse.

Luego todo se vino abajo.

Primero murió su hermano y la vida de James dio vuelco cuando cobró conciencia de que algún día sería conde. No quería serlo, le gustaba ser médico. Le gustaba ayudar a la gente y sentir que lo que hacía era importante para cambiar el curso de las cosas. Cada día era único y estimulante, y siempre había éxitos que equilibraban las decepciones. Comparado con eso, administrar un condado le parecía una tarea sumamente tediosa e ingrata.

Después, cuando aún estaba intentado asimilar la muerte de su hermano, el corazón de su padre se paró y, de repente, se encontró siendo conde, quisiera él o no.

Los primeros meses transcurrieron en medio de un torbellino turbio y doloroso, pero su joven esposa le ayudó a superar aquellos días y semanas, hasta que una mañana, al despertar, James se dio cuenta de que era feliz. Quizás se sintiera un poco culpable —después de todo, seguía llorando a su hermano y a su padre—, pero, en resumidas cuentas, era feliz. Descubrió que le gustaba ocupar un escaño en la Cámara de los Lores —era otra oportunidad de lograr cambios efectivos— y que administrar el condado no era una tarea tan ingrata como creía. Además, su esposa le convenció de que podía ser médico además de conde a pesar de la estrechez de miras de la alta sociedad y ayudar a más gente que nunca ahora que no necesitaba los ingresos que le reportaba su profesión.

Sirviéndose de la inmensa fortuna que había heredado, abrió una clínica en Londres donde se vacunaba contra la viruela a niños cuyas familias eran demasiado pobres para pagar a un médico, una empresa muy querida para él. La vida volvía a sonreírle. Y su esposa y él esperaban un bebé, su primer hijo.

¿Qué hombre no habría sido feliz en esas circunstancias?

Entonces su esposa murió en el parto y el bebé, nacido prematuro, murió con ella. Ningún médico, incluido él, puedo hacer nada para cambiar el curso de los acontecimientos. Y James se preguntó entonces si alguna vez volvería a ser feliz.

Ahora, dos años después, seguía preguntándoselo, pero su madre le presionaba para que volviera a casarse y tuviera herederos y, aunque no esperaba volver a encontrar la felicidad o el amor, pensaba que al menos podía considerar la posibilidad de hacerla feliz a ella. Después de todo, era una madre buena y cariñosa, y tal vez estar casado, aunque no amara a su esposa, aliviaría en parte la soledad que había sufrido esos dos últimos años. Por eso se había dejado arrastrar a aquel baile. Y ahora se veía obligado a sonreír y a responder a Cainewood.

—Sí, soy conde. Y me encantaría conocer a tu hermana.

Sin perder un instante, su amigo lo condujo resueltamente por el salón y le presentó a sus dos hermanas. Al inclinarse para besar la mano de lady Juliana, James se descubrió mirando unos ojos danzarines y llenos de vida. Dado que se creía inmune a los encantos de la hermana de Cainewood, se quedó sorprendido. O, mejor dicho, anonadado.

Aquello le parecía mal, en cierto modo.

Pero la hermana de Cainewood era muy bonita y él no parecía capaz de apartar la mirada de aquellos ojos. Eran verdes. No, azules. No lograba decidirse, porque parecían cambiar de color mientras los miraba.

—¿Me haría el honor de concederme un baile? —preguntó desconcertado.

—Con mucho gusto —le aseguró ella.

No había bailado desde que murió su mujer. Se preguntaba si recordaría cómo se hacía. Pero estaba sonando un vals y lady Juliana pareció derretirse en sus brazos.

Sí se acordaba.

—¿De qué color son sus ojos? —le preguntó.

Ella se rio: un sonido alegre como el de un cascabel.

—Pardos. ¿Por qué?

—No sabría decirle. Al principio parecían verdes, pero ahora parecen azules.

—Pues son pardos —repitió Juliana, deseando que dejara de mirarlos. Parecía casi como si pudiera ver a través de ellos, como si pudiera ver el interior de su cabeza. Vislumbrar su alma. Y resultaba inquietante, por más que ella no tuviera nada que ocultar.

Desvió los ojos y los posó en su hermana casada. Alexandra había ido a la ciudad a pasar la temporada mientras su flamante marido ocupaba su escaño en la Cámara de los Lores. ¡Qué felices parecían bailando juntos! Los ojos oscuros de Alexandra clavados en la firme mirada gris de Tristan… Su camino hacia el amor había sido escabroso, pero estaban destinados a estar juntos desde el principio, y Juliana siempre lo había sabido, por supuesto.

¡Ojalá ella encontrara un amor así!

Sintiendo aún la mirada de lord Stafford fija en ella, cambió de postura entre sus brazos y lo miró a los ojos, retándole mentalmente a que apartara la mirada. No lo hizo. Sus ojos eran de un marrón oscuro y cálido que le recordaba al chocolate. Le encantaba el chocolate. Pero tenía que levantar la vista para ver aquellos ojos. Tenía que levantarla muchísimo.

Podía darle tortícolis bailando con un hombre así de alto.

—No le he visto en ningún otro baile —comentó—. Debe de tomarse muy en serio su labor en el Parlamento.

Las comisuras de aquellos ojos cálidos se arrugaron cuando sonrió.

—Eso y mi profesión.

—¿Su profesión?

—Soy médico.

—Creía que era conde —repuso ella.

Él alzó una de sus cejas morenas.

—¿No puedo ser ambas cosas?

—Claro que sí —se apresuró a responder Juliana, aunque nunca había oído hablar de un conde médico—. ¿A qué se dedica exactamente? ¿Tiene muchos pacientes?

—Bastantes, aunque no acepto ninguno nuevo. Paso la mayor parte del tiempo en mi clínica, el Instituto Nueva Esperanza.

—Nueva Esperanza —repitió ella pensativa—. Me suena el nombre. ¿Tiene que ver con la

viruela?

—Proporciono vacunas, sí. A quien quiera ponérselas, independientemente de que pueda pagar o no.

—Parece un trabajo muy importante —admitió Juliana.

Era un hombre fuera de lo común. Y un excelente bailarín, además. Había notado que cojeaba un poco al acercarse a ella y le había sorprendido que bailara tan bien.

Pero, por más que le gustara bailar, su prioridad no era encontrar a un hombre que fuera buen bailarín. Al fin y al cabo, no le faltaban invitaciones a bailar. Bailaba sin parar en todas las fiestas, estuviera o no Griffin. No tenía problemas para atraer a los hombres; el problema era encontrar a uno que tuviera madera para convertirse en su marido. Y lord Stafford tenía muchos defectos.

Cuando la música llegó a su fin, él la condujo de la mano fuera de la pista de baile.

—Ha sido un placer, milady.

Su voz, tan cálida como sus ojos, grave y tersa, volvió a recordarle al rico chocolate. Con solo oírla parecían flanquearle las rodillas.

—Gracias —dijo.

Los músicos empezaron a tocar una danza campesina y, como él aún seguía agarrándole la mano, Juliana casi esperaba que volviera a llevarla a la pista de baile. En lugar de hacerlo, se llevó sus dedos a la boca. Pero en vez de limitarse a fruncir los labios en el aire sin llegar a tocar su mano, como era costumbre, se inclinó hasta tocar su guante.

Qué escándalo. A Juliana le pareció sentir su beso a través de la seda blanca. Como un cosquilleo.

—Gracias —repitió con un hilo de voz.

—A usted —repuso él con una sonrisa.

Una sonrisa que reflejaba un aturdimiento semejante al de Juliana.

Tan pronto se dio la vuelta para marcharse, Griffin se le acercó, devolviéndola de golpe a la realidad.

—¿Y bien? —preguntó.

Juliana vio alejarse a lord Stafford. Sus hombros parecían muy anchos bajo el frac. Sus rizos sueltos y despeinados rozaban el cuello de terciopelo negro de la chaqueta. Muchos hombres a la moda conseguían un aspecto parecido usando pomada y papeles para rizar el cabello, pero las alborotadas ondas de su pelo parecían naturales. Como si estuviera demasiado ocupado para molestarse en peinárselo.

—Es demasiado moreno —dijo.

—¿Perdón?

—Ya sabes que me gustan más los rubios. Además, es altísimo. Me sentía como una niña bailando con él.

Griffin la miró desde su altura, física y moral.

—Acéptalo, Juliana, eres bajita.

Lo dijo como si su hermana no se hubiera percatado de que la mayor parte del mundo se cernía muy por encima de ella.

—Trabaja —añadió—. Tiene una profesión.

—¿Y eso le hace inaceptable como marido?

—Si me casara con él, no tendría tiempo para mí.

Ella quería un gran amor, como el de Alexandra y Tristan; quería un marido que la amara con locura. Quería pasar horas de pasión interminable con el hombre con el que decidiera casarse. Y,

por el amor de Dios, aquel hombre ni siquiera disponía de unos minutos para peinarse.

—Lo siento, pero no me sirve.

El hecho de que lord Stafford desempeñara un trabajo importante no constituía un punto a su favor. Y tampoco el hecho de que le hubiera dado un vuelco el corazón cuando le había besado la mano de esa forma tan impertinente.

Griffin soltó un suspiro cargado de resignación.

—Seguiré buscando.

—Eso, sigue buscando. —Juliana le dio unas palmaditas en el brazo y le deseó suerte para sus adentros. Estaba claro que los pasteles de especias habían sido un desperdicio. Pobre Griffin—. Mientras tanto, he de hablar con Alexandra.

Recorrió el salón con la mirada en busca de su hermana mayor y por fin la encontró hablando con la tía Frances.

—¿Con quién estabas bailando? —le preguntó Alexandra cuando se acercó.

—Con lord Stafford.

—Es muy guapo.

—Tiene el pelo demasiado oscuro. —Ante la mirada de pasmo de Alexandra, Juliana se encogió de hombros—. ¿Puedes venir a Berkeley Square el miércoles por la tarde?

—Creo que sí. ¿Por qué?

—Necesito ayuda para hacer ropita para los bebés del Hospital de Expósitos.

—Tu nuevo proyecto, supongo. —Los ojos marrones de Alexandra brillaron con picardía—. ¿En qué te has metido esta vez?

Si ella supiera…

—Corinna quería ver la galería de arte del hospital, pero, ay, los pobres niños expósitos me rompieron el corazón. Y las madres… —Al recordar los rostros angustiados y sin embargo esperanzados de aquellas jóvenes, le dieron ganas de llorar—. Necesito hacer algo para ayudarlas.

—Cómo no —comentó la tía Frances—. Tú siempre tienes algo entre manos.

Eso era cierto; Juliana no podía negarlo.

—¿Y en qué me convierte eso? —preguntó—. ¿En impulsiva? ¿En melodramática? ¿En rebelde, exaltada, emotiva en exceso? —Se detuvo ahí, sabedora de que era todo eso y más. La verdad era que podía seguir y seguir.

Por eso le dieron ganas de abrazar a Alexandra cuando dijo:

—No. Eso te hace compasiva, generosa y optimista. Amable, desinteresada y vulnerable. —Su hermana casada, tan perfecta y responsable, le dedicó una sonrisa serena—. Eso te hace adorable, Juliana. Sobre todo, adorable.

Juliana abrazó a su hermana, y también a su tía, no con el corazón roto, sino rebosante de cariño y calidez. Y sin embargo no dejaba de preguntarse: *Si soy tan adorable, ¿por qué no encuentro un marido al que amar?*

4

—E**STE ROSA** es bonito —dijo Emily el lunes en Grafton House, una tienda de telas de New Bond Street.

—Sí que lo es —repuso Juliana, observando cómo una mujer de aspecto altivo se apartaba ostensiblemente de la niña y de su sempiterna culebra—. Pero la seda es poco resistente para un bebé. Y el rosa no sirve. —Acarició un trozo de gruesa lana blanca—. La Junta prefiere el blanco, para que toda la ropa sirva tanto para niñas como para niños.

Emily ladeó su cabeza rubia.

—¿Los bebés no pasarán mucho calor vestidos con eso?

—Podría servir para las mantas. Para las batitas compraremos una sarga mezcla de lino y lana.

—Voy a buscarla, entonces —dijo Emily, y se alejó.

Juliana asintió distraídamente, pensando para sus adentros que la lana le serviría. Estaba a punto de preguntar el precio cuando oyó un gritito, seguido de una voz conocida.

—¡Válgame Dios, señorita Neville! ¿Sigue llevando esa alimaña a todas partes?

Se volvió, sorprendida al ver a otra vecina de Berkeley Square, lady Amanda Wolverston.

La joven Emily, por su parte, parecía mucho más ofendida que sorprendida.

—Herman no es una alimaña —replicó, y volvió a agarrar a Juliana de la mano—. Es una mascota.

—Una mascota muy poco apropiada —dijo lady Amanda.

Aunque estaba de acuerdo, Juliana le apretó la mano a Emily. Amanda era a veces excesivamente correcta. Pero se habían criado juntas porque eran vecinas y habían sido compañeras de juegos de pequeñas, así que la consideraba una buena amiga.

—Me alegro mucho de que estés en Londres —le dijo con una sonrisa—. He invitado a mis hermanas a una pequeña fiesta de costura el miércoles por la tarde. Vamos a hacer ropita para los bebés del Hospital de Expósitos. Espero que nos acompañes.

Su amiga, alta y rubia, estaba encorvada. Era una postura habitual en ella, pero ese día parecía más encorvada de lo normal y estaba extrañamente pálida.

Parpadeando, Juliana observó su rostro demacrado.

—¿Dónde has estado escondida toda la temporada?

—En el campo. Mi padre sigue excavando las ruinas romanas que encontró en la finca. —Amanda señaló hacia una silla en un rincón de la tienda, donde estaba sentada su tía, muy dignamente—. Tía Mabel ha tenido la bondad de acompañarme. Este año no le apetecía venir a la ciudad.

La pobre señora —una mujer delgada y de cara enjuta, ataviada con un vestido holgado—

tenía las mejillas tan coloradas como Amanda las tenía pálidas. Parecía silbar ligeramente al respirar.

—Ya sabes que siempre ha sufrido de asma —comentó Juliana en tono comprensivo, y pensó vagamente que Amanda debía de haber heredado de ella su gusto en el vestir; o mejor dicho, su falta de gusto—. El aire de Londres no le sienta bien. ¿Cómo la convenciste para que viniera?

—La convenció mi padre. O se lo ordenó, más bien. —Amanda respiró hondo—. Porque... —Desvió un momento la mirada hacia Emily, dándole a entender a Juliana que tenía que contarle algo a solas.

Juliana, ansiosa por enterarse de la noticia, volvió a apretar la mano de la niña.

—¿Puedes hacerme un favor muy importante, cariño? A ver si encuentras esa sarga.

—Vale —dijo Emily, y se alejó alegremente.

—¿Y bien? —preguntó Juliana cuando estuvo lo bastante lejos para no oírlas.

Amanda bajó la voz.

—Mi padre ha arreglado mi matrimonio —susurró—. Nos ha mandado a tía Mabel y a mí a preparar el ajuar. Por eso estoy aquí, en Grafton Hou...

—¿Ha arreglado tu matrimonio? —la interrumpió Juliana—. ¿Con quién?

Amanda cerró un momento sus ojos de color azul grisáceo y suspiró lentamente antes de volver a abrirlos.

—Con lord Malmsey —dijo, abatida.

—¡¿Con lord Malmsey?!

El hombre era más bajo que Amanda, callado, dócil y de modales suaves. Pero Juliana recordaba sobre todo su frente arrugada bajo las pronunciadas entradas de su cabello.

—¡Pero si debe de tener cuarenta años, por lo menos!

—Cuarenta y cinco —puntualizó Amanda. Casi el doble que ella. Amanda era un año mayor que Juliana; o sea, que tenía veintitrés—. Pasé un rato con él anoche, aunque no teníamos mucho que decirnos. Nos casamos dentro de un mes contando desde el sábado, con licencia especial, en una ceremonia privada.

La misma fecha que el siguiente día de recepción en el Hospital de Expósitos, cuando Juliana debía tener lista toda la ropita para los bebés. Amanda parecía muy desanimada, como era lógico.

—¿Puedes negarte a casarte con él?

Negó con la cabeza.

—Mi padre me ha dejado muy claro que, si no me caso con él, me desheredará, lo que me dejaría muy pocas posibilidades de casarme con cualquier otro.

Juliana estuvo a punto de llevarle la contraria, pero no era propio de ella mentir —al menos, no abiertamente— y lo que decía Amanda era cierto. En cinco temporadas, nadie le había pedido matrimonio y, sin su cuantiosa herencia, era muy poco probable que algún hombre se interesara por ella.

—Soy muy desgraciada —añadió Amanda innecesariamente.

Juliana estaba segura de una cosa: su hermano Griffin nunca la obligaría a casarse con alguien que a quien no quisiera. Y le estaba muy agradecida por ello.

—¿Le has dicho a tu padre cómo te sientes?

—Muchísimas veces, pero cuando me quejo hace oídos sordos. Nada de lo que yo diga le hará romper el contrato. Valora más su honor que mi felicidad.

Lord Wolverston siempre había sido bastante frío y seco, pero aquello era el colmo. Era una absoluta crueldad.

—No tiene nada de honorable que anteponga su reputación a la felicidad de su propia hija.

Debería querer que te casaras por amor.

—Cree que, en lo tocante al matrimonio, hay asuntos mucho más importantes que tener en cuenta.

Juliana no podía estar más en desacuerdo, al menos por lo que a ella concernía. Sus padres se habían casado por razones prácticas y su madre nunca había conocido la verdadera felicidad. Aunque era consciente de que gran parte de la sociedad tenía otras prioridades a la hora de establecer un vínculo matrimonial, para ella el amor era lo primero.

Amanda se encorvó todavía más.

—Se alegra muchísimo de que alguien haya pedido mi mano, y más aún tratándose de un barón. Supongo que está en lo cierto cuando dice que tengo suerte de que lord Malmsey esté dispuesto a casarse conmigo.

—¡Amanda!

—Paso completamente inadvertida, Juliana.

Era cierto que Amanda era un poco pacata, pero Juliana siempre había pensado que se debía a que su madre había muerto al dar a luz. Al igual que la pequeña Emily, había crecido sin nadie que la guiara. Su tía Mabel no era de ninguna ayuda. Amanda vestía siempre ropa fea y de colores poco favorecedores, tenía las cejas demasiado pobladas, el pelo rubio recogido en un moño trenzado muy prieto, y nunca miraba a nadie a los ojos, ni siquiera a Juliana. Tenía la mirada azul grisácea fija en sus propios pies, enfundados en unos zapatos pasados de moda.

En resumidas cuentas, Amanda era la candidata perfecta para uno de sus proyectos.

—¿Quién más sabe lo de tu compromiso? —le preguntó.

—Llegamos ayer. No se lo he dicho a nadie todavía, eres la primera.

—Estupendo. —Lord Malmsey tampoco era muy dado a los chismorreos. Aunque asistía religiosamente a las reuniones de sociedad, Juliana no recordaba haberle oído pronunciar nunca más de una decena de palabras—. No se lo digas a nadie más. Yo te salvaré de este destino funesto.

Su amiga levantó la vista.

—¿Cómo? ¿De verdad crees que es posible?

—Sin ninguna duda. —Juliana nunca se había desentendido de nadie que estuviera en apuros —. Déjame que piense qué se puede hacer.

—¡Mira, Juliana! —Emily regresó llevando a Herman enrollado en el brazo y cargada de tela blanca.

—Perfecto, cariño.

Sonrió, esperando que la dependienta no se desmayara cuando le pidiera que le cortara la tela. O quizá confiaba más bien en que se desmayara, porque de ese modo la niña se convencería por fin de que llevar una serpiente a todas partes no era buena idea. Volvió a mirar a Amanda.

—Vendrás a coser con nosotras el miércoles, ¿verdad? A la una. Seguro que cuando llegues ya se me habrá ocurrido una solución.

5

—¿D**ÓNDE ESTARÁ** Amanda? —preguntó Juliana el miércoles por la tarde, en el cuarto de estar.

La lluvia tamborileaba en las ventanas.

—Lo has preguntado más veces de las que se ha pinchado Emily con la aguja —comentó Alexandra mientras anudaba pacientemente un hilo.

Alexandra podía permitirse ser paciente, pensó Juliana al ponerse de nuevo a coser un vestido diminuto con más prisas que paciencia. Su hermana no se había comprometido a entregar más de doscientas prendas de bebé en el plazo escaso de un mes.

—Dijo que vendría.

—No, no lo dijo —puntualizó Emily mientras recolocaba a Herman sobre sus hombros. Por desgracia, la dependienta de Grafton House no se había desmayado. Se había limitado a fulminarla con la mirada, lo que no había servido para convencer a Emily de que se deshiciera de la dichosa culebra—. La invitaste, pero en realidad no dijo que fuera a venir.

—Puede que no lo dijera expresamente, pero seguro que viene.

Tenía que ir. Juliana había ideado un plan. Un plan excelente que estaba deseando contarle…

—¡Ay! —exclamó Emily por quinta vez, y se metió en la boca el dedo que se había pinchado. Era verdad que no se le daba muy bien coser—. Esta manta está quedando horrorosa.

Juliana se inclinó para inspeccionar el trabajo de la niña.

—No está tan mal. —El dobladillo estaba bastante torcido, pero no era *horroroso*. Por suerte, los bebés no podían criticarlo—. Además, da igual el aspecto que tenga mientras sirva para abrigar a un bebé.

—Pero yo quiero que quede bien.

—Si sigues practicando, te quedará bien —le aseguró Corinna—. Para hacer bien cualquier cosa, hay que practicar. —Dejó de coser un momento para señalar el caballete situado junto al ventanal. A pesar del día lluvioso y de la poca luz que había, la escena representada en el lienzo (un hombre columpiando a una mujer risueña junto a un lago centelleante) transmitía movimiento, energía y vitalidad—. Mi primer cuadro no era así.

Alexandra, que seguía cosiendo pacientemente un gorrito, sonrió.

—Si no recuerdo mal, tu primer cuadro era de un sauce que parecía más bien un montón de heno.

—Nosotras tampoco somos costureras expertas, señorita Emily. —La tía Frances entornó los párpados, mirando su labor a través de las gafas—. Solo hemos hecho dechados y bordados. Cuando lleves unas cuantas mantas más de práctica…

—Estas prendas no son de práctica —la interrumpió Juliana—. Todas y cada una de ellas se

va a utilizar.

Con un poco de suerte, esa tarde conseguirían acabar cinco o seis prendas. ¡Y necesitaba doscientas cuarenta! Aunque era un poco pronto para dejarse llevar por el pánico, cuando llevaban menos de una hora cosiendo ya se había dado cuenta de que iba a tener que organizar muchas sesiones de costura como aquella.

Justo entonces se oyó sonar la aldaba de la puerta.

—Debe de ser Amanda —dijo, y el vestidito que estaba haciendo cayó suelo cuando se levantó de un salto y salió a toda prisa de la habitación.

Aunque Adamson, su mayordomo, era casi tan bajo como ella, siempre se las arreglaba para presentar un aspecto digno y solemne.

—Buenas tardes, lady Amanda —dijo al abrir la puerta.

—Buenas tardes, Adamson —respondió Amanda educadamente.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? —preguntó Juliana con mucha menos formalidad.

—Estaba jugando al ajedrez con tía Mabel y no podía irme en medio de una partida tan emocionante.

—¿Emocionante? —A Juliana se le ocurrían pocas cosas menos emocionantes que el ajedrez. Ella prefería los juegos ligeros y relajantes, no tan sesudos. Incluso coser le parecía más divertido—. Ven a la biblioteca.

Amanda miró por la puerta entreabierta de enfrente.

—¿No están todas en el cuarto de estar?

—Sí, por eso precisamente. —Juliana la llevó en dirección contraria, cerró la puerta tras ellas y condujo a su amiga a dos sillones de cuero—. Debemos mantener en secreto tu compromiso. Se me ha ocurrido un plan para deshacerlo.

Amanda se sentó y juntó las manos sobre el regazo. De pronto parecía nerviosa. Exhaló un suspiro.

—Muy bien. ¿Cuál es el plan?

Imaginándose a sus hermanas con la oreja pegada a la puerta (a fin de cuentas, ella también lo había hecho muchas veces), Juliana bajó la voz.

—Nos las arreglaremos para que un hombre más joven que lord Malmsey te comprometa y tenga que casarse contigo. En cuanto la gente os vea en una situación comprometedora, tu padre no tendrá más remedio que transigir.

—¿En una posición comprometedora? —Amanda soltó una risa tan estridente que Juliana dio un respingo—. ¡Santo cielo, pero si ni siquiera me han besado nunca!

—A mí tampoco —repuso Juliana—. Y no es que no lo hayan intentado, ojo.

Al contrario, los hombres lo intentaban constantemente y ella siempre se las arreglaba para esquivarlos, porque, aunque tenía muchas ganas de vivir la experiencia de su primer beso, quería que fuera con alguien que le importara, al menos un poco.

—Pues conmigo no lo ha intentado nadie —dijo Amanda con amargura—. Y hará falta algo más que un beso para obligar a mi padre a cambiar de idea. No hay ninguna posibilidad de que un hombre joven y atractivo me comprometa. Al menos, no voluntariamente.

—Yo no me refería a que sea involuntario. —Juliana nunca tomaría parte en una estratagema tan retorcida y, además, no sería necesario. Cuando terminara con Amanda, los hombres se pelearían por tratar de comprometerla—. No te preocupes, querida. —Se inclinó y le dio unas palmaditas en la mano—. ¿Estás libre mañana y pasado mañana?

—¿Para que me comprometan?

—Para que te tomen medidas para un par de vestidos de baile. Vas a necesitar un vestuario nuevo, entre otras cosas. Tendremos que ir a ver a una modista y a visitar un montón de tiendas.

Amanda parecía al mismo tiempo indecisa y esperanzada, si tal cosa era posible.

—Mi padre me ha dado permiso para comprar un ajuar.

—Estupendo. —Había pocas cosas con las que Juliana disfrutara más que transformando un patito feo en un hermoso cisne—. Tenemos mucho que hacer antes del baile de lady Hammersmithe este sábado.

—No puedo asistir al baile de lady Hammersmithe.

—Claro que puedes. Le pediré a *madame* Bellefleur que venga a cortarte el pelo…

—Nunca me he cortado el pelo. —Amanda se llevó las manos a la cabeza, alarmada—. Y no puedo asistir...

—¡Ayyyyyy! —El chillido procedente del cuarto de estar era tan agudo que atravesó el vestíbulo y la puerta cerrada de la biblioteca.

—¡Es Emily! —exclamó Juliana levantándose del sillón. Se arremangó las faldas y salió corriendo por la puerta—. ¡Emily! —gritó al cruzar el vestíbulo e irrumpir en el cuarto de estar —. Emily, ¿qué ha pasado?

Y entonces se detuvo, presa de un malestar repentino en el estómago y un mareo inquietante.

Emily estaba sangrando.

—Me duele —se quejó la niña, inclinada sobre su mano. Tenía la falda rosa salpicada de manchitas rojas. Aunque saltaba a la vista que la herida no era grave (eran manchas diminutas, no un torrente), Juliana sabía que debía actuar de inmediato para ayudarla y consolarla. Para que todo se resolviera lo mejor posible.

Pero no podía, porque la visión de aquellas manchas rojas parecía impedirle respirar.

Por suerte, las demás estaban ayudando. Bueno, quizá no ayudando exactamente, pero al menos no se habían quedado paralizadas en el sitio. En los escasos segundos que Juliana estuvo allí parada —porque en realidad no fue más tiempo—, sus hermanas y la tía Frances se levantaron de un salto y rodearon a Emily haciendo toda clase de ruidos tranquilizadores.

Por suerte, de ese modo la herida de Emily quedó oculta a su vista. Pero toda aquella compasión solo sirvió para que la niña sollozara con más fuerza.

—S-se me ha resbalado la-la aguja. Es-esta vez no solo me ha pinchado, me ha hecho una herida…

—Por Dios santo —dijo Amanda con cierto fastidio, y, pasando junto a Juliana, se acercó al grupito de mujeres—. Solo es un poco de sangre. Por amor de Dios, que alguien coja a la serpiente. —Mientras Corinna se acercaba para hacerse cargo del animal, Amanda cogió un trozo de sarga, arrancó una tira e hizo levantarse a Emily—. Vamos a limpiar la herida y a vendarla, ¿de acuerdo? —dijo mientras la sacaba de la habitación.

Juliana se acercó a su silla, con las piernas todavía temblorosas. Aquello era ridículo y lo sabía. Como Corinna parecía deleitarse en comentar, era absurdo que una mujer se ofuscara con la sola visión de la sangre, pasada la pubertad. Pero sus menstruaciones no la inquietaban en modo alguno. La sangre menstrual de una mujer era natural; otras hemorragias no lo eran.

Era un verdadero alivio que ni Corinna ni las demás hubieran reparado en la parálisis colosal que se había apoderado de ella.

—Emily está perfectamente. —Corinna mantenía a Herman a distancia, sintiéndose ridícula, y pareciéndolo, además—. ¿Por qué no has traído directamente a Amanda aquí?

—Quería hablar con ella sobre el baile del sábado en casa de lady Hammersmithe. Para convencerla de que vaya, quiero decir.

—¿Y por qué no iba a ir? —preguntó Alexandra.

Juliana se encogió de hombros, esperaba que con aire despreocupado.

—Es bastante tímida con los señores. Me he ofrecido a ayudarla a hacerse un vestuario nuevo. Espero que así se sienta más segura de sí misma.

—Muy amable de tu parte —comentó Alexandra.

Corinna pareció recelar. O quizá solo desconfiaba de la serpiente.

—¿Y por qué tenías que hablar con ella en privado? Nosotras podríamos haberte ayudado a convencerla.

—¡Aquí está, sana y salva! —anunció Amanda, entrando de nuevo con Emily.

Emily llevaba una pequeña venda de sarga alrededor del dedo. Cuando hizo amago de coger a Herman, Corinna no dudó en entregarle a la serpiente. Pero no parecía recelosa. Ni desconfiada.

Maldición.

—¿Volvemos al trabajo? —preguntó Juliana alegremente.

Emily negó con la cabeza.

—Yo no quiero coser más.

—Puedes empezar a cortar las gasas —propuso Juliana, y le dio un rollo de tela de algodón, unas tijeras y un patrón sencillo. Confiaba en que, cuando los rectángulos cortados estuvieran cosidos y doblados, tuvieran el tamaño adecuado para cubrir el culito de un bebé. Negándose a pensar que iba a tener que hacer aquello cien veces, le dio a Amanda la manta que Emily había dejado a medias—. Toma. Ya casi está terminada.

No era cierto, claro, y Amanda demostró tener tan poca destreza con la aguja como las demás. Juliana no solo iba a tener que organizar más sesiones de costura, sino que iba a tener que invitar a más mujeres; con un poso de suerte, algunas de esas mujeres habrían cosido algo más que dechados.

—Espero que me ayudéis a reclutar a más señoras en Almack's esta noche.

—Yo no voy a ir —dijo Alexandra con un brillo en sus ojos de color coñac—. Como no hay sesiones del Parlamento, Tristan quiere que nos quedemos en casa, los dos solos.

No estarían los dos solos, por supuesto: un marqués tenía un montón criados. Pero, aun así, Juliana envidiaba la vida de casada de su hermana. Puesto que Almack's era sobre todo un bazar matrimonial, Alexandra podía permitirse el lujo de no hacer acto de presencia y pasar una velada tranquila en su casa. Al paso que iba ella, Juliana se preguntaba si alguna vez encontraría marido y podría permitirse ese lujo.

Corinna levantó la vista de la enagua que estaba cosiendo. Otra vez tenía aquella mirada de sospecha.

—Amanda, tú sí irás a Almack’s, ¿verdad?

—No —contestó la joven. Juliana contuvo la respiración, temiendo que no pudiera contenerse y le dijera que no tenía por qué ir, puesto que ya estaba prometida. Pero, para su inmenso alivio, añadió—: Últimamente tía Mabel no se siente con fuerzas para acompañarme.

—¿Otra vez el asma? —La tía Frances suspiró—. ¡Pobre lady Mabel! Tendré que hacerle una visita.

—Se lo agradecerá mucho —repiso Amanda mientras cosía el dobladillo de la manta casi tan torcido como Emily.

Corinna pareció sospechar más aún.

—Pero Juliana dice que vas a ir al baile de lady Hammersmithe.

—Como intentaba explicarle, no creo que tía Mabel se haya recuperado para el sábado. El

aire de Londres...

—Tía Frances puede hacerte de carabina, como a nosotras —dijo Juliana.

La aguja de Amanda comenzó a moverse más despacio, aunque tampoco es que antes la hubiera estado manejando con velocidad magistral.

—No tiene sentido que vaya al baile. Nadie va a sacarme a bailar, de todos modos.

—Claro que sí. —Alexandra sonrió mientras miraba su labor—. Juliana te enseñará *la mirada*.

La aguja de Amanda se detuvo.

—¿Qué mirada?

—Permíteme que te haga una demostración. —Juliana levantó la vista de su vestidito—. Primero eliges al hombre al que quieres seducir...

—¿Seducir?

—Ese es el propósito de la mirada. Te aseguro que, si lo haces bien, los hombres caerán rendidos a tus pies.

—¿Sí?

—Absolutamente —declaró Alexandra, y Juliana se puso a especular para sus adentros sobre la vida de su hermana con su flamante marido. Con envidia.

Amanda las miró a las dos.

—Te escucho.

—Muy bien. Primero, eliges a un hombre y te apoderas de su mirada. —Juliana clavó los ojos en Amanda con una expresión descaradamente sensual.

Su amiga tragó saliva.

—¿Y luego?

—Luego bajas los ojos e inclinas un poco la cabeza para que las pestañas destaquen bien sobre las mejillas. Entonces levantas los párpados, vuelves a mirar al hombre directamente y despacio, muy despacio, curvas los labios en una sonrisa seductora.

Amanda frunció el ceño.

—Enséñamelo otra vez.

—Fíjate bien. —Juliana repitió lentamente la demostración, en silencio.

Corinna soltó una risita, pero Amanda y Emily suspiraron al unísono.

—¿Puedo aprender yo también? —preguntó Emily.

—Nunca es demasiado pronto para empezar a practicar. Inténtalo, Amanda.

Amanda la miró fijamente, cerró los ojos, los abrió de golpe y estiró la boca en una amplia sonrisa.

Entonces fue Juliana quien suspiró. Tenía mucho trabajo por delante.

6

—**TENGO QUE IRME,** de verdad, tía Aurelia. —James se obligó a esbozar una sonrisa—. Estás tan sana como el día que naciste.

—¿Seguro? —Aurelia, un poco rellenita pero elegante, se recostó en su cama cubierta con una colcha de color melocotón. Toda su casa estaba decorada en color melocotón. De hecho, a veces, cuando James la visitaba (lo que últimamente ocurría con excesiva frecuencia), tenía la impresión de estar *dentro* de un melocotón—. Me dolía mucho el corazón —continuó ella—. Te digo que casi no podía respirar. ¿No puedes examinarme otra vez con ese nuevo aparato tuyo tan ingenioso?

—Si insistes.

Ahogando un suspiro, James abrió su maletín negro de cuero y sacó el ingenioso instrumento, que en realidad no tenía nada de ingenioso. Era simplemente un cilindro de madera de un pie de largo, con un orificio en un extremo para aplicárselo al oído y el interior ahuecado en forma de cono. De hecho, era tan poco ingenioso que a James le daban ganas de abofetearse porque no se le hubiera ocurrido algo así hacía años. En cambio, había sido un joven médico francés apellidado Laennec quien, en marzo de ese mismo año, había inventado el instrumento y lo había bautizado con el nombre de *estetoscopio*, derivado de las palabras griegas para «ver» y «pecho».

James se inclinó y apoyó el extremo más ancho del instrumento sobre el corazón de su tía. Le llegó su aroma, una mezcla única de alcanfor y gardenias, este último perfume aplicado con liberalidad excesiva. Pensándolo mejor, agradeció para sus adentros a Laennec su invento. Sin el estetoscopio, habría tenido que pegar la oreja al pecho potente y mullido de tía Aurelia.

El latido de su corazón sonó con fuerza a través del tubo, con un golpeteo rotundo y nítido.

—Tan constante como el reloj de la abuela —le aseguró.

—¿Seguro? —Su tía sacudió con incredulidad la cabeza canosa, tocada con una cofia—. ¿Y mis pulmones?

—Incorpórate, por favor. —James apoyó una mano en el cabecero de la cama y le puso el estetoscopio en la espalda encorsetada—. Inspira —dijo con toda la paciencia de que fue capaz —. Expira. Inspira. Perfecto. Como te decía, estás sana como un recién nacido. —Volvió a guardar el instrumento en el maletín y lo cerró—. Ahora tengo que irme, de verdad, tía.

Ella se levantó de la cama y le acompañó abajo.

—¿Te esperan en el Parlamento?

—Hoy no. Es miércoles. —La Cámara de los Lores se reunía los lunes, martes, jueves y viernes—. Pero me esperan en el Instituto desde hace horas. Hoy solo se ha ofrecido otro médico para el turno de mañana.

—Te agradezco mucho que hayas venido. —Ella le apretó la mano, y a James se le encogió el corazón. La tía Aurelia era un encanto, aunque fuera una hipocondríaca. Miró el reloj de pared de la abuela, en el vestíbulo—. Es una pena que Bedelia no haya vuelto aún. Seguro que también querrá verte. Esta mañana tenía una putrefacción de garganta horrible.

Bedelia, la otra hermana de su madre, compartía casa con Aurelia. Dos viudas sin hijos cuyas vidas giraban en torno a sus dolencias imaginarias.

—Dile a la tía Bedelia que haga gárgaras con agua con sal. Seguro que así se le curará.

—¿Tú crees? —Los ojos azules de Aurelia tenían una expresión incrédula.

—Por supuesto. —James dudaba de que Bedelia tuviera de verdad algún problema en la garganta; si le dolía la garganta, seguramente sería debido a su parloteo incesante—. Volveré pronto a veros —añadió, y escapó a su carruaje antes de que Aurelia pudiera preguntarle qué quería decir exactamente con «pronto». Si por ella fuera, volvería al día siguiente, o incluso una hora después.

De camino al Instituto Nueva Esperanza, escribió algunas notas para el discurso que pensaba dar en el Parlamento recomendando la vacunación obligatoria de los niños contra la viruela. Estaba tan enfrascado en su trabajo que el coche se detuvo ante la puerta del Instituto antes de que se diera cuenta de que había una cola de gente que se extendía calle abajo.

Una cola *bastante* larga.

Eran los pobres de Londres, sí, pero eran buenas personas que intentaban hacer todo lo posible por sus hijos. Las madres tiritaban en medio del aire frío y húmedo, con semblante triste y resignado. Los bebés lloraban. Los niños pequeños gemían y los más mayores, inquietos, se zaherían unos a otros. En lugar de esperar, la gente desistía y se marchaba, alejándose del Instituto.

Era la segunda vez que pasaba ese mes.

Sin esperar a que bajaran los escalones del carruaje, se apeó de un salto y entró corriendo en el edificio bajo la llovizna. En la recepción había más bebés llorando en el regazo de sus madres impacientes. Dos niños que jugaban a la tula correteaban por la sala, chocando con las rodillas de los que estaban sentados.

James se quitó la levita y miró hacia el mostrador en busca de ayuda. No había nadie detrás. Se desató la corbata mientras cruzaba la puerta que daba al fondo.

Su despacho privado era minúsculo: contenía poco más que un escritorio y una silla, pues prefería hacer el papeleo en el despacho de casa. Dejó la levita y la corbata en la silla y se asomó a la primera de las tres consultas, pero la encontró vacía, aunque tendría que haber un paciente esperando allí. En la segunda sala había un médico que parecía agobiado y una madre con una niña de tres años con los ojos llorosos.

James se desabrochó el botón de arriba de la camisa y frunció el ceño. El protocolo de vacunación resultaba mucho más sencillo si el paciente cooperaba, y las golosinas —un auténtico lujo para un niño pobre— solían ser una buena distracción.

—¿Dónde están los bastón de caramelo? —preguntó.

El doctor Hanley se encogió de hombros y dejó a un lado la lanceta de marfil que había utilizado para inocular a la niña.

—No tengo ni idea de dónde los ha puesto la... ¿Cómo se llama esa ayudante nueva?

—Señorita Chumford.

—Ah, sí. —Ató una venda limpia alrededor del brazo de la pequeña—. No tengo ni idea de dónde los ha puesto la señorita Chumford. No encuentro nada en las estanterías. Suerte que he encontrado la vacuna.

—¿Dónde está la señorita Chumford?

—En la sala de al lado, llorando a lágrima viva. Y no creo que una bastón de caramelo vaya a servir de nada en su caso. —El doctor Hanley puso a la niña llorosa de pie—. Ya está, cielo. Si quieres un bastón de caramelo, sigue a lord Stafford.

—Al doctor Trevor —puntualizó James. Prefería que no le llamaran *lord e*n el Instituto porque intimidaba a los pacientes, al igual que su atuendo aristocrático, razón por la cual siempre se despojaba de las prendas más formales—. Voy a hacer pasar al siguiente paciente —añadió mientras acompañaba a la niña a la recepción—. ¿Le ha dicho el doctor Hanley cómo va a evolucionar la vacuna? —le preguntó a la madre.

La mujer, a todas luces impresionada por hallarse en presencia de un lord, contestó con timidez:

—Sí, milord. Una ampolla grande, pero pústulas no.

—Así es. La ampolla puede tardar unas semanas en curarse y dejará una cicatriz. Pero su hija no tendrá viruela.

—Gracias —murmuró cogiendo en brazos a la pequeña y apretándola contra su pecho—. Si pudiera pagarle, lo haría.

Al ver las reveladoras cicatrices de viruela que tenía en la cara, James comprendió que hablaba de corazón. Por lo general, animaba a los padres a vacunarse junto con sus hijos, pero en su caso era innecesario, evidentemente.

—Gracias a usted por venir. No necesitamos que nos pague. Pero, por favor, hábleles del Instituto Nueva Esperanza a sus amigos y vecinos. Con su ayuda, podemos erradicar de una vez por todas esta terrible plaga.

James no iba a conformarse con menos. Estaba convencido de que, si todo el mundo se vacunaba en todas partes, la viruela desaparecería del planeta. Era una tarea ingente y lo sabía, pero estaba decidido a hacer todo lo que pudiera en Londres.

Londres, por desgracia, no colaboraba mucho. Los pobres se mostraban escépticos y estaban mal informados, y algunos clérigos, convencidos de que la viruela era una plaga divina enviada para castigar a la población, predicaban que la vacunación iba contra la voluntad de Dios. Por si eso fuera poco, el Instituto solo podía atender a un número limitado de personas al día. James, aun así, pagaba a hombres para que recorrieran las parroquias más pobres y convencieran a la gente de que llevara a sus hijos a vacunar, lo que hacía que fuera aún más frustrante que los que accedían a hacerlo se vieran obligados a esperar a la intemperie, con frío y lluvia.

Encontró una caja de bastones de caramelo, se despidió de la niña y de su madre e hizo pasar a los siguientes pacientes a las dos consultas vacías. En cuanto se aseguró de que el doctor Hanley tenía vacunas suficientes, bastones de caramelo y otros suministros necesarios, llamó a la puerta de la tercera sala.

—¿Señorita Chumford?

Recibió como respuesta un largo sollozo.

—Señorita Chumford, ¿puedo entrar?

—Es su clínica —respondió la joven con un hilo de voz.

Sí, lo era. Abrió la puerta y estuvo a punto de volver a cerrarla al ver la cara roja y congestionada de la señorita Chumford.

Había pocas cosas que James rehuyera más que las lágrimas de una mujer. Al menos, las lágrimas provocadas por las emociones. Como médico, había aprendido a soportar las lágrimas causadas por el dolor; las otras, en cambio…

Con un suspiro, entró en la sala.

—Hay cola fuera. Si se alarga un poco más, es probable que llegue hasta Surrey.

—Lo siento —gimoteó la joven.

—¿Qué le ocurre?

Llevándose las manos al vientre, ella levantó los ojos llorosos y lo miró. Una sola lágrima resbaló por su mejilla. No dijo nada.

James se removió, incómodo. Se sentía dividido entre una compasión desgarradora y un fastidio que le helaba el corazón. Tenía que dirigir el Instituto. Había gente necesitada. Había contratado a la señorita Chumford para que los médicos estuvieran bien abastecidos de todo lo necesario y para asegurarse de que se atendía a los pacientes con la mayor rapidez y eficacia posibles. Era un trabajo sencillo, en realidad, y necesario para el buen funcionamiento de la clínica. Y sin embargo era la segunda asistente en un mes que...

Fijó la mirada en las manos con las que la joven se acariciaba la tripa.

—Está encinta, ¿verdad? —dijo, comprendiendo de pronto lo que ocurría, a pesar de que aún no se le notaba.

Al fin y al cabo, ese era el motivo por el que se había marchado su anterior ayudante.

La señorita Chumford asintió, abatida, y dejó escapar un sollozo más largo y patético que los anteriores.

—Y no está casada, por supuesto —conjeturó James con escasa brillantez. Después de todo, era la *señorita* Chumford.

Esta vez asintió con la cabeza y contestó atropelladamente:

—Mi padre me m-matará, o como mínimo me echará de casa. Harry, el-el padre del bebé, no puede permitirse tener casa propia. Tendremos que vivir con sus p-padres, y su madre me odia y su padre...

—¿Ese tal Harry está dispuesto a casarse con usted? —la interrumpió James—. ¿A hacerse cargo de su descendencia?

Ella asintió de nuevo, sollozando aún.

—H-Harry es un buen hombre, milord, y muy trabajador. P-pero...

—Espere aquí, señorita Chumford. —No soportaba más sus lágrimas. Había muchas cosas por las que angustiarse y que no tenían remedio. Solucionar aquello, en cambio, sería bastante sencillo.

Tenía una pequeña caja fuerte en su despacho, de la que sacó cincuenta libras. Poca cosa para él, pero suficiente para costear el alquiler y la manutención de una pequeña familia durante dos años o más. La señorita Chumford y el padre del bebé tendrían la oportunidad de establecerse y, si Harry era tan buen hombre y tan trabajador como decía ella, saldrían adelante sin ningún problema.

Cuando la señorita Chumford se marchó dándole las gracias, todavía llorosa, James suspiró y escribió un cartel de SE NECESITA PERSONAL, lo colocó en la ventana de la entrada del Instituto y se sentó detrás del mostrador, sabedor de que tendría que pasar muchas horas entrevistando a posibles candidatas.

Pero al menos esa noche su madre no podría llevarlo a rastras a Almack's.

7

Trifle

Tómense las yemas de cuatro huevos y una pinta de nata espesa y sazónense con azúcar, jengibre y agua de rosas, remuévase la mezcla al gusto y caliéntese en un anafe de carbón, póngase después en una fuente o un cuenco de plata y llévese a la mesa.

El agua de rosas bien fuerte te sonrosa las mejillas.

—Lady Jewel Chase, 1687

DURANTE LOS DOS días siguientes, Juliana ayudó a Amanda a encargar un vestuario completo. Compraron cosméticos, sombreros, zapatos, medias y otras fruslerías varias. Practicaron la postura y el modo de caminar, idearon sonrisas seductoras y perfeccionaron *la mirada*. Juliana le enseñó a aplicarse con destreza los cosméticos, de modo que nadie se diera cuenta de que los usaba, y le depiló con pinzas las gruesas cejas procurando no dejarse conmover por los chillidos de dolor y las protestas de la mayor de las dos. Al fin y al cabo, todas las mujeres, salvo las más afortunadas, sufrían para estar bellas.

Con cada hora que pasaba crecía la seguridad de Amanda en sí misma, al igual que la convicción de Juliana de que su plan funcionaría.

Por fin llegó el sábado.

Juliana sacó a Corinna de la cama temprano —a mediodía— para que la ayudara a hacer *trifle* antes de que llegara Amanda para vestirse para el baile de lady Hammersmithe. Por desgracia, Corinna era una inútil en la cocina incluso cuando tenía un buen día. Y teniendo en cuenta que había estado levantada hasta las siete de la mañana para terminar un cuadro, ese día no estaba muy inspirada.

—Me duele el brazo —se quejó—. Y estoy cansada.

—Sigue batiendo esos huevos hasta que estén cremosos, por favor. —Juliana añadió dos puñados más de pétalos de rosa al agua que acababa de hervir. Quería asegurarse de que Amanda tuviera las mejillas bonitas y sonrosadas—. No entiendo por qué no te acuestas a una hora razonable.

—Porque no soy una persona razonable, soy una artista —le recordó Corinna—. Y no entiendo por qué no le pides a la criada que bata los huevos.

Juliana consultó el libro de recetas de su familia, un antiguo volumen al que cada señora de la

familia añadía, por tradición, una receta cada Navidad desde el siglo XVII. Existía la creencia de que muchos de aquellos dulces tenían propiedades mágicas. Vertió el agua de rosas en un tarro lleno de nata y lo espolvoreó con un poco de jengibre.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que las recetas de las Chase tiene que hacerlas alguien de la familia para que funcionen?

Corinna puso los ojos en blanco.

—Tú y tus tradiciones... No me explico por qué Alexandra y tú os creéis semejantes tonterías.

—No hay nada de malo en intentarlo. Además, el *trifle* estará delicioso. Tú también comerás un poco, ¿no? Puede que Amanda, tú y yo encontremos marido esta noche, si tenemos las mejillas bien sonrosadas.

—Un poco de colorete sería un método mucho más eficiente de sonrojarse las mejillas, y me da igual lo que opine Una Dama Distinguida al respecto. —Corinna comenzó a rallar azúcar sobre los huevos—. Aunque supongo que a la pobre Amanda le vendrá bien cualquier ayuda.

—He hecho maravillas con ella —le aseguró Juliana mientras batía enérgicamente su mezcla —. Ya verás. Llevará un vestido exquisito y tendrá el cutis impecable. He llamado a una peluquera...

—Espero que no la dejes tan guapa que te robe a tus pretendientes.

—Qué cosas se te ocurren. —Juliana le arrebató el pan de azúcar para que no pusiera demasiada, como solía. Su gusto por lo dulce era legendario incluso entre las Chase, que eran muy golosas, y no tenía ni idea de cuál era la cantidad adecuada de ningún ingrediente—. Además, no tengo ningún pretendiente con el que quiera casarme —añadió con un suspiro.

—Te estás esforzando demasiado —dijo Corinna—. Relájate y disfruta de la atención que te prestan.

Pero ¿cómo iba a relajarse Juliana? Al año siguiente cumpliría veintitrés años. Veintitrés años y soltera. ¿A qué edad se convertía una mujer en una solterona, y cómo se sabía cuándo había llegado una a esa edad? ¿Acaso la tía Frances se había despertado una mañana y había decidido ponerse la cofia de solterona?

—Ya está, ya está cremoso. —Corinna dejó caer el cuenco sobre la gran mesa de madera y se frotó el brazo—. ¿He terminado? Suponiendo que aún pueda sostener un pincel, me gustaría barnizar mi cuadro.

—Vete a barnizarlo —contestó Juliana, y la vio salir de la cocina.

A pesar de que carecía de la seguridad de un matrimonio feliz como el de Alexandra, Corinna parecía muy satisfecha con su vida.

¡Ojalá ella pudiera decir lo mismo!

8

EL *TRIFLE* SE HABÍA enfriado en su fuente de plata cuando Amanda llegó acompañada por dos lacayos cargados de cajas. La peluquera francesa estaba esperándola y, menos de una hora después, el cabello, que antes le llegaba hasta las rodillas, solo le llegaba a mitad de la espalda. Ella observó en el espejo del tocador de Juliana cómo iban cayendo los mechones dorados al suelo, con el semblante blanco como la nieve y los ojos abiertos de par en par con expresión alarmada.

Juliana le sirvió un poco de *trifle* en una taza, pensando que así se distraería.

—Cómete esto. Te sonrosará las mejillas.

—¿Qué es? —preguntó Emily mientras se acomodaba a Herman en el hombro—. ¿Puedo tomar poco?

—Es *trifle*, y claro que puedes.

La niña ladeó su rubia cabeza.

—El *trifle* que hace nuestra cocinera lleva bizcocho y fruta.

—Esta una receta muy vieja.

—Seguro que nuestra cocinera es más vieja todavía. —Emily se metió una cucharada de dulce en la boca y sonrió—. Está muy rico. Tiene usted un pelo muy bonito, lady Amanda.

Amanda tomó aire bruscamente.

—¿De verdad lo cree, señorita Neville?

—Desde luego que sí —respondió Juliana en lugar de la niña—. Ahora se lleva el pelo más corto. No entiendo por qué escondías esos rizos tan preciosos en una trenza.

A Juliana siempre le había molestado que su pelo fuera tan liso y lacio, pero al menos sabía que no debía recogérselo todo en una trenza tan prieta que pareciera pegado al cráneo.

Amanda hizo una mueca cuando la peluquera cortó otro mechón.

—Mantenga la cabeza quieta, por favor. —*Madame* Bellefleur cortó un poquito más—. *Parfait.*

—Es *trifle*, no *parfait* —repuso Emily.

—En francés, *parfait* significa «perfecto» —le dijo Juliana—. Ese largo de melena es mucho más ligero y fácil de peinar.

Madame sonrió y asintió.

—Ahora, unos mechones más cortos alrededor de la cara, *oui?*

—Estupendo. —Juliana siguió vaciando cajas y admirando los vestidos que habían encargado. La modista solo había enviado uno de los vestidos de baile, pero les había asegurado que los demás estarían listos para la semana siguiente—. Vas a tener un pelo precioso —le dijo a Amanda.

Su amiga respondió con una risa un tanto histérica.

Juliana hizo una mueca.

—Debes practicar una nueva risa. Una risa seductora, como el tintineo de una campanilla.

—¿Así? —Amanda probó a hacer una risita infantil… y hasta Herman pareció retroceder espantado.

Cuando acabaron de perfeccionar su nueva risa, *madame* Bellefleur había experimentado con distintos peinados y por fin se había decantado por retorcer casi toda la melena de Amanda y recogerla hacia arriba, disponiendo artísticamente los rizos restantes en la coronilla. La peluquera se marchó y Juliana levantó el vestido de baile desplegado sobre la cama.

Amanda miró el vestido de seda de color lavanda, luego miró a Emily y Herman, y de nuevo a Juliana.

—Preferiría no desvestirme delante de una serpiente —dijo, crispada.

—Así que por eso te negaste a quedarte en camisa para que te tomaran medidas. —Juliana aprovechó la oportunidad de utilizar aquello como ejemplo—. A la señora Huntley, la modista, tampoco le hizo ninguna gracia tener que trabajar estando Herman presente. A la gente no le agrada estar en compañía de tu serpiente —le dijo a Emily.

—Me da igual —respondió Emily.

Juliana llamó a su doncella y le pidió que acompañara a Emily y a la culebra a su casa. Pero, cuando Juliana y Amanda se quedaron solas, resultó que Amanda tampoco quería desnudarse delante de ella.

—Date la vuelta —le pidió.

—Pero si soy yo…

—Date la vuelta.

Suspirando, Juliana obedeció, confiando en que aquello no significara que Amanda no estaba dispuesta a desnudar un poco de su piel ante el hombre al que había elegido para comprometerla.

Oyó a continuación un sinfín de crujidos, prueba de los muchos problemas que estaba teniendo Amanda para enfundarse una prenda que no estaba hecha para ponérsela sin ayuda.

—¡Válgame Dios! —exclamó finalmente con muy poca elegancia—. ¡Yo no puedo ponerme esto!

Al darse la vuelta, Juliana vio que se estaba mirando el pecho con consternación.

—Claro que puedes. Estás guapísima. —Estaba deseando ver cómo reaccionaba la gente al ver a la nueva Amanda—. Date la vuelta para que te abroche por detrás. Cuando lo veas bien abrochado, el vestido te va a encantar.

Pero, por desgracia, al darse la vuelta Amanda se encontró cara a cara con el espejo y alzó las manos para taparse el escote.

—Es demasiado escotado —se quejó—. Tendré que ponerme otro vestido.

—No tienes otro vestido adecuado. Aparte de este, la señora Huntley solo ha mandado un par de vestidos de día. El resto de tu vestuario no estará listo hasta la semana que viene.

Frunciendo el ceño, Amanda tiró hacia arriba del corpiño.

—Estoy segura de que el modelo que me enseñó la señora Huntley tenía un escote mucho más recatado.

Por supuesto que sí; de lo contrario, Amanda jamás habría dado el visto bueno. Pero eso había sido antes de que Juliana le diera a la señora Huntley ciertas indicaciones que, por suerte, la modista había seguido al pie de la letra.

Aunque Juliana siempre había considerado a su amiga un poco regordeta, Amanda tenía una figura sorprendentemente bonita cuando se despojaba de su ropa holgada. Y Juliana tenía

intención de sacarle partido para que consiguiera un marido más joven.

—No es demasiado escotado —dijo, y volvió a bajarle el corpiño.

—Sí que lo es. —Amanda se lo subió aún más.

Al mirar a su amiga en el espejo, Juliana solo pudo echarse a reír.

—¡Mírate!

Amanda tenía el escote muy cerca del cuello, por lo que la cinta que debía pasar por debajo de sus pechos había quedado absurdamente colocada encima de ellos. Torció la boca y luego esbozó una sonrisa reacia, seguida de una risita nerviosa y chillona.

—Campanillas —le recordó Juliana, y Amanda respondió emitiendo la nueva risa que habían ensayado.

—Mucho mejor. —Juliana volvió a colocar el corpiño en su sitio y lo bajó un poquito más. Al ver que una curiosa marca de nacimiento en forma de flor de lis quedaba al descubierto en su pecho izquierdo, una sonrisa de regocijo se dibujó en sus labios—. Qué seductor —murmuró enarcando una ceja.

—¿Qué? —Amanda miró hacia abajo y se subió el corpiño de encaje para tapar la marca—. No tenías que ver eso.

—¿Por qué no? Es delicado y bonito. Estoy segura de que a un hombre le parecerá atrayente.

—¿Atrayente? —Amanda se sonrojó, visiblemente escandalizada—. Es muy íntimo.

Juliana suspiró mientras le ataba el fajín y se preguntó de nuevo si, a pesar de su recién descubierta belleza, Amanda no sería demasiado mojigata para atraer a los hombres. Pero, al menos, el rubor resaltaba el lustre de sus mejillas.

Le dio un poco más de *trifle*, por si acaso. Y le puso un poco de colorete, como había sugerido Corinna. Mientras terminaba de maquillar a su amiga tan artísticamente como pintaba su hermana, le dijo:

—A ver, enséñame otra vez esa sonrisa. Y tienes que volver a practicar la mirada antes de que nos vayamos.

Todos aquellos preparativos no podían caer saco roto.

9

—A**HÍ ESTÁ** —dijo Amanda con acritud cuando entraron en el salón de baile de lady Hammersmithe.

—¿Quién? —preguntó Juliana.

—Lord Malmsey. —El ceño fruncido de Amanda restaba lustre a su cutis impecable. Como si pusiera en duda el plan de Juliana, se volvió hacia su carabina y le preguntó—: ¿Tengo que bailar con él, lady Frances?

La tía Frances, que ignoraba que estaban prometidos, le dio unas palmaditas en la mano.

—Creo que te convendría más alguien más joven, querida, pero, si ya os han presentado, por supuesto que tienes que bailar con él si te lo pide.

Juliana dudaba que lord Malmsey fuera a pedírselo, aunque, a juzgar por la cara de angustia que estaba poniendo, daba la impresión de que trataba de armarse de valor para hacerlo. Pensando que pasar diez segundos en sus brazos bastarían para disipar las dudas de Amanda, le puso suavemente la mano en la espalda a su amiga.

—Claro que deberías bailar con él —declaró mientras la guiaba sutilmente hacia su nefasto prometido—. A fin de cuentas, es simple cuestión de educación. Después, ya procuraremos que tía Frances te presente a otros hombres más prometedores.

Los ojos de lord Malmsey se abrieron de par en par cuando las vio acercarse, y Juliana notó que tragaba saliva. Compadeciéndose del pobre hombre, sonrió cuando llegaron a su lado.

—Buenas noches, lord Malmsey. Lady Amanda me estaba diciendo que esperaba que la invitara usted a bailar.

—Muy bien —contestó.

Amanda no dijo nada.

Los acordes de un vals se alzaron en el aire y los dos se alejaron.

O, mejor dicho, se alejaron arrastrando los pies.

La tía Frances se reunió con Juliana y observó cómo se miraban de frente y empezaban a bailar.

—No hacen muy buena pareja.

—No, desde luego —coincidió Juliana.

Nunca había visto una pareja tan poco armoniosa. Debido a la altura de Amanda, los ojos de ambos quedaban al mismo nivel. Bajo su frente alta y arrugada, lord Malmsey tenía una mirada tímida y huidiza, y solo de vez en cuando miraba fugazmente a su prometida. Amanda, por su parte, parecía muy infeliz.

De pronto, Juliana vio a lord Neville saliendo de la sala de refrigerios, al otro lado del salón.

—Espera aquí —le dijo a Frances—. He visto al padre de Emily y pocas veces se queda

mucho tiempo en un baile. —Como el hombre tenía ya dos herederos varones y no parecía querer casarse por cuarta vez, se pasaba las noches con sus diversas amantes o jugando en su club—. Tengo que hablar con él sobre esa serpiente antes de que se vaya. Será solo un momento y, en cuanto Amanda termine de bailar, le buscaremos a algún hombre más adecuado.

¡Qué suerte que la tía Frances estuviera siempre en las nubes! En cambio, la tía de Amanda se habría negado sin duda a cooperar para dar al traste con los planes de su padre, pensó Juliana mientras iba derecha hacia el vizconde Neville.

—Lord Neville, ¿puedo hablar con usted un momento?

—Ah, sí, querida, por supuesto. —El padre de Emily era rubio y tenía los ojos grises como su hija. Era alto y un poco corpulento; no gordo, pero sí grande. Como parecía excederse en todos sus placeres, a Juliana no le sorprendió ver que llevaba en la mano un plato lleno de bocados sacados de la sala de refrigerios. Le dio un buen mordisco a una galleta—. ¿En qué puedo servirle?

—Se trata de Emily...

—Ah, sí. Le agradezco el interés que muestra por mi hija.

—Es un encanto. —Juliana sonrió mientras él se tragaba la galleta y, a continuación, una uva—. Pero me preguntaba si puedo convencerle de que la disuada de sacar a Herman en público. No es propio de una señorita llevar encima una serpiente.

—Ah, sí. Pero mi Emily le tiene mucho cariño a Herman. Su madre y ella lo encontraron en el jardín el día anterior al fallecimiento de mi esposa. —Arrancó tres uvas más del racimo y se las metió en la boca.

—Soy consciente de ello, señor, pero a principios de esta semana, cuando fuimos de tiendas, una clienta de Grafton House se cayó redonda del susto al ver la serpiente de Emily. —No era del todo cierto, pero podría haberlo sido. Varias clientas de Grafton House, además de la señora Huntley, la modista, se habían horrorizado al ver la culebra—. Ojalá hubiera oído usted los gritos de horror, lord Neville. No es el tipo de escena que una joven señorita ha de inspirar.

Por lo visto, al vizconde aquello le pareció más divertido que preocupante, porque se echó a reír.

Y luego se paró en seco.

De hecho, no solo dejó de reírse, sino que pareció que había dejado de respirar. El plato se le cayó de las manos y se hizo añicos en el parqué al tiempo que él se llevaba las manos a la garganta y el pecho. Tenía la boca abierta, pero parecía incapaz de hablar. Su piel se estaba poniendo de color azul.

—¡Santo cielo! —exclamó Juliana lo bastante alto como para que la gente que estaba cerca los mirara—. Lord Neville, ¿se encuentra bien?

Estaba claro que no.

—¡Socorro! —gritó ella, y empezó a darle palmadas en la espalda, como hacía la gente cuando alguien se atragantaba y le daba un ataque de tos.

Pero parecía que el vizconde ni siquiera podía toser. Tenía los ojos desorbitados, la cara azul y una expresión de pánico.

Justo en ese momento llegó Griffin corriendo, seguido por su amigo lord Stafford.

—¡Una silla! —ordenó lord Stafford—. ¡Rápido!

Griffin se apresuró a cumplir su orden. Mientras tanto, lord Stafford le desató la corbata al vizconde, con rapidez pero con bastante calma, dadas las circunstancias, y le desabrochó el cuello de la camisa. No dejaba de murmurar palabras tranquilizadoras con esa misma voz suave y densa como el chocolate que había hecho que a Juliana se le aflojaran las piernas cuando

habían bailado juntos la semana anterior.

Lord Neville, sin embargo, no pareció calmarse. De hecho, Juliana temió que se muriera allí mismo. Lord Stafford, en cambio, no parecía pensar lo mismo. Impasible, siguió murmurando con calma mientras esperaba a que Griffin le llevara la silla.

Juliana no entendía para qué la quería, pero cuando la silla llegó por fin un momento después, lord Stafford la colocó delante del vizconde y empujó al hombre para que inclinara su corpachón sobre el respaldo. Rápidamente, una y otra vez. Tras unos cuantos empujones, una uva roja intacta salió disparada de la boca de lord Neville y fue a caer a los pies de Juliana.

El vizconde respiró entrecortadamente varias veces, tragando aire a bocanadas, mientras lord Stafford dala la vuelta a la silla y le ayudaba a sentarse. Lord Neville se arrellanó en ella y el color fue volviéndole a la cara mientras respiraba profundamente, como si el simple hecho de tomar aire fuera lo más satisfactorio que había hecho en toda su vida.

Juliana soltó un largo suspiro de alivio, al igual que otras personas que habían presenciado la escena, acongojadas por lo que ocurría.

—Le ha salvado la vida —le dijo a lord Stafford, impresionada. A fin de cuentas, era una mujer empeñada en ayudar a los demás, y estaba claro que lord Stafford hacía lo mismo. Pero él, en lugar de agradecerle el cumplido, se encogió de hombros y, agachándose junto a lord Neville, quiso examinarle la garganta.

Comprendiendo que no era el momento de hablarle a lord Neville de la serpiente de su hija, Juliana se volvió para ver qué tal le iba a Amanda en la pista de baile. Pero al parecer el vals había terminado mientras tenía lugar aquel revuelo y ahora estaba sonando una cuadrilla, pero no había ni rastro de Amanda en la pista.

—Te dije que lord Stafford era un buen hombre —dijo Griffin a su lado.

Ella miró a Stafford, que estaba examinando la parte posterior de la garganta de lord Neville a través de un monóculo plateado que llevaba colgado del cuello con una cadena. Los rizos oscuros y despeinados le caían sobre la frente.

—Le ha salvado la vida al vizconde —añadió Griffin.

—Es su trabajo —le espetó ella. La celeridad y la eficacia con que había actuado Stafford no servían para mitigar sus defectos. No era lo que ella buscaba en un marido—. ¿Dónde se habrá metido Amanda?

—Está allí. —Griffin señaló a un grupo de hombres reunido al otro lado del salón.

Si Amanda no hubiera sido lo bastante alta como para que alcanzaran a verse los rizos rubios amontonados sobre su cabeza, Juliana no habría dado crédito. ¡Y pensar que había dudado de su capacidad para atraer pretendientes! Sus preocupaciones habían resultado infundadas.

Estaba claro que el *trifle* funcionaba.

Al parecer, Amanda no había necesitado que la tía Frances le presentara a ningún caballero. Estaba completamente rodeada de hombres. Viejos, jóvenes y de mediana edad. Incluso lord Malmsey estaba allí, de pie al borde del grupo de admiradores, algo desconcertado al ver que su prometida acaparaba de pronto tanta atención.

Juliana se acercó y se abrió paso entre ellos. Tocó a Amanda en el brazo y, cuando su amiga la miró, susurró:

—*La mirada.*

Evidentemente aturdida por su repentina popularidad, Amanda pareció no comprenderla al principio, pero luego esbozó una de las sonrisas que Juliana le había hecho practicar una y otra vez, eligió a un hombre y le miró con expresión seductora, batiendo las pestañas recién oscurecidas.

—¿Me haría el honor de concederme este baile? —preguntó el caballero de inmediato.

—Con mucho gusto, milord —respondió Amanda, tal y como le había enseñado Juliana. Mientras se alejaba, agarrada del brazo del hombre, volvió la cabeza y, mirando a Juliana con asombro, dijo en voz muy baja—: Están cayendo rendidos a mis pies.

Por supuesto que sí. ¿No le había dicho ella que así sería?

Desde luego, parecía que iba a ser muy fácil encontrar a un hombre dispuesto a comprometer a Amanda. Ahora, lo único que tenía que hacer Juliana era encontrar al hombre adecuado: a un hombre que hiciera feliz a su amiga.

Había más de una docena de caballeros que mostraban gran interés por Amanda. El hecho de que Juliana los hubiera rechazado previamente a todos carecía de importancia. Amanda y ella eran mujeres muy distintas, con criterios muy diferentes a la hora de buscar marido. Y la mitad de los hombres cumplían el principal requisito de Amanda, es decir, eran jóvenes o, al menos, bastante más jóvenes que lord Malmsey.

Seguro que alguno de ellos serviría.

Después de irse Amanda, el grupo se dispersó poco a poco, pero lord Malmsey se quedó allí de pie, mirando hacia la pista de baile con abatimiento. Aunque Juliana no lo conocía bien, siempre le había parecido un hombre amable. No era precisamente guapo, pero sí de aspecto agradable, incluso en ese momento, con la boca crispada en una mueca de tensión. Sus ojos de color verde claro tenían una mirada atormentada.

De repente, Juliana comprendió que su plan perfecto tenía un fallo. Al procurar la felicidad de Amanda, estaba haciendo desgraciado a lord Malmsey. Y eso no podía ser.

—¿Qué estás maquinando ahora, Juliana?

Se volvió y vio a Corinna y Alexandra.

—Nada —les dijo.

—Conozco esa mirada —comentó Alexandra.

Juliana nunca había podido engañar a su hermana mayor.

—Oh, está bien —dijo—. Intento encontrarle pareja a lord Malmsey.

Sorprendida, Corinna miró al melancólico caballero.

—Santo cielo, ¿cómo se te ha metido eso en la cabeza?

Juliana no supo qué responder; al menos, sin desvelar la situación en que se hallaba su amiga.

—Aquí está pasando algo. —Corinna entornó los párpados—. Algo que tiene que ver con Amanda.

Juliana suspiró. Debería haber imaginado que Corinna le sonsacaría la verdad de un modo u otro.

—¿Podéis guardar un secreto?

—Claro que sí —contestó Alexandra, un poco dolida—. ¿Hemos traicionado alguna vez una confidencia?

Pues no, ninguna de las dos lo había hecho nunca. Al menos, que Juliana supiera. Se inclinó más hacia ellas y bajó la voz.

—El padre de Amanda la ha prometido con lord Malmsey.

—¡Lo sabía! —exclamó Corinna al mismo tiempo que Alexandra decía:

—Eso es espantoso.

—Pues sí. Amanda está muy disgustada, como es lógico, pero lord Wolverston se niega a escucharla. Le ha dicho que, si se niega a celebrar la boda, la desheredará.

Corinna ahogó una exclamación de horror.

—Entonces nadie más pedirá su mano.

De las tres, siempre había sido la más franca.

—Exactamente —dijo Juliana—. Por eso me he propuesto ayudarla a conquistar a un hombre más joven, con la esperanza de que pida su mano antes de que sea demasiado tarde. —Aunque ese no era exactamente su plan, se acercaba bastante. No estaba dispuesta a reconocer que también tendrían que maniobrar para que el hombre en cuestión comprometiera públicamente a su amiga con el fin de obligar a lord Wolverston a cambiar de idea—. Pero no puedo buscarle un amor a Amanda a expensas de lord Malmsey. Sería terriblemente injusto.

—Juliana siempre quiere contentar a todo el mundo —le recordó Alexandra a su hermana.

—A pesar de sus muchos años —señaló Corinna—, lord Malmsey nunca se ha declarado a nadie, Amanda es la primera. Es demasiado tímido para acercarse a otra mujer.

—Entonces, una solterona tímida será la pareja perfecta para él. —Juliana recorrió el salón de baile con la mirada. La señorita Hartshorn era demasiado mayor; lady Sarah Ballister, demasiado joven; la señorita Ashton, demasiado extrovertida. Pasó de largo por delante de su carabina y luego volvió atrás—. La tía Frances —dijo, asintiendo para sí misma con no poca satisfacción.

—¿La tía Frances? —Los brillantes ojos azules de Corinna se abrieron de par en par—. ¿Estás pensando en emparejar a la tía Frances con lord Malmsey?

Alexandra miró a su tía y frunció el ceño, pensando sin duda en sus gafas y su cabello gris y peinado sin gracia.

—Nunca he visto a la tía Frances interesarse sentimentalmente por un hombre.

—Eso es porque ningún hombre ha mostrado nunca interés por ella —contestó Juliana—. Pero eso cambiará cuando reciba la carta de amor de lord Malmsey.

—¿Qué carta de amor? —preguntaron Alexandra y Corinna al unísono.

Juliana meneó la cabeza.

—La que voy a escribir yo, naturalmente.

Sus hermanas no tenían imaginación.

Entonces vio a una de sus primas, que parecía desorientada.

—¡Rachael! —la llamó, saludándola con la mano, y se dirigió hacia ella.

Corinna la agarró del brazo.

—¿No estarás tramando algo más?

—Claro que no —dijo Juliana, aunque esperaba arreglárselas para que su hermano bailara con su prima.

Rachael y Griffin estaban hechos el uno para el otro, pero Rachael parecía un poco decaída últimamente y no había asistido a muchas veladas, lo que había dificultado sus esfuerzos por emparejarlos.

—Solo quiero invitar a Rachael, Claire y Elizabeth a mi próxima sesión de costura —explicó con una sonrisa inocente.

10

RECELOSO DE LA SONRISA de Juliana, Griffin la vio dirigirse hacia él acompañada por su prima.

—Ah, ahí estás —dijo ella—. A Rachael le encantaría bailar contigo.

Rachael entornó sus hermosos ojos azul cielo, lo que hizo sospechar a Griffin que la afirmación de Juliana era tan falsa como parecía. Se hizo un momento de tenso silencio mientras se removía, incómodo. Pero no había nada que hacer: no había forma de salir airoso de aquella situación.

En algún momento, durante los años que él había pasado en el ejército, su hermana Juliana se había convertido en una entrometida de primera categoría, en una auténtica maestra de ese arte.

—Será un honor bailar con usted la próxima pieza, lady Rachael —dijo por fin.

—Espléndido —repuso Juliana mientras los músicos empezaban a tocar un vals—. Disculpadme, por favor. —Les hizo señas de que se dirigieran a la pista de baile—. Tengo que hablar con Alexandra.

—Estaba hablando con Alexandra hace un momento —informó Rachael a Griffin cuando empezaron a bailar el vals—. ¿Siempre dejas que tus hermanas te mangoneen así?

Griffin se negó a ofenderse por su pregunta. Primero, porque le encantaba tenerla entre sus brazos —lo que era completamente inapropiado— y, segundo, porque su comentario estaba cargado de buen humor.

—Solo Juliana —contestó con ligereza.

—Y un cuerno —replicó ella. Rachael era capaz de maldecir como un marinero, pero para él eso era parte su encanto—. Alexandra y Corinna te manipulan igual de bien.

Como de hecho no podía llevarle la contraria, la hizo girar y cambió de tema.

—Esta temporada casi no te has dejado ver —comentó.

El buen humor de Rachel se esfumó de pronto, sustituido por un aire melancólico. Incluso los mechones castaños que rodeaban su rostro parecieron languidecer.

—No he tenido muchas ganas de compañía.

No hizo falta que dijera por qué. Griffin sabía —aunque sus hermanas no lo supieran— que Rachael había sufrido un duro golpe unos meses antes, al enterarse de que el hombre al que llamaba *papá* desde pequeña no era en realidad su padre.

—Nada ha cambiado —le dijo en voz baja.

—Para mí, sí. Siento que mi vida entera ha sido una mentira.

—¿Ha cambiado algo en casa? ¿Noah te trata de manera diferente? ¿O Claire o Elizabeth?

—No, en absoluto. Pero yo siento que deberían hacerlo.

—Sois hijos de la misma madre. Siguen siendo tus hermanos.

Ella suspiró, visiblemente conmovida.

—Lo sé. —Se le humedecieron sospechosamente los ojos y Griffin temió que su barbilla (su adorable barbilla, con su pequeño hoyuelo) se pusiera a temblar.

De pronto descubrió que ansiaba ayudarla.

Aquello no era asunto suyo. Bien sabía Dios que, entre dirigir un marquesado y casar a sus hermanas, tenía trabajo de sobra. Pero Rachael era joven y hermosa. Debería estar disfrutando de la vida, buscando marido, enamorándose. Era su prima —de nombre, aunque no lo fuera de sangre— y quería verla feliz.

La mirada atormentada de sus ojos cerúleos le produjo una opresión en el pecho.

—¿Quieres que te ayude a encontrar a tu padre? —preguntó.

—No —contestó tajantemente—. Está muerto.

Griffin estuvo a punto de decirle que, tanto si su padre estaba muerto como si no, conocer su identidad podía darle algo de paz, pero en ese momento acabó la música y ella se retiró e hizo una reverencia.

—Gracias, lord Cainewood —dijo sin mirarle a los ojos. Y se alejó.

Teniendo en cuenta que habían crecido juntos, su reverencia había sido demasiado formal, pero Griffin se dijo que era preferible así. De todos modos, no debería haberse ofrecido a ayudarla. Siempre se descubría rechinando los dientes cuando ella estaba cerca. Lo último que necesitaba era que una mujer como Rachael le complicase la vida.

Al abandonar la pista de baile, se le acercó el duque de Castleton.

—¿Cuándo vas a venderme a Velocity?

Agradeciendo la distracción, Griffin se echó a reír.

—Nunca. ¿Cuándo vas a dejar de pedírmelo?

—Nunca. —Aunque Castleton asintió enérgicamente, no se le movió ni un solo pelo de la cabeza rubia, peinada con esmero—. Me han dicho que se lució en Ascot.

—Lástima que te perdieras las carreras —repuso Griffin, y entonces se acordó de que a Juliana le gustaban los rubios—. Tú ya tienes una buena cuadra, Castleton.

—Sería mejor con Velocity.

—Velocity, como te he dicho al menos una docena de veces, no está en venta. —Dando por zanjado el tema, Griffin señaló al otro lado del salón—. Dime una cosa, ¿te gustaría conocer a mi hermana Juliana?

11

TODA LA GENTE de alcurnia acudió al baile de lady Hammersmithe, incluida la madre de James, Cornelia, condesa viuda de Stafford, y sus hermanas mayores, Aurelia y Bedelia.

En la sala de refrigerios, James les entregó sendas copas de champán.

—¿Qué tal tu garganta, tía Bedelia?

—Mejor. Aunque me duele el pecho. —Se llevó una mano muy fina al pecho plano: Bedelia era delgada como un palillo—. Quizá deberías pasarte por casa el lunes por la mañana para oírme el corazón con tu estetoscopio nuevo.

Haciendo todo lo posible por parecer preocupado, James bebió un sorbo de champán.

—Puede que lo haga.

—Por supuesto que lo harás —dijo su madre, pero suavizó su tono imperioso con una sonrisa que se extendió a sus ojos marrones.

Además de tener los ojos como su hijo, tenía el mismo cabello oscuro. James pensó, no por primera vez, que era bastante atractiva para una mujer de su edad. Aurelia era un poco gordezuela y Bedelia demasiado flaca, pero Cornelia se encontraba justo en el medio.

—¿Has disfrutado del baile esta noche? —le preguntó su madre.

—¿Se supone que debo disfrutar? —respondió él secamente—. Pensaba que el objetivo era casarme, no que disfrutara.

—El objetivo son los nietos —dijo Aurelia—. Y los sobrinos nietos.

Eso le parecía a James, pero no se imaginaba casado con ninguna de las mujeres con las que había bailado esa noche, y mucho menos teniendo descendencia con ellas. Por más que lo intentaba —y lo estaba intentando, por el bien de su madre, aunque no fuera por el suyo propio—, no se veía casado de nuevo.

El problema era que ya había tenido amor y matrimonio a la vez. Y tener ahora una cosa sin la otra —el matrimonio sin el amor—, le parecía sencillamente imposible. Aun así, solo podía aspirar a un matrimonio sin amor, ya que amar a otra mujer le resultaba inconcebible. Incluso considerarlo se le antojaba una falta de respeto, como si estuviera profanando el recuerdo de Anne.

Y no porque ella se hubiera opuesto. Anne siempre había sido muy generosa. No habría querido que fuera infeliz o que pasara toda su vida solo. Si él le hubiera pedido permiso —cosa que no había hecho, por supuesto—, sin duda le habría dicho que podía enamorarse de otra cuando ella ya no estuviera.

Pero eso no iba a suceder. Esa noche, cada vez que había bailado con una dama, el rostro serio y leal de Anne se había aparecido ante sus ojos, titilando suavemente.

—Solo quiero que seas feliz —le dijo su madre.

—Lo sé. —También sabía que ella comprendía cómo se sentía. O al menos debería saberlo. Su madre también había amado a su esposo y lo había perdido—. ¿Por qué no estás bailando, madre?

—¿Yo?

Tal vez, si cambiaba las tornas, se daría cuenta de que le estaba presionando demasiado. De que aún no estaba preparado.

—Sí, tú.

Aurelia y Bedelia se rieron por lo bajo. Quizá fuera el champán, pero le pareció que no.

—¿Qué ocurre? —preguntó volviéndose hacia ellas—. Mi padre lleva más tiempo muerto que Anne. Y vuestros maridos aún más. Deberíais estar bailando las tres.

Las hermanas se miraron con sorpresa.

—Somos demasiado mayores —dijo Aurelia en nombre de todas.

—Tonterías. —Aurelia y Bedelia pasaban de los sesenta, pero su madre solo tenía cincuenta y seis años. James dejó el champán, cogió sus tres copas y también las depositó sobre la mesa—. No vais a encontrar marido aquí paradas, alrededor de la mesa de los tentempiés. Vamos.

Agarró a su madre de la mano y la llevó hacia el salón, confiando en que sus hermanas la siguieran. A fin de cuentas, estaban tan unidas como una venda a una herida.

Su profesión consistía en parte en recetar fármacos. Y quizá ya fuera hora de que probaran de su propia medicina.

12

MIENTRAS AMANDA bailaba con su cuarto o quinto posible pretendiente y Juliana invitaba a las dos hermanas de Rachael a que asistieran al día siguiente a su pequeña sesión de costura (o se lo rogaba, mejor dicho), Griffin se acercó para presentarle a un extraño.

No es que fuera *extraño*, en realidad, pero sin duda era un desconocido, lo que a Juliana le intrigó, porque creía conocer ya a todos los solteros bien situados que se habían molestado en ir a la ciudad a pasar la temporada.

—Mi hermana —dijo Griffin a modo de presentación—, lady Juliana.

El hombre era guapo, rubio y no demasiado alto. Juliana sonrió e hizo una reverencia.

—Juliana, te presento al duque de Castleton.

¡Un duque! Guapo, rubio, no demasiado alto, rico e inmejorablemente situado... El corazón le palpitó de emoción cuando el duque se inclinó para besarle la mano.

—¿Me honraría con un baile, lady Juliana?

—Será un placer —contestó, y dejó que la condujera a la pista.

El atuendo y el porte del duque eran impecables, y además demostró ser un buen bailarín.

—¿Dónde ha estado toda la temporada? —preguntó ella.

—En el extranjero, ocupándome de mis negocios ahora que la guerra con Francia ha terminado.

—Ah. —Aunque no la apretaba contra sí, Juliana alcanzaba a oler su costosa agua de colonia —. Entonces, ¿sus negocios le mantienen muy ocupado?

—Normalmente, no. —Tenía unos ojos azules claros muy apacibles—. Hacía años que no iba al extranjero. Prefiero quedarme aquí, en la ciudad, y divertirme.

No tenía profesión, por lo tanto. Nada que le impidiera pasar tiempo con ella. Llevaba el pelo rubio peinado con pulcritud. Saltaba a la vista que tenía tiempo de sobra para peinarse, no como lord Stafford, con sus mechones alborotados. El duque cada vez le parecía más interesante. Perfecto, de hecho.

—A mí me encanta divertirme —le dijo, y le lanzó *la mirada.*

Por desgracia, él no cayó rendido a sus pies. De hecho, pareció bastante incómodo.

—Hacía frío en el continente —comentó como si Juliana no acabara de intentar seducirle.

O sea, que era un hombre correcto y reservado. Juliana supuso que eso podía aceptarlo.

—¿Tanto como aquí?

—No tanto. Y desde luego llovía mucho menos.

—Ha nevado este mes. ¡En junio!

—Increíble, ¿no?

—Sí, increíble.

No era una conversación brillante que digamos, pero aún no se conocían bien. Ya habría tiempo más delante de hablar de cosas más profundas, se dijo Juliana.

Cuando terminó el baile, el duque la condujo de nuevo junto a su hermano con toda formalidad.

—¿Y bien? —preguntó Griffin cuando Castleton se alejó después de hacer una reverencia—. Supongo que quieres que siga buscando.

—Al contrario —contestó ella—. Creo que no va a ser necesario que me presentes a nadie más. ¿Qué edad tiene el duque? ¿Lo sabes? —No parecía muy mayor, pero casi todos los duques que conocía estaban en la madurez.

—¿No va a descartarlo de un plumazo? —Griffin parecía enormemente sorprendido… y complacido, por no decir aliviado—. Creo que tiene treinta y dos años.

Aunque ella hubiera preferido un hombre de veintitantos —buscaba el amor, no una viudez prematura—, treinta y dos años no eran muchos.

—No me has dicho cuál es su nombre de pila.

—David. Y se apellida Harcourt.

Harcourt, un apellido bonito y sencillo para sus hijos. Y su título, Castleton, sonaba bastante romántico, ¿no? Y además era duque.

Cada vez le parecía más ideal.

Una voz grave interrumpió sus cavilaciones.

—Buenas noches, lady Juliana.

Se volvió y vio a lord Stafford.

—Buenas noches —respondió.

—Cainewood —dijo él dirigiéndose a Griffin—, por casualidad no conocerás a ningún viudo entrado en años, ¿verdad?

—¿Buscas más pacientes, Stafford? ¿Viejos con un sinfín de achaques?

—No. —Señaló a tres mujeres maduras que se apiñaban allí cerca—. Busco parejas de baile para mi madre y sus hermanas, lady Avonleigh y lady Balmforth.

—¿Parejas de baile o posibles pretendientes? —preguntó Juliana con interés.

—Mi hermana se cree una casamentera —explicó Griffin.

—No es verdad —replicó ella—. Solo intento ayudar a la gente. Me esfuerzo por hacer felices a los demás.

—Una noble empresa —afirmó lord Stafford—. Pero no estoy buscando marido para mi madre y mis tías. Me conformo con encontrarles pareja de baile.

Juliana pensó de inmediato en lord Malmsey, pero, aunque era muy mayor para Amanda, era demasiado joven para la madre de lord Stafford. Y, además, ya había decidido emparejarlo con la tía Frances.

—¿Tendría la bondad de prestarme su monóculo? —preguntó.

Lord Stafford se lo ofreció sin quitarse del cuello la larga cadena. Juliana se inclinó para acercárselo al ojo izquierdo. Lord Stafford no olía a agua de colonia cara, sino a algo más parecido al jabón.

Un jabón muy masculino.

Al echar un rápido vistazo al salón a través del monóculo, localizó a unos cuantos caballeros que podían bailar con la madre y las tías de Stafford, y no tardó en acorralarlos y presentarles a las tres mujeres. Cinco minutos después estaba de nuevo junto a lord Stafford, codo con codo, viendo como su madre y sus tías bailaban una cuadrilla.

O al menos habrían estado codo con codo si él no hubiera sido tan alto.

—Eso ha sido impresionante —comentó, un poco perplejo.

Juliana se encogió de hombros, igual que había hecho él cuando le dijo que le había salvado la vida a lord Neville.

—Se me da bien lo que hago.

—Desde luego que sí. —Los músicos terminaron la cuadrilla y empezaron a tocar un cadencioso vals—. ¿Me concede este baile? —preguntó él de repente.

Aunque Juliana hubiera preferido bailar otra vez con el duque, no habría sido correcto negarse. Así que respondió:

—Con mucho gusto.

Cuando Stafford la agarró de la mano, notó un extraño hormigueo en el vientre. Pero no era por él, por supuesto. Era solo porque las cosas iban de maravilla. Había conocido al duque, Amanda tenía muchos pretendientes entre los que elegir y lord Malmsey iba a enamorarse perdidamente de tía Frances. Quizás incluso pudiera emparejar a la madre y las tías de lord Stafford con viudos interesante esa temporada, aunque él solo quisiera que bailaran. Todos sus proyectos estaban empezando a dar fruto.

No, el hormigueo que sentía no tenía nada que ver con lord Stafford. Aquel hombre no le interesaba en absoluto. De hecho, podía ser el marido ideal para Amanda. Era médico, a fin de cuentas, y a Amanda no se mareaba al ver sangre. Sería una buena esposa para él. Y Amanda era alta, además, así que harían muy buena pareja.

¡Y quizás ella fuera duquesa! Ya se imaginaba caminando hacia el altar con el duque.

Al levantar la vista, descubrió que lord Stafford la estaba mirando fijamente, como la semana anterior, cuando habían bailado por primera vez. Y de nuevo le pareció turbador. Parecía un hombre muy apasionado.

Se devanó los sesos buscando algo que decir para que él se pusiera a hablar y dejara de mirarla con esa fijeza.

—Le eché de menos en Almack's el miércoles pasado.

Sus ojos de color chocolate se dilataron.

—¿Me echó de menos?

Juliana no había querido decir eso.

—No estuvo allí. ¿Es que no le gusta Almack's?

James aborrecía pensar siquiera en aquel lugar: era un auténtico mercado matrimonial, y los hombres que acudían eran poco menos que presas para las jovencitas casaderas y sus intrigantes mamás. Pero no iba a decirle eso a Juliana.

—Mi madre me consiguió un pase —dijo sin faltar a la verdad—, pero esa noche hubo problemas en el Instituto y no pude asistir.

Eso también era cierto, pero, a decir verdad, si no hubiera tenido ese pretexto se habría buscado cualquier otro.

—Qué mala suerte —comentó Juliana—. Espero que no fuera nada grave.

—Falta de personal. Tuve que sustituir a una empleada, además de entrevistar a unas cuantas candidatas para el puesto vacante.

—¿Qué puesto era? ¿Encontró a alguien?

Dada su inclinación a ayudar a la gente, a James no le habría extrañado que se ofreciera a buscarle a alguien.

—Necesitaba a una joven para que fuera mi ayudante y se encargara de procurar a los médicos el material necesario y se asegurara de que se atiende a los pacientes con la mayor rapidez y eficacia posibles. Y sí, encontré a alguien. Si no, no estaría aquí esta noche.

Los ojos pardos de Juliana se entrecerraron.

—¿Estaría dispuesto a trabajar un sábado por la noche?

—La viruela no sabe de días de la semana. Debemos inmunizar al mayor número posible de personas. Y los trabajadores no pueden ir a la clínica durante su jornada laboral. Cuando estoy en Londres, Nueva Esperanza abre de diez de la mañana a diez de la noche, todos los días excepto el domingo.

La mayoría de las tiendas tenían el mismo horario, así que a James le extrañó que ella pareciera no aprobarlo. Y deseó que no fuera así. Porque, sinceramente, cuanto más la veía, más le gustaba. Estaba llena de buenas intenciones y de una vitalidad que echaba en falta en su día a día.

De pronto se dio cuenta de que el rostro de Anne no titilaba suavemente ante sus ojos. De hecho, no había pensado en ella mientras bailaba con Juliana. Ni un solo instante. Aunque Juliana no podía ser más distinta de Anne —su difunta esposa era una joven muy seria—, casi podía imaginarse casado con ella.

Casi. Pero no del todo. Porque primero tendría que enamorarse de ella y eso no iba a suceder.

Aunque algún día se sintiera preparado para volver a enamorarse, aunque lograra desprenderse de la idea de que sería una traición, no podría amar a Juliana. No era la mujer adecuada para él, por muy atractiva que le pareciera. Aunque «se le diera bien lo que hacía», sus intereses eran demasiado frívolos para un hombre como él.

Aun así, le gustaba sentirla entre sus brazos. A la luz de las arañas, su pelo brillaba con una hermosa mezcolanza de dorado y castaño claro y todos los tonos intermedios. Y esos ojos entre azules, verdes y marrones... No podía dejar de mirarlos, tratando de averiguar de qué color eran.

Cuando terminó el baile, no sabía si sentir pena o alivio.

—Quiero presentarle a alguien —dijo ella.

James no quería conocer a nadie. Quería volver a casa, a Stafford House. Sin su madre. Quizás ella durmiera en casa de sus hermanas esa noche, riéndose las tres como jovencitas mientras hablaban de sus últimas conquistas. Ojalá.

Pero no, su madre volvería a casa como siempre, seguramente enojada con él por haberla hecho bailar con un hombre que no era su marido. Pero de eso se trataba, ¿no? De hacerle entender que un viudo afligido no pintaba nada en un mercado matrimonial como aquel.

—No le importa, ¿verdad? —La voz entusiasta de Juliana le devolvió al presente—. Lady Amanda es realmente encantadora.

Ah, sí, quería presentarle a alguien. Lady Amanda. Sí.

—No me importa en absoluto —mintió—. ¿Dónde está esa encantadora señorita?

Ella le lanzó una mirada insondable y luego echó a andar hacia el otro lado del salón de baile.

—Sígame, lord Stafford.

—James.

—¿Perdón?

Él observó cómo se mecía su trasero torneado mientras la seguía.

—Mi nombre de pila es James.

Ella aflojó el paso hasta que la alcanzó.

—Apenas nos conocemos, lord Stafford.

Cierto, pero él había pensado en ella como Juliana desde el instante en que la había visto allí esa noche. No como lady Juliana, sino como Juliana a secas.

Qué raro.

—Hemos bailado dos veces —señaló.

—Eso no nos convierte en íntimos.

Íntimos. Aquella palabra hizo que una visión atravesara su mente. Una visión muy indecorosa, aunque ya hubiera decidido que Juliana era demasiado frívola para él.

—Llámame James —le espetó.

—Muy bien. —Ella soltó un suspiro impaciente y se detuvo ante un grupo de hombres—. Ven conmigo —dijo, y empezó a abrirse paso entre la gente.

En medio del grupo había una mujer rubia. Una mujer rubia y encantadora. Una mujer rubia y encantadora que no hizo que ninguna visión atravesara su mente.

Juliana sonrió.

—Lord Stafford, James, esta es lady Amanda Wolverston. Amanda, lord Stafford.

—Lady Amanda. —Hizo un reverencia. No sintió la tentación de llamarla Amanda a secas. O de pensar en ella como tal. Era lady Amanda hasta la médula.

Juliana, en cambio, era solo Juliana.

Aquella velada estaba resultando de lo más desconcertante.

—Lord Stafford —respondió formalmente lady Amanda—, encantada de conocerle.

Era encantadora y parecía simpática. Y, como él era un caballero, debía mostrarse cortés.

—¿Me concede el honor del próximo baile?

Lady Amanda esbozó una bonita sonrisa, aunque parecía un tanto forzada.

—Con mucho gusto, milord —dijo, pareciendo mucho menos entusiasmada de lo que decía estar.

Juliana les sonrió a los dos.

Al menos alguien estaba contento.

Lady Amanda bailaba muy bien, pero a James no le agradó especialmente sentirla entre sus brazos. Aunque no era ni mucho menos tan animada como Juliana, su conversación era cordial, y no había duda de que era atractiva, pero, cuando terminó el baile, James no lo lamentó. Solo sintió alivio.

Otro caballero le pidió bailar de inmediato. La madre de James se acercó, casi sin aliento.

—Qué chica tan encantadora.

—En efecto. ¿Has disfrutado de tu baile? —preguntó él, convencido de que le diría que no. Esperaba oírla decir que no estaba preparada para pensar en otros hombres, aparte de su difunto marido. Quería oírla disculparse por animarle a cortejar a mujeres cuando evidentemente aún no estaba preparado para algo así.

—Han sido estupendos —contestó su madre.

—¿Estupendos?

—Los bailes. He bailado tres piezas. Con tres caballeros distintos. Aurelia y Bedelia han tenido bastante con un baile, así que he bailado también con sus parejas. —Le agarró de las manos—. Gracias, querido. Reconozco que al principio me horrorizaba la idea, pero ya es hora de que reanude mi vida social, y te agradezco que me hayas dado ese empujoncito.

James gruñó. Para sus adentros, por supuesto.

—Voy a dormir en casa de Aurelia y Bedelia —añadió su madre. Hacía siglos que James no la veía tan contenta—. Buenas noches, querido. Hasta mañana.

Él quería que fuera feliz, desde luego, se dijo mientras su madre se alejaba, y deseaba pasar la noche solo en casa.

Así que, ¿por qué la noticia le hacía rechinar los dientes?

—Bueno, Stafford, has bailado con un montón de damas esta noche.

Se giró y vio a Cainewood.

—Ya he terminado —dijo, aliviado por no hallarse ya bajo la atenta mirada de su madre. Pero aún no quería irse a casa. De repente, no le apetecía tanta soledad—. ¿Quieres que juguemos una partida de ajedrez?

—¿Ajedrez? No he tocado un tablero desde que dejé el ejército. —Cainewood sorbió un poco del brebaje de su vaso medio vacío—. Claro. ¿Por cuánto?

—¿Quieres que apostemos?

—¿Tienes miedo de perder? —Sonriendo, volvió a beber—. Diez guineas.

—Trato hecho. —Era una apuesta elevada, sin duda mucho más alta que las que solían hacer en sus tiempos de estudiantes, pero James le devolvió la sonrisa—. Sígueme —dijo, y condujo a su amigo hacia la sala de naipes.

No iba a perder. Cainewood parecía un poco bebido.

13

—**ME PARECE, CAINEWOOD**, que estás un poco beodo.

Griffin levantó la vista del tablero de ajedrez en el que estaba jugando con Stafford y vio a Castleton de pie junto a ellos.

—Estoy bastante sobrio, te lo aseguro —le dijo al duque, y le fascinó notar que se le trababa un poco la lengua. Pero solo un poco, porque solo estaba un poquitín achispado, lo cual era perfectamente comprensible, dado que había tenido muchas cosas que celebrar esa noche.

Juliana por fin —¡por fin!— había encontrado a un hombre que le agradaba.

Y ese hombre estaba justo allí.

Bebió un sorbo de su vaso de «ponche del regente», una inspirada mezcla de seis licores distintos.

—¿Qué te parece mi hermana, Castleton?

El duque se encogió de hombros.

—Es un poco vivaracha.

—Sí, ¿verdad que es agradable? No hay nada como una joven vivaracha. —Griffin parpadeó. Castleton parecía un poco borroso. Y un poco estirado, también.

No entendía muy bien qué veía su hermana en aquel hombre.

Castleton tenía buen ojo para los caballos, lo que a su modo de ver era una gran virtud, pero seguramente a Juliana le importaría muy poco. Su hermana montaba bien y sin duda disfrutaba dando un paseo a caballo por Rotten Row, en Hyde Park, el lugar de moda para ver y ser visto, pero nunca había sido especialmente aficionada a los caballos.

Griffin suponía, no obstante, que las damas podían considerar a Castleton guapo, de un modo un tanto paliducho y fofo. Y, además, claro, era duque. Eso no había que olvidarlo.

Pero, en fin, ¿acaso importaba por qué le gustaba a Juliana? Con que le gustara era suficiente.

—Te toca —dijo Stafford.

—En efecto, así es. —Griffin se concentró en el tablero, o al menos lo intentó. Iba perdiendo, pero ¡qué demonios! La vida le parecía demasiado espléndida en ese momento como para preocuparse por una partida de ajedrez o unas cuantas guineas.

Mientas sopesaba su estrategia, bebió otro sorbo para celebrarlo. Hasta esa noche nunca le había gustado mucho el ponche, pero la verdad es que estaba sorprendentemente bueno.

Movió una torre y volvió a mirar a Castleton.

—Supongo que has venido a pedirme permiso para visitar a mi hermana.

—Pues no. Estaba sentado allí, jugando a las cartas, y me he dado cuenta de que parecías ebrio.

Castleton hablaba con cierto aire pomposo y condescendiente. El muy mojigato... ¿Por qué le

gustaría a Juliana? Ah, sí, porque era duque. Además, el motivo no importaba. Griffin quería que su hermana fuera feliz. Quería que todas sus hermanas fueran felices. Si Juliana se había encaprichado de Castleton, haría lo que fuera necesario para que se casara con aquel cretino.

—¿Sabías que Velocity forma parte de la dote de Juliana? —dijo, y volvió a notar, divertido, que se le trababa un poco la lengua.

No era cierto, por supuesto. Hasta ese momento.

—No me digas —contestó Castleton, pensativo, y de repente pareció mucho más animado—. No sabía nada.

14

Pastas de Shrewsbury

Bátase media libra de mantequilla hasta obtener una crema fina y añádasele la misma cantidad de harina, un huevo, una medida de azúcar rallado y unas cucharaditas de nuez moscada y canela. Mézclese bien hasta formar una masa, pásesele el rodillo hasta dejarla bien fina, y córtese la masa con un vaso pequeño o un latita, pínchense los recortes, colóquense sobre bandejas de hojalata y cuézanse en el horno a fuego lento. Sírvanse untadas con mermelada de frambuesa, al gusto.

Si quieres convencer a alguien de algo, estas pastas son infalibles.

—Helena, condesa de Greystone, 1784

AUNQUE HABÍA PERSUADIDO a sus primas de que asistieran a su sesión de costura, Juliana no consiguió reunir a más señoras que la semana anterior. Corinna, a pesar de hallarse presente en la sala, estaba «inmersa» en su nuevo cuadro y se negó a coger la aguja. La tía Frances estaba en casa de Amanda visitando a lady Mabel. Y el domingo era el único día de la semana en que el padre de Emily procuraba pasar tiempo con su hija.

Por suerte, la madre de Rachael, una mujer de temperamento artístico, había enseñado a sus hijas a coser. Como Rachael, Claire y Elizabeth cosían mucho más rápido —y mejor— que las costureras de la semana anterior, Juliana consiguió no dejarse llevar por el pánico. Y como tía Frances y Emily no estaban, aprovechó para explicarles a sus primas la situación de Amanda.

Tras enterarse del brete en que se hallaba la joven, Rachael suspiró. Pero un instante después sonrió, y Juliana tuvo la esperanza de que estuviera volviendo a animarse.

—Bueno, desde luego anoche causó usted sensación, lady Amanda. —Su aguja volaba, entrando y saliendo del abriguito que estaba confeccionando—. ¿Le interesó algún caballero en particular?

—Lord Stafford —respondió Juliana en lugar de Amanda—. Es absolutamente perfecto.

—No estoy segura. —Sentada en el sofá del cuarto de estar, entre Juliana y Alexandra, Amanda cosía con la lentitud y la torpeza de siempre. Juliana dudaba de que alguna vez pudiera hacer algo más que una mantita. *Una* sola mantita—. Lord Stafford es guapo, sí —reconoció.

—Es guapísimo —puntualizó Corinna desde su caballete, junto al ventanal.

—Bastante, sí —convino Juliana, y echó mano de la bandeja de pastas de Shrewsbury. A

ella, personalmente, no le gustaba que James fuera tan moreno de pelo, se dijo mientras untaba una pasta con mermelada de frambuesa, pero desde luego no podía contradecir la afirmación de su hermana.

—Pero no me he enamorado de él —repuso Amanda, dando las puntadas cada vez más torcidas.

Temiendo que su amiga se pinchara y empezara a sangrar, Juliana le quitó la aguja y le dio el dulce.

—Puede que el amor tarde un poco en llegar —dijo con dulzura.

—No todo el mundo se casa por amor —señaló Claire sin apartar sus extraños ojos de color amatista de la costura, que ejecutaba con mano experta.

Elizabeth cogió una bobina de hilo blanco.

—Tus padres no se casaron por amor, ¿verdad, Juliana?

—No. Y fue un gran error.

—No empieces otra vez con eso. —Corinna frunció el ceño, con los ojos fijos en el cuadro —. Nuestra familia ha sido perfectamente feliz.

—Mamá, no. Ella amaba a papá desesperadamente y él nunca le correspondió. —Con el paso de los años, a medida que crecía y tomaba conciencia de lo que ocurría, a Juliana se le había hecho cada vez más penoso observar el amor no correspondido de su madre—. Aunque papá le dio hijos, nunca le encontró ninguna otra utilidad. Nunca pasaba tiempo con ella ni la convirtió de verdad en parte de su vida.

No dejaría que eso le ocurriera a ella. Estaba decidida a permanecer soltera hasta que encontrara a un hombre al que amara y que la amara con locura, a su vez.

—La vida de mamá no fue tan trágica —repuso Corinna—. Y Amanda no puede permitirse esperar a estar profundamente enamorada.

Claire asintió.

—Su boda está a la vuelta de la esquina.

Quizá tuvieran razón. Por desgracia, Amanda no tenía tiempo de conocer a fondo a lord Stafford. Juliana le dio unas palmaditas en la mano.

—Quizá tengas que encontrar a alguien que te guste mucho y casarte con él, y esperar a que luego surja el amor.

Amanda dio un mordisco a la pasta y tragó con dificultad.

—¿Enamorarme con el paso del tiempo, quieres decir?

—Exacto. —Juliana untó otra pasta con mermelada—. Lord Stafford no solo es guapo, también es joven y rico.

—¿Tú qué buscas en un hombre? —le preguntó Alexandra a Amanda—. Aparte de buena posición y buena presencia, claro. A fin de cuentas, el físico se marchita. Es mucho más importante tener intereses y valores comunes.

—Muy cierto —observó Elizabeth.

Entre ellas, Alexandra era la experta en vida matrimonial y todas las consideraban una autoridad en la materia.

Amanda pareció sopesar la pregunta un momento.

—Me gustaría encontrar a un hombre al que le interesen las antigüedades romanas.

Juliana levantó la vista, sorprendida.

—¿Desde cuándo te interesan las antigüedades romanas?

—Desde que mi padre encontró las ruinas en nuestra finca.

—¿Hace tres años?

—Más o menos. Es un tema fascinante.

—Hmm —dijo Juliana.

Aunque sospechaba que el interés de Amanda había empezado siendo un intento desesperado de ganarse el favor de su padre, suponía que podía haberse transformado en una pasión sincera. Al fin y al cabo, algo había tenido que encontrar para entretenerse durante los meses y años que había pasado recluida en el campo.

Juliana dudaba mucho, sin embargo, de que James compartiera su interés por las antigüedades romanas. ¿Cuándo tendría tiempo de dedicarse a ello? Ni siquiera encontraba unos minutos para peinarse como es debido.

—¿Qué más buscas en un marido? —preguntó.

Amanda meditó un momento su respuesta.

—Me gustaría que jugara al ajedrez. Si voy a vivir lejos de tía Mabel, me gustaría tener a alguien con quien jugar.

Juliana también dudaba de que James tuviera tiempo de jugar al ajedrez. Por eso se sorprendió al oír que Rachael decía:

—Lord Stafford juega al ajedrez, eso seguro.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

Su prima, que había terminado de coser el abriguito, anudó el hilo.

—Anoche, cuando Griffin salió de la sala de naipes, le oí decir que había perdido treinta guineas jugando una partida de ajedrez contra lord Stafford.

—¡Treinta guineas! —Aunque a Juliana le gustaba jugar a las cartas de vez en cuando y entendía lo atractivo que podía ser apostar, no estaba segura de que le agradara que se apostaran sumas tan altas. Ese dinero podría emplearse mejor en otra cosa; por ejemplo, en donarlo al Hospital de Expósitos—. No tenía ni idea de que Griffin apostara tanto dinero.

—No creo que suela hacerlo —contestó Rachael, divertida—. Parecía un poco achispado, lo que tampoco es habitual en él. En cualquier caso —añadió dedicándole una sonrisa a Amanda—, lord Stafford disfruta jugando al ajedrez.

Juliana aprovechó de inmediato aquel atributo.

—¿Ves?, no solo tiene buena presencia y posición, también tiene otras virtudes.

—Y además es médico —le recordó Claire.

—Eso también. Lo que significa que es inteligente y se preocupa por los demás.

—Pero cojea —señaló Amanda.

—Solo un poquito. ¿Y qué más da eso?

—Efectivamente, no debería importar. —Corinna apartó la vista de su caballete—. Parece un dechado de virtudes. ¿Por qué no te casas tú con él, Juliana?

—No seas tonta. A mí me está cortejando un duque.

¡Qué rápido habían cambiado sus perspectivas, antes tan sombrías! ¿De veras ayer mismo desesperaba de encontrar marido? El duque no solo había bailado con ella *dos veces* en la fiesta de lady Hammersmithe, lo que había dado lugar a numerosas miradas y murmullos entre la concurrencia, sino que hacia el final de la velada le había preguntado muy amablemente si podía visitarla al día siguiente por la tarde.

Ella había aceptado, por supuesto. No era idiota. En todo Londres no había un hombre más perfecto que el duque. Tal vez aún no estuviera enamorada, pero no le cabía duda de que pronto lo estaría.

—Puede que cuando acabe la temporada sea la duquesa de Castleton.

Amanda se quedó boquiabierta.

—¿Te casarías con el duque de Castleton?

—¿Tú no?

—¡No! —La sola idea parecía horrorizarla—. Todo el mundo sabe que es un bastardo.

Todo el mundo menos Juliana, evidentemente. Al parecer, durante todas esas temporadas que se había perdido por estar de luto, también se había perdido algunos chismorreos fascinantes.

—¿Qué quieres decir?

—Es un secreto a voces —explicó Rachael—. El anterior duque estuvo fuera un año, ocupándose de sus intereses en el continente, y durante ese tiempo su mujer concibió un hijo aquí, en Londres. A día de hoy, nadie sabe quién es el padre. Aunque en realidad no tiene importancia, puesto que el anterior duque regresó antes de que naciera el actual y lo reconoció como hijo suyo.

—Para mí sí tiene importancia —discrepó Amanda—. Casarme con un bastardo reconocido mancillaría mi linaje.

—¿Cómo? —preguntó Juliana—. Por amor de Dios, es un duque. La identidad de su padre no afecta a su posición en la sociedad. Forma parte de los círculos más selectos.

—Nunca estaría segura de la verdadera herencia de mis hijos. ¡Que sepamos, su padre podría ser un lacayo!

—Yo no veo cuál es el problema —dijo Rachael—, teniendo en cuenta que el anterior duque lo reconoció como hijo suyo.

—No me fiaría de que me fuera fiel.

—¿Y por qué iba a ser infiel? —preguntó Juliana—. Imagino que lo último que querrá será someter a sus hijos a la ignominia con la que ha tenido que vivir.

Amanda enarcó una ceja recién depilada.

—Ya sabes lo que se dice: de tal palo, tal astilla.

—También se dice que los pecados del padre no deben recaer sobre el hijo. —Juliana lamentó que el duque hubiera tenido que crecer bajo esa nube—. Las circunstancias de su nacimiento no fueron culpa suya. Fue víctima, no culpable. Le estás juzgando muy injustamente.

Pero los hechos eran los hechos, y el hecho era que Amanda no consentiría en casarse con el duque. Poco importaba, de todos modos, porque Juliana lo quería para sí. Amanda debía casarse con lord Stafford.

Juliana le dio otra pasta de Shrewsbury con la esperanza de persuadirla de que James era el hombre ideal para ella. Por eso se había levantado al amanecer para hacer las pastas: porque se suponía que ayudaban a convencer a la gente.

—¿Conociste a algún hombre que te gustara más que lord Stafford?

—No —respondió Amanda—. Pero aún puedo conocer a muchos.

—Esta temporada, no. Parece que se están quedando en casa. —Juliana untó mermelada en un pasta para ella—. Me pregunto si será por el frío y la humedad.

—Ahora la tonta eres tú. —Corinna mojó el pincel en pintura verde—. Yo me lo estoy pasando de maravilla esta temporada. Hay un montón de solteros interesantes.

Claro que se lo estaba pasando de maravilla. Era su primera temporada y Griffin no la presionaba para que se casara. Todavía no, al menos. Primero debía casarse Juliana.

—No me digas que te has enamorado.

—No tengo ninguna prisa. —Corinna empezó a dar pinceladas en el lienzo, creando un campo de hierba de la nada.

Juliana nunca entendería cómo lo hacía. Sintiéndose inquieta, se levantó y se acercó a mirar la bucólica escena. Un hombre y una mujer caminaban de la mano por unas colinas onduladas.

Antes Corinna nunca pintaba personas, solo paisajes y bodegones, pero desde el año anterior cada vez era más frecuente que pintara también gente en sus cuadros.

Y no gente cualquiera, sino amantes. Quizá estuviera de verdad enamorada.

—¿Estás segura? —preguntó Juliana.

—Ahora mismo no tengo tiempo para enamorarme. —Corinna añadió una pizca de blanco a la pintura verde de su paleta—. Mi arte es más importante. El año que viene pienso presentar mi solicitud de ingreso en la Real Academia.

Juliana estuvo a punto de atragantarse con el dulce.

—Hace años que no eligen a ninguna mujer para la Real Academia.

—Cuarenta y ocho años, para ser exactos. Desde 1768. —Corinna mezcló los pigmentos para crear un tono de verde más claro—. Pero no espero que me elijan inmediatamente. Mi primer paso será presentar varios cuadros para la Exposición de Verano del año que viene, con la esperanza de que seleccionen alguno.

Era un plan absurdo, pero al parecer las pastas de Shrewsbury surtían efecto, pues Juliana estaba medio convencida de que podía funcionar. Las pastas, en cambio, no parecían estar alterando la opinión que Amanda tenía de James, y Juliana no estaba dispuesta a permitir que su proyecto fracasara.

Aunque sabía que debía seguir cosiendo, se acercó a la ventana y contempló la lluvia, que no cesaba de caer. El problema era que, a menos que las pastas de Shrewsbury obraran su magia, no podía hacer mucho más. James tendría que hacer el resto.

Evidentemente, su atractivo físico no era suficiente. Tal vez debería darle lecciones sobre el arte del cortejo. Después de todo, era un hombre volcado en su profesión. Con todo el tiempo que dedicaba a la medicina, quizá no hubiera tenido oportunidad de adquirir el refinamiento aristocrático necesario para conquistar a una dama como Amanda.

Por supuesto, conseguir que accediera a recibir lecciones suyas podía ser un asunto delicado, ya que, como sabía por experiencia, los machos de la especie solían ser reacios a admitir sus defectos. Pero se llevaría algunas pastas de Shrewsbury para que le ayudaran a convencerle.

Se apartó de la ventana y volvió a su silla para confeccionar el tercer vestidito de los treinta que necesitaba. El Instituto Nueva Esperanza cerraba los domingos, pero al día siguiente le haría una visita a James.

15

—¿Q**UÉ TE PARECE** este vestido, querido? —Sentada frente a James en la mesa del desayuno, el lunes por la mañana, su madre sostenía un ejemplar de *La Belle Assemblée* abierto por una de las láminas de moda coloreadas a mano—. ¿Encargo algo así para el próximo baile?

—Es precioso, madre.

Dado que su madre no había mostrado ningún interés por la moda desde el fallecimiento de su padre, James sabía que debía alegrarse de verla disfrutar de la vida otra vez. Pero en realidad le fastidiaba que su plan para convencerla de que dejara de presionarle hubiera fracasado tan estrepitosamente.

—Me lo pasé muy bien bailando —comentó ella por enésima vez desde el baile.

El único respiro de sus efusiones de felicidad que había tenido James habían sido las pocas horas que su madre había pasado con sus hermanas. Eso también lo había disfrutado, por lo que contaba. La casa de color melocotón de Aurelia y Bedelia estaba cerca de Oxford Street, con todas sus tiendas, a una distancia perfecta de su mansión en St. James's Place: lo bastante cerca como para que fuera sencillo ir de visita y lo bastante lejos como para no ver a sus tías cada vez que salía por la puerta.

Dobló el *Morning Chronicle* y lo dejó cuidadosamente junto a su plato.

—Tengo una idea, madre.

—¿Hmm? —Ella pasó una página de su revista.

—¿Por qué no vuelves a instalarte con tus hermanas? Podrías ayudarlas a redecorar la casa y deshacerte de todo ese color melocotón. Seguro que estarías más a gusto allí que viviendo aquí, conmigo.

No siempre había vivido con él. A su regreso a Inglaterra tras sus años en el ejército y en la facultad de medicina de Edimburgo, James había fundado su propio hogar. Al morir su padre, cuando heredó Stafford House y la finca que acompañaba al título, su madre se fue a vivir con sus hermanas viudas porque no deseaba entrometerse en su vida de casado. Pero dos años atrás, al morir Anne, su madre había vuelto corriendo a casa para «ayudarle».

Y allí se había quedado. Mucho más tiempo del necesario. James la quería mucho, pero un hombre tenía derecho a cierta intimidad y autonomía. Le había agradecido de todo corazón su «ayuda» mientras la había necesitado, pero hacía tiempo que había recuperado cierta normalidad, aunque no se sintiera preparado para enamorarse y casarse de nuevo.

—No seas bobo, James. Si alguna vez mis hermanas deciden redecorar la casa, puedo ayudarlas desde aquí. ¿Quién llevaría esta casa si yo te abandonara? Stafford House es una de las casas más grandes de Londres.

Si algo no le faltaba era dinero.

—Tengo servicio. Y puedo contratar a más gente si es necesario.

—No es lo mismo, alguien de la familia tiene que encargarse de supervisarlo todo. —Pasó otra página y ladeó la cabeza para mirar detenidamente un vestido—. Ni se me ocurriría mudarme hasta que te cases.

Otra razón más para casarse. Pero él quería enamorarse primero, y eso no iba a suceder.

—Muy bien, entonces —dijo. No tenía sentido seguir insistiendo. Solo causaría resentimiento, y lo último que quería era ofender a su madre—. Debo irme. —Se apartó de la mesa y se levantó—. Que pases muy buen día.

Ella levantó la vista.

—Confío en que no hayas olvidado que Bedelia te espera esta mañana.

Maldita sea. Lo había olvidado. Se había distraído pensando en otras cosas. Sobre todo, en una especie de hada de ojos pardos en la que no tenía por qué pensar.

Qué fastidio.

—Me temo que no tengo tiempo. —Se puso la levita que le tendió un lacayo—. Hoy solo se ha ofrecido un médico voluntario, así que debo cubrir la otra plaza —dijo mientras se abrochaba la chaqueta—. Me esperan en el Instituto a las diez.

—La gente puede esperar un poco más para vacunarse. Bedelia tiene dolores en el pecho.

—Bedelia está bien, madre.

—Seguro que tienes razón. —Hizo una pausa para beber un sorbo de té—. Pero ¿y si no lo está?

16

—E**STE NO PARECE** un buen barrio —comentó la tía Frances con el ceño fruncido.

—Es perfectamente seguro, descuida. —Estirando el brazo por encima de la cesta de pastas de Shrewsbury que llevaba en el regazo, Juliana corrió las cortinas del carruaje.

—A Herman no le gusta la oscuridad —dijo Emily, y volvió a abrirlas.

—Herman debería haberse quedado en casa —contestó Juliana.

La tía Frances estaba mirando por la ventanilla otra vez. Como parecía cada vez más nerviosa, Juliana buscó en su bolso algo que la distrajera.

—Toma, tía. Había olvidado darte esta carta. Llegó en el correo de la mañana.

Emily acarició las escamas verde oliva de Herman como si fuera una verdadera mascota.

—Yo nunca recibo cartas.

—Yo tampoco. —Con los ojos muy abiertos detrás de las gafas, la tía Frances rompió el sello de lacre y sostuvo el papel a la luz. Al echar un vistazo a la hoja, ahogó un grito de sorpresa—. ¡Santo cielo!

Juliana disimuló una sonrisa.

—¿Qué dice, tía?

Frances tenía de pronto las mejillas tan sonrosadas que parecía que se había comido toda una fuente de *trifle.*

—Es un poema.

—¿Un poema? ¿Con rima?

Frances asintió enérgicamente.

—¿De quién es?

—No estoy del todo segura. El que lo ha mandado no lo ha firmado con su nombre.

—¿Cómo sabe que es un hombre, entonces? —preguntó Emily—. Podría ser de una chica.

La señora se llevó una mano al pecho cubierto con recato y se dio unas palmaditas.

—Lo ha firmado —dijo bajando la voz en tono confidencial— como «su admirador secreto».

—¡Tía Frances! ¡Qué romántico! —Juliana lanzó una mirada furtiva por la ventanilla, preguntándose cuánto tiempo más podría distraerla—. Sea quien sea, debía de estar en el baile de lady Hammersmithe el sábado por la noche y te habrá visto con ese precioso vestido marrón.

Frances pareció dudarlo.

—Me he puesto ese vestido docenas de veces.

—Pues entonces hay que encargarte vestidos nuevos, ¿no crees? Antes del baile del próximo sábado.

Aunque no se había comprado un vestido nuevo en toda la temporada —ni en toda la década—, Frances asintió.

—Supongo que sí.

Juliana se puso a juguetear con el asa de su cesta. Cada vez le resultaba más difícil no sonreír. Para su inmenso alivio, el carruaje se detuvo ante un edificio pequeño y pulcro con un letrero que decía INSTITUTO NUEVA ESPERANZA.

El barrio no había mejorado, pero a su tía ya no parecía importarle. Cuando un lacayo bajó los escalones del coche, Frances se apeó casi flotando. Juliana bajó tras ella llevando la cesta y Emily y Herman la siguieron.

La puerta del Instituto se abrió y una mujer bajó por los peldaños de la entrada con dos niños de la mano. Iban los tres mal vestidos, pero la tía Frances no pareció darse cuenta.

—¿De qué colores encargamos los vestidos? —le preguntó a Juliana.

—Los colores pastel quedarán mejor con tu pelo castaño dorado.

En los peldaños de entrada, Emily se volvió y frunció el ceño.

—Su pelo no es castaño.

Juliana sonrió.

—Lo será cuando llame a *madame* Bellefleur para que se lo tiña.

Entraron. La recepción era ruidosa pero parecía muy nueva y limpia, sobre todo comparada con la gente que esperaba sentada en las sillas.

—¡Una serpiente! —exclamó un niño, y varios niños más corrieron a apiñarse alrededor de Emily y Herman.

Una joven con aire de autoridad salió de detrás de un mostrador. Iba un poco mejor vestida que los pacientes, lo que no era mucho decir.

—¡Veintitrés! —gritó.

Una madre con un bebé en brazos se levantó y la siguió a través de una puerta, al fondo de la sala.

Cuando la joven regresó al mostrador y se puso a colocar utensilios de aspecto aterrador añadiéndolos al revoltijo que había ya en las estanterías, Juliana se acercó a ella. La joven le entregó un cuadrado de papel raído con un gran *36* escrito en negro.

—Tiene usted el número treinta y seis —dijo muy despacio y con claridad, como si Juliana no pudiera leer el número por sí sola—. Por favor, siéntese. La llamaré cuando sea su turno.

Juliana se guardó el papel en la cesta.

—Deseo hablar con lord Stafford, si es posible.

—¿Con lord Stafford? —La mujer parpadeó—. Ah, se refiere al doctor Trevor. No está aquí, milady.

¡Maldición! Juliana ni siquiera había considerado esa posibilidad.

—¿Sabe cuándo vendrá?

—Lo siento, milady, pero no lo sé. Hoy solo se ha ofrecido voluntario un médico, así que el doctor Trevor debería estar aquí para vacunar a la otra mitad de los pacientes. Pero su nota solo decía que iba a retrasarse...

Justo en ese momento se abrió la puerta y entró James, con la levita y la corbata colgadas del brazo. Pese a lo escandaloso de su atuendo, Juliana se llevó una alegría.

—¡Lord Stafford! —exclamó—. ¡Cuánto me alegro de verle!

Él pareció asombrado… y contento, quizá.

—Yo también me alegro de verla.

Juliana no había querido decir eso.

—Pensaba que estaría aquí, pero no estaba.

—Estaba examinando a mi tía Bedelia. Sufre dolores de pecho imaginarios.

—Pobrecita. —Juliana hizo una pausa al darse cuenta de lo que había dicho—. ¿Imaginarios?

—Mi tía Bedelia es la mujer más sana que conozco. Con la posible excepción de mi tía Aurelia. —Se desabrochó el botón de arriba de la camisa y carraspeó—. ¿Qué puedo hacer por usted en esta hermosa tarde?

Frances se volvió de repente hacia ella.

—Eso mismo me preguntaba yo. ¿Qué hacemos aquí, Juliana?

Frances era muy despistada a veces, pero Juliana había descubierto que podía sacar partido de ese rasgo de su carácter.

—Tía Frances, ¿conoces a lord Stafford?

James hizo una reverencia.

—Buenas tardes, lady Frances.

—Buenas tardes, milord. —Ella lo miró con curiosidad—. ¿No le vi en el baile de lady Hammersmithe?

—Tuve el placer de asistir, sí.

La mirada de Frances pareció aguzarse de pronto. Al principio, Juliana supuso que se estaba fijando en la pequeña V de piel que dejaba al descubierto el cuello desabrochado de la camisa de James y que ella misma encontraba fascinante. Nunca había visto desnudo el pecho de un hombre, aparte del de sus hermanos, y ellos no contaban. Naturalmente, su vestido dejaba al descubierto una zona mucho mayor su pecho, pero eso era distinto. Tuvo que hacer un esfuerzo por apartar la mirada de aquella interesantísima franja de piel dorada.

Pero entonces cayó en la cuenta de que Frances no estaba mirando esa pequeña V. Sus ojos azules tenían una mirada especulativa detrás de las lentes. ¡Santo cielo, su tía debía de estar preguntándose si James era su admirador secreto! ¿Cómo podía ser tan ingenua? Tendría que escribir otra carta de amor y firmarla con el nombre de lord Malmsey, antes de que su tía se ilusionara con alguien mucho más joven y apuesto.

Una suave exclamación de James interrumpió sus cavilaciones.

—¿Eso que hay en mi recepción es una serpiente?

Al otro lado de la sala, los niños seguían apiñados alrededor de Herman, embelesados, mientras Emily, llena de entusiasmo, les contaba con orgullo los cuidados que requería la serpiente y les permitía tocarla por turnos.

Juliana sonrió.

—Esa es la hija del vizconde Neville, la señorita Emily, y…

—Sáquela de aquí.

—No hay de qué preocuparse. —Había allí una luz extraña; James parecía bastante pálido—. Es completamente inofensiva, lord Stafford.

—James —la corrigió él, distraído—. Y la quiero fuera de aquí. Está asustando a los niños.

No era cierto, pero Juliana no iba a llevarle la contraria. Tenía asuntos mucho más importantes que discutir con él.

—Tía Frances, ¿puedes, por favor, llevarte a Emily y Herman afuera?

Frances seguía mirando a James con curiosidad.

—Hace un frío terrible en la calle —contestó sin apartar los ojos de él.

—Podéis esperar dentro del carruaje. No tardaré, te lo prometo.

—Pero el vecindario...

—El cochero y los tres lacayos están para protegerte. —Juliana agarró a su tía del brazo y la condujo hacia Emily—. No va a pasaros nada. Saldré dentro de cinco minutos.

Frances, que por fin había dejado de mirar a James, consultó el relojito que llevaba prendido

en el vestido.

—Más vale que no te retrases. El duque de Castleton irá a visitarte a las dos y media.

Tras una breve negociación, Juliana cerró por fin la puerta detrás de tía Frances, Emily, Herman y varios niños que se negaban a quedarse dentro habiendo fuera una serpiente que admirar.

—Si pudiera concederme unos minutos, lord Stafford...

—James —la interrumpió él.

—James. —Miró a su alrededor—. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar en privado?

17

PREGUNTÁNDOSE QUÉ querría Juliana de él, James la llevó a una consulta vacía. Se preguntaba también por qué le molestaba tanto saber que Castleton iba a ir a visitarla. Debía de ser porque Castleton no era en absoluto adecuado para ella. El duque era un mojigato y ella era demasiado vital para un tipo tan estirado.

Eso por no hablar de que aquel mojigato solo la quería porque de paso se llevaría un célebre caballo de carreras.

En la consulta no había más que una silla y una mesa con los utensilios necesarios, pero Juliana miró a su alrededor como si todo aquello le pareciera muy interesante. Llevaba puesto un vestido con un corpiño muy pequeño.

Bueno, en realidad no era más pequeño que los corpiños que llevaban otras jóvenes de su clase —a fin de cuentas, estaban de moda los vestidos de talle alto y escote bajo—, pero James no estaba acostumbrado a ver a mujeres con vestidos a la moda en el Instituto. Las mujeres que acudían a su clínica solían llevar ropa muy desaliñada. En un baile no se habría fijado en el diminuto corpiño de Juliana, pero allí, en el Instituto, de repente le hizo cobrar conciencia de que estaba a solas en una habitación con una joven soltera.

Con una joven soltera que le parecía extremadamente atractiva.

Dejó la puerta abierta.

—Esa niña no parece muy contenta —comentó ella, refiriéndose a la pequeña que sollozaba en la sala al lado.

—El doctor Hanley le dará un bastón de caramelo.

Efectivamente, los sollozos cesaron un momento después. Juliana sonrió.

—Me encantan los dulces. —Le entregó la pequeña cesta que llevaba—. Le he traído unos pocos.

Él quitó el número 36 y miró lo que había debajo. Le asaltó un aroma delicioso a canela y frambuesa.

—Son pastas de Shrewsbury —explicó ella—. Las señoras de la familia Chase siempre llevamos dulces cuando vamos de visita.

—La gente no suele *visitar* el Instituto.

—No está en un barrio muy agradable —comentó ella—. ¿Por qué?

—A los que viven en barrios agradables los vacunan sus médicos de cabecera. Y los pacientes a los que atendemos no pueden permitirse tomar un coche de punto para ir hasta Mayfair.

—Ah. —Juliana pareció avergonzada—. Es perfectamente lógico, entonces.

Él le dedicó una sonrisa cordial.

—¿Usted se ha vacunado?

Ella miró con recelo los instrumentos.

—La verdad es que me inocularon de pequeña, por variolación, antes de que el doctor Jenner inventara la vacuna.

La variolación era un procedimiento más antiguo, un método que consistía en extraer pus de las pústulas de un enfermo de viruela e inocular con ella a personas sanas. A James le sorprendió y le impresionó que Juliana conociera la diferencia. Quizá no fuera tan frívola como pensaba.

—¿Cómo es que conoce a Edward Jenner?

—Leo periódicos y revistas, y no solo para ver qué está de moda. Fue muy brillante por su parte descubrir que inocular la viruela bovina a las personas podía evitar que contrajeran la viruela humana. —Volvió a mirar los instrumentos—. No hace falta que me vacune, ¿verdad?

—No, si está variolada. La variolación de la viruela produce inmunidad de por vida. Aunque tuvo suerte de sobrevivir.

Por lo general, la variolación solo producía una viruela leve, pero aproximadamente dos pacientes de cada cien desarrollaban síntomas graves y morían. Dado que la probabilidad de morir era mucho mayor cuando se contraía la enfermedad de forma natural —lo que conllevaba un riesgo de muerte del treinta por ciento—, durante buena parte del siglo XVIII muchos padres de clase alta bien informados hacían variolar a sus hijos. Pero la vacunación con viruela bovina era mucho más segura.

Juliana pareció aliviada.

—¿A usted le variolaron de pequeño?

—No, pero me vacunaron cuando estaba en el ejército. Mi comandante no quería que sus hombres murieran de viruela. —Dejó la cesta en la mesa—. ¿Puede aclararme el objeto de esta visita inesperada?

—Pruebe una pasta de Shrewsbury. —Juliana esperó mientras elegía una y le daba un mordisco—. Quería preguntarle qué opinión le merece lady Amanda.

James no había pensado en lady Amanda ni una sola vez desde el baile del sábado.

—Es encantadora —dijo diplomáticamente.

Juliana sonrió.

—Me alegro mucho de que piense eso.

Ella era mucho más interesante que lady Amanda.

—Esto está delicioso —comentó mientras acababa de comerse la pasta.

—Tome otra. —Juliana buscó en la cesta y le puso una pasta en la mano—. ¿Cree que podría desear casarse con lady Amanda?

James estuvo a punto de atragantarse, pero se las arregló para disimularlo con una leve tos.

—Solo he bailado con ella una vez —señaló.

—Muy cierto —reconoció ella—. Supongo que querrá cortejarla un tiempo antes de dar el paso.

No quería cortejar a lady Amanda en absoluto, pero no sería correcto decirlo en voz alta, así que contestó:

—Sí, un paso así no puede darse a la ligera.

Ese *sí* fue un error. En los labios de Juliana se dibujó una sonrisa de regocijo.

—Me alegra mucho oír eso. Pero me preguntaba si... ya que pasa tanto tiempo aquí, en el Instituto, tiene mucha práctica cortejando a señoritas.

—¿Práctica?

¿Qué hombre necesitaba practicar para algo así?

—He pensado que, como está tan ocupado y no ha podido cortejar a muchas mujeres, quizá yo podría ayudarle dándole unas cuantas lecciones.

¿Lecciones?

—¿Qué clase de lecciones?

—¿Quiere otra pasta de Shrewsbury? —Empujó la cesta hacia él—. No serían unas lecciones muy extenuantes, se lo aseguro. Creo que podría sencillamente acompañarme en algunas ocasiones. Al teatro, por ejemplo. Así podría enseñarle qué entradas comprar y a qué tipo de refrigerios invitar a lady Amanda durante el intermedio. Y si fuéramos a dar un paseo en coche por Hyde Park, podría indicarle los lugares más de moda y usted podría practicar su galantería.

James no sabía si sentirse ofendido o echarse a reír, pero en cualquier caso iba a rechazar su ofrecimiento. Por descontado, no necesitaba lecciones de galantería ni que le enseñaran a cortejar a una mujer.

Como no había cogido una tercera pasta, Juliana eligió una para él.

—Las lecciones no requerirán demasiadas salidas —añadió en tono tranquilizador—. A fin de cuentas, si lleno mi agenda de planes con usted, no estaré libre para que me corteje el duque.

James se quedó helado, con la pasta a medio camino de la boca. Juliana creía que le estaba haciendo un favor, pero en realidad era al revés. Si le seguía la corriente, le ahorraría el perder el tiempo con Castleton.

El duque y ella no estaban hechos el uno para el otro, en absoluto. Entre ellos nada podía salir bien. Por lo tanto, al aceptar sus «lecciones», sería él quien le estaría haciendo un favor.

Y a él le gustaba ayudar a la gente. Era muy galante.

—Bien —dijo—. ¿Cuándo será nuestra primera salida?

Juliana batió palmas.

—¿Qué le parece mañana? ¿Le necesitan aquí, en el Instituto?

—Vienen dos médicos de diez a cuatro y otros dos de cuatro a diez, así que creo que podré escaparme.

—Excelente. Podemos ir de tiendas y elegir algunos regalos para lady Amanda.

¿De tiendas? Odiaba ir de tiendas.

—Creía que iríamos al teatro.

—Tengo planes para mañana por la noche, así que nuestra clase tendrá que ser más temprano. ¿Después del almuerzo? ¿A la una, digamos? —Sonrió con simpatía—. Descuide, James. Terminaremos con tiempo de sobra para que llegue al Parlamento. Elegir unos cuantos regalos no debería llevarnos mucho tiempo.

18

ANTES DE MARCHARSE, el lunes por la tarde, el duque preguntó si podía visitar de nuevo a Juliana el martes. ¡Dos visitas en dos días! Como ella ya tenía planes con James a la una, le propuso que fuera a verla a mediodía.

Así fue como el martes el duque y James se cruzaron cuando uno se marchaba y el otro llegaba.

—Castleton —dijo James con una escueta inclinación de cabeza.

—Stafford —respondió el duque. Y, tras hacer una tiesa reverencia, se marchó.

Cuando el mayordomo cerró la puerta tras él, Juliana se volvió hacia James.

—¿No le agrada el duque?

Él se encogió de hombros.

—No le conozco muy bien, pero parece un poco estirado.

Juliana estaba a punto de discrepar cuando la tía Frances bajó las escaleras a paso tan ligero que casi parecía ir brincando. Agitaba en la mano una hoja de papel.

—¡Juliana! No te vas a creer lo que ha llegado en el correo de la mañana.

—¿Qué es, tía?

—¡Otra carta de amor de mi admirador secreto! Solo que… —Al llegar al vestíbulo, hizo una pausa dramática— su nombre ya no es un secreto.

—¿Quién es? —Juliana cruzó los dedos detrás de la espalda—. ¿Alguien que conozco?

—Oh, sí. Es lord... —Se interrumpió, reparando por fin en James.

Tan despistada como siempre, pensó Juliana.

Dos manchas sonrosadas aparecieron en las mejillas de su tía, que apretó la carta contra su pecho.

—Buenas tardes, lord Stafford.

—Buenas tardes, lady Frances.

—¿Quién es tu admirador, tía? Lord Stafford guardará el secreto.

James asintió.

—Mis labios están sellados.

Aunque Frances dudó un momento más, saltaba a la vista que se moría de ganas de contarlo. Se inclinó hacia Juliana.

—Es lord Malmsey —susurró, y en sus labios se dibujó una sonrisa emocionada que hizo que pareciera diez años más joven.

—Tía Frances, ¡qué maravilla!

—¿Verdad que sí? —Estaba claro que a Frances no le importaban ni la edad ni la apariencia de lord Malmsey. De hecho, a juzgar por su expresión, parecía que llevaba años suspirando por

él—. Me alegro mucho de que esta tarde vayas de tiendas. Tengo que encargar algunos vestidos nuevos y al menos uno ha de estar listo para el sábado. Lord Malmsey dice en su carta que asistirá al baile de lady Partridge.

James se aclaró la garganta.

—¿Sí? —preguntó Juliana.

—Creía que íbamos a elegir rápidamente un regalo.

—Varios regalos —puntualizó ella—. Conviene que tenga un surtido para poder darle uno a lady Amanda cada pocos días durante las próximas dos semanas.

—¿Varios? —James no parecía contento—. ¿Y qué pasará después de dos semanas?

—Ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

James le había dado a entender que necesitaba un tiempo para cortejar a Amanda antes de proponerle matrimonio, pero tendría que conformarse con quince días. La boda de Amanda estaba a la vuelta de la esquina y no había más tiempo. Juliana tenía grandes esperanzas de que para entonces hubiera conquistado el afecto de Amanda y viceversa, pues necesitaban tiempo para tramar entre los tres el modo de comprometer a Amanda en público antes de que se casara con lord Malmsey.

James, sin embargo, seguía sin parecer contento, y a Juliana le gustaba que la gente que la rodeaba fuera feliz.

—No le importa que tía Frances encargue un par de vestidos, ¿verdad? No tardará mucho, y en cualquier caso tiene que acompañarnos para hacer de carabina.

Al margen de que aquella salida con James no tuviera ningún tinte romántico, no estaría bien que se pasearan juntos por la ciudad sin compañía.

Antes de que James formulara una respuesta, llamaron a la puerta. El mayordomo la abrió. Al otro lado estaba la joven Emily, acompañada por un lacayo con la librea de los Neville. Y por Herman, cómo no.

La sombrilla rosa que Emily hacía girar contrastaba horriblemente con el reptil de color verde oliva.

—¿Es hora de irnos, lady Juliana?

James dio un paso atrás.

—No me diga que ella también viene.

—También le estoy dando lecciones —explicó Juliana—. De cómo ser una señorita. Una salida como esta puede ser muy instructiva.

A la luz del día lluvioso y gris, James palideció.

—Pero no llevará esa serpiente.

Emily dejó de dar vueltas a la sombrilla.

—Si Herman no va, yo tampoco voy.

—Me parece bien —repuso James.

Otra vez parecía descontento. Preocupada, Juliana le puso una mano en el brazo.

—James, ¿no le gustan los niños?

Al ver que miraba su mano, la apartó, horrorizada de sí misma. Llevaba guantes y él vestía manga larga, por supuesto, pero aun así era indecoroso que le hubiera tocado.

Y la cara que había puesto resultaba preocupante. Aunque Amanda y ella nunca habían hablado de la posibilidad de ser madres, estaba segura de que su amiga quería tener hijos. Todas las mujeres querían.

—Claro que me gustan los niños —respondió él—. Vacuno a niños todos los días en el Instituto.

—Por supuesto —contestó ella, aliviada. Debería haberse dado cuenta—. Amanda tiene buena mano con los niños —le aseguró, recordando lo bien que había manejado la situación el día que Emily se pinchó y sangró.

Le indicó con un gesto que la siguiera y se alejó de la niña.

—Sé que le preocupa que los clientes de las tiendas se enfaden al ver la serpiente de Emily —dijo en voz baja—, pero de eso se trata, ¿entiende? Emily tiene que aprender que no es propio de una señorita llevar encima una culebra, y la única manera de conseguirlo es demostrárselo. En cuanto se convenza de que Herman molesta a la gente, se dará cuenta de que debe dejarlo en casa.

—Ya veo —dijo él, muy tenso.

Salieron a la calle, donde les esperaba el carruaje de James. Era espléndido, todo de palisandro pulido y hermoso terciopelo verde, tirado por dos espléndidos caballos bayos.

Juliana quería sentarse al lado de la tía Frances, pero de algún modo acabó sentada al lado de James. Tía Frances se sentó frente a él, con Emily a su lado. Cuando él se apretujó contra el rincón, lo más lejos posible de Juliana, ella supuso que era para asegurarse de que no la tocaría sin querer.

Pero luego siguió tocándola de todos modos.

Durante el trayecto a Pall Mall, la tocó tres veces en el brazo, en la zona de piel desnuda entre el final de su manga corta y abullonada y el comienzo de su guante blanco. Fueron caricias accidentales e inocentes, por supuesto, pero la pequeña sacudida que experimentó Juliana cada vez era... bueno, no molesta exactamente, pero sí inquietante. O extrañamente turbadora.

Por supuesto, no estaba acostumbrada a que los hombres la tocasen. Todas esas muertes en la familia les habían impedido a Corinna y a ella presentarse en sociedad durante tanto tiempo que estaba segura de que era la mujer más vieja de toda Inglaterra a la que nunca habían besado.

Bueno, a excepción de Amanda. Y tal vez de la tía Frances.

En cualquier caso, daba por sentado que se sentiría así si la tocaba cualquier hombre. Sobre todo, si la tocaba el duque. De hecho, estaba segura de que sus caricias serían aún más turbadoras, porque, a fin de cuentas, era el hombre ideal para ella. Pero, a pesar de que había ido a visitarla dos días seguidos, el duque no la había tocado desde que habían bailado en la fiesta, el sábado por la noche. Y entonces la había tocado por encima de la ropa, cuando los dos llevaban guantes, lo que era muy distinto.

No había tocado su piel desnuda. Ni siquiera le había besado la mano enguantada. La respetaba demasiado para hacer tal cosa.

Era tan correcto y reservado como Amanda, pero no estirado, de ninguna manera.

La tía Frances estaba tan ansiosa por encargar sus vestidos que Juliana decidió ir primero a la modista. La señora Huntley suspiró cuando vio otra vez a Emily con la serpiente, pero después de todo Juliana y Amanda habían encargado un montón de vestidos y ningún comerciante con dos dedos de frente rechazaba a clientas como ellas. De modo que apretó los labios y sacó la cinta métrica.

—Siéntate allí, Emily —le ordenó Juliana a la niña, señalándole dos sillas arrimadas a la pared—. Y James, usted siéntese con ella. Cuando un caballero va de tiendas con una dama, ha de esperar pacientemente hasta que ella termina.

—Esperaré fuera —respondió él.

—No debe hacer eso, si desea agradar a lady Amanda. Un hombre ha de parecer interesado en las compras de una dama.

—Lo tendré en cuenta —dijo, y se dirigió a la puerta.

—Está lloviendo —le recordó ella.

—No voy a derretirme por un poco de lluvia.

Fiel a su palabra, James no se derritió. Tardaron tanto en encargar los vestidos de tía Frances que cuando salieron había dejado de llover. Y James no se había derretido, no. De hecho, parecía más bien congelado.

Aunque ya no llovía, hacía bastante frío.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó, malhumorado.

—Creo que debería enviarle flores a lady Amanda. —Juliana señaló una floristería al otro lado de la calle y echaron a andar hacia ella.

—¿Qué tipo de flores? —preguntó él, resignado.

—Rosas rojas —sugirió Emily a su lado—. A mi madre le encantaban las rosas rojas.

—Rosas rojas, entonces. —James se puso al otro lado de Juliana y la agarró del brazo izquierdo. Cuando ella le miró sobresaltada, dijo—: Un caballero debe escoltar a una dama cuando cruza la calle.

—Excelente —repuso ella, satisfecha de sus progresos—. Eso es muy galante. Pero no creo que las rosas rojas sean apropiadas. Simbolizan el amor, y es un poco pronto para eso. No querrá usted parecer demasiado atrevido. Rosas o amarillas serían perfectas.

El brazo de James se tensó bajo el suyo y ella notó vivamente su contacto durante todo el camino hasta la tienda. Supuso que a Amanda aquello le resultaría muy placentero, lo que ayudaría a James a convencerla de que se casara con él.

Cuando entraron en la floristería, una mujer soltó un chillido y salió corriendo por la puerta. Otros tres clientes se marcharon de inmediato, murmurando entre sí.

El encargado de la floristería era un hombre alto y delgado, con una nariz larga y estrecha y unos ojos que miraron con dureza a Emily.

—Llévese esa serpiente fuera, jovencita.

Emily acarició a Herman.

—Las serpientes no comen flores, señor florista. Solo ranas y ratones.

La tía Frances se llevó a Emily fuera y James encargó un ramo de dos docenas de rosas rosas. Rápidamente.

Cuando volvieron a salir, la gente que caminaba por Pall Mall esquivaba ostensiblemente a Emily y a Herman, y exclamaba «¡Santo cielo!» y «¡Válgame Dios!».

—Debería haber dejado esa serpiente en casa —dijo James.

—Lo hará la próxima vez, estoy segura. —Juliana le ofreció de nuevo el brazo izquierdo, pensando que le vendría bien seguir practicando el escoltar a señoritas por la calle.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Emily a su lado.

James se puso al otro lado de Juliana y la agarró del brazo derecho. Ella pensó que parecía un poco impaciente.

—A Harding, Howell and Company —decidió.

Harding, Howell and Company eran unos grandes almacenes que ocupaban todas las plantas de una vetusta mansión llamada antiguamente Schomberg House. Estaban en aquella misma calle, un poco más abajo. Tal vez James se animaría si compraban el resto de los regalos para Amanda en un solo lugar.

—No le gustan mucho las tiendas, ¿verdad? —le preguntó cuando echaron a andar.

—Soy un hombre —contestó él.

Ella ya lo había notado. Había caminado del brazo de mujeres muchas veces, pero nunca se había sentido así. El hormigueo que sentía casi la dejaba sin respiración. A Amanda iba a

encantarle.

Tía Frances y Emily caminaban delante de ellos, cada vez más alejadas. La gente cruzaba la calle para evitarlas.

—Deberíamos alcanzarlas —dijo Juliana.

James no cambió el paso.

—Creo que un caballero debe caminar despacio con una dama, para acomodarse a su paso, más corto.

—Qué atento —reconoció ella—. Es usted muy buen alumno, James.

Amanda se iba a enamorar de él, sin duda alguna.

—Estoy hambrienta —declaró Emily en cuanto cruzaron las grandes puertas de caoba de Harding, Howell and Company—. ¿Podemos visitar la Sala de Desayunos del Señor Cosway?

—No es hora de desayunar —repuso James—. De hecho, ya ha pasado la hora del almuerzo.

Juliana se echó a reír.

—La Sala de Desayunos del Señor Cosway sirve tentempiés durante todo el día. — Situado en la última planta, el restaurante ofrecía vinos, tés, café y dulces—. ¿Nunca había estado aquí, James?

—Soy un hombre —contestó él.

Los grandes almacenes los frecuentaban principalmente mujeres. Juliana nunca había reparado en ello, hasta ese momento. Sobre todo, porque buena parte de las mujeres presentes soltaban grititos y se escondían detrás de los delicados muebles que estaban a la venta.

Emily empezó a subir la amplia escalera con Herman y la tía Frances. Cuando Juliana se disponía a seguirlas, James la retuvo.

—De veras, debería dejar esa serpiente en casa —dijo cuando Emily estuvo lo bastante lejos como para no oírle.

Juliana se estaba cansando un poco de oír la misma cantinela.

—¿Tiene hambre? —preguntó.

—Soy un hombre —contestó él, y Juliana se rio.

Era todo un hombre, desde luego.

La Sala de Desayunos del Señor Cosway tenía unas vistas espléndidas de St. James's Park, Westminster y las colinas de Surrey, más allá. Tía Frances y Emily ya estaban sentadas frente a frente en una mesa para cuatro. Juliana tomó asiento junto a su tía, pero James se quedó de pie, más helado que el helado de la vitrina del restaurante.

Juliana se dio cuenta entonces de que no quería sentarse junto a Emily. Ni caminar a su lado. Ni tener nada que ver con ella mientras llevara encima una serpiente.

Aunque no era muy educado ni propio de una dama, Juliana no pudo evitar que una sonrisita asomara a sus labios. Se le escapó una risa suave. Y por último, inevitablemente, rompió a reír a carcajadas.

19

—**LE-LE-LE DA MIEDO** la serpiente de Emily —dijo sin parar de reír—. No lo niegue.

James sintió que una oleada de calor le subía por el cuello y le inundaba la cara. Nunca había visto a una mujer reírse con tantas ganas. Era humillante.

Todos los clientes de la Sala de Desayunos del Señor Cosway los miraban extrañados, y no estaba seguro de si era por la serpiente de Emily o por las carcajadas de Juliana. En cualquier caso, era humillante; posiblemente, el momento más humillante de su vida.

Juliana le consideraba risible.

Pero él no podía negar que lo que decía era cierto.

—Un miedo atroz —contestó con toda la dignidad de que fue capaz—. Me picó una víbora a los siete años.

—Ah, vaya —dijo Juliana. Sus carcajadas fueron remitiendo hasta convertirse en risitas mientras hacía un esfuerzo visible por dominarse—. Eso tuvo que ser terrible.

—Mucho, sí. Fue bastante doloroso, se me hinchó horriblemente el tobillo y tuve fiebre muy alta. —También había vomitado varias veces, pero eso no iba a decirlo en presencia de las damas —. No quisiera volver a pasar por esa experiencia —añadió mirando con desprecio a la dichosa culebra.

—Pero Herman no es una víbora. —Emily acarició con suavidad al aterrador animal—. Es una culebra de collar completamente inofensiva. No es venenosa ni pica.

James lo sabía. Sabía muy bien que las víboras comunes eran las únicas serpientes venenosas de Inglaterra, y saltaba a la vista que Herman no era una víbora. Era más larga y delgada que una víbora común y tenía marcas distintas. James sabía que su miedo era irracional.

Pero por irracional que fuera —y era consciente de que, en los veintidós años transcurridos desde que le picara la víbora, su miedo había aumentado desproporcionadamente— no podía acercarse a Herman ni a ninguna otra serpiente.

Incluso en ese momento, a pesar de estar a más de dos metros de distancia, cuando miraba a Herman se le aceleraba el pulso y sentía un retorcijón en las tripas. Temía ponerse a vomitar allí mismo, en la elegante cafetería de Harding, Howell and Company, si se acercaba un poco más.

Juliana había dejado de reírse y le observaba atentamente, tan atentamente que estaba casi convencido de que podía ver dentro de él, de que veía su estómago revuelto y su corazón acelerado. Veía lo patético que era: un pusilánime incapaz de vencer su miedo a una simple culebra.

Sin dejar de mirarle, ella se apartó de repente de la mesa.

—Acabo de darme cuenta de que no tengo hambre.

—Pero yo sí —dijo Emily.

Juliana se volvió hacia ella con una sonrisa radiante.

—Puedes quedarte aquí con tía Frances mientras lord Stafford y yo vamos a buscar unos regalos para lady Amanda.

Lady Frances comenzó a levantarse.

—Lord Stafford y tú no podéis ir solos.

—Claro que sí. —Con gesto tranquilizador, Juliana hizo que volviera a sentarse—. Estamos en un lugar público, rodeados de decenas de personas. Volveremos dentro de unos minutos. —Y antes de que lady Frances pudiera protestar de nuevo, le dio el brazo a James y salió de la Sala de Desayunos del Señor Cosway.

James no estaba seguro, pero le pareció que Juliana acababa de salvarle de un completo bochorno. En cualquier caso, le había salvado de echar el almuerzo. Ya se sentía mejor del estómago y su pulso había vuelto a la normalidad.

—Gracias —dijo mientras bajaban las escaleras—. Debe de pensar que soy un cobarde.

—No diga tonterías. Todos tenemos nuestros miedos.

Él lo dudaba.

—¿Cuál es el suyo?

—La sangre —respondió ella sin vacilar—. Yo no valdría para médico. Y a diferencia de usted, mi miedo no tiene justificación alguna. No viví ningún suceso sangriento en mi infancia.

Se rio, pero esta vez de sí misma, no de él. Lo que era completamente distinto.

Y hacía que a James le gustara aún más.

—A lady Amanda no le da miedo la sangre —agregó ella—. Creo que se alegrará usted de saberlo, porque imagino que es un atributo importante para la esposa de un médico.

—No creo que eso importe gran cosa —contestó él. El gusto por la sangre no estaba entre los requisitos que a su modo de ver debía cumplir una esposa. Además, él no estaba buscando esposa. Agarró con más fuerza el brazo de Juliana y se sonrió al notar que se acercaba un poco más a él. Aunque fuera hacía frío y llovía, Juliana parecía oler a sol y a flores.

—Creo que a lady Amanda puede gustarle un abanico —dijo, conduciéndole más allá del panel de caoba barnizada que separaba el departamento de peletería del de abanicos.

James no quería comprarle un abanico a lady Amanda, pero tampoco quería desengañar a Juliana. Y, sobre todo, no quería que renunciara a sus «lecciones», porque entonces podría pasar más tiempo con el estirado de Castleton, que no le convenía en absoluto. De modo que compró un abanico.

—Creo que a lady Amanda le gustarían unos guantes —dijo ella a continuación. Y aunque él no quería regalarle unos guantes, ni ninguna otra cosa, a lady Amanda, pagó dócilmente el par de guantes de encaje que escogió Juliana.

Como ella opinaba que a lady Amanda le gustaría que le regalase un perfume, pasaron por el departamento de perfumería. Luego pensó que le gustarían también unos dulces y visitaron la confitería. En un abrir y cerrar de ojos, James iba cargado de bolsas y cajas.

Siempre había odiado ir de compras —y sabía perfectamente que había tenido una actitud horrible desde el principio—, pero en general, dejando a un lado a Emily y su serpiente, el día no estaba resultando ni mucho menos tan ingrato como había previsto. Estaba disfrutando bastante de su propia galantería al salvar a Juliana del estirado de Castleton.

Ver a aquel hombre en su casa le había puesto enfermo.

Estaban comprando papel de escribir elegante cuando lady Frances y Emily fueron en su busca.

—Lady Juliana —dijo Emily—, están tardando una eternidad.

Juliana, sorprendida, se apartó del mostrador de papelería. Y al instante fue a colocarse entre Emily y James. A él le dieron ganas de besarla por eso.

No es que fuera a besarla, por supuesto, eso sería muy impropio.

Pero quería hacerlo... y eso le asustaba.

Le asustaba más aún que la serpiente de Emily.

No estaba preparado para algo así. Creía que nunca lo estaría. Quizás estuviera acostumbrándose a la idea de volver a casarse en el futuro, pero solo para contentar a su madre. Y porque necesitaba un heredero.

No porque quisiera besar a alguien. Y mucho menos porque se hubiera enamorado.

Juliana miró sucesivamente a Herman y a él.

—Dios mío, Emily —dijo—, tienes razón. Hemos tardado una eternidad. De hecho, hemos tardado tanto que lord Stafford va a llegar tarde al Parlamento. Nosotras tendremos que coger un coche de punto para que lord Stafford pueda irse directamente allí.

James podía ser un cobarde, pero no era tonto. Sabía que había dicho aquello para salvarle de ir con Herman en su coche.

Y también le dieron ganas de besarla por eso.

20

Macaroons De Almendra

Se baten varias claras de huevo con sal a punto de nieve, luego se añaden las almendras molidas muy finas, el azúcar y un poco de harina de arroz. Se hacen montoncitos y se aplanan sobre papel, después se pone una almendra en el centro de cada uno y se meten al horno.

Cuando quiero que mi marido se ponga amoroso, le doy de comer estos macaroons. Nunca fallan.

—Katherine, condesa de Greystone, 1763

JULIANA PUSO pegotes de masa en una bandeja de horno forrada de papel, espaciándolos con cuidado mientras sofocaba un bostezo. Llevaba en pie desde el amanecer. Después de pasar la mañana con Emily, que seguía negándose a desprenderse de Herman, se había puesto a preparar *macaroons* de almendra con Amanda.

Según la leyenda de la familia Chase, los *macaroons* volvían amorosos a los hombres. Juliana planeaba darle algunos a James al día siguiente y decirle que se los comiera, con la esperanza de que por la noche se mostrara cariñoso con Amanda en el baile de lady Partridge. Como no estaba segura de que los dulces tuviera que elaborarlos la mujer que buscaba convertirse en objeto de ese cariño —su abuela, la autora de la receta, no lo había dejado claro—, había decidido pedirle ayuda a Amanda, por si acaso.

—Pon una almendra en el centro de cada *macaroon* —dijo sofocando otro bostezo.

—Es la tercera vez que bostezas —comentó Amanda mientras colocaba los frutos secos con bastante descuido—. ¿Tienes sueño?

El cuarto bostezo de Juliana pareció resonar en las paredes de la cocina.

—Esta semana ha sido agotadora.

Había estado muy ocupada desde su visita del lunes al Instituto y la excursión del martes a las tiendas. No solo había celebrado otra sesión de costura y había pasado cada minuto libre cosiendo, sino que el duque había ido a visitarla todos los días y había bailado con ella dos veces en Almack's el miércoles por la noche. Le decía unas cosas muy bonitas. Sus cumplidos eran muy alentadores, y ella estaba segura de que solo era cuestión de tiempo que pidiera su mano. Como era un perfecto caballero, tenía mucho cuidado de no tocarla y de demostrarle el respeto debido a una dama.

James, en cambio, la tocaba tan a menudo que empezaba a pensar que lo hacía a propósito.

El miércoles por la tarde, cuando aprovecharon que dejó de llover unas horas para salir a montar a caballo por Hyde Park, había buscado pretextos para ayudarla a subir y bajar del caballo en seis ocasiones distintas —para comprar refrescos en un puesto, para mirar unas flores, para dar un paseo por el Serpentine— y cada vez parecía dejar más tiempo las manos posadas en su cintura.

James no había acudido a Almack's el miércoles por la noche —al parecer, había tenido otro imprevisto en el Instituto—, pero el jueves por la noche, cuando fueron al teatro, colocó su silla tan cerca de la suya en el palco que durante gran parte de la función tuvo el muslo pegado a sus faldas. En el intermedio, le llevó un sorbete y luego le dijo dos veces que tenía nata en la cara y se la limpió con el pulgar.

—¿Te he dicho que he recibido otro regalo de lord Stafford? —Amanda aplastó un *macaroon* y clavó en él un trozo de almendra—. ¡Tres en una semana!

—Pon almendras enteras, Amanda. Quieres que los *macaroons* queden bonitos, ¿verdad? —Juliana quitó el trozo y lo sustituyó por una nuez entera, pensando que Amanda era casi tan torpe en la cocina como Corinna. Menos mal que de la esposa de un conde no se esperaba que pusiera un pie en la cocina—. ¿Qué te ha enviado esta vez? —preguntó.

—Unos guantes de encaje elegantísimos. No sé si tía Mabel aprobaría un regalo tan personal, pero por suerte estaba durmiendo la siesta cuando llegó el paquete. Le he dicho que quizá podría volver al campo, puesto que lady Frances es tan buena carabina.

Juliana suponía que la tía Frances era una buena carabina, si por «buena» se entendía «despistada».

—Me alegro de que a lady Mabel no le importe que la tía Frances la sustituya. —Entre otras cosas, porque les sería imposible llevar a cabo su plan si la buena señora estuviera vigilando a Amanda—. Aun así, espero que no se encuentre tan mal como para tener que irse de Londres. Disfruté mucho de su compañía en la sesión de costura del miércoles.

—Seguro que ella también le encantó asistir. Fue mucho menos agotador que salir por ahí. Casi ni le silbaba el pecho al respirar.

Y era mucho mejor costurera que su sobrina: había acabado cuatro mantas en dos horas. Lamentablemente, incluso con su ayuda, Juliana solo había reunido de momento treinta y tres de las doscientas cuarenta prendas que necesitaba. Y solo le quedaban tres semanas, el mismo plazo que tenía Amanda para encontrar un nuevo prometido o se vería obligada a casarse con lord Malmsey.

—Entonces, ¿piensas quedarte con los guantes?

—Ni se me ocurriría devolverlos. La confección es un primor. Las rosas también eran preciosas. Y adoro el abanico pintado —añadió Amanda mientras colocaba otra almendra torcida—. Lord Stafford tiene un gusto exquisito, ¿no crees? Sobre todo, para ser un hombre.

Juliana se alegró de haberse encargado de enviar los regalos de James en vez de confiar en que él se acordara de mandarlos. Se aseguraría de que Amanda llevara los guantes y el abanico la noche siguiente, lo que sin duda complacería a James. Estaba deseando que llegara el baile para que bailara con Amanda y le pidiera permiso para cortejarla. Estaba segura de que ella le diría que sí.

Todo iba a la perfección.

Al oír las campanadas del reloj de pie del piso de arriba, se apresuró a colocar las últimas almendras. Solo tenía media hora para arreglarse antes de que llegara James para su excursión de ese día al Salón Egipcio.

—Gracias por tu ayuda —le dijo a Amanda mientras metía las bandejas en el horno—. Le diré a un lacayo que lleve la mitad de los *macaroons* a tu casa en cuanto estén listos.

Amanda, que no era muy dada a las efusiones de afecto, le dio un abrazo torpe y flojo.

—Gracias a ti —dijo—. No tenía ni idea de que los *macaroons* hicieran brillar los ojos, pero te agradezco que me lo hayas dicho y que me hayas dejado ayudarte a prepararlos.

—De nada —murmuró Juliana, sintiéndose un poco culpable por haberla engañado. Pero solo un poco. Lo cierto era que no le había quedado otro remedio. Amanda era demasiado correcta y reservada como para ponerse a hacer *macaroons* con la intención expresa de conseguir que un hombre se pusiera amoroso con ella.

Cuando su amiga se marchó, Juliana subió a cambiarse de vestido y a ponerse un poco de colorete y bálsamo labial. Estaba a punto de bajar cuando oyó sonar la aldaba de la puerta principal. Cuando llegó al vestíbulo esperando ver a James, Adamson abrió la puerta y apareció un mozo llevando un enorme ramo de rosas rojas.

—¡Santo cielo! —Con el pincel en la mano, Corinna salió del salón—. ¡Debe de haber cinco docenas!

La tía Frances llegó de la biblioteca.

—Dios mío, se huelen desde aquí. ¡Y fijaos qué precioso jarrón de plata!

—¿Crees que serán del duque? —preguntó Corinna.

—Deben de serlo —murmuró Juliana mientras dejaba los guantes que llevaba en la mano sobre la mesita de mármol del vestíbulo. Rosas *rojas.* El duque debía de estar aún más enamorado de lo que ella creía.

El aroma embriagador de las rosas era casi sofocante. Tras dar una propina al mozo, el mayordomo dejó el ramo sobre la mesa. Juliana sacó la tarjeta con manos temblorosas.

—«Una muestra muy pequeña de afecto comparada con el gran amor que alberga mi corazón» —leyó en voz alta, y el pulso se le fue acelerando con cada palabra—. Y lo firma...

De pronto se quedó muda, con la boca abierta.

—¿Quién lo firma? —preguntó Corinna—. ¿Es que no son del duque?

Juliana cerró la boca y le tendió la tarjeta a la tía Frances.

—Son de lord Malmsey. Para ti.

Frances se llevó la mano al corazón. Por un momento pareció que iba a desmayarse, pero al final se limitó a decir con una vocecilla chillona:

—¿Para mí?

—Para ti, sí —repitió Juliana, emocionada al ver la prueba de que su proyecto estaba funcionando. Y encantada también por Frances, por supuesto. Al ver que su tía se tambaleaba, la hizo sentarse en la silla de raso a rayas que había junto a la mesa—. ¿Estás bien, tía?

Con la mano todavía en el pecho, Frances exhaló un suspiro.

—Cielos, niña, nunca he estado mejor. —Sus ojos parecían empañados detrás de las gafas—. Aunque me siento un poco débil.

Una criada subió de la cocina y entregó a Juliana una cestita tapada con una blonda de encaje.

—Sus *macaroons*, milady. Una docena, como pidió.

—Gracias —dijo Juliana, y dejó la cesta junto a las flores.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —Sin esperar respuesta, Corinna la agarró del brazo —. En el cuarto de estar.

Dejaron a Frances contemplando sus rosas.

—¿No crees que esto está yendo demasiado lejos? —dijo Corinna cuando estuvieron a puerta

cerrada.

—¿El qué? —Juliana pareció desconcertada.

—Mandar flores a la tía Frances y decirle que son de lord Malmsey. De verdad, Juliana, ¿qué crees que va a pasar mañana en el baile cuando ella le dé las gracias y él le diga que no se las ha enviado?

—Sí que se las ha enviado.

—No, no es cierto.

—Bueno, entonces, ¿quién las ha mandado? Porque yo no he sido. Lo de las flores no es cosa mía.

Corinna la miró con expresión escéptica, como si fuera un cuadro muy malo.

—Lord Malmsey está comprometido con Amanda. ¿Por qué iba a enviarle flores a la tía Frances? ¿Qué le haría pensar que a ella le agradaría recibirlas?

—Las cartas de amor que ha recibido de ella.

—¿Qué cartas de amor?

—Las que he enviado yo —contestó Juliana, exasperada por tener que explicar algo tan obvio—. No estaría bien que la tía Frances fuera la única en recibir cartas de amor. Un amor verdadero debe ser cosa de dos.

No había escrito tantas cartas ñoñas en toda su vida. En una semana de actividad incesante, el idilio de la tía Frances había resultado ser su proyecto más agotador.

Además de escribir las cartas, había tenido que llevar a Frances a comprar zapatos, sombreros y accesorios a juego con sus vestidos nuevos; había tenido que comprar cosméticos y ayudarla a aplicárselos; y había contratado a un maestro de baile para que le enseñara los pasos nuevos. Y el pelo de Frances... ¡ay, su pelo! *Madame* Bellefleur había tenido que visitarla no una, sino dos veces: la primera para teñirle el pelo con henna y nueces, y la segunda para cortárselo y probar distintos peinados.

Pero todo había merecido la pena. Tía Frances iba a estar preciosa la noche siguiente. Y lord Malmsey ya estaba enamorado de ella.

Le había enviado rosas *rojas.*

—¿Les has enviado cartas falsas a los dos? —Corinna la apuntó con el pincel—. ¿Y qué crees que pasará cuando hablen de ello?

—No van a hablar de ello —afirmó Juliana—. Ninguno de los dos querrá arriesgarse a cuestionar su buena suerte. —La aldaba volvió a sonar—. Disculpa. Será James.

Volvió al vestíbulo, pero no era James quien había llamado. Era otro mozo llevando flores. Eran rosas blancas, solo una docena, pero en un precioso jarrón de cristal.

—¿Qué dice la tarjeta? —preguntó Corinna a su espalda.

Juliana sacó la tarjeta del ramo, sin atreverse a presuponer nada.

—Son del duque de Castleton —dijo con cierto alivio.

Y felicidad, por supuesto.

—¿Ya está? ¿No hay ningún mensaje?

—Las flores lo dicen todo, ¿no crees? —Señaló con gesto grandilocuente el arreglo floral, que, a decir verdad, parecía más bien mísero comparado con el opulento ramo que había mandado lord Malmsey. Pero el duque no era un hombre estrafalario. Era comedido y refinado, y todo lo que era bueno y conveniente—. No necesito que me mande un mensaje escrito —aseguró —. Sé perfectamente lo que siente.

—¿Lo que siente quién? —preguntó James al entrar por la puerta todavía abierta.

—El duque de Castleton —respondió Corinna—. Le ha enviado flores a Juliana.

—¿Sí? —James recorrió el vestíbulo con la mirada y pestañeó al ver la mesa—. Cuántas rosas. Y rojas, además.

Su tono daba a entender que había algo en las rosas que le desagradaba, aunque Juliana no estaba segura de si era la cantidad o el color. O ambas cosas. Además, ¿por qué iba a importarle a él?

Frances seguía con la mano apoyada en el corazón.

—Son para mí —dijo con asombro.

Corinna asintió.

—El del duque es el otro ramo.

—Blancas. —James levantó una ceja y se volvió hacia Juliana—. Debe de considerarla muy pura.

¿Qué demonios quería decir con eso? Ella era pura. Aunque no del todo por elección. El único hombre que le interesaba la respetaba demasiado como para tocarla.

Lo que no se podía decir de James.

Cogió la cestita de la mesa y se la dio bruscamente.

—Tenga —dijo con aspereza—. He hecho *macaroons* para usted.

—¿Por qué? —preguntó él, perplejo.

Juliana no había previsto esa pregunta. No quería que pensara que los había hecho como regalo, porque podía malinterpretar ese gesto. Pero tampoco podía decirle que confiaba en que los dulces les hicieran mostrarse amoroso con Amanda.

O que harían que le brillasen los ojos.

—He pensado que querrá comérselos mañana. Tienen fama de darle a uno resistencia.

Él volvió a levantar la ceja.

—¿Resistencia de qué tipo?

¿Cuántos tipos había?

—Fuerza y resistencia extra.

—Ya veo. —Sus labios se torcieron como si intentara contener la risa—. Pero, dígame, se lo ruego, ¿por qué necesito resistencia extra mañana?

—Para bailar. En la fiesta. No está acostumbrado a pasar horas de pie.

—Ah —dijo James. Solo *ah*. Pero hubo algo en su forma de decirlo que le hizo comprender que sabía que se lo estaba inventando sobre la marcha—. En todos los años que llevo dedicándome a la medicina —dijo—, nunca he oído recetar *macaroons* para mejorar la resistencia. Tendré que informar de ese descubrimiento a mis colegas.

No haría tal cosa, por supuesto, Juliana estaba segura. Se reirían de él en el Real Colegio de Médicos.

—Hágalo —dijo, cogiendo su sombrilla y volviéndose hacia Frances—. ¿Estás lista para que nos vayamos, tía?

21

MIENTRAS SU CARRUAJE avanzaba despacio hacia el Salón Egipcio entre el horrible tráfico londinense, James se sonrió. Juliana no podía engañarle. Aunque afirmara que aquellas salidas solo tenían por objeto que él practicara para cortejar a lady Amanda, Juliana disfrutaba de su compañía. Él le gustaba, aunque no estuviera dispuesta a admitirlo en voz alta.

Prueba de ello era que le había hecho *macaroons.*

Mucho más contento de lo que debería, James levantó la blonda y sacó un dulce.

—¡No! —gritó Juliana—. Tiene que reservarlos para mañana.

—Hay de sobra —contestó, y se metió el dulce en la boca. Era tan ligero y esponjoso que se le deshizo en la lengua. Nunca había oído que una dama de la alta sociedad confeccionara dulces o cualquier otra cosa para la que hubiera que entrar en una cocina, pero teniendo en cuenta el talento de Juliana, esa afición tan poco frecuente le parecía encantadora—. Están deliciosos —dijo, y sacó otro.

—Por favor, no se los coma hoy —le suplicó ella, acongojada.

Parecía realmente preocupada. Mucho más preocupada de lo que merecía la ocasión. Al fin y al cabo, solo eran unos dulces. Dado que James no había creído ni por un momento que de verdad pensara que conferían resistencia, ¿qué importaba si se los comía hoy o mañana?

Cogió otro.

—Preferiría que los guardara —insistió ella con firmeza, y le arrebató la cesta de las manos. La dejó en el asiento de al lado, acercándose un poco a él para hacerlo.

A él no le molestó. Al contrario. Pero cuando terminó de comerse el tercer *macaroon,* miró a lady Frances pensando que quizá le pareciera mal que su protegida prácticamente se hubiera sentado en su regazo. Por suerte, lady Frances parecía estar en otro mundo. Detrás de sus gafas, su mirada azul parecía empañada.

Una vez más, aunque el día era lluvioso y gris, Juliana olía a sol. Y a flores. Era un olor tan dulce, tan delicioso, que tuvo que hacer un esfuerzo para no pasarle el brazo por los hombros y apretarla contra sí. Cosa que nunca haría. Al menos, mientras su carabina estuviera mirando, aunque sus ojos parecieran desenfocados.

Tal vez lady Frances se quedara dormida. Parecía improbable, pero uno podía albergar esa esperanza.

Porque deseaba de verdad estrechar a Juliana en sus brazos. Desde aquel día en Harding, Howell and Company, cuando se dio cuenta de que quería besarla, casi no había pensado en otra cosa. Aunque la sola idea le había parecido escandalosa al principio, ya no se lo parecía, porque entretanto —durante las horas que había pasado cabalgando con ella y acompañándola al teatro — se había dado cuenta de otra cosa: de que ya no acudía a aquellas citas con el único fin de

evitar que ella perdiera el tiempo con Castleton.

No es que quisiera que frecuentara al duque. Ver las flores que le había enviado le había hecho apretar los dientes, porque tenía la certeza de que aquel cretino solo la cortejaba por el maldito caballo. Desearía habérselo dicho a Juliana desde el principio, pero una noticia así podía ser un duro revés para el amor propio de una mujer, y no quería lastimarla. Y ahora menos aún. Pero Castleton no solo era un mojigato: era un asno.

Lo cierto era, sin embargo, que ya no acudía a aquellas citas para salvarla de él, o al menos no solo con ese fin. Le gustaba estar con ella. Era inteligente y entusiasta, y se preocupaba por los demás. Se había preocupado por él al descubrir que le daba miedo aquella dichosa culebra. Y, ciertamente, era atractiva. Muy atractiva. Extremadamente atractiva. A cualquier hombre que tuviera ojos en la cara le sería difícil negarlo. Sobre todo teniendo en cuenta que siempre llevaba vestidos con corpiños diminutos.

Todo lo cual se resumía en una verdad muy simple: deseaba a Juliana Chase.

Hacía mucho tiempo que no sentía deseo. Le hacía sentirse más vivo, como si dentro de él empezara a despertarse algo que había permanecido dormido dos largos años. Y tal y como lo veía él, poco podía hacer al respecto.

No amaba a Juliana. No quería amarla, ni a ella ni a ninguna otra mujer. Pero el amor y el deseo eran dos emociones muy distintas. Y desear a otra mujer no era traicionar a Anne. A fin de cuentas, era un hombre y todo el mundo sabía que los hombres tenían escaso dominio sobre sus deseos. Sin duda podía besar a Juliana, aunque no estuviera enamorado.

¿Era todo aquello una artimaña de la razón? Posiblemente, reconoció con un bostezo. Pero le daba igual. Juliana le había hecho dulces y eso significaba que estaba un paso más cerca de besarla.

La vida le sonreía en ese momento.

Ella se contagió de su sopor y trató de disimular un bostezo con la mano.

—La he visto —dijo él.

—No me aburro, se lo prometo.

—Ya lo suponía —contestó James—. Es un hecho probado que los bostezos son contagiosos.

Ella sonrió, haciéndole sonreír a él también. Agradecía que una mujer apreciara sus intentos de bromear, aunque fueran tan insulsos.

—¿Está tan falto de sueño como yo? —preguntó ella.

—Me temo que sí. He pasado media noche en vela terminando el discurso que voy a pronunciar esta tarde en la Cámara de los Lores.

—¿Un discurso? —Pareció impresionada, lo que a él le halagó mucho más de lo que debía —. ¿Sobre qué?

—Sobre un proyecto de ley que he presentado para financiar con fondos públicos la vacunación contra la viruela y hacerla obligatoria para los niños pequeños.

—¿Obligatoria? —Sus ojos entre azules, verdes y castaños se abrieron de par en par—. Es una idea bastante radical, ¿no cree?

—En absoluto. Inglaterra está terriblemente atrasada. La vacunación es obligatoria en Baviera desde 1807, en Dinamarca desde 1810, en Noruega desde 1811, en Bohemia y Rusia desde 1812, y desde este año lo es también en Suecia. —Esperaba haber acertado al recitar las fechas; había tenido que memorizarlas para el discurso—. Si queremos eliminar esta plaga de la faz de la tierra, todo el mundo ha de cooperar.

Juliana pareció meditarlo un minuto.

—Es muy importante para usted, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—¿Por qué?

—¿Tiene que haber una razón? ¿No puede ser simplemente por el bien de la humanidad?

—Creo que no. No, cuando se apasiona tanto.

James añadió mentalmente el adjetivo *perspicaz* a la lista de sus cualidades.

—Mi hermano murió de viruela.

—Ah —dijo Juliana en voz baja—. Lo lamento.

—No pude hacer nada por ayudarle. Nada, más que verlo morir. Es una enfermedad terrible, espantosa. ¿Ha visto alguna vez a alguien que la padezca?

Ella negó con la cabeza.

—No, creo que no. Por lo menos, no en las fases finales.

—Espero que nunca tenga que verlo. El dolor es insoportable y las pústulas... En fin, no importa. —No quería horrorizarla describiendo cómo habían proliferado en el cuerpo de Philip hasta convertirlo en poco más que una enorme úlcera supurante—. Baste decir que confío en que algún día nadie tenga que pasar por eso. Y quiero hacer todo lo posible para que así sea.

Su mirada estaba llena de admiración.

—Es usted un buen hombre, James.

Aunque su tono de voz hizo que se le expandiera el corazón, se encogió de hombros.

—Nos hallamos en unas circunstancias únicas. La vacunación nos ha brindado una oportunidad que nunca antes habíamos tenido: la oportunidad de erradicar algo que ha afligido a la humanidad durante siglos. Seríamos tontos si no la aprovecháramos.

—Espero que pueda convencer al Parlamento —repuso ella y le cogió de la mano.

Le había cogido la mano. Se la estaba apretando. James no reaccionó, por miedo a que ella se diera cuenta de lo que acababa de hacer y apartase la mano. Se quedó muy quieto y desvió la mirada hacia su carabina, pero lady Frances estaba tarareando en voz baja, con la mirada fija en la ventanilla.

Bajó la mirada hacia sus manos unidas. Juliana no llevaba guantes. Antes de salir para montar en el carruaje, había cogido una sombrilla, pero había dejado sus guantes blancos sobre la mesa de mármol del vestíbulo. Lady Frances estaba tan ofuscada que no se había dado cuenta de su descuido y a James tampoco se le había ocurrido recordarle que se los llevara.

O tal vez no había querido hacerlo.

Su mano parecía muy pequeña dentro de la suya. La palma era suave y cálida. James no recordaba haber sido nunca tan consciente del contacto de otra persona. Era un milagro que ella no pareciera advertirlo.

—Ahora lo entiendo —dijo Juliana—. La muerte de su hermano es la razón por la que se hizo médico. Me preguntaba qué había impulsado a un conde a dedicarse a la medicina —añadió, apretándole los dedos con gesto tierno y comprensivo.

Él trató de no apretárselos a su vez, no fuera a ser que se diera cuenta de que lo estaba tocando.

—Es una buena deducción, pero no fue eso lo que ocurrió. Philip era mi hermano mayor. El conde debía ser él. Me hice médico antes de que falleciera, no después, porque, como segundogénito, debía tener una profesión. Le atendí en su lecho de muerte cuando murió.

—No se culpa por su muerte, ¿verdad? —Sus ojos se llenaron de preocupación—. Solo porque sea médico...

—No, por Dios. —Ni en sus peores momentos se había torturado por eso—. La variola mayor, la forma más grave de viruela, no tiene tratamiento. En realidad, poco puede hacer un

médico, salvo procurar que el paciente esté lo más cómodo posible y confiar en que mejore.

—Entonces, ¿los médicos no hacen nada?

—Bueno, hay cosas que pueden intentar, pero generalmente implican sangrías, eméticos y purgantes, tratamientos que me temo debilitan al paciente en lugar de fortalecerlo. —Él había hecho todo lo que creía que podía ayudar a su hermano; no tenía ningún remordimiento en ese aspecto—. No me culpo en absoluto. Pero me culparía si no intentara hacer algo para evitar que otras personas contraigan la enfermedad.

—Lo comprendo. —Sus ojos parecían azules ahora, de un azul suavizado por la compasión —. Siento mucho que perdiera a su hermano por culpa de una enfermedad tan espantosa.

—Usted también debe de haber perdido a un hermano —repuso James, dándose cuenta de repente—. Si no, Griffin no sería marqués. No estaba destinado a serlo, ¿verdad? Después de Oxford, se alistó en el ejército, igual que yo.

—Nuestro hermano Charles murió de tisis un año después de que nuestra madre sucumbiera al mismo mal.

Se solía llamar a la tisis la «muerte dulce», pero James sabía que no lo era en absoluto. Sus víctimas podían desvanecerse lenta y elegantemente, pero ver morir a un ser querido nunca era fácil. Y Juliana había pasado por eso dos veces.

—La tisis parece afectar a ciertas familias —explicó—, probablemente porque no se transmite con la misma facilidad que la viruela, pero después de semanas y meses en la misma casa…

—Yo creía que no era contagiosa. —Pareció alarmada—. Todas cuidamos de mi madre y de mi hermano sin preocuparnos de arriesgar nuestra salud. Los médicos nos decían que la tisis la causa la propia constitución del enfermo y que se da en determinadas familias porque los parientes suelen ser muy parecidos.

—Esa es la creencia dominante, pero yo no la comparto. Y no soy el único. Hace más de dos mil años, el propio Hipócrates advertía a los médicos que tuvieran cuidado de no contraer la tuberculosis de sus pacientes. Y a principios del siglo pasado, Benjamin Marten escribió un artículo en el que teorizaba que la tuberculosis está causada por «seres vivos prodigiosamente diminutos» que pueden pasar de una persona a otra, aunque rara vez sin un contacto prolongado. —Como su explicación no pareció tranquilizar a Juliana, probó otra táctica—. No creo que deba preocuparse por haberse contagiado si no ha desarrollado ya la enfermedad. Ni tampoco sus hermanas o Griffin. Estoy seguro de que los «seres diminutos» que hubiera en su casa hace tiempo que desaparecieron, y tampoco debe preocuparse por haber nacido con una constitución que haga que usted o sus hermanos la desarrollen.

—Así que Charles se contagió de nuestra madre, pero los demás no. —Respiró hondo—. Me preguntaba si todos acabaríamos sucumbiendo a ella con el tiempo. ¿Es malvado por mi parte sentir alivio porque no sea así?

—Es natural —respondió él—. Y yo podría estar equivocado. La mayoría de los médicos no estarían de acuerdo conmigo.

—Yo creo que tiene razón. Creo que es un hombre que piensa por sí mismo, que busca sus propias respuestas en lugar de aceptar ciegamente lo que dicen los demás. Necesitamos hombres como usted… y también mujeres. Son personas así las que descubren cosas que mejoran la vida de todos.

Si ella era malvada por sentir alivio, él debía de serlo aún más por querer besarla por creer en él. A lo largo de los años se había enfrentado a la desaprobación de numerosos colegas que se burlaban de él por no querer sangrar a los pacientes y por su insistencia poco ortodoxa en que la

limpieza ayudaba a prevenir infecciones. No era el único médico que creía tales cosas: hacía ya casi sesenta y cinco años que sir John Pringle, antiguo Cirujano General del Ejército, había acuñado la palabra *antiséptico.* Pero sin duda él iba a contracorriente.

—Gracias —dijo apretándole la mano.

Un error. Visiblemente sobresaltada, Juliana apartó la mano.

—Entonces... —Se aclaró la garganta—. Mañana por la noche en el baile... ¿cómo piensa preguntarle a lady Amanda si puede cortejarla?

El brusco cambio de tema le hizo sentir que su cerebro caía por un precipicio. ¿Cómo se las arreglaban las mujeres para hacer eso? ¿Cómo había pasado Juliana de agarrarle la mano a suponer que seguía pensando en cortejar a lady Amanda?

No era cierto. Había decidido que prefería cortejar a Juliana o, mejor dicho, tentarla para que le permitiera besarla.

Pero no sabía qué responder a su pregunta, porque ella no le había preguntado si pensaba cortejar a lady Amanda, sino *cómo* pensaba hacerlo.

Juliana pareció entender que su silencio significaba que no sabía cómo proceder, porque, al ver que no respondía de inmediato, añadió:

—Quizá yo pueda ayudarle a idear algún método especialmente galante.

—¿Como cuál? ¿Entrar en el baile montado en un corcel y vestido con armadura?

—Por favor, James, tómeselo en serio.

Él se lo tomaba en serio. Se tomaba muy en serio su deseo de besarla. Y de tocarla. Y de hacer con ella toda clase de cosas que harían que lady Frances se desmayara, si es que alguna vez lograba salir de su neblina el tiempo justo para percatarse de ello.

—¿James? —dijo Juliana—. ¿Por qué me mira así?

Otra pregunta para la que no tenía respuesta. No podía decirle la verdad: que la estaba mirando mientras imaginaba escenas que arruinarían su reputación sin remedio.

Por suerte para él, el carruaje se detuvo en ese momento frente al Salón Egipcio.

22

LA FACHADA DEL MUSEO, en el número veintidós de Piccadilly, guardaba un vago parecido con un templo egipcio. Un parecido muy vago. De hecho, parecía más bien de estilo palladiano, pensó Juliana, si no fuera por los *anjs* de la cornisa y por las dos estatuas de cuerpo entero que flanqueaban la ventana de encima del portal.

—¿Se supone que esas esculturas son egipcias? —preguntó Frances.

—Una diosa y una dios egipcios. —James señaló las figuras—. La de la izquierda es Isis y el de la derecha es su hermano y esposo, Osiris.

Juliana se preguntó cómo sabía esas cosas.

—Parecen indios americanos con tocado —dijo.

Él se rio.

—Supongo que sí. ¿Echamos un vistazo dentro?

Le dio al portero tres chelines para pagar la entrada, cogió una guía y se la dio a Juliana, y las acompañó al interior del museo.

—Cuánta gente —comentó Frances, aturdida, mientras se abrían paso por un pasillo.

—Han venido todos a ver el carruaje de Napoleón —le explicó Juliana—. Y la colección de objetos del capitán Cook. Y —añadió, leyendo la portada de la guía— «la colección de quince mil curiosidades autóctonas y extranjeras, antigüedades y obras de arte».

—Me estoy mareando —dijo Frances.

—No hace falta que lo veas todo, tía. Escucha esto. —Se detuvo en la primera sala de exposición y citó la introducción de la guía—: «El propietario del museo, William Bullock, reunió su colección a lo largo de diecisiete años de ardua investigación, con un coste de treinta mil libras».

—Treinta mil libras —dijo James con asombro—. Imagínese cuántas vacunas podrían haberse pagado con ese dinero.

O a cuántos niños expósitos podría haberse alimentado, pensó Juliana. Pero el dinero tenía también otros usos legítimos.

—Ampliar los horizontes del hombre de la calle también es una buena causa. ¿No estás de acuerdo, tía Frances? —Miró a su alrededor—. ¿Tía Frances?

—Ahí está. —James señaló hacia una exposición de animales africanos disecados—. En ese banco, junto a la barandilla.

Juliana se abrió paso entre la multitud para sentarse a su lado, bajo la trompa levantada de un enorme elefante gris.

—¿Te encuentras mal, tía?

—Estoy bien, niña. Se me ha ocurrido sentarme aquí un momento a descansar. —Frances se

dio unas palmaditas en el pecho con un suspiro de felicidad, y Juliana comprendió que estaba pensando en lord Malmsey y sus rosas rojas—. Vosotros, los jóvenes, id avanzando. Me reuniré con vosotros dentro de unos minutos.

—No podemos dejarte aquí —dijo Juliana.

—Claro que podemos —repuso James—. No querrá arriesgar la salud de su tía exigiéndole más de la cuenta, ¿verdad?

—A mí no me parece que se encuentre mal. Tiene las mejillas más sonrosadas que nunca.

—Fiebre —dijo James sucintamente.

Preocupada, Juliana se volvió para palpar la frente de su tía.

—No está caliente.

—Fiebre inminente, entonces. Necesita descansar como medida preventiva. —Al ver que Juliana seguía sentada, la agarró de la mano y tiró de ella para que se levantara del banco—. ¿Va a discutir con un médico?

—Marchaos —terció la tía Frances, agitando su mano enguantada para animarles a seguir adelante.

De repente, Juliana se dio cuenta de que no llevaba guantes y de que notaba la mano fuerte y cálida de James.

—Vamos. —Él tiró de su mano—. Su tía estará perfectamente. Creo que los objetos del capitán Cook están en la sala de al lado.

Ella se desasió de su mano. Una cosa era que le hubiera agarrado la mano en el carruaje —lo que sin duda era obra de los *macaroons*—, pero en público no podía permitir que lo hiciera.

—Aún no hemos visto las cosas que hay en esta sala.

—Un montón de animales disecados —dijo él con desdén. Además de la exposición de animales africanos del centro de la sala, las paredes estaban forradas de arriba abajo de vitrinas llenas de ejemplares disecados, apiladas unas encima de otras—. ¿Qué tiene eso de interesante?

—Hay cientos de especies distintas.

—Es usted demasiado bajita para ver la mayoría —repuso James. Y luego, dando por zanjada la discusión, le pasó un brazo por los hombros y empezó a llevarla hacia la puerta.

Desconcertada, Juliana miró a su tía, pero Frances tenía la mirada perdida y una leve sonrisa en los labios. Estaba soñando despierta, sin duda. Desde luego, no estaría sonriendo si hubiera visto que James la estaba rodeando con el brazo.

A menos que, pensándolo bien, verlo le hubiera hecho imaginarse a lord Malmsey abrazándola de la misma manera. Porque Juliana tenía que reconocer que estar así, tan próxima a un hombre, era una sensación placentera.

Se preguntó si a Amanda le gustaría. Probablemente no, decidió. James estaba mostrándose un poco más cariñoso de lo que ella había previsto. No tenía ni idea de que los *macaroons* fueran tan potentes.

Las paredes de la sala siguiente estaban cubiertas de armas y armaduras históricas. Pegado todavía a ella, James caminaba despacio, admirando la colección como si todo aquello fuera de lo más normal.

—James —dijo ella en voz baja.

—¿Hmm?

—Tiene el brazo sobre mis hombros.

—Lo sé. Estoy practicando para cortejar a lady Amanda.

¡Oh, cielos, justo lo que ella se temía! Sabía que no debería haberle dejado comerse los dulces.

—No creo que lady Amanda quiera que haga esto.

—¿Por qué no? Es agradable, ¿no?

Ella no podía negarlo, así que no lo hizo.

—Encajamos perfectamente —añadió él mientras observaba una espada curva.

Era cierto: encajaban perfectamente. A ella le había parecido demasiado alto, pero tenía la altura justa para que ella cupiera bajo su brazo. Aunque, por supuesto, eso no lo hacía menos indecoroso. Y, en cualquier caso, no encajaría perfectamente con Amanda, que era mucho más alta que ella.

—Um, ¿James?

—¿Hmm?

—La gente que nos vea pensará que me está cortejando a mí en vez de a lady Amanda.

—No conocemos a nadie aquí —contestó tranquilamente—, así que no van a pensar nada. —Miró más arriba para contemplar un escudo abollado—. Fascinante, ¿verdad?

Sin saber si se refería al escudo o al hecho de que nadie fuera a hacer suposiciones, Juliana trató de zafarse sin que se notara.

—La verdad es que no lo veo. Soy demasiado bajita. Quizá deberíamos ir a ver el carruaje de Napoleón.

—Use mi monóculo —dijo él, y le pasó el monóculo con una sonrisa.

Ella no tuvo más remedio que aceptarlo. Como en el baile, James se dejó la larga cadena colgada del cuello, de modo que ella tuvo que inclinarse para acercarse la lente al ojo. Santo cielo, qué bien olía. No conseguía concentrarse en el escudo.

James se colocó detrás de ella, lo que fue un alivio. Pero entonces le rozó el cuello con los dedos y Juliana sintió que un leve estremecimiento la recorría. Parpadeó, mirando un rifle antiguo a través de la lente.

—¿Qué está haciendo, James?

—Recogiéndole un mechón de pelo que se le ha soltado.

Tenía el pelo tan liso que a veces se le salía de las horquillas. Pero era la primera vez que un hombre se lo arreglaba. Mientras observaba el filo oxidado de un alfanje, se preguntó si debía impedírselo.

—Haría lo mismo por lady Amanda —le informó él como si le hubiera leído el pensamiento —. Es muy galante, ¿no le parece? Estoy adquiriendo mucha práctica.

Juliana cambió de posición para examinar un trabuco antiguo.

—¿Ya ha terminado?

—No del todo.

Aquella voz profunda y densa como el chocolate le impedía concentrarse, sobre todo porque parecía venir justo de detrás de su oreja.

—Está demasiado cerca de mí, James.

—Tiene usted mi monóculo —señaló él.

¿Y de quién había sido la idea?

—¿Cree que el capitán Cook usó esta pistola?

—¿Qué pistola? —preguntó él, y dejó de tocar su pelo para posar las manos levemente sobre sus hombros.

Juliana sentía su aliento cálido en la nuca.

—La pistola de la pared, la que estoy mirando.

—Esa forma parte de la colección Bullock. —Su voz sonaba aún más cerca—. Los objetos del capitán Cook están en una vitrina a su derecha.

Ella volvió la cabeza hacia la derecha y los labios de James tocaron su nuca.

Cielos, qué calientes y suaves eran... Estuvo a punto de gemir cuando aquel breve contacto pasó.

—No deberías hacer eso —susurró, escandalizada, aunque, si era sincera, le escandalizaba aún más lo delicioso que le había parecido—. Entiendo que quieras practicar, pero estás llevando las cosas demasiado lejos.

—¿Qué cosas? —preguntó James.

Ella soltó el monóculo y se volvió para mirarle.

—Me has besado el cuello.

—¿En público? No creo. —Puso cara de estudiada inocencia—. Tienes una imaginación muy viva, Juliana.

No era la primera vez que se lo decían, pero aquello no se lo había imaginado.

—Será mejor que no le hagas eso a lady Amanda —le advirtió—. No le gustaría.

—No me atrevería a besar a lady Amanda. Es bastante estirada, ¿no? Como Castleton.

—¡El duque no es estirado!

James se encogió de hombros y señaló una vitrina delante de la que había varias personas.

—¿Querías ver la colección del capitán Cook?

—Sí. —Juliana se dirigió hacia allí.

Hacía meses que quería ver los objetos del capitán Cook, desde que el *Morning Post* publicara un artículo sobre su llegada al Salón Egipcio. Pero no eran ni mucho menos tan interesantes como esperaba. De pie ante la vitrina, con la mirada fija en los amarillentos dientes de tiburón y los feos trozos de tejido hecho de corteza, se preguntó qué sentiría si el duque le besara el cuello como había hecho James.

Tal vez debería darle al duque unos *macaroons* para averiguarlo.

—¿Crees que esos huesos viejos son de verdad de la tumba de un antiguo jefe hawaiano? —preguntó.

—Si lo decía el capitán Cook, seguro que lo son.

Juliana se preguntó si Amanda encontraría todo aquello más interesante que ella. Seguramente sí, teniendo en cuenta que le fascinaban los objetos decrépitos extraídos de ruinas antiguas.

—¿Hay antigüedades romanas en este museo?

—Todavía no he visto ninguna, pero puede que las haya. —James le pasó un brazo por la cintura—. ¿Quieres que vayamos a echar un vistazo?

—No especialmente. —Acordándose de que él sabía los nombres de las estatuas egipcias de la fachada, preguntó—: ¿Reconocerías las antigüedades romanas?

—Claro que sí —contestó él con cierta sorna—. Mi padre y mi abuelo estaban obsesionados con esas cosas.

—¿De veras? Lady Amanda también. —Qué asombrosa coincidencia—. ¿A ti también te fascinan las antigüedades romanas?

—Yo no diría tanto. —James la apretó contra su costado—. Las encuentro medianamente interesantes, como mucho.

Perfecto. Amanda había dicho que quería un hombre al que le interesaran las antigüedades romanas. A su amiga le iba a encantar ir allí con él, siempre y cuando James no comiera tantos *macaroons* primero.

—¿Vamos a ver el carruaje de Napoleón? —propuso, apartándose de él.

Él volvió a acercarse.

—Por supuesto, si es lo que deseas.

Mientras se dirigían a la sala contigua, siguió enlazándola firmemente con el brazo. Tratando de ignorarlo, Juliana abrió la guía y empezó a leer.

—El carruaje del emperador fue capturado en Waterloo y posteriormente lo compró el príncipe regente por dos mil quinientas libras —informó—. Es a prueba de balas.

—Una sabia precaución por parte de Napoleón. —James se detuvo en el arco de entrada—. Dios mío, mira cuánta gente. —El carruaje estaba completamente rodeado—. Quizá convenga que volvamos en otra ocasión.

Juliana no volvería con él; su próxima visita sería con Amanda. Y verían las antigüedades romanas.

—Quiero ver el carruaje ahora —dijo. Se imaginó a James enlazando por la cintura a Amanda, en vez de a ella, y se preguntó por qué esa imagen le resultaba tan inquietante. Probablemente porque Amanda no lo aprobaría, se dijo mientras se apartaba y él la seguía entre la multitud.

—Perdón —repetía James una y otra vez en un tono medio exasperado, medio de disculpa—. Perdón. Disculpe. —A pesar de lo baja que era, a Juliana le resultaba muy fácil abrirse paso entre un montón de gente, pero por lo visto a él no.

De cerca, el vehículo era precioso, pintado de un intenso azul oscuro y ornamentado en oro. Juliana miró a James, que se había detenido detrás de ella.

—Hasta las ruedas son doradas —dijo.

James examinó el carruaje por encima de su cabeza.

—Esto es agobiante —se quejó.

—El periódico decía que venían diez mil personas al día solo para ver este carruaje.

—Pues parece que hoy son veinte mil. —Chocó con ella por detrás y tuvo que agarrarla por la cintura para no perder el equilibrio—. Disculpa —le susurró al oído—. Esta gente no tiene modales.

Aunque nadie parecía estar empujándoles, Juliana dejó que mantuviera allí las manos, por si acaso.

—Hay una manta dentro, bordada con las iniciales NB. ¿Crees que Napoleón durmió ahí?

—Habría sido lo más prudente, teniendo en cuenta que es a prueba de balas. —La rodeó más aún con los brazos, cruzándolos bajo sus pechos—. También hay un escritorio.

Estaba encajado debajo de la ventanilla delantera y tenía numerosos compartimentos para mapas y telescopios.

—Muy ingenioso —murmuró ella, apoyándose en él para que nadie la empujara. Su cuerpo era muy cálido. Su olor volvió a embargarla, produciéndole un extraño mareo. Se sentía muy cómoda y segura.

—¿Crees que a lady Amanda le gustaría esto? —susurró él.

—¿El escritorio ingenioso?

—No, yo. Que la sostenga así.

—Oh, sí —susurró ella, y enseguida rectificó, horrorizada—: ¡No!

¿En qué estaba pensando? Notaba el monóculo de James en la columna vertebral, lo que sin duda a Amanda le parecería muy incómodo.

—A lady Amanda no le gustaría esto en absoluto —dijo, zafándose de su abrazo—. Tienes razón. Aquí hay demasiada gente. —Se abrió paso entre la multitud y comenzó a regresar hacia donde estaba Frances—. Creo que deberíamos ir a buscar a mi tía y marcharnos. No puedes llegar tarde al Parlamento si vas a dar un discurso esta tarde.

Frances seguía sentada donde la habían dejado, con la mirada perdida y expresión de felicidad.

—Vamos, tía —dijo Juliana.

El cochero tardó unos minutos en acercar el carruaje, unos minutos durante los cuales Juliana pensó maravillada en el prodigioso efecto de sus *macaroons*. En cuanto subieron al carruaje, abrió la cesta para contar cuántos quedaban.

—¿Qué haces? —preguntó James.

—Olvidé guardar algunos para mí. —Sacó un pañuelo de su bolsito de mano—. Seguro que la tía Frances querrá alguno.

—No quiero dulces, niña. —Su tía se atusó el pelo recién teñido de castaño dorado—. Una dama debe cuidar su figura.

Frances nunca antes se había preocupado de su figura.

—Corinna querrá alguno, entonces —dijo Juliana mientras ponía algunos *macaroons* en el pañuelo. No podía dejárselos todos a James. Necesitaba algunos para el duque y, además, se estremecía al pensar que James se comiera nueve *macaroons*. ¡Nueve! Si con tres se había puesto tan amoroso, con nueve se comportaría de un modo que Amanda no le perdonaría nunca.

James cogió la cesta y miró dentro.

—¿Uno? No puedes dejarme solo uno.

Quizá tuviera razón. Ella quería que la noche siguiente estuviera cariñoso con Amanda, pero no tanto como en el museo.

—Dos, entonces. —Volvió a poner uno en la cesta y envolvió los otros siete en el pañuelo—. Pero no te los comas hasta justo antes del baile de mañana —le ordenó mientras se guardaba el paquetito en el bolso—. Vas a necesitar resistencia extra, así que no lo olvides.

23

—**NO VEO NADA** —se quejó Frances—. No debería haber dejado que me convencieras de que me quitara las gafas.

—Pero estás guapísima, tía. —Juliana le dio unas palmaditas en el brazo—. Espera a que lord Malmsey vea tus grandes ojos azules. Entonces no lo lamentarás. —Acababan de llegar al baile de lady Partridge y miró a su alrededor en busca de Malmsey. Sonrió al verlo al otro lado del salón—. Ahí está.

—¿Dónde? —Frances en derredor frenéticamente—. No le veo.

—Justo ahí, tía, apoyado en la chimenea. —Como hacía bastante frío a pesar de que estaban en junio, lady Partridge había ordenado encender las chimeneas de ambos extremos de su impresionante salón de baile—. Ven conmigo. Te llevaré hasta él.

Frances respiró hondo y se alisó los costados del vestido de color melocotón, mirando su escote, que era más bajo de lo habitual, aunque no mucho comparado con los que llevaban la mayoría de las damas presentes esa noche.

—¿Estoy bien?

—Estás perfecta —le aseguró Juliana, y la cogió del brazo mientras cruzaban el salón.

Era cierto. Frances parecía mucho más joven con aquel vestido a la moda y el pelo teñido y bien peinado. La destreza de Juliana con los cosméticos había completado su transformación. Su tía parecía estar temblando, pero respecto a eso Juliana no podía hacer nada.

Lord Malmsey, de pie junto al resplandor del fuego, también parecía nervioso. Y era lógico. No solo se estaba enamorando por primera vez en su vida, sino que estaba prometido con otra dama, y aunque Juliana sabía que eso pronto dejaría de ser un escollo, él aún lo ignoraba.

Era una pena que un caballero no pudiera cancelar una boda, porque eso lo resolvería todo. Lord Malmsey sería libre de casarse con tía Frances, y el padre de Amanda no tendría motivos para desheredarla, lo que la dejaría libre para encontrar otro pretendiente con tranquilidad. Pero las cosas no funcionaban así. Aunque una dama podía echarse atrás y deshacer un compromiso —eso suponiendo que estuviera dispuesta a que la tacharan de voluble y desleal—, un caballero no tenía forma honorable de desdecirse de una oferta de matrimonio.

Cuando lord Malmsey vio que se acercaban, una sonrisa indecisa se extendió por su rostro. Aunque no lo transformó por completo —a fin de cuentas, no alisó su frente arrugada ni mejoró su calva incipiente—, parecía más atractivo de lo que recordaba Juliana. Quizá fuera por su elegante frac, que a todas luces era nuevo, o quizá porque llevaba recortado con esmero el poco pelo que le quedaba. O tal vez fuera por el lustre que daba a su rostro el hecho de saber que alguien del sexo opuesto se interesaba por él.

El amor podía cambiar a una persona.

Cuando llegaron a su lado, su mirada ansiosa se encontró con la de Frances.

—Buenas noches, lady Frances —dijo tímidamente.

Un rubor juvenil encendió las mejillas de Frances, volviéndola aún más atractiva.

—Buenas noches, lord Malmsey.

—Por favor, llámeme Theodore —dijo él mirando fijamente sus grandes ojos azules.

Juliana nunca había oído su nombre de pila. De hecho, le sorprendió un poco que tuviera uno. Pero la tía Frances dejó de temblar y sus labios se curvaron en una sonrisa tímida.

—Entones, llámeme usted Frances, se lo ruego.

Lord Malmsey le tendió el brazo.

—¿Me honraría con un baile..., Frances?

—Dios mío, nada me gustaría más —contestó ella con delectación. Sus palabras no se sonaron en absoluto como las frases formales de aceptación que había practicado con Juliana. Sonaron mejor, más auténticas, y lord Malmsey reaccionó con una sonrisa. Frances lanzó a su sobrina una mirada incrédula (y miope), le cogió del brazo y se alejó con él.

Juliana suspiró mientras los veía acercarse a la pista de baile. El amor era tan emocionante…

—¿Han funcionado los *macaroons*? ¿Me brillan los ojos?

Se volvió y vio a Amanda a su lado, con el vestido que había elegido para ella porque su color gris azulado realzaba el color de sus ojos. Por desgracia, esos ojos no brillaban especialmente, pero Juliana no se lo dijo.

—Estás preciosa —le aseguró, y era cierto que lo estaba, le brillaran o no los ojos. Los esfuerzos de Juliana habían dado fruto—. ¿Llevas tu abanico nuevo?

Amanda lo levantó.

—Y también los guantes, como me dijiste.

—Excelente. ¿Has visto ya a James, quiero decir, a lord Stafford?

—No. Creo que aún no ha llegado. —Los ojos sin brillo de Amanda tenían una mirada alarmada—. Sus regalos son maravillosos, pero ¿y si sigue sin gustarme especialmente?

—Te gustará.

¿Cómo podía no gustarle James? Era cariñoso, inteligente, bondadoso y atento y, aunque no tuviera tiempo de ir a muchas fiestas, a Amanda eso no debería importarle. A fin de cuentas, ella tampoco era muy sociable.

A Juliana, en todo caso, le preocupaba más que a James le gustara Amanda, sobre todo porque parecía mucho más cariñoso que ella. Pero pronto descubriría que tenían intereses comunes —el ajedrez y las antigüedades— y, con un poco de suerte, sus dulces volverían a Amanda mucho más afectuosa que de costumbre. O al menos más receptiva al cariño de James.

Amanda frunció el ceño mientras miraba la pista de baile.

—¿Lord Malmsey está bailando el vals con tu tía?

—Sí. ¿Verdad que es maravilloso?

—Está prometido conmigo.

Ahora fue Juliana quien frunció el ceño.

—Piensas romper ese compromiso, ¿verdad? Dadas las circunstancias, creo que deberías alegrarte de ver que muestra interés por otra mujer. Tu objetivo no es dejarle destrozado, ¿verdad? Además, tú te has pasado la última semana bailando con otros hombres.

De hecho, otros dos hombres se acercaban en ese momento. Como había dicho Rachael, Amanda parecía estar causando sensación esa temporada; al menos hasta que se pasara la novedad.

—Sonríe, Amanda —le ordenó Juliana con una sonrisa forzada—. Aún no estás

comprometida con lord Stafford, así que puede que alguno de estos caballeros te convenga.

Antes de dedicarles una sonrisa ensayada a sus posibles pretendientes, Amanda tuvo al menos la delicadeza de parecer avergonzada. Lo cual era bueno, porque teniendo en cuenta su actitud anterior, Juliana había estado tentada de cancelar el plan. Pero entonces lord Malmsey tendría que casarse con ella, lo que no sería justo ni para él ni para tía Frances.

Tener varios proyectos en marcha estaba resultando complicado.

Cuando Amanda se fue a bailar con el más afortunado de los dos caballeros, Juliana sintió una presencia detrás de ella y al volverse vio al duque de Castleton.

—Lady Juliana —dijo en su tono culto y reservado de siempre—, ¿me haría el honor de concederme un baile?

—Desde luego, excelencia. —Le encantaba llamarle «excelencia» y pensar que algún día, quizá no muy lejano, otras personas se dirigirían así a ella. Aceptó el brazo del duque y se dirigió a la pista de baile—. Un vals —dijo alegremente, dedicándole una sonrisa—. Así tendrá una excusa para tocarme.

Pronunció aquellas palabras con coquetería, pero, aunque era una coqueta consumada, el duque no pareció darse por enterado.

—Esta noche está usted guapísima, querida —dijo, y la mantuvo a una distancia respetable mientras duró el baile, y solo la tocó cuando era estrictamente necesario.

Pero eso no significaba que no estuviera enamorado. A fin de cuentas, le había enviado flores y la había llamado «querida». Pero, de todos modos, Juliana había disfrutado de los gestos de cariño que le había dedicado James, y deseaba que el duque se relajara un poco y le mostrara también un poco de afecto físico. Con una pizca sería suficiente para animarla.

Por suerte, llevaba los *macaroons* envueltos en un pañuelo en el bonito bolso amarillo que hacía juego con su vestido. Cuando salieron de la pista de baile, se descolgó de la muñeca el bolsito de cuentas y lo abrió.

—Gracias por el vals, querida —le dijo el duque en tono formal.

—Ha sido un placer. —Juliana sacó el paquete y se lo entregó—. He hecho unos dulces para usted.

Él pareció sobresaltado.

—¿En la cocina? —preguntó, como si hubiera algún otro lugar más aceptable para que una dama de alcurnia hiciera dulces.

—Sí, en la cocina. Las damas de la familia Chase somos famosas por nuestros dulces. —Al ver que él no reaccionaba, desenvolvió los *macaroons*—. ¿No quiere probar uno?

Con evidente incomodidad, él seleccionó uno especialmente pequeño y se lo metió en la boca con disimulo, luego masticó y tragó a conciencia antes de expresar su opinión.

—Están absolutamente deliciosos —dijo—. Ahora entiendo por qué las Chase son famosas por sus dulces. —Le tendió el pañuelo con el resto de los *macaroons.*

Ella no lo cogió.

—Me alegro mucho de que cuenten con su aprobación. Espero que se los coma todos. —Siete *macaroons* podían parecer demasiados teniendo en cuenta el efecto que habían surtido tres en James, pero Juliana sospechaba que serían necesarios para conseguir que el duque, siendo tan reservado como era, se relajara—. Gracias por el baile —añadió con una reverencia, y se alejó antes de que él intentara de nuevo devolverle los dulces.

Los hombres no llevaban bolso y el duque era demasiado escrupuloso para meterse un paquetito de *macaroons* en el bolsillo.

No tendría más remedio que comérselos todos.

24

EL TIEMPO siempre era un tema de conversación socorrido, pero parecía serlo aún más ese año tan frío. De hecho —se dijo James, parado entre un corrillo de hombres en el baile de lady Partridge—, parecía que últimamente la gente no hablaba de otra cosa.

—Las manchas solares tienen la culpa del frío —estaba diciendo lord Cravenhurst—. Está claro que algo va mal en el universo.

Lord Davenport inclinó la cabeza sabiamente.

—Se han contado nueve grupos de manchas solares, además de varias individuales dispersas de este a oeste del sol. Me temo que presagian el fin del mundo. El sol se está enfriando.

—No lo creo. —A James le divertían a medias esas teorías absurdas, pero también le preocupaba que el país estuviera gobernado por los chiflados que las defendían—. Las manchas solares no son nada nuevo. Galileo ya las observó hace más de doscientos años. Si examinan los registros de temperaturas, verán que Gran Bretaña ha tenido desde entonces veranos inusualmente fríos e inusualmente cálidos y que esos periodos no tienen nada que ver con las manchas solares.

Lord Hawkridge asintió.

—Stafford tiene razón.

James le dedicó una sutil inclinación de cabeza, aliviado por tener al menos un interlocutor sensato. Conocía a Hawkridge de sus tiempos en Oxford, aunque no muy bien. En aquella época, era mucho más amigo de Griffin. Recién llegado al Parlamento y a la bancada de los whigs, sus intervenciones le habían impresionado. Parecía un verdadero caballero, con la cabeza despejada y un agudo sentido del honor.

—Estoy de acuerdo con Hawkridge y Stafford —declaró lord Haversham—. Las manchas solares no tienen la culpa del frío. La culpa la tiene la luna.

—¿Cómo es eso? —preguntó Hawkridge.

Haversham, que no parecía tener mentalidad científica, se encogió de hombros.

—Es de común conocimiento que los ciclos de la luna afectan a todo.

—Tonterías. —Se volvieron todos a mirar a lord Occlestone, un hombre que por desgracia (o no, según el criterio de cada cual) se asemejaba a un cerdo de cara sonrosada—. No son las manchas solares ni la luna —declaró con voz estentórea, salpicando de saliva a todos los presentes—. La culpa es de esos americanos advenedizos.

James se secó la cara.

—¿Cómo demonios puede culpar de eso a los americanos?

Occlestone también había sido compañero suyo en Oxford, y a James no le había caído bien entonces ni le caía bien ahora. Tory acérrimo, solía oponerse a cualquier progreso o reforma, y

estaba haciendo todo lo posible por bloquear su proyecto de ley para que la vacuna contra la viruela la costease el gobierno y se administrara obligatoriamente a los bebés.

—Norteamérica está sufriendo un verano aún más frío que el nuestro —señaló Hawkridge—. Los periódicos llevan tiempo augurando hambrunas para los próximos meses debido a la pérdida de las cosechas.

—También he visto previsiones de hambruna en Suiza —añadió Davenport.

—Con hambruna o sin ella —dijo Occlestone, al que a todas luces no le interesaba algo que era muy poco probable que le afectase personalmente—, la culpa la tiene un americano. Benjamin Franklin, para ser exactos.

—¿Benjamin Franklin? —James parpadeó, incrédulo—. Calculo que el señor Franklin ya estará descompuesto a estas alturas. Lleva muerto más de veinticinco años.

Los demás se echaron a reír, pero Occlestone entrecerró sus ojos porcinos.

—Aunque esté muerto, inventó el pararrayos, ¿verdad? Para que lo sepan, el interior de la tierra está caliente debido a las corrientes eléctricas que circulan por debajo de la superficie. Ese calor suele descargarse en el aire que nos rodea, pero debido a los pararrayos de Franklin, que se están instalando por todas partes, no solo en su país, sino también en el nuestro, el proceso de liberación de calor a la atmósfera se ha interrumpido.

—No es así como he oído explicar ese fenómeno —repuso Cravenhurst—. Sino al contrario, de hecho. Como los rayos son calor, los pararrayos absorben el calor del aire. De ahí que nos hayamos quedado sin verano para siempre.

Davenport se frotó la calva.

—En cualquier caso, el responsable es Franklin. Aunque yo sigo culpando a las manchas solares.

James llegó a la conclusión de que, con la única excepción de Hawkridge, todos ellos tenían más pelo que sentido común; incluso Davenport, con su calva reluciente. Pero aun así no podía llamarles idiotas a la cara.

—Al igual que todos ustedes —dijo con cautela—, he pensado mucho en esto. Y ello, junto con una observación constante, me ha llevado a descartar esas predicciones de fatalidad. En los últimos meses ha habido bruma. Creo que esa bruma está tapando temporalmente el sol.

Occlestone se cruzó de brazos.

—¿Bruma?

—Sí, bruma. O niebla, si lo prefiere, o quizá sea algún tipo de polvo, ya que parece seco. El sol disipa fácilmente la niebla húmeda procedente del agua, pero su calor parece tener muy poco efecto sobre esa bruma. Por tanto, lo lógico es que sus rayos no estén llegando a la Tierra y calentándola como es habitual.

—¿Y a qué se debe esa bruma, según usted? —preguntó Occlestone.

—No lo sé. Soy médico, no meteorólogo, pero no veo motivos para creer que vaya a prolongarse indefinidamente.

—¿Y cree que también hay bruma en América? Yo creo que no. —La cara rosada de Occlestone empezaba a adquirir un tono morado—. Me vi obligado a escuchar su discurso de dos horas en el Parlamento, Stafford, pero no tengo por qué escucharle aquí. —Y con esas se marchó, refunfuñando en voz tan alta que James sospechó que se le oía desde el otro lado del salón.

—Buenas noches, Tristan —oyó James que decía una voz femenina detrás de él.

Al volverse vio a Juliana, vestida en un tono de amarillo tan alegre que parecía compensar la falta de sol. No le gustó, sin embargo, oírla dirigirse a Hawkridge por su nombre de pila, y

menos aún ver que sonreía cuando él se acercó y le besó la mano.

—Estás preciosa esta noche, Juliana.

James no alcanzó a oír lo que dijeron a continuación. Estaba demasiado ensimismado diciéndose a sí mismo que no le importaba quién cortejara a Juliana y que ella tenía derecho a tener pretendientes y que al menos Hawkridge no era un mojigato ni un asno. Un momento después se dio cuenta de que Hawkridge se había ido y Juliana le miraba con desconcierto.

—¿Estás bien, James?

Él parpadeó.

—Por supuesto que sí. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Has puesto una cara... rara.

Se encogió de hombros.

—Hawkridge es un buen tipo, ¿verdad?

—Sí. Es una pena que la sociedad le haya rechazado tanto tiempo. Me alegro mucho de que Alexandra consiguiera limpiar su nombre.

—¿Alexandra?

—Mi hermana mayor. Su esposa.

—Ah.

James ignoraba cuál era el escándalo que había afectado a Hawkridge, pero tenía que haber ocurrido mientras él estaba sumido en el luto. Sintiendo una absurda oleada de alivio, tuvo que hacer un esfuerzo para refrenar una sonrisa. Hawkridge no estaba cortejando a Juliana, era su cuñado.

—No sabía que estaba casado con tu hermana.

—Olvidaba que solo conoces a Corinna. Tendré que presentarte a Alexandra. —Vio a alguien y frunció el ceño—. A ese hombre no le agradas demasiado, ¿verdad?

Perplejo una vez más por el brusco cambio de tema, James siguió su mirada.

—¿A Occlestone? —No se había dado cuenta de que ella había escuchado su conversación —. No le agradan los proyectos de ley que presento en el Parlamento. Pero a mí tampoco me agrada él, así que estamos en paz.

—Dos horas —dijo, impresionada—. ¿Qué tal fue recibido tu discurso? Dejando a un lado a Lord Occlestone, quiero decir.

Él suspiró.

—No creo que la Cámara de los Lores esté dispuesta a destinar más dinero a combatir la viruela. Concedieron dos subvenciones para financiar la investigación de Edward Jenner, en 1802 y de nuevo en 1806, y consideran que con eso es suficiente. Además, hay quien opina que hacer obligatoria la inmunización es un problema en sí mismo. Una cuestión de libertad civil. Creen que imponer la vacunación no es aceptable en un país con una larga tradición de libertades.

—Tienen razón —contestó ella, pensativa.

Él asintió.

—Cuando se trata de sopesar la libertad personal frente al bien común, reconozco cierta ambivalencia. —Muy pocas cosas en este mundo eran blancas o negras—. Pero me gustaría que las instituciones públicas apoyaran con más financiación los esfuerzos por erradicar la enfermedad.

—¿Se ha votado ya tu proyecto de ley?

—Todavía no, pero me temo que ya conozco el resultado. —Tras su discurso de dos horas había habido cuatro horas de debate, la mayoría en su contra—. Lo intentaré de nuevo el año que

viene. Pero quizá solo defienda la financiación, dada la resistencia a imponer la vacunación obligatoria.

—Eres un hombre muy razonable, James.

Se encogió de hombros.

—Simplemente pragmático. Por mucho que me apasione la idea de erradicar la viruela, estoy empezando a creer que nada de lo que yo diga se impondrá al deseo de los demás de proteger los derechos individuales. Y ni siquiera estoy seguro de que su posición no sea legítima.

—Pero ¿el dinero servirá de algo por sí solo? Tú ya les estás pagando las vacunas a otras personas.

—Solo aquí, en Londres. A fin de cuentas mis ingresos son limitados, aunque no sean nada desdeñables. Los fondos del gobierno no solo servirían para pagar a los médicos y sufragar los suministros: también sufragarían la educación. Si todo el mundo cobrara conciencia de la importancia de la inmunización y decidiera vacunar a sus hijos, el resultado sería el mismo que si la vacuna fuera obligatoria. —Pensando que aquella era una conversación muy seria para una joven en una fiesta, sonrió y cambió de tema—. ¿Estás disfrutando del baile de lady Partridge?

—Por supuesto. No te he visto llegar.

—Eso es porque estabas bailando con Castleton. —Aquel cretino parecía tan estirado como siempre incluso con Juliana en sus brazos, lo que le había alegrado enormemente—. ¿Puedo convencerte de que bailes conmigo?

—Estás aquí para bailar con lady Amanda —le recordó ella—. ¿Te has comido los *macaroons* antes de venir?

—Desde luego. Puedes estar segura de que tendré fuerzas de sobra para bailar con las dos.

—Muy bien —contestó ella riendo—. Podemos hablar de tu estrategia mientras bailamos.

James no quería hablar de estrategia. Pero sí quería tocar a Juliana con intención de hacer progresos para que en algún momento le besara, así que murmuró algo que sonó como un asentimiento y la condujo a la pista de baile.

25

—ENTONCES —LE DIJO JULIANA mientras bailaban el vals—, ¿has decidido cómo vas a pedirle permiso a lady Amanda para cortejarla?

Él la atrajo hacia sí.

—He pensado empezar con «¿Me concede este baile?» y seguir a partir de ahí.

—No suena especialmente galante.

—Yo creo que funcionará —contestó él desdeñosamente—. Después de todo, le he comprado varios regalos. —La acercó aún más, hasta que sus cuerpos casi se tocaron, lo que en Juliana tuvo el extraño efecto de provocarle un cosquilleo—. ¿Se los he enviado ya todos o solo algunos?

—De momento, solo el abanico y los guantes —contestó ella casi sin aliento, mientras la mano de James se deslizaba despacio por su espalda—. Y las flores, claro. El resto los enviarás la semana que viene.

—Te encargarás tú de ello, supongo —dijo él secamente mientras volvía a deslizar la mano hacia arriba—. Enviar regalos es un gesto muy galante, ¿no?

—Por eso lo sugerí.

—Bueno, entonces —añadió, volviendo a deslizar los dedos hacia abajo, de modo que a Juliana se le aceleró el pulso—, ¿no debería bastar con eso? Dicen que los actos son más elocuentes que las palabras.

Sus actos eran muy elocuentes, desde luego. No debería estar acariciándole la espalda en medio de un salón de baile abarrotado, pero Juliana dedujo que la culpa era de los *macaroons*… y tenía que reconocer que era muy agradable. Si hacía lo mismo con Amanda, eso, junto con los regalos, bastaría seguramente para que su amiga quisiera casarse con él.

Cuando el vals llegó a su fin, se alegró al ver que su hermana mayor estaba conversando con Amanda.

—Ahí está Alexandra. —Se volvió para que James la condujera en esa dirección al salir de la pista de baile—. Deja que te la presente.

James le dijo a Alexandra que se había llevado una alegría al saber que lord Hawkridge se había casado —de hecho, parecía alegrarle más de lo normal—, y Alexandra se alegró de conocer por fin al hombre del que tanto se había hablado en las sesiones de costura de Juliana, aunque no se lo dijo, por supuesto.

Una vez terminadas las presentaciones, fue fácil proponer que James y Amanda bailaran. Por desgracia, los músicos tocaron una melodía campestre, no un vals, pero los dos se dirigieron a la pista de baile. Hacían muy buena pareja. Los dos eran altos y el atractivo de James, con su cabello moreno, contrastaba con la pálida belleza de Amanda. Cualquiera habría dicho que

formaban la pareja perfecta.

Juliana se volvió y vio a la madre de James mirando feliz a su hijo. Era evidente que se alegraba de verle con la encantadora Amanda. Lady Stafford parecía distinta esa noche —más joven, quizá—, con un elegante vestido rosa oscuro con ribetes de color crudo. Juliana recordaba haber visto un modelo parecido en el último número de *La Belle Assemblée*. Recordando que James quería que su madre bailase, miró a su alrededor en busca de un caballero idóneo y encontró uno muy cerca de allí.

—Lord Cavanaugh —dijo, y sonrió cuando él se giró para mirarla. Era un elegante viudo de unos cincuenta y cinco años, nariz patricia y cabello plateado, ideal para lady Stafford—, ¿está disfrutando de la velada?

Él le sonrió, sorprendido porque una dama tan joven entablara conversación con él.

—Mucho, lady Juliana. ¿Y usted?

—También. —Empezó a acercarse sutilmente a la madre de James—. ¿Ha bailado mucho esta noche?

—Todavía no —contestó él, interpretando su pregunta como una invitación, tal como ella pretendía—. Pero sería un honor...

—Excelente —dijo ella, conduciéndolo hasta lady Stafford—. Buenas noches, lady Stafford.

La madre de James se volvió, con la sonrisa aún en los labios.

—Buenas noches, lady Juliana.

—Su vestido es precioso. ¿Es nuevo?

Sus cálidos ojos marrones, tan parecidos a los de su hijo, brillaban mucho más que los de Amanda. Tocó el brazo de Juliana.

—Pues sí, gracias, sí que lo es.

—Creo que ya conoce a lord Cavanaugh. —Juliana miró al hombre, sonriendo—. Le encantaría bailar con usted. Espero que se diviertan —añadió, y se marchó.

Corinna le cortó el paso.

—Muy habilidoso, Juliana.

Estaba tan contenta de cómo iba todo que ignoró el tono sarcástico de su hermana.

—Gracias.

—¿No se te ha ocurrido pensar que quizás haya gente a la que no le agrade que te entrometas en su vida?

—No me estoy entrometiendo. Estoy ayudando. —Señaló la pista de baile, donde lady Stafford estaba bailando una cuadrilla con lord Cavanaugh—. Los dos están sonriendo.

—Por educación.

—Están contentos. Él es un viudo rico y ella una viuda solitaria. ¿Por qué no iba a alegrarles bailar juntos?

—¿Quizá porque tú les has empujado a ello?

—Algunas personas necesitan un empujoncito. —Miró a su hermana, pensando que parecía un poco sola—. ¿Te busco una pareja de baile?

—Por Dios santo —resopló Corinna, y se alejó.

Juliana volvió a mirar hacia la pista de baile. No importaba lo que dijera su hermana: era obvio que lord Cavanaugh y la madre de James estaban disfrutando mucho bailando juntos. Y lord Malmsey y la tía Frances estaban bailando otra vez, mirándose a los ojos de un modo que la hizo suspirar de envidia. ¡Ojalá el duque la mirara a ella así! Bueno, tal vez lo hiciera después de comerse los *macaroons*…

Le estaba buscando con la mirada cuando se le acercó Amanda.

—He hablado con lord Malmsey.

—¿Sobre qué? —preguntó Juliana, alarmada, pensando que quizá le hubiera reprochado que bailase con Frances.

Pero Amanda la sorprendió.

—Sobre nuestro compromiso. Tenías razón, no tenía por qué reprocharle que mostrara interés por otra mujer. Le he dicho que comprendo su cambio de parecer y que yo sentía lo mismo, y que voy a buscar la manera de romper el compromiso de modo que su honor quede intacto.

Juliana respiró aliviada.

—Entonces, has decidido casarte con lord Stafford.

Amanda negó con la cabeza.

—Sigo sin enamorarme de él.

Imposible.

—¿Te ha tocado lord Stafford? —preguntó Juliana.

—¿Tocarme? Me ha tocado la mano, claro, mientras bailábamos.

—Pero ¿nada más? ¿Nada más... amoroso?

—¿Amoroso? —Amanda abrió los ojos par en par—. ¡Por supuesto que no! No estamos comprometidos.

Nunca llegarían a estarlo si no dejaba que la tocara.

—El plan era encontrar a alguien dispuesto a comprometerte —le recordó Juliana—. Y, después de todo, será necesario que te toque un poquito para convencer a tu padre de que anule la boda. Tal vez sería conveniente que experimentaras un poco.

Amanda pareció estremecerse ante la sola idea.

—Es demasiado pronto. Aún tengo que decidir si lord Stafford es el hombre que quiero que me comprometa.

—Bueno, solo faltan tres semanas para tu boda. Será mejor que te decidas pronto o será lord Malmsey quien te toque, en vez de alguien a quien tú hayas elegido.

La pobre chica palideció y Juliana se compadeció de ella. No quería ni pensar lo que sería la noche de bodas para una mujer tan reservada como Amanda.

—Encontraremos a alguien —le prometió, dándole unas palmaditas en la mano—. Aunque no estoy segura de que sea realista esperar que te enamores en tan poco tiempo.

Amanda se mordió el labio, más apocada que nunca.

—Quizá tengas razón.

—Tal vez ayudaría que dejes que lord Stafford te toque.

—No lo ha intentado —dijo Amanda.

El efecto de los *macaroons* no podía haberse disipado tan rápidamente.

—Quizá si fueras un poco más receptiva…

—Lo intentaré. —Amanda jugueteó con su abanico—. ¿A ti te gusta que el duque te toque?

—Mucho —le aseguró Juliana, deseando que el duque la hubiera tocado de verdad para no tener que mentir—. Escucha, los músicos están empezando a tocar un vals. Es un baile excelente para nuestro propósito.

La agarró del brazo y la llevó hacia el lugar donde James estaba hablando con su madre.

—A lady Amanda le encantaría bailar el vals —dijo.

Al ver que su hijo no reaccionaba, lady Stafford le dio un codazo.

—Vamos, James. Ya acabaremos esta conversación en casa.

—Muy bien —dijo él, envarado, y le ofreció el brazo a Amanda—. ¿Bailamos otra vez?

Mientras la joven pareja se alejaba, lady Stafford soltó un suspiro de contento y sonrió a Juliana como si tuviera algo que decirle. Algo agradable. Pero justo entonces se acercó lord Cavanaugh y le hizo una elegante reverencia.

—¿Bailamos otra vez? —preguntó.

Lady Stafford se alejó con él, dedicándole a Juliana una sonrisa aún más amplia por encima del hombro.

Juliana miró a su alrededor y vio que el duque de Castleton salía de la sala de naipes. Dedicándole su mejor sonrisa, se acercó y le tocó en el brazo.

—¿Bailamos otra vez?

Aquella frase les había funcionado a los demás, pero el duque pareció alarmado. Juliana supuso que no era propio de una dama preguntar aquello, pero, como se moría de ganas de ver lo bien que funcionaban los *macaroons*, se dirigió hacia la pista de baile, sabedora de que él la seguiría.

Y la siguió, por supuesto. Pero cuando empezaron a bailar el vals, tenía los brazos rígidos y la mantenía tan alejada como de costumbre.

—¿Quién es la que baila con Stafford? —preguntó—. ¿La conoce?

—Es lady Amanda Wolverston y la conozco muy bien. Somos vecinas, crecimos juntas.

—Nunca me había fijado en ella.

Claro que no. Nadie se había fijado en Amanda hasta que ella la había tomado bajo su ala.

—¿Qué le pareció el polémico discurso de lord Stafford?

—¿A qué discurso se refiere?

—Al de ayer en el Parlamento. Sobre la vacuna contra la viruela.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó, pero al parecer era una pregunta retórica, porque no esperó respuesta—. Estuve en mi club todo el día y toda la noche, jugando a las cartas.

Juliana se preguntó por qué aquello le resultaba inquietante. A fin de cuentas, quería un hombre que pudiera dedicarle mucho tiempo, y estaba claro que el duque anteponía el placer a otras cosas más serias.

—¿Y ganó?

—¿Importa, acaso? Fue una forma entretenida de pasar el rato. —Le sonrió con indulgencia —. Puedo permitirme perder, se lo aseguro. Tengo dinero de sobra tanto para apostar como para comprarle flores a una dama especial.

Ella se alegró de que la considerara especial, pero, si tenía dinero de sobra, tal vez sería mejor que lo invirtiera en algo más significativo. En una causa digna. En el Hospital de Expósitos, tal vez, o en vacunas contra la viruela.

Se lo sugeriría cuando le conociera mejor. Pero ojalá se relajara para poder conocerle mejor…

—¿Se ha comido algún *macaroon* más? —le preguntó, concluyendo que no se los había comido.

—Todos —contestó él, lo que le sorprendió—. Estaban riquísimos, y además no tenía dónde guardarlos para comérmelos después.

Era lo que ella esperaba, pero, ¿por qué no estaban funcionando?

—Me alegro de que le hayan gustado.

—Estaban realmente buenos.

Pero al parecer no funcionaban del todo bien. No parecían haberle puesto cariñoso en absoluto. Juliana se acercó un poco más, pero él estiró los brazos para que volvieran a estar a una distancia prudencial.

Se fijó en que lord Cavanaugh no bailaba tan recatadamente con lady Stafford. Parecían bastante relajados. Y la tía Frances y lord Malmsey estaban tan pegados que casi se pisaban los pies. Amanda, en cambio, bailaba convenientemente apartada de James.

Debería haberle dejado más *macaroons* a James, teniendo en cuenta que el efecto de dos se había disipado rápidamente y siete no habían afectado al duque. ¿Por qué sería tan resistente a sus efectos? Dedujo que, puesto que el duque era un bastardo, quizá su padre se hubiera mostrado muy frío con él por no ser hijo natural suyo. Pero una buena madre lo habría compensado.

—¿Su madre era cariñosa? —preguntó.

—¿Cariñosa? —La pregunta pareció sorprenderle—. No sabría decirle. No conocí a mis padres.

Qué trágico.

—¿Por qué?

—Murieron cuando yo tenía seis meses. Se ahogaron en una tormenta mientras cruzaban el Canal.

—Lo siento mucho. —Juliana había perdido a sus padres siendo joven pero ya adulta, y le costaba imaginar lo que habría sido crecer sin padres. Incluso Emily y Amanda, que eran huérfanas de madre, tenían a sus respectivos padres—. ¿Quién le crio, entonces?

Su bonita boca se contrajo.

—Mis tíos, el hermano de mi padre y su esposa. ¿Sabía que nací en casa de usted? Lo primero que hicieron mis tíos al convertirse en mis tutores legales fue venderle esa casa a su padre y comprar mi casa actual, una espléndida mansión en Grosvenor Square. Fue muy satisfactorio echarles de allí cuando alcancé la mayoría de edad.

A Juliana le alegró saber que tenía una casa espléndida, pero le sorprendió su tono de amargura.

—¿No se portaron bien con usted?

—¿Portarse bien? —Soltó una risa carente de humor—. Si no hubiera nacido seis meses antes de la muerte de mis padres, mis tíos habrían sido duques. Nunca me perdonaron que les robara el título.

No le dio más detalles, pero Juliana se hizo una idea de la situación. Sus tíos habían sido fríos, crueles y rencorosos. No había recibido abrazos durante su infancia, ni ningún tipo de afecto físico.

No era de extrañar que fuera tan poco cariñoso. Nadie le había enseñado a serlo.

—Siento mucho que tuviera una infancia triste —le dijo.

—Es usted muy amable, querida —repuso él, dedicándole una sonrisa cordial.

Ahora lo entendía. Nadie le había querido durante su infancia, por eso le costaba tanto acercarse a los demás. Como todo el mundo, había aprendido con el ejemplo, y necesitaba un nuevo ejemplo del que aprender.

El contacto humano podía hacer milagros. Cuando aprendiera a ser más cariñoso, sería también más caritativo. El pobre hombre necesitaba alguien que le guiara con ternura, que hiciera aflorar su lado más tierno.

La necesitaba *a ella.* Si ella formaba parte de su vida, si le demostraba afecto y generosidad hacia los demás…

El vals llegó a su fin. Antes de que Juliana pudiera terminar de formular su plan, el duque se inclinó formalmente y le dio las gracias.

Apenas se hubo alejado, se acercó lady Stafford.

—Quería darle las gracias por haberme presentado a lord Cavanaugh.

—Creía que ya le conocía.

—Por volver a presentármele, entonces. —Sonrió, y sus ojos amables le recordaron a Juliana a su madre—. Doy una pequeña cena mañana en Stafford House, y lord Cavanaugh ha accedido a asistir. Mi hijo también estará presente. ¿Puedo contar también con el placer de su compañía?

—Iré encantada.

Le agradaba la madre de James. Lady Stafford era muy maternal y ella echaba mucho de menos a su madre. Además, la cena le daría la oportunidad de preguntarle a James qué tal progresaba su noviazgo con Amanda y de recordarle que la invitara a visitar el Salón Egipcio. En cuanto Amanda descubriera que compartían el interés por las antigüedades romanas, seguro que se enamoraría de él.

—También voy a invitar a la joven con la que ha estado bailando mi hijo. —Lady Stafford miró un momento a Amanda—. ¿Invito al duque de Castleton para completar la mesa?

—Me encantaría —dijo Juliana.

De hecho, sería perfecto. El duque nunca la visitaba los domingos, de modo que la cena le permitiría empezar a ayudarle de inmediato. Podría dirigir la conversación hacia la causa de James y tal vez persuadirle de que contribuyera a ella.

Confiaba en que James y el duque acabaran simpatizando. Tal vez, a la larga, ella y el duque se harían amigos de James y Amanda y cenarían juntos a menudo cuando estuvieran casados. Sería una situación ideal, porque había llegado a disfrutar mucho de la compañía de James durante el tiempo que habían pasado juntos.

—¿A las ocho, entonces? —preguntó lady Stafford—. Lady Amanda vive en su misma calle, ¿verdad? ¿En el lado oeste de Berkeley Square? Mandaré a nuestro carruaje a recogerlas.

26

Pastel De Manzana Y Naranja

Se pelan dos naranjas y se trocean, luego se pelan varias manzanas y se cortan en rodajas finas. Se ponen en una fuente con un poco de harina, una taza de azúcar, un poco de canela y jengibre. Se introducen trocitos de mantequilla por toda la masa. Se cubren por completo con la masa y un poco de azúcar y se hornea el pastel hasta que se dore.

Excelente para llevar a una fiesta con amigos. Igual que se juntan las manzanas y las naranjas en esa tarta, así se juntan las personas que la comen.

—Eleanor, Marquesa de Cainewood, 1735

—¿**VERDAD QUE ES** un carruaje precioso? —preguntó Juliana mientras Amanda y ella se acercaban a Stafford House.

—Lord Stafford es conde. —Amanda pasó distraídamente la mano por la tapicería de terciopelo verde oscuro—. Era de esperar que tuviera un buen carruaje.

El vehículo se balanceó sobre sus ejes y Juliana sujetó con fuerza el pastel que había horneado esa tarde. ¿No había nada en James que impresionara a su amiga?

—Le gusta el ajedrez —le recordó, y luego, aunque su intención era que Amanda descubriera en el Salón Egipcio que tenían más cosas en común, añadió—: Y quizá quieras preguntarle si le interesan las antigüedades ro...

Se interrumpió cuando el carruaje se detuvo y se abrió la portezuela, dejando ver a un lacayo vestido con librea carmesí ribeteada en oro.

—Bienvenidos a Stafford House. —El hombre les ofreció la mano enguantada para ayudarlas a apearse.

—Santo cielo —murmuró Amanda con asombro al bajarse del carruaje delante de la mansión—. Me había fijado en esta casa desde Green Park, pero no tenía ni idea de que fuera de lord Stafford. —La casa de tres plantas tenía la fachada revestida de piedra de Portland, de un blanco brillante—. ¿Te has fijado en las estatuas de encima del pórtico dórico romano? Son Baco, Flora y Ceres.

Juliana no tenía ni idea de quiénes eran Baco, Flora y Ceres, pero sonrió de todos modos.

—Lord Stafford se sabe los nombres de los dioses y diosas antiguos, como tú.

El mayordomo los condujo a un impresionante vestíbulo de paredes curvas, con el suelo de

mármol claro y una ventana arqueada que daba a un resplandeciente patio central ajardinado.

—Santo cielo —repitió Amanda con la vista clavada en la ornamentada cenefa que recorría la sala bajo del techo oval labrado—. Ese friso se parece al del Templo de Júpiter. —Se acercó despacio, admirada, a un busto de mármol que descansaba sobre un pedestal, delante de la ventana—. Es increíble. —Alargó la mano como para tocarlo, pero se detuvo—. Debe de tener un valor incalculable.

—No parece un dios —comentó Juliana.

—No lo es. Es el emperador Lucio Vero, hermano adoptivo de Marco Aurelio, que gobernó con él.

Juliana observó a aquel sujeto barbudo y de aspecto altivo.

—Es muy apuesto.

—Se decía de él que era débil y caprichoso. Tengo entendido que su muerte fue más bien un alivio para el Imperio.

—¿Cómo sabes esas cosas? —preguntó Juliana.

—Por los libros, claro. La biblioteca de mi padre ha crecido a pasos agigantados desde que descubrió las ruinas en nuestra finca. ¿Tú no lees?

—Claro que sí.

Periódicos, porque le gustaba estar al día de lo que pasaba en el mundo. Revistas por docenas. Poesía y las últimas novelas, para comentarlas en buena compañía. Y también otras que se comentaban en susurros, como el tórrido romance de Minerva Press que tenía escondido bajo la almohada. Pero ¿historia y mitología romanas?

No tenía ni idea de que Amanda fuera tan culta.

Tras recoger sus pellizas y sombrillas, el mayordomo las condujo a través de un vestíbulo dominado por una escalera. O lo intentó, al menos, porque Amanda se paró en seco para observar una enorme estatua.

—Es un centauro —dijo.

—Eso lo sé hasta yo. No soy del todo una ignorante.

A Juliana le fascinaron las protuberancias del pecho desnudo y musculoso del ser mitológico, pero Amanda siguió adelante y se arrodilló junto a un gran trozo de piedra tallada colocado debajo de una mesa auxiliar de madera con incrustaciones.

—Es parte de un sarcófago, supongo. —Pasó los dedos por la piedra—. Del siglo I.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Juliana.

Amanda se limitó a encogerse de hombros mientras se levantaba y señaló otras dos piezas de piedra tallada que flanqueaban la mesa.

—Estelas funerarias. También del siglo I. La superficie lisa se usaba para sacrificios rituales. —Suspiró profundamente—. Esta casa está llena de tesoros.

El mayordomo las llevó por un pasillo bordeado de cuadros con marco dorado que representaban a antepasados de los Stafford, y a continuación las hizo pasar al salón más hermoso que Juliana había visto nunca. Entre las paredes arqueadas, pintadas de un suave verde pistacho, había columnas doradas semejantes a palmeras con las hojas proyectándose hacia arriba. Al fondo de la sala, un gran ábside estaba rematado por una bóveda dividida en pequeños cuadrados de bordes dorados, pintados alternativamente de verde y rosa.

Vestida con un traje burdeos con ribetes rosas, lady Stafford, que estaba sentada frente a lord Cavanaugh delante de un tablero de ajedrez, se levantó y las saludó con una sonrisa.

—Buenas noches. Cuánto me alegro de que hayan venido. —Se acercó para coger el plato que Juliana le tendía—. ¿Qué es esto, querida?

—Un pastel de manzana y naranja. Receta de mi bisabuela.

Lady Stafford levantó la blonda que cubría el plato.

—Dios mío, huele deliciosamente.

—Se supone que fomenta la amistad —le informó Amanda, observando el tablero de ajedrez.

—¡Qué maravilla! —Lady Stafford puso la tarta sobre un velador de mármol—. La serviremos de postre.

—Qué bonito tablero de ajedrez —comentó Juliana, divertida por la fascinación de Amanda—. Son gladiadores romanos, ¿verdad? ¿Las piezas datan de esa época?

—No, parecen mucho más modernas —respondió Amanda—. Y, además, el ajedrez no es tan antiguo. No se inventó hasta después de la caída del Imperio.

—Mi suegro encargó que tallaran el juego. —Lady Stafford levantó un decantador de cristal—. ¿Les apetece un jerez?

—Solo un poquito, por favor. —Juliana cogió la primera copa que sirvió lady Stafford y se sentó en un sofá de raso verde claro con patas de palmera doradas que, evidentemente, había sido diseñado para hacer juego con el salón—. Muchas gracias por invitarnos a su casa.

—Es la casa de mi hijo —repuso lady Stafford tendiéndole a Amanda otra copa.

James y el duque entraron en ese momento, enfrascados en una conversación. Juliana se alegró al ver que se estaban haciendo amigos. Alisó la falda de su vestido blanco, que había escogido con la esperanza de que el duque lo considerara apropiado y digno de una dama.

«Muy puro», como había dicho James.

Sorbiendo su jerez, Amanda se sentó a su lado.

—Es mucho más alto —susurró.

James era, en efecto, mucho más alto que el duque. Por eso Amanda y él hacían tan buena pareja.

—Y mucho más moreno —añadió su amiga.

Sí, James era moreno. El duque parecía muy paliducho comparado con él. Paliducho de piel y de pelo. Pero solo comparado con él. Y, además, ella prefería el pelo rubio.

—Y *mucho* más guapo.

—No es de buena educación cuchichear —susurró Juliana. No quería pensar en que James era mucho más guapo. Y no era cierto, de todos modos.

¿Verdad?

—Buenas noches, señoritas —dijo James con voz grave y densa como el chocolate, como siempre. Al oírla, Juliana sintió que las rodillas le flaqueaban como siempre, a pesar de que estaba sentada.

—Buenas noches —añadió el duque con una voz perfectamente normal, y sonrió a Juliana—. Es un placer volver a verla, querida.

Pero ¿qué importaba su voz, de todas formas? El duque era *duque*. Y estaba claro que ella le interesaba, aunque no la tocase.

Un lacayo apareció en la puerta y anunció que la cena estaba lista. Lord Cavanaugh le ofreció el brazo a lady Stafford.

—¿Vamos?

Los demás les siguieron hasta un gran comedor formal. Se habían retirado las hojas supletorias de la mesa de caoba para convertirla en un óvalo para seis comensales. Cuando un lacayo retiró la silla de Juliana para que tomara asiento, ella se tomó un momento para mirar a su alrededor. El comedor tenía columnas de mármol de estilo romano, una hermosa alfombra turca y una chimenea de mármol labrado, pero lo más impresionante era el techo, cuyos paneles

redondos representaban escenas mitológicas, todo ello decorado en oro.

—Qué preciosidad —comentó al dejarse caer en su asiento de terciopelo verde bosque.

—Era el orgullo de mi difunto marido. —Lady Stafford también se sentó—. Está inspirado en un techo de las Termas de Augusto en Roma.

Amanda suspiró mientras contemplaba el techo.

—Es la casa más bonita que he visto nunca. Todo en ella es absolutamente espléndido. —Se volvió hacia James, que estaba a su lado—. Tiene usted un gusto maravilloso, lord Stafford.

Su madre se rio.

—El gusto era de su abuelo, que contrató al venerable Henry Holland como diseñador. Si fuera por mi hijo, seguramente lo vendería todo y utilizaría el dinero para vacunar hasta la última alma en Inglaterra.

James frunció el ceño.

—La venta de esta casa y su contenido no cubriría ni de lejos...

—Estaba bromeando —le interrumpió lady Stafford con el tipo de sonrisa cariñosa que una madre dedicaba a un hijo exasperante pero adorado—. Confío en que no vendas los tesoros de la familia.

Juliana vio la oportunidad de sacar a relucir un asunto del que quería que hablaran.

—Si otros contribuyeran a la causa de lord Stafford —dijo mientras les servían una crema de espárragos en cuencos de porcelana con el escudo dorado de los Stafford en el borde carmesí—, no habría necesidad de vender nada. —Levantando su cuchara, que también era de oro, se volvió hacia el duque—. Erradicar la viruela es un propósito muy meritorio al que todos deberíamos contribuir, ¿no le parece?

—¿Todos? —El duque empuñó su cuchara—. Por meritorio que sea, no creo que todo el mundo pueda permitirse contribuir.

—Usted puede, desde luego —contestó ella con dulzura.

Le pareció oír que James se atragantaba. O que ahogaba una risa, quizá.

Lord Cavanaugh bebió un sorbo de vino.

—Sería un placer contribuir.

—Muchas gracias —dijo James, sorprendido—. Se lo agradecería mucho.

Lady Stafford parecía encantada.

Amanda le dedicó una sonrisa a James.

—A mí también me gustaría contribuir —dijo con simpatía—, pero, por desgracia, tendré que pedirle fondos a mi padre.

Conociendo al padre de Amanda, Juliana sospechó que no donaría ni un céntimo. Y estaba segura de que Amanda también lo sabía.

—El tiempo también es muy valioso —comentó—. Podrías aportar tu ayuda, en vez de dinero.

Amanda parpadeó y se llevó una mano al corpiño de muselina azul pálido.

—¿Estás sugiriendo que ponga vacunas contra la viruela?

—No, claro que no. Las vacunas las ponen los médicos. Pero imagino que hay otras tareas que podrías hacer y que serían muy útiles.

—Desde luego —añadió James dejando su cuchara. Juliana había llegado a la conclusión de que en realidad las cucharas eran de plata bañada en oro, porque tener cucharas de oro macizo era demasiado incluso para gente tan rica como los Stafford—. Siempre están llegando nuevos suministros que hay que desembalar y colocar en las estanterías de detrás del mostrador, y hay que hacer los horarios con una letra más legible que la mía, y limpiar las consultas y...

—¿Busca gente para limpiar las consultas? —le interrumpió Amanda, y clavó su mirada en Juliana—. ¿Tú también te vas a ofrecer voluntaria, entonces?

En realidad, Juliana no tenía ni idea de por qué le había sugerido que se ofreciera voluntaria. Desde luego, no esperaba que limpiara las consultas. Dudaba de que hubiera limpiado nada en su vida, con la posible excepción de sus propios dientes. Pero había algo en la insincera oferta de dinero de Amanda que la había exasperado.

Y ahora se encontraba en un brete.

—Lo haría encantada —contestó levantando la barbilla. Le gustaba ayudar a la gente y, aunque estaba muy ocupada cosiendo ropa de bebé, seguramente podría encontrar algún rato libre—. Como decía, es una causa que merece la pena.

—¡Magnífico! —exclamó James con tanto entusiasmo que Juliana casi temió que se pusiera a aplaudir—. ¿Qué tal el miércoles a la una?

—No puede —respondió Amanda—. Celebra una sesión de costura todos los miércoles a la una.

Maldición.

—Pasaré la sesión de esta semana a mañana.

—¿Una sesión de costura? —preguntó lady Stafford.

—Lady Juliana apoya muchas causas nobles —explicó Amanda—. Está haciendo ropita de bebé para el Hospital de Expósitos.

A Juliana se le ocurrió de pronto una idea.

—Sería buena idea vacunar a los niños expósitos —le sugirió a James.

—Ya lo hago —dijo él, y Juliana le admiró aún más—. Voy allí dos veces al año.

Lady Stafford miró a Juliana.

—¿Necesita más ayuda para hacer ropita de bebé, querida? Yo estaría encantada de asistir a su reunión de mañana.

—Eso sería maravilloso —respondió Juliana.

Y lo era. Pero se pasó el resto de la cena preguntándose cómo era posible que hubiera acabado ofreciéndose voluntaria para ayudar en el Instituto cuando se lo había sugerido a Amanda, y que lord Cavanaugh hubiera acabado donando dinero cuando ella se lo había pedido al duque.

Quizás estuviera perdiendo facultades.

27

DESPUÉS DE LA CENA, cuando las damas solían dejar a los hombres a solas con su oporto, lady Stafford propuso que se reunieran todos en el Salón de las Palmeras. Mientras los hombres escanciaban el licor y lady Stafford se afanaba en servir el pastel de manzana y naranja, Amanda llevó a Juliana a un rincón fondo del salón.

—¿No te parece increíble esta casa? —susurró, con los ojos brillando al fin—. ¿Verdad que es lo más asombroso que has visto nunca?

Juliana recorrió con la mirada las palmeras doradas, las arañas de oro y cristal y el techo ribeteado de oro.

—Hay mucho oro.

Amanda asintió con una sonrisa.

—Hasta la cubertería es de oro.

—Es de plata bañada en oro —puntualizó Juliana.

—Eso da igual. Lo verdaderamente asombroso son las antigüedades. Las vasijas de barro y los frascos de cristal que ha desenterrado mi padre parecen basura comparados con ellas. —Bajó aún más la voz—. Quiero casarme con lord Stafford.

Las palabras que Juliana estaba esperando oír. Pero el repentino cambio de parecer de su amiga era... en fin, muy repentino.

—No puedes casarte solo por las antigüedades —le susurró, temiendo que Amanda diera aquel paso por razones equivocadas—. Espero que te guste más él que sus posesiones.

—Oh, claro que sí. He decidido que tienes razón. Mi boda está a la vuelta de la esquina y lord Stafford y yo encajamos bien. Somos compatibles. Le gusta el ajedrez y es evidente que le interesan las cosas de la antigua Roma. Tal vez mi padre esté en lo cierto: puede que haya cosas más importantes que el amor. Además, tú dijiste que con el tiempo aprendería a amar a lord Stafford, y creo que es verdad.

Amanda *parecía* sincera, pensó Juliana. Quizá debería dejar de preocuparse por los motivos y alegrarse sin más de que su amiga por fin hubiera consentido en casarse con James. Era cierto que tenían intereses comunes, y Amanda no se mareaba al ver sangre. Sería una esposa excelente para un médico. Era una lástima que no pudieran conocerse sin prisas, pero a fin de cuentas estaban destinados a enamorarse desde el principio. Ella mismo lo había dicho sin cesar, ¿no?

Claro que se alegraba, decidió.

De hecho, estaba encantada. ¿Cómo no iba a estarlo? Salvo su intento de civilizar a la joven Emily, todos sus proyectos iban viento en popa.

Lord Malmsey y lady Frances se llevaban a las mil maravillas. De hecho, en el baile de la víspera sus envejecidos ojos brillaban, rebosantes de un amor recién descubierto. Y ahora que

lord Malmsey ya no tenía que casarse con Amanda, aquella pareja tímida y encantadora podría vivir feliz para siempre.

Al duque no parecía molestarle la compañía de James y Amanda, lo que significaba que cuando Juliana se casara con él podría seguir siendo amiga de James. El duque y ella tendrían que enamorarse antes de casarse, por supuesto, pero quizá ya estuvieran enamorados. ¿Cómo iba a saberlo ella, con su falta de experiencia? Y, en cualquier caso, el amor no tardaría en llegar. El duque le tenía simpatía y la necesitaba. En apariencia era perfecto, todo lo que ella buscaba en un hombre, pero en su fuero interno estaba profundamente herido. Con su ayuda, sin embargo, aprendería a ser cariñoso y más caritativo. ¡Iba a ser duquesa! Su excelencia, la duquesa Juliana de Castleton. ¡Qué bien sonaba!

Y además de todas esas buenas noticias, parecía que también había conseguido emparejar a lady Stafford y lord Cavanaugh, aunque al principio solo había pretendido que disfrutaran de un baile.

Todo iba a salir exactamente como debía.

Lady Stafford se acercó y les entregó sendos platos con una porción de tarta y un tenedor dorado.

—El pastel de su bisabuela está delicioso —dijo con delectación—. Muchas gracias por hacerlo y por traerlo.

—No hay de qué —contestó Juliana mientras la seguía hacia el centro de la sala.

Plato en mano, el duque se acercó al rincón y se puso a charlar con Amanda. Tal y como prometía la receta, el pastel ya estaba forjando nuevas amistades.

Lady Stafford se sentó en una silla tapizada de satén verde claro, con un dibujo de palmeras en la tela. Lord Cavanaugh ocupó la silla más cercana. James ya estaba sentado en el sofá, hincándole el diente a un trozo de tarta. Había seis sillas más decoradas con palmeras y cuatro taburetes a juego, pero Juliana se sentó en el sofá, junto a James, aunque sabía que ese lugar debía estar reservado para Amanda.

Solo sería un momento. Tenía algo muy importante que decirle.

A James no pareció extrañarle que se sentara a su lado. De hecho, se giró hacia ella, de modo que quedaron muy cerca.

—Esta tarta está riquísima —comentó—. ¿La has hecho tú?

—Por supuesto —contestó ella, tratando de apartarse un poco. Al parecer, el sofá de dos plazas era demasiado pequeño para compartirlo con un hombre de su tamaño—. Tu madre se lleva muy bien con lord Cavanaugh, ¿verdad?

—Sí, eso parece.

—Parecen perfectos el uno para el otro. Hasta el título de él empieza por C.

—¿Por C?

—Como las hermanas de tu madre, ¿no te das cuenta? Aurelia es lady Avonleigh, Bedelia es lady Balmforth, y tu madre sería…

—Lady Cornelia Cavanaugh. Sí, ya veo. —Con aire divertido, se comió otro trozo de pastel—. Pero creo que tener un nombre que haga juego no es lo más importante en una pareja.

—Claro que no —repuso ella, encantada al saber que estaba de acuerdo en que las parejas debían tener cosas en común—. Deben compartir intereses. Por ejemplo, el ajedrez y las antigüedades. Y en tu caso en particular, creo que te conviene una esposa que no se maree al ver sangre.

—No soy cirujano —señaló James—, ni partidario de las sangrías. Tampoco esperaría que mi mujer me ayudara en la consulta. Así que no hay prácticamente ninguna posibilidad de que

tenga que tratar con sangre.

Eso un alivio, en cierto modo, aunque no había razón para que lo fuera.

—James...

—Has mencionado el ajedrez —dijo él—. ¿Te apetece jugar una partida?

—Lady Amanda adora el ajedrez. —De veras, tenía que hablar con él de un asunto importante—. Yo prefiero jugar a las cartas; sobre todo, al casino.

—A mí me gusta el *whist*. Quizás algún día puedas enseñarme a jugar al casino. ¿Cuándo será nuestra próxima salida? —Cogió su copa de oporto, rozando a Juliana de paso.

Pensando que debería estar tocando a Amanda y no a ella, Juliana refrenó un estremecimiento placentero pero bastante turbador. Volvió a sentir su olor. Olía a un jabón muy masculino, y a una pizca de almidón, tal vez, y a algo más que no lograba identificar. Se inclinó más hacia él para que nadie les oyera.

—No necesitas más lecciones.

—Ah. —James bebió un sorbo y dejó la copa con cara de alivio. O quizá de desilusión.

No, de alivio. A fin de cuentas, no había ningún motivo para que se sintiera desilusionado.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Sí, del todo. He estado pensando...

—¿Sí? —Rozándola de nuevo, cortó con el tenedor otro trozo de tarta.

Juliana bajó la voz.

—Tenemos que planear cómo vas a comprometer públicamente a lady Amanda.

El tenedor hizo ruido al caer al plato.

—¿Comprometer a lady Amanda? ¿Por qué iba a hacer eso?

—Para que su padre acepte que te cases con ella.

—Yo jamás haría algo tan turbio —susurró con vehemencia. Juliana no pudo decidir si parecía más perplejo que ofendido o viceversa—. Y además, ¿por qué no iba a aceptar su padre mi oferta, en caso de que decidiera casarme con ella? Puede que tenga una profesión, pero también soy conde. No estoy en la indigencia.

Eso estaba claro: un indigente no tenía cucharas de oro en su mesa. Pero si James no quería ni oír hablar de comprometer a Amanda, ¿qué haría si descubría que ya estaba prometida? ¿Qué haría si se daba cuenta de que, a fin de casarse con ella, tendría que servirse de alguna artimaña para que lord Wolverston rompiera su acuerdo con otro caballero?

Se negaría a casarse con ella, eso haría. Era demasiado honorable para tomar parte en algo tan «turbio» como lo que habían planeado ellas dos. Pero su plan no era turbio, era... ¿qué palabra había empleado James para describir su voluntad de plegarse ante la oposición del Parlamento a implantar la vacunación obligatoria?

Pragmático, eso era. Su plan era pragmático. Y estaba justificado, dadas las circunstancias.

Lord Wolverston no era un hombre honorable. Estaba tratando a su hija de manera abominable, lo que significaba que en aquel caso estaba totalmente justificado el utilizar medios deshonrosos para impedir que se saliera con la suya.

Pero Juliana sabía que James no lo vería así. Era demasiado bueno. Demasiado bueno para su propio bien.

Cuando Amanda y el duque se acercaron al centro de la sala, Juliana suspiró y se trasladó a una silla para que Amanda pudiera sentarse junto a James. Pero Amanda no se sentó a su lado, sino que eligió otra silla, porque, a fin de cuentas, era una mujer reservada y James no dejaba mucho espacio en el acogedor sofá de dos plazas.

No quisiera Dios que Amanda se sentara demasiado cerca de un hombre, incluso de un

hombre con el que planeaba casarse.

Juliana se encogió de hombros y probó un trozo de su pastel, pensando que, si James y Amanda no iban a compartir el sofá, debería compartirlo ella con el duque para empezar a enseñarle a ser más afectuoso. El duque había ocupado la silla contigua a la suya, como era de esperar, pero no estaba lo bastante cerca como para demostrarle lo delicioso que podía ser estar cerca de verdad. Naturalmente, para que ella pudiera compartir el sofá con el duque, primero tenía que conseguir que James lo dejara libre. Pero eso no supondría ningún problema.

—A lord Stafford le apetece jugar al ajedrez un rato —le dijo a Amanda.

—En otra ocasión —discrepó James—. Una tarde nunca es larga en buena compañía.

—Un antiguo proverbio —repuso Amanda con una sonrisilla.

Fuera un proverbio o no, Juliana no había conseguido que James se levantara del sofá. En fin, pensó suspirando para sus adentros, tendría que sentarse más cerca del duque la próxima vez. De modo que pasó la velada conversando amablemente, sin dejar de pensar entretanto qué podía hacer para ayudar a un buen hombre como James a conseguir la felicidad que merecía.

Y no se le ocurrió absolutamente nada.

28

—**QUÉ CHICA** tan encantadora—comentó la madre de James cuando sus invitados se marcharon.

James se volvió hacia ella, cansado. Pasar tiempo con Juliana sin poder tocarla, como deseaba, parecía dejarlo agotado.

—Sí, madre —respondió—. Lady Amanda es encantadora.

—Bueno, sí, lo es, pero yo me refería a lady Juliana. —Comenzó a subir la ancha escalera de piedra que conducía a los pisos superiores—. Lady Juliana es encantadora *por dentro,* ¿no crees? No es que no sea guapa, es una cosita preciosa, pero en mi opinión la forma en que se esfuerza por ayudar a los demás tiene un encanto intrínseco. Se preocupa de veras por la gente. Nos ha traído un postre que ha hecho con la receta de su bisabuela. Hace ropa para el Hospital de Expósitos. Y hasta se ha ofrecido voluntaria para ayudar en el Instituto Nueva Esperanza. —Se detuvo en medio de la escalera y se volvió para mirarle, con la mano apoyada en la barandilla de metal pintada con trampantojos—. ¡Una dama de alcurnia ayudando en tu Instituto!

James era muy consciente de que Juliana había cometido un error de cálculo y se había visto obligada a ofrecerse voluntaria, pero no quiso decírselo a su madre. Porque tenía razón: Juliana era encantadora por dentro. No era ni mucho menos tan frívola como había pensado en un principio.

—Es un tesoro —declaró su madre—. Creo que deberías casarte con ella en vez de con lady Amanda.

—¡No he dicho que vaya a casarme con nadie! —estalló James, perplejo por segunda vez esa noche. O quizá por tercera vez. Porque, cuando Juliana le había dejado pasmado la primera vez al sugerirle que comprometiera a Amanda para poder casarse con ella, se había quedado perplejo al sorprenderse a punto de contestar: «¿Y si es contigo con quien quiero casarme?».

Pero en realidad no quería casarse con nadie. Aún no estaba preparado mentalmente para casarse sin amor. Y no podía enamorarse de una mujer que no fuera Anne, ni siquiera aunque esa mujer fuera un tesoro.

—Buenas noches, madre —dijo. De pronto se sentía aún más cansado que antes, pero siguió subiendo los peldaños de dos en dos para escapar antes de que su madre dijera algo más—. Que duermas bien —añadió al llegar al rellano.

Luego enfiló el pasillo, se metió en su despacho, cerró la puerta y se dejó caer en el largo sofá de cuero que había delante del gran escritorio de roble de su padre.

Y allí durmió, sin desvestirse.

No en la elegante alcoba de color marrón y morado cuya decoración su abuelo había encargado al venerable Henry Holland.

Ni en la cama de dosel marrón y morado en la que había nacido y que posteriormente había compartido con Anne.

29

—**NO PUEDO** creer que no me dijeras que habías hablado con lord Stafford —dijo Amanda la tarde siguiente—. ¿Qué te dijo, entonces?

El día había amanecido luminoso y soleado para variar y, aunque no hacía precisamente calor, al menos no estaba helando. Tras la sesión de costura que Juliana había cambiado de fecha —y después de la cual, pese a la ayuda de todas, Emily había calculado que *aún* quedaban por confeccionar ciento setenta y ocho prendas de bebé—, Juliana había llevado a Amanda al otro lado de la calle, a Berkeley Square, donde se habían sentado en un banco a la sombra de un plátano, a comerse un helado del Salón de Té Gunter's.

O al menos Juliana se estaba comiendo el suyo.

—¿Sabes —dijo— que este es el primer helado que me tomo en todo el verano? — Rebañó lo poco que quedaba del helado y se lo metió en la boca, paladeando su sabor exquisito—. Qué delicia. El de grosella blanca es el mejor.

Amanda seguía sin tocar su tarrina de helado de fresa.

—¿Qué te dijo? —repitió—. ¿Cuándo cree que deberíamos llevar a cabo nuestro plan?

Juliana suspiró y lamió su cucharilla.

—No cree que debamos llevarlo a cabo. Dijo que era *turbio*.

—¿Turbio?

—Sí. Quiere pedir tu mano sin más. Dice que no hay razón para que tu padre se niegue.

—Entonces es que no conoce a mi padre —repuso Amanda, apesadumbrada. Hundió la cucharilla en el helado de color rosa, que empezaba a derretirse, mientras miraba la estatua del rey Jorge que ocupaba el centro de la plaza—. ¿Qué dijo cuando le contaste que mi padre es demasiado terco para romper su acuerdo con lord Malmsey?

—No se lo dije. James, quiero decir, lord Stafford, jamás te pediría matrimonio si supiera que ya estás comprometida. Es demasiado honorable.

—Igual que mi padre, anteponiendo su honor a mi felicidad.

—Lord Stafford no es egoísta, pero tiene principios. No es lo mismo.

—Puede que no. —Amanda removió lentamente lo que era ya sopa de fresa—. ¿Por qué no me lo dijiste anoche, cuando volvíamos en el carruaje de lord Stafford?

—No lo sé —reconoció Juliana. Desvió la mirada de la cara desilusionada de su amiga y la fijó en la efigie del monarca. Su Majestad, montado a caballo, vestía una especie de túnica que supuso que pretendía ser griega o romana pero que hacía que el pobre hombre pareciera envuelto en una manta para defenderse del frío—. Supongo que estaba intentando averiguar cómo solucionarlo.

—¿Y se te ha ocurrido algo?

—Nada.

—¿Nada? —Amanda dejó la tarrina en el banco, a su lado—. Tú *siempre* tienes un plan.

—No. —Juliana suspiró—. Esta vez no lo tengo.

—Pues yo sí —declaró Amanda.

Juliana no se habría sorprendido más si la estatua del rey Jorge hubiera cobrado vida de repente y hubiera partido al galope.

—¿Tienes un plan?

—Sí. Engañaremos a lord Stafford para que me comprometa.

—No haremos tal cosa. —Juliana no sabía qué la escandalizaba más: que la remilgada Amanda sugiriese semejante artimaña o la idea de engañar a un hombre que se había convertido en amigo suyo—. Eso no estaría bien. Sería inmoral. Completamente vergonzoso.

—¿Por qué? Dijiste que quería casarse conmigo. Si su presunto honor se lo impide, le estaríamos haciendo un favor, ¿no?

—No —respondió Juliana, y luego añadió—: Bueno, tal vez.

Amanda tenía razón. Era cierto que James quería casarse con ella. Él mismo lo había dicho, ¿no? Había dicho —muchas veces— que Amanda era encantadora, y también que su padre aceptaría que la cortejase. No la cortejaría si no quisiera casarse con ella. ¿Por qué iba a hacerlo, si no? Le había comprado regalos y la había invitado a bailar. Más de una vez. En todos los bailes, de hecho. Y la había invitado a su casa.

Bueno, en realidad era su madre quien había hecho la invitación. Pero era la casa de James, y sin duda él había dado su visto bueno.

—¿Te gusta jugar al *whist*? —preguntó de repente.

—Sí, pero ¿qué tiene eso que ver?

A Amanda le gustaba el *whist*, igual que a James. Y el ajedrez. Y no se mareaba al ver sangre. Era lógico que James la amara y deseara casarse con ella. Y la única forma de hacer realidad su deseo era...

—Creo que deberíamos hacerlo este sábado —dijo Amanda, interrumpiendo su razonamiento —. En el baile de Billingsgate.

Al parecer, no solo había interrumpido su razonamiento, sino que lo había destruido por completo. Porque de repente no estaba segura de que nada de aquello tuviera sentido.

—No sé —dijo—. Me parece mal conspirar a espaldas de lord Stafford. Hace que me sienta culpable.

—¿Culpable? Nada de eso. —Juliana no recordaba haber visto nunca a Amanda expresarse con tanta seguridad—. Acabo de decírtelo, le estaremos haciendo un favor.

Ahí estaba otra vez ese «nosotras» implícito. Ese «nosotras» que la hacía sentirse culpable.

—Tal vez deberías hacer esto sola, Amanda.

—¿Por qué? —Se giró en el banco para mirarla. Sus ojos no brillaban, pero tenían una expresión suplicante—. No puedo planearlo sola. Necesito tu ayuda, Juliana. Al fin y al cabo, tú eres la más lista de las dos.

Bueno, en eso tenía razón. Su amiga podía ser culta, pero eso no significaba que fuera lista.

—No puedes sentirte culpable —añadió Amanda.

—Solo un poquito, quizá.

—Pues no deberías.

Tal vez los argumentos de Amanda fueran válidos. Después de todo, James quería casarse con ella. Y lord Malmsey, desde luego, no. Y a la tía Frances —a la querida y miope tía Frances — se le rompería el corazón si Amanda se casaba con lord Malmsey. La única persona que se

alegraría si Amanda no engañaba a James era su dichoso padre, ese intrigante. Razón de más para hacerlo, seguramente.

Parecía todo justificado, ¿no?

Las hermanas de Juliana solían decir que la capacidad para encontrar justificaciones era uno de sus muchos talentos.

—¿Y bien? —preguntó Amanda.

—De acuerdo. Trazaremos un plan.

—¡Qué bien! —Amanda levantó su tarrina y tomó alegremente una cucharadita de sopa de fresas—. Pensaba que no ibas a aceptar.

Preguntándose si debería haber aceptado, Juliana se puso a maquinar.

30

Tejas de Naranja

Mézclese una taza de harina con almendras molidas muy finas y azúcar, agréguense dos cucharadas de ralladura de naranja y sal. Añádase un poco de mantequilla y la clara batida de dos huevos. Cuando la masa esté lisa, córtese en trozos y estírense con un rodillo dándoles forma de S. Hornéense en una bandeja engrasada hasta que estén bien doradas.

Esta receta lleva mucho tiempo en el seno de nuestra familia. Las tejas son un tipo de galletas, excelentes para llevar a los aldeanos enfermos o a cualquiera a quien se quiera hacer sentir cómodo.

—Lady Diana Caldwell, 1689

JAMES DIO un lápiz a la joven aspirante y deslizó un trozo de papel sobre el mostrador.

—Escriba aquí su nombre, por favor, en la línea catorce.

Ella miró la hoja entornando los párpados.

—Ahí —añadió él, indicando el número 14.

La joven se mordió el labio y trazó con dificultad una X.

La undécima X de la página.

—Gracias —James reprimió un suspiro—, pero no creo que este puesto sea adecuado para usted.

La joven se encorvó al darse la vuelta, abatida, y James lamentó no poder ayudarla. La introducción de nueva maquinaria estaba causando un desempleo masivo en toda Inglaterra, pero, pese a lo mucho que le preocupaba ese problema, lo cierto era que necesitaba una ayudante que supiera leer y escribir.

Mientras la joven salía arrastrando los pies del Instituto Nueva Esperanza, Juliana entró casi bailando, hizo un gesto alegre al carruaje de los Chase, que estaba fuera, y metió la sombrilla en el paragüero que había junto a la puerta.

James consultó su reloj de bolsillo. Era la una en punto del miércoles. No había visto a Juliana desde la cena del domingo en Stafford House y se preguntaba si de verdad aparecería. Cuando se acercó a él, su sonrisa pareció iluminar toda la sala de recepción, una verdadera hazaña teniendo en cuenta el estado de ánimo de James.

Aunque fuera llovía —cómo no—, llevaba un vestido amarillo de verano, muy fino, que no

disimulaba en absoluto sus curvas. Lo que significaba que tampoco contribuía a refrenar el deseo de James, cada vez mayor. El corpiño era pequeño, como de costumbre, lo que le hizo imaginarse sus hermosos pechos rebosando de él.

¡Maldita sea!

—Buenas tardes —dijo—. ¿Lady Frances no viene?

—Oh, se aburriría, y no le gusta este barrio. Además, esta no es una situación que requiera una carabina. —Juliana parecía tener la vista clavada en la zona de debajo de su garganta—. El carruaje volverá a buscarme a las cuatro. ¿Qué haces aquí fuera? —Levantó la vista con evidente esfuerzo para mirarle a la cara y puso la cesta que llevaba sobre el mostrador, entre los dos—. ¿No deberías estar en consulta, vacunando?

—Estoy entrevistando a candidatas para el puesto de ayudante. —Señaló el cartel que había vuelto a colocar en el escaparate—. Y haciendo de ayudante hasta que encuentre a alguien.

—Entonces, ¿la última que contrataste se ha ido?

—Sí, esta mañana. —Ese día, la lluvia torrencial había impedido que se formara una cola que llegara hasta Surrey, pero también que se presentaran muchas candidatas a ocupar el puesto. Como Juliana parecía esperar una explicación, añadió—: Se ha quedado encinta inesperadamente.

—¿Inesperadamente? ¿Cómo es posible que una mujer haga lo que es necesario para quedarse encinta y le sorprenda que eso pase?

James conocía varias maneras, en realidad —a fin de cuentas, era médico—, pero no iba a explicárselas a una joven inocente. Ni siquiera a una tan poco mojigata como para plantear esa pregunta llevando un vestido con un corpiño diminuto y mirando fijamente la franja de piel que el cuello desabrochado de su camisa dejaba al descubierto.

—No tiene marido —dijo, y se desabrochó otro botón para ver cómo reaccionaba ella—. Y el padre de su hijo no puede permitirse mantener a una esposa.

—Ah. —Pareció un poco escandalizada, pero James no estaba seguro de si se debía al botón desabrochado o a que su ayudante soltera se hubiera quedado encinta—. Debe de hallarse en una situación terrible, la pobre.

—Espero que un poco menos ahora que le he dado cincuenta libras y le he dicho que se case.

A ella se le iluminó la cara.

—Así no tendrá que dejar a su hijo en el Hospital de Expósitos. Eso ha sido maravilloso, James.

James no había sentido que fuera maravilloso hasta ese momento, pero al oír su tono admirado le dieron ganas de besarla. Qué demonios, solo con verla le daban ganas de besarla. El diminuto corpiño tampoco ayudaba, ni el evidente interés que demostraba por su piel desnuda. Se removió incómodo, deseando que estuvieran en otro lugar y no en el Instituto.

Aunque seguramente era mejor que no fuera así.

—Te he traído tejas de naranja. —Juliana levantó el paño que cubría la cesta para mostrarle unas galletas que olían casi tan bien como ella—. Se supone que son buenas para los enfermos. —Echó un vistazo a la sala abarrotada—. Aunque supongo que esta gente no está enferma, ¿verdad?

—Mi propósito es evitar que enfermen.

—Sí, claro. Bueno, se supone que las tejas también ayudan a que uno se sienta cómodo. Prueba una.

Mientras tomaba uno de los dulces preguntándose si tanto se notaba que estaba incómodo, salieron una mujer y su hijo recién vacunado. El pequeño iba chupando un bastón de caramelo.

—Disculpa. —James salió de detrás del mostrador—. ¡Número cuarenta y tres!

Otra mujer y sus dos hijos se levantaron y le siguieron a la parte de atrás. Llevando la galleta en la mano, les hizo pasar a una consulta. La teja de naranja era crujiente y tenía un sabor dulce y cítrico a la vez, pero no le reconfortó.

Cuando regresó, Juliana estaba detrás del mostrador entregando un número a una familia de cuatro miembros, todos ellos empapados.

—Tienen el número cincuenta y siete —dijo en voz alta y clara—. Por favor, tomen asiento. Lord Stafford les llamará cuando sea su turno.

James observó cómo la familia intentaba sentarse sin éxito y luego se volvió hacia Juliana.

—Aquí prefiero que me llamen doctor Trevor. «Lord Stafford» intimida a los pacientes.

—Intentaré recordarlo. Hay una joven esperando para que la entrevistes. Le he dicho que se sentara hasta que estuvieras listo. ¿Cuál de las consultas debo limpiar?

—¿Perdón?

—He venido a limpiar las consultas, ¿recuerdas? —Se quitó los guantes—. Me he puesto mi vestido más viejo.

James miró su vestido. Tenía un corpiño minúsculo y no parecía más estropeado que el que se había puesto para ir a cenar a su casa; o sea, nada en absoluto.

—¿Qué te hace pensar que espero que una dama se ponga a limpiar? —preguntó—. Las criadas de Stafford House se turnan para limpiar la clínica. Tres veces por semana.

Su bonita frente se frunció.

—Entonces, ¿por qué le dijiste a lady Amanda que podía venir a limpiar?

Él se encogió de hombros, recordando la actitud de lady Amanda durante la cena. Muy soberbia y bastante esnob.

—Solo quería ver cómo reaccionaba.

—Ah. —Juliana pareció pensativa, o quizás alarmada; James no estaba seguro—. ¿Y qué te pareció su reacción?

—Muy propia de una dama —dijo él, omitiendo otros adjetivos.

Ella pareció aliviada.

—Amanda es una dama encantadora —comentó—. ¿Qué quieres que haga, si no es limpiar las consultas?

—Pareces una ayudante estupenda. ¿Por qué no sigues haciendo eso?

Efectivamente, demostró ser una ayudante perfecta, lo que a James le permitió vacunar a pacientes entre entrevista y entrevista. Dos horas después, el número de personas que esperaban en la sala de recepción había vuelto a la normalidad. Las tejas de naranja habían desaparecido y, de hecho, parecían haber reconfortado a algunos pacientes. Las personas que esperaban a que las infectaran solían estar algo nerviosas.

James había hablado con otras tres mujeres que querían el puesto, pero ninguna de ellas reunía condiciones.

—Las tareas no son muy difíciles —comentó Juliana durante una pausa. Volvió a desviar la mirada hacia el cuello abierto de su camisa y luego miró hacia arriba—. ¿Por qué te cuesta tanto contratar a alguien?

—Mi ayudante debe saber leer y escribir.

—Muchas mujeres saben leer y escribir...

—Pero la mayoría de esas mujeres no necesitan empleo. Las mujeres educadas suelen tener padres o maridos que las mantienen.

—Ah. No lo había pensado. —Le entregó la caja de bastones de caramelo que él le había

pedido—. Puedo examinar a las candidatas por ti y avisarte si encuentro a alguna aceptable. Así podrás seguir poniendo vacunas.

¡Ojalá encontrara a alguien tan eficiente como ella! Una hora más tarde, le anunció que había encontrado a la sustituta perfecta: una joven a la que, al parecer, mandaba recomendada la señorita Smith, su anterior ayudante. Todos los suministros de las consultas estaban en su sitio, las estanterías ordenadas, Juliana había vuelto a escribir su agenda de julio con letra clara y legible y, en parte gracias a la lluvia, solo había cinco pacientes esperando para vacunarse.

Y lo que era aún mejor: eran ya las cuatro, lo que significaba que la ayudante del turno de tarde había llegado, igual que los dos médicos. Estaba libre y era miércoles, de modo que no había sesión del Parlamento. El carruaje de Juliana debía regresar en cualquier momento, pero por una vez ella no tenía carabina, y seguía desviando la mirada hacia su camisa desabrochada cuando creía que él no se daba cuenta.

Tal vez pudiera quedarse a solas con ella en algún lugar donde pudiera besarla, se dijo mientras iba detrás de ella hacia la puerta. Quizá pudiera convencerla de ir a algún sitio que no fuera su casa.

Juliana se puso los guantes.

—¿Te veré en Almack's esta noche?

A algún sitio que no fuera Almack's.

Se abrió la puerta y entraron dos pacientes nuevos, un lacayo con la librea de los Chase y un recadero.

—¿Lord Stafford? —preguntó el recadero.

—Sí. —James cogió el sobre, rompió el lacre y echó un vistazo a la hoja—. Maldita sea.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Juliana llevándose la mano enguantada a los pechos cubiertos por el diminuto corpiño amarillo.

Lo que hizo que él se fijara más en ellos. ¡Demonios! ¿Acaso intentaba matarlo?

—No. Mi tía Bedelia teme estar enferma y desea verme.

—Espero que esté bien.

—Seguro que sí, pero me temo que no podré ir a Almack’s esta noche.

—Solo son las cuatro. ¿Cuánto tiempo puedes tardar en examinarla?

—Mucho —mintió—. Me temo que mi tía Aurelia también querrá que la examine.

—Qué mala suerte. —Juliana suspiró tan profundamente que sus pechos subieron y bajaron bajo el pequeño corpiño amarillo. Efectivamente, estaba tratando de matarle. Sacó su sombrilla del paragüero—. ¿Nos veremos el sábado en el baile de Billingsgate, entonces?

Su madre no aceptaría de ninguna manera que pusiera un pretexto para no ir al baile de Billingsgate. Sus tías también irían, a fin de cuentas, así que no podría alegar que habían requerido su presencia para que las tratara de dolores y molestias imaginarios.

—Allí estaré —prometió.

No era Almack’s. Y Juliana también iría. Con otro corpiño diminuto.

Lástima que él no pudiera desabrocharse la camisa.

31

EL BAILE DE Billingsgate se hallaba en pleno apogeo y la música entraba por la puerta abierta de la biblioteca de lord Billingsgate.

—Esto es perfecto —dijo Juliana mirando a su alrededor—. Está cerca del salón de baile, así que, en cuanto haya alboroto, vendrá corriendo un montón de gente a presenciar tu deshonra.

Ansiosa por cubrirse los hombros desnudos, Amanda tiró de las manguitas abullonadas del vestido verde claro que se había puesto por sugerencia de Juliana.

—¿Tendré que besar a lord Stafford mucho tiempo?

—No creo. En cuanto empiece a besarte, traeré a lady Billingsgate para asegurar tu ruina.

—¿Y si no quiere besarme?

—¡Claro que quiere besarte! Te está cortejando, ¿no? Los hombres siempre intentan besar a las mujeres.

Menos el duque.

Juliana empezaba a preguntarse si alguna vez la besarían. El duque había estado demasiado ocupado para ir a visitarla esa semana —aunque ella ignoraba qué le había tenido tan ocupado—, así que aún no había encontrado ocasión de empezar a enseñarle a ser más cariñoso. Sabía, aun así, que ella le gustaba más que nunca porque le había enviado rosas dos veces. ¡Y ya iban tres! Eran siempre rosas blancas, claro, porque el duque era muy correcto y reservado. Pero las dos últimas veces había incluido una nota —una nota muy comedida, amable y elogiosa—, así que Juliana tenía grandes esperanzas de que se estuviera enamorando de ella. A fin de cuentas, a la tía Frances le habían mandado rosas una sola vez.

Volvió a pensar en Amanda.

—Quítate los guantes para que lord Stafford pueda sentir el calor de tu piel —le aconsejó—. Recuéstate elegantemente en el sofá. Y antes de tumbarte, apaga dos de las lámparas. La luz tenue es más romántica.

—Apagar las lámparas —repitió Amanda como si intentara memorizar sus instrucciones—. Y quitarme los guantes. —Se tiró del borde del corpiño.

—Y deja de toquetearte el vestido. —Juliana se dirigió al salón de baile y Amanda la siguió —. Hace que parezcas nerviosa.

—Estoy nerviosa. —Al entrar en el salón de baile, se detuvo—. Lord Stafford aún no ha llegado. ¿Y si no viene?

—Aún no son ni las diez —repuso Juliana en tono tranquilizador, recorriendo con la mirada la flamante multitud de invitados.

La madre de James tampoco había llegado. Lord Cavanaugh se paseaba de un lado a otro como un animal enjaulado a la espera de comida, tan ansioso por ver a lady Stafford como

Amanda por ver a su hijo. Aunque por motivos distintos, claro.

—Deja de preocuparte. Lord Stafford me aseguró que vendría.

—Entonces, ¿por qué no está aquí? —preguntó Amanda por décima vez.

O quizá por vigésima. Lo cierto era que Juliana estaba deseando que llegara la medianoche para que James comprometiera a a su amiga, porque, aunque el engaño seguía produciéndole cargo de conciencia, sería un gran alivio acabar con aquel asunto de una vez por todas.

—Ahí viene el duque —dijo Amanda.

Juliana se volvió y sonrió. Se había puesto su vestido más seductor, de color rosa claro con un escote tan grande que dejaba sus hombros al desnudo.

James, sin embargo, no pareció notarlo.

Tampoco le devolvió la sonrisa.

—Buenas noches, querida. —Desvió la mirada hacia su amiga—. Buenas noches, lady Amanda —añadió en tono formal.

—Buenas noches, excelencia —respondió Amanda con idéntica formalidad.

Fue entonces cuando Juliana tuvo una idea brillante.

Animaría al duque a bailar con Amanda. Ver lo tedioso que era bailar con una mujer tan reservada quizá le ayudara a soltarse un poco. Y mientras tanto, mientras él se aburría bailando con Amanda, ella bailaría con otros, con su vivacidad habitual.

Después de todo, no le faltaban invitaciones a bailar. Quizá tuviera algunas menos que de costumbre porque últimamente bailaba muy a menudo con el duque, pero eso no impedía que los caballeros siguieran invitándola cuando el duque no estaba cerca para intimidarlos con su presencia. Verla bailar con otros hombres no solo haría que el duque se diera cuenta de lo agradable que era bailar con un mínimo de entusiasmo, sino que también le pondría posesivo y celoso. Los hombres posesivos tendían a tocar a las mujeres a las que deseaban, ¿verdad?

—A lady Amanda le encantaría bailar —le dijo con una dulce sonrisa—. ¿Por qué no la invita al próximo vals?

No supo quién pareció más sorprendido, si el duque o Amanda. Pero, cuando los músicos empezaron a tocar el vals, el duque le hizo a Amanda una reverencia muy correcta, como era de esperar, y la acompañó a la pista de baile.

Juliana se volvió, esperando que otros caballeros se apresuraran a invitarla a bailar en cuanto se dieran cuenta de que el duque no estaba cerca y que, de hecho, estaba bailando con otra.

Por desgracia, Corinna fue la primera en darse cuenta.

—¿Ahora tu duque está cortejando a Amanda?

—Claro que no. Amanda nunca consentiría en casarse con él. Es un bastardo, ¿recuerdas? Pero he pensado que es buena idea que se conozcan mejor, por eso les he sugerido que bailen.

—Si quieres casarte con él, no deberías empujarlo en brazos de otras mujeres. ¿Y si la besa? Podría decidir que la prefiere a ella, y Amanda podría cambiar de opinión…

—No va a besarla —la interrumpió Juliana.

Corinna la observó un momento.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Ella no le interesa. No la llama «querida». Y es aún más reservado que Amanda. Ni siquiera me ha besado a mí.

—Entonces, ¿cómo diablos sabes que le amas? —preguntó Corinna y, mientras Juliana se preguntaba de nuevo cómo podía saber una mujer sin experiencia cuándo estaba enamorada de un hombre, su hermana añadió—: ¿Cómo sabes que quieres casarte con él?

—¿Cómo que cómo lo sé?

El duque era amable. Le mandaba flores. Era un amante de la diversión: de los buenos caballos, de los bailes y los entretenimientos. Tenía medios para llevar un tren de vida lujoso. Era apuesto como solo un aristócrata inglés podía serlo. Y, además, era duque.

—¿Quién, aparte de Amanda, no querría casarse con él?

—Hay que besar a un hombre antes de casarse con él. Créeme, es fundamental. Desde que he besado a varios hombres, he descubierto...

—*¿Qué?* —Corinna era un año más joven que ella y, además, le interesaba más la pintura que los hombres. ¿Cómo es que la habían besado, cuando a ella apenas la habían rozado?—. ¿Has besado a varios hombres?

—Sí. —Corinna parpadeó—. ¿Tú no?

—¡No!

—Bueno, ¿y qué has estado haciendo toda la temporada, entonces? Alexandra besó a Tristan antes de casarse con él —le recordó Corinna—. Y Rachael también ha besado a varios hombres. Todos los caballeros no besan igual —le informó con el aplomo de una mujer de mundo—. ¿Cómo va a saber una dama que ha encontrado a su príncipe azul si antes no besa a unas cuantas ranas?

No es que Juliana no lo hubiera intentado. Pero al menos había sido con un hombre que la estaba cortejando, no con uno con el que solo había compartido un baile.

—Corinna, por favor… —Su hermana siempre había sido un poco rebelde, pero aquello era pasarse de la raya—. Estoy segura de que a la tía Frances, tu carabina, por si lo has olvidado, no le parecería bien que besaras a hombres a los que apenas conoces.

—No dejo que me besen cuando apenas los conozco. —Corinna levantó la barbilla—. Les hago esperar una semana, como mínimo.

—¡Una semana! —Juliana conocía al duque desde hacía mucho más.

—Como mínimo —repitió Corinna—. Y en cuanto a la tía Frances, conoce a lord Malmsey desde hace bastante más de una semana. Vamos a preguntarle si le ha besado. — Hizo una seña a su tía, que estaba saliendo de la pista de baile.

Frances no se dio cuenta. Por consejo de Juliana, seguía sin ponerse las gafas. Y era una suerte, porque Juliana pensó que una pregunta así podía hacer que la pobre solterona se desmayara.

—¡No puedes preguntarle eso a la tía Frances!

—¿Por qué no? —replicó Corinna, acercándose a ella.

Juliana la siguió, sintiéndose impotente.

—¡Tía Frances! —llamó Corinna.

—¿Sí? —Frances se volvió y entrecerró los ojos—. Ah, estáis ahí, chicas. ¿Lo estáis pasando bien?

Corinna hizo caso omiso de su pregunta, que probablemente era retórica, de todos modos.

—Tía Frances, ¿has besado a lord Malmsey?

Dos manchas rojas aparecieron en las mejillas de Frances.

—Pues…

—¿Le has besado? —insistió Corinna.

Su tía cuadró los hombros y bajó la voz.

—No soy ninguna niña, ya lo sabéis. Y, además, no es un pecado. Una mujer debe besar a un hombre antes de decidir casarse con él.

¡Santo cielo, Frances había besado a lord Malmsey! Y quería casarse con él. Juliana no supo si sentirse feliz porque su proyecto estuviera teniendo tanto éxito o escandalizarse porque su tía

solterona hubiera besado a un hombre.

Pensándolo bien, no se sentía ni feliz ni escandalizada, sino deprimida. Corinna y Frances habían besado a hombres. O sea, que ella debía de ser la única mujer adulta en toda Inglaterra a la que nadie había besado nunca.

Bueno, estaba también Amanda. Pero a medianoche, cuando James la comprometiera, incluso Amanda habría besado a un hombre. Lo que significaba que ella sería la última mujer en Inglaterra en sentir los labios de un hombre acariciando los suyos.

Era deprimente a más no poder.

—¡Tía Frances! —Alexandra se unió a ellas, acompañada por Tristan—. Nunca te había visto tan feliz

—Estoy loca de contento, niña. —Frances la besó en la mejilla—. Tú también pareces muy feliz.

—Lo soy, tía. —Alexandra sonrió a Tristan. El amor brillaba en sus ojos—. Lo somos.

Espléndido. Todo el mundo era feliz. Menos Juliana.

James se acercó al grupo, colocándose a su lado.

—Buenas noches a todos.

Era un alivio que por fin hubiera llegado, pero Juliana se alegró sobre todo al ver que no parecía radiante de felicidad. Era extraño, porque normalmente ella quería ver a todo el mundo feliz. Pero lo cierto era que, en ese momento, si veía una sola persona más llena de felicidad probablemente vomitaría.

—¿Tus tías están bien? —preguntó.

—Perfectamente. No es que ellas estén muy convencidas, claro. Las dos creen estar al borde de la muerte, por desgracia. —Señaló hacia la pista de baile, donde las dos señoras estaban hablando con su madre—. He tenido que examinarlas esta tarde antes de que accedieran a vestirse para el baile.

—Te están impidiendo hacer tu trabajo, que es tan importante, ¿verdad?

—Un poco. Pero son familia. —Se encogió de hombros filosóficamente—. ¿Qué puedo hacer, si no?

—Algo tiene que haber. —Deseando encontrar una solución, vio que lord Cavanaugh pedía bailar a lady Stafford—. Quizá necesiten un pretendiente, como tu madre. Ella es feliz.

—Yo soy feliz —les aseguró Frances con un gesto de asentimiento—. Tener un pretendiente sienta muy bien.

—Pues yo soy feliz y no tengo pretendiente —repuso Corinna.

No, pero la habían besado. Juliana la miró con enojo.

Corinna le sostuvo la mirada sonriendo dulcemente.

—Alexandra también es muy feliz.

—Eso es porque está esperando un hijo —dijo James.

Se hizo un breve silencio en el corro. Juliana se volvió hacia su hermana mayor.

—¿Es eso cierto?

—Sí —contestó Tristan. Radiante, enlazó a su mujer por la cintura—. Estamos los dos encantados.

Corinna y Frances dieron un chillido de alegría y abrazaron a la pareja.

Juliana dio un paso atrás. A Corinna la habían besado, y Alexandra y Tristan iban a tener un bebé. Se alegraba por ellos. Y por sí misma; por toda la familia. Estaba contenta. Feliz. Entusiasmada. Pero sentía también otra cosa. Una cosa que le hacía apretar los puños.

—Estás celosa —dijo James.

—No es verdad. —Consternada, se volvió hacia él—. Me alegro mucho por mi hermana. Y por mí. Voy a tener una sobrina o un sobrino con quien jugar. ¿Cómo has sabido que va a ser madre?

James se encogió de hombros.

—Soy médico. —Juliana no parecía nada contenta—. Ya te llegará el turno a ti —le aseguró en su tono de médico más tranquilizador.

—¿Quién ha dicho que quiera que me llegue el turno?

Protestaba demasiado. Claro que quería. Todas las mujeres querían tener hijos. Estaba celosa.

Pero lo peor era que él también lo estaba.

Notaba los celos como un nudo en las entrañas. Eran inesperados y repentinos, pero, sobre todo, absurdos.

Se suponía que las mujeres ansiaban tener hijos; los hombres, en cambio, no. Desde luego, él no quería tener un hijo de lady Hawkridge, y la verdad era que no sabía cómo había adivinado que estaba encinta. Por su aspecto, supuso. Y por la mirada de su marido; por el orgullo viril que evidenciaban los ojos de Hawkridge cuando miraba a su esposa. Él también había mirado así a su mujer antes de perderles a ella y a su hijo.

Y luego, cuando los había perdido, todo se había mezclado: su dolor por Anne y por su bebé. No había podido separar una cosa de la otra. Los había perdido a los dos para siempre. Nunca tendría otro amor, lo que significaba que nunca tendría otro hijo. Ni siquiera pensaba que *quisiera* tenerlo.

Pero ahora sí lo pensaba.

El nudo se apretó más aún. Maldita sea.

—Discúlpenme —dijo—. Creo que necesito un trago.

32

—E**STÁS BEODO** —le dijo Juliana a James más tarde, mientras bailaban.

—Puede que sí. —Deslizó el pulgar por debajo del borde de su guante y acarició la delicada piel de su muñeca—. O puede que no.

—Lo estás. —Ella se rio, reprimiendo un estremecimiento delicioso—. Ya te has tomado tres tazas de ponche esta noche.

—Cuatro —puntualizó él—. Y pequeñitas. En dos horas, lo que, debo señalar, difícilmente puede considerarse un exceso. Además, ¿cómo sabes cuánto he bebido? ¿Acaso me estás vigilando, Juliana?

—Claro que no —contestó rápidamente, evitando su mirada. Fijó los ojos en su corbata y se descubrió fantaseando con la piel dorada que había debajo.

—Hmm —dijo él, satisfecho, y la vibración de su voz pareció atravesarla.

Juliana volvió a levantar la vista y le encontró mirándola de esa forma que le hacía temer que le estuviera leyendo la mente. Seguía acariciándole la muñeca con el pulgar.

Según todos los indicios, el alcohol le ponía aún más cariñoso que los *macaroons.* Lo cual era incómodo en cierto sentido pero también bueno, porque significaba que a Amanda le resultaría más fácil seducirle para que la comprometiera.

Y la pobre y recatada Amanda necesitaba toda la ayuda posible.

Al otro lado del salón, su amiga estaba bailando de nuevo con el duque, tan rígidos los dos como siempre. En las dos horas transcurridas desde que Juliana les había propuesto que bailaran juntos, ella había bailado con doce hombres. Con vivacidad y entusiasmo. Pero el duque no parecía haberse percatado de ninguno de aquellos doce bailes.

El hecho de que hubiera pasado al menos la mitad de ese tiempo en la sala de naipes tampoco había ayudado mucho.

Entre aquellos doce bailes, el duque había salido y había bailado con ella dos veces, pero, pese a sus esfuerzos por hacer que se relajase, aún no la había tocado, y mucho menos besado. Juliana trató de imaginarse su piel con el cuello de la camisa desabrochado, pero le pareció que sería más paliducha que dorada. Y seguramente nunca se desabrochaba el cuello de la camisa. Probablemente se iba a la cama vestido de arriba abajo, con la camisa abrochada hasta la barbilla, el corbatón bien anudado, y encima chaleco y frac. Ambas cosas abotonadas hasta arriba.

Era desalentador, en realidad. El duque la necesitaba muchísimo. Decidió ser paciente y seguir esforzándose por hacerle feliz; daba igual cuánto tiempo tardara. Después de todo, había hecho falta toda una infancia de frialdad para convertirle en el hombre que era. No debía sorprenderle que para contrarrestar aquello hicieran falta algo más que un par de semanas.

Por suerte, sus otros proyectos marchaban de maravilla. Tía Frances y lord Malmsey se habían besado. Lord Cavanaugh había bailado tres veces con lady Stafford y seguramente también se habían besado. Y Amanda y James se besarían pronto.

Todas las mujeres de Londres besarían a un hombre esa noche, menos ella.

A no ser que...

Maniobrando durante los últimos pasos del baile para acabar junto a Amanda y el duque, hizo una reverencia a James y luego se volvió hacia ellos.

—¿Cambiamos de pareja?

El duque pareció tan sorprendido por su atrevimiento que Juliana casi se acobardó. Pero nunca había sido de las que se quedaban de brazos cruzados esperando a ver qué ocurría —o, en este caso, qué no ocurría—, de modo que, cuando los músicos empezaron a tocar de nuevo y el duque tomó sus manos enguantadas, se armó de valor, le sonrió y empezó a acercarle con disimulo a una palmera plantada en una maceta.

Al menos, intentó que fuera con disimulo. Pero, por desgracia, la melodía no era un vals, sino un minué, lo que significaba que los danzantes se movían adelante y atrás en lugar de avanzar en una dirección concreta.

—Se supone que soy yo quien debe llevar, querida —la reprendió suavemente el duque—. ¿Por qué das pasos más largos a la derecha que a la izquierda?

Ella se encogió de hombros para sus adentros y decidió no disimular. El duque no parecía captar ninguna indirecta, así que más le valía hablar sin rodeos.

—Confiaba en poder llevarle detrás de esa palmera para que estuviéramos a solas.

—¿Perdón?

—Quiero que me bese.

Él parpadeó.

—¿Antes del matrimonio?

Juliana puso los ojos en blanco para sus adentros.

—Sí, antes del matrimonio. —Y aunque nunca había imaginado que citaría a la tía Frances en lo relativo a asuntos íntimos, se descubrió añadiendo—: No es ningún pecado, ¿sabe?

—Tal vez no, querida, pero tampoco sería apropiado.

Juliana se desanimó.

—¿No quiere besarme? —preguntó—. Me está cortejando. Me ha enviado flores tres veces. Pensaba que se estaba enamorando de mí.

Se sorprendió a sí misma al hacer esa confesión, pero cuando él contestó «Y así es», volvió a animarse de golpe. El desánimo que sentía poco antes se disipó como una neblina húmeda bajo los rayos del sol. ¡El duque se estaba enamorando de ella! Solo era cuestión de tiempo que ella se convenciera de que también se había enamorado de él, y entonces todo sería maravilloso, aunque tuviera que esperar hasta la noche de bodas para que la besara.

Cuando terminó el baile, el reloj dio la medianoche. ¡Por fin! Después de dar las gracias profusamente al duque, corrió a reunirse con Amanda.

—Es medianoche.

—Lo sé. —Amanda estaba más pálida de lo normal. Más pálida que el duque. Más pálida que ella misma, que se notaba muy pálida.

No sabía cómo podía sentirse una pálida, pero de repente, a pesar de su euforia de un momento antes, así era como se sentía.

—¿Estás segura de que quieres seguir adelante con esto?

—No puedo casarme con lord Malmsey.

Por supuesto que no. Sería horrible para todos los implicados. Sobre todo, para la querida tía Frances.

—Vas a tener que besar a lord Stafford —le advirtió Juliana. Al pensarlo, se le revolvió el estómago. Pero solo porque estaba a punto de convertirse en la única mujer de Londres a la que nadie había besado—. Y vas a tener que procurar que te desvista, aunque sea solo un poco. Un simple beso no bastará para que se vea obligado a casarse contigo.

—Lo sé. —Amanda parecía bastante decidida—. Puedo hacerlo.

—De acuerdo, entonces. Voy a llevar a lord Stafford a la biblioteca. Recuerda quitarte los guantes. Y procura que tu voz suene un poco jadeante.

Amanda cuadró resueltamente los hombros mientras se alejaba. Allí estaba, a punto de comprometerse con un conde joven y viril, y lo cierto era que parecía tan ilusionada como si se dirigiera a su propio entierro.

Saltaba a la vista que no estaba preparada para aquello.

Si no hubiera tantas personas de por medio, Juliana habría estado tentada de posponer sus planes. Pero, si los retrasaban, cabía la posibilidad de que no pudieran llevarlos a cabo, y no sería justo privar a James, a lord Malmsey y a la tía Frances de su felicidad solo para ahorrarle a Amanda un mal rato.

Además, Amanda se sentiría mucho mejor dentro de poco. Habría un gran escándalo, por supuesto: lo bastante grande como para que su padre acudiera corriendo a Londres. Pero de eso se trataba. Y en cuanto llegara su padre y se arreglara todo, Amanda sería feliz. Estaría felizmente casada con James. Sentiría un cosquilleo cuando él la tocara y la besara, y...

Juliana se estremeció solo de pensarlo.

Encontró a James junto a otros hombres, tomando una copa mientras lord Occlestone refunfuñaba sobre las «reformas» innecesarias que se habían introducido recientemente en el Parlamento. Tenía pensado fingirse preocupada, pero, dadas las circunstancias, no le hizo falta. Tocó a James en el hombro.

Él se volvió y la miró.

—Juliana.

Le apartó del grupo.

—Qué hombre tan desagradable. Su cara encaja perfectamente con su personalidad. Tiene la nariz cuadrada como un cerdo.

—Yo también lo he pensado muchas veces —repuso James con una sonrisa un tanto beoda.

Excelente. Juliana prefería que estuviera achispado y amoroso.

—Lady Amanda se encuentra mal.

—He bailado con ella hace un momento y parecía estar bien.

—Pues ahora está mal. Ha ido a la biblioteca a echarse un rato. ¿Puedes venir a echarle un vistazo?

—Por supuesto. —De repente parecía sobrio y preocupado. Tan sobrio y preocupado que Juliana sintió una punzada de...

¿De culpa? No se le ocurría a qué otra cosa podía obedecer aquella sensación. Pero era absurdo sentir culpa, porque aquello era lo mejor para todos los implicados.

Le condujo a la biblioteca, donde Amanda estaba elegantemente recostada en el sofá, quejándose en voz baja. Había seguido al pie de la letra las instrucciones de Juliana. Sus guantes estaban sobre el escritorio y la iluminación de la sala —ni demasiado oscura ni demasiado clara — invitaba al romanticismo.

James dejó su copa y sus guantes junto a los de ella y se arrodilló al lado del sofá.

—Lady Amanda, ¿dónde le duele?

—Es el corazón —respondió Amanda casi sin aliento, posando su grácil mano desnuda sobre la parte del pecho que el escote dejaba al descubierto.

Sorprendentemente, era buena actriz. James no tenía ninguna posibilidad. Cualquier hombre caería presa de aquella voz sensual.

Pero James no.

—Es un poco joven para tener problemas de corazón —contestó.

—Pero me duele —insistió ella dando a entender que le dolía por él—. ¿No quiere escucharlo, al menos?

—Si lo desea. —James se puso en pie.

—No puede escucharlo desde ahí. —Amanda se dio unas palmaditas en el pecho y se arqueó hacia él. Santo cielo, iba a caerse del sofá—. Tiene que pegar el oído a mi corazón.

—No, no es necesario. —Como si no se percatara de sus insinuaciones, James se acercó al escritorio—. Se oye mejor a través de un tubo.

—¿Está seguro? —preguntó Amanda.

—Segurísimo. —Abrió un par de cajones, encontró una hoja de papel y la enrolló—. Esto no funcionará tan bien como mi nuevo estetoscopio, pero es mejor que nada.

Se acercó a Amanda, apoyó un extremo del canuto de papel en su pecho y acercó la oreja al otro extremo. Salvo por los suspiros jadeantes de Amanda, la habitación quedó en silencio un momento.

—Late un poco rápido —informó por fin. No era de extrañar, ya que seguramente estaba muerta de miedo—. Pero con firmeza y regularidad.

Visiblemente desconcertada, Amanda miró a Juliana.

—Puede que lady Amanda tenga un sarpullido —dijo Juliana—. James, creo que deberías aflojarle un poco la ropa y echarle un vistazo.

Él examinó clínicamente los brazos desnudos y el escote de Amanda.

—No veo indicios de sarpullido. —Sonrió a su paciente, pero con una sonrisa cordial, nada seductora—. Este baile es agobiante. Si no tiene más síntomas que un vago dolor en el pecho, quizá le siente bien pasar unos minutos sentada tranquilamente.

Juliana no sabía qué pensar. Amanda lo estaba haciendo todo bien, pero James parecía impasible. Lo cual, curiosamente, parecía aliviar su sentimiento de culpa, y eso era tan ridículo como el hecho mismo de que se sintiera culpable.

Y no entendía el porqué.

De repente se dio cuenta de lo que ocurría.

—Por favor, quédate con ella un rato mientras descansa, James. Voy a buscar a lady Billingsgate.

No lo hizo, por supuesto: no tenía sentido ir a buscar a lady Billingsgate hasta que James y Amanda se hallaran en situación comprometida. Lo que, evidentemente, no iba a ocurrir mientras ella estuviera presente. ¡Qué tonta había sido al no darse cuenta de que James no seduciría a su amiga delante de otra mujer!

Salió sin hacer ruido, dejando la puerta entreabierta para poder escuchar.

—Estoy seguro de que se encontrará mejor enseguida —oyó decir a James.

—Me encontraría mejor si se sentara a mi lado.

—No veo por qué —contestó James, pero al parecer se sentó, porque lo siguiente que dijo fue—: Ya está. ¿Se siente mejor?

—No, todavía no—repuso Amanda, e hizo una pausa antes de añadir—: ¿Por qué no me

besa, a ver si así me recupero?

Se hizo un silencio cargado de asombro. Juliana también estaba perpleja. No creía que Amanda fuera tan atrevida. Pero, al alargarse el silencio, Juliana se dio cuenta de que no era un silencio de sorpresa. Era el silencio que se producía cuando dos personas se besaban en lugar de hablar.

El atrevimiento de Amanda había funcionado.

Pero por supuesto que había funcionado. James era un hombre y ¿qué hombre que se quedara a solas con una mujer a la que amaba se resistiría si ella le invitaba a besarla? Aquel comportamiento era exactamente el que Juliana había previsto al trazar el plan para que James comprometiera a Amanda.

Sin embargo, ahora que su plan había funcionado, volvía a sentir aquella punzada. Aquella ridícula punzada de mala conciencia por estar engañando a un hombre al que había llegado a considerar su amigo.

—No creo que sea buena idea —dijo por fin James.

Juliana no entendía a qué se refería exactamente, pero la punzada remitió. Dejó escapar el aire que no se había dado cuenta de que estaba conteniendo. James no había besado a Amanda. Al menos, aún. Se apoyó contra la puerta, aliviada.

O más bien se dejó caer contra ella, golpeándola. Y entonces la puerta se abrió y estuvo a punto de caer dentro de la biblioteca.

James la agarró por los hombros y sonrió.

—Creía que eras lady Billingsgate.

Por supuesto. A fin de cuentas, ella había dicho que iba a buscar a lady Billingsgate. Un error por su parte, pensó ahora, porque evidentemente James no besaría a Amanda si sabía que lady Billingsgate podía aparecer en cualquier momento.

A eso se refería al decir que no era buena idea.

Pero al sentir el calor de sus manos en los hombros desnudos, no pudo arrepentirse de haber cometido ese error. No quería engañar a James. No había querido desde el principio. Estaba furiosa consigo misma por haber permitido que Amanda la convenciera.

—Iré a buscar a lady Billingsgate mientras tú te sientas con lady Amanda —dijo él, y se marchó, llevándose consigo sus cálidas manos.

Juliana se acercó al sofá y se dejó caer junto a su amiga.

La pobre Amanda estaba temblando.

—Lo he hecho —dijo—. Me he obligado a hacerlo. ¡Y no ha funcionado!

—Yo me alegro de que no haya funcionado. Para empezar, era inmoral. No debemos volver a intentarlo.

Se había sentido muy culpable. De hecho, todavía se sentía culpable. Se preguntaba si podría volver a mirar a James sin sentir una punzada de mala conciencia

—Pero ¿por qué no ha funcionado? He hecho todo lo que me dijiste y no ha querido besarme.

Eso se debía a que Juliana le había hecho creer que lady Billingsgate estaba a punto de entrar, pero no quiso reconocerlo ante Amanda. Además, su amiga también era culpable. Si le hubiera dado a James alguna indicación de que le deseaba —a él, no sus antigüedades—, habría intentado besarla nada más entrar en la biblioteca en penumbra.

—Puede que no te haya besado porque no has permitido que te besara antes.

—Nunca lo ha intentado —contestó Amanda—. No es una persona muy cariñosa.

A Juliana le dieron ganas de reír, aunque no estaba muy segura de si se debía a lo absurda que era la afirmación de Amanda o al hecho de oírla acusar a otra persona de no ser cariñosa.

James era el hombre más cariñoso que ella conocía. Juliana no se creía ni por un momento que nunca hubiera intentado besar a Amanda. Estaba claro que su amiga era demasiado reservada para corresponderle.

—Tienes que ser más cariñosa con él. Debes hacerle creer que le deseas.

—Y le deseo. ¡No puedo casarme con lord Malmsey y solo faltan dos semanas para la boda! Debo contarle a lord Stafford lo de mi compromiso.

—No puedes. Es demasiado honorable para tomar parte en un plan que tenga como fin obligar a tu padre a romper el compromiso.

—Entonces, ¿cómo voy a conseguir que me comprometa a tiempo?

—Tienes que dejar que te bese, y no como parte de un complot. Unos pocos besos llevarán a algo más y en algún momento os descubrirán. La gente es muy entrometida, por si no te has dado cuenta.

—Eso suena a complot —señaló Amanda.

—No lo es.

Bueno, sí, quizá lo fuera, pero no era el mismo tipo de complot que habían intentado esa noche. Corinna había dicho que besar a un hombre era fundamental. En cuanto James la besara, Amanda se enamoraría de él y ambos desearían seguir besándose, y el resto sucedería de manera natural.

Sin duda no había razón para sentirse culpable por eso.

—¡Lady Amanda! —exclamó lady Billingsgate irrumpiendo en la habitación—. ¿Se encuentra mal? Antes de marcharse, lord Stafford me ha dicho que estaba enferma.

O sea que James se había marchado. Juliana no tendría que volver a sentir aquella una punzada de culpa al mirarle. Pero mientras Amanda le explicaba a lady Billingsgate que se encontraba bastante mejor, gracias, Juliana se preguntó por qué no le producía ningún alivio saber que no tendría que volver a verle esa noche.

33

Damas De Honor De Richmond

Se mezcla cuajada con mantequilla y se añaden cuatro yemas de huevo batidas con una copita de brandy, media taza de azúcar, pan blanco rallado muy fino, unas pocas almendras molidas y una pizca de nuez moscada. Se agrega a la mezcla el zumo de un limón y la ralladura de la piel de dos limones. Se rellenan los moldes con la masa y se hornea.

La receta de estas tartaletas cremosas se dice que lleva en la familia desde los tiempos de la reina Isabel, mi tocaya. Derretirían a cualquiera. Excelentes para pedir perdón.

—Elizabeth, condesa de Greystone, 1728

LA MAÑANA SIGUIENTE amaneció soleada, de lo que Juliana se habría alegrado de no ser porque seguía sintiéndose culpable. Como era domingo, fue a misa a la iglesia de St. George en Hanover Square, donde el sermón versó acerca de la verdad, lo que hizo que se sintiera aún más culpable. Tan culpable que después de ir a misa preparó damas de honor de Richmond y le pidió a Griffin que la llevara a Stafford House.

—¿Para qué? —le preguntó su hermano.

Una pregunta perfectamente razonable, a la que ella, sin embargo, no quería responder. Se avergonzada tanto de sus actos que no podía reconocerlos delante de su hermano.

—Deseo preguntarle a lord Stafford si quiere que trabaje como voluntaria en el Instituto la semana que viene —dijo. No era del todo mentira, ya que sospechaba que él podía necesitarla otra vez—. Se me olvidó preguntárselo anoche. —Con todo lo que había pasado en el baile, era cierto que se le había olvidado.

—Podrías enviarle una nota —sugirió Griffin.

—Llévame, ¿quieres?

—Muy bien. —Griffin meneó la cabeza como solía, con su desconcierto de hermano mayor —. No entiendo por qué no puedes mandarle una nota, pero, de acuerdo, te llevo.

—Gracias.

Cuando estuvo sentado frente a ella en el carruaje, estiró las piernas y entrelazó los dedos.

—¿Cómo va tu idilio con Castleton?

Juliana toqueteó con nerviosismo la fuente que llevaba en el regazo.

—Dice que se está enamorando de mí, pero aún no me ha besado.

—Es un caballero. —A Griffin no pareció molestarle en absoluto esa noticia—. No debería besarte antes de que os caséis. O al menos hasta que estéis prometidos.

Era lógico que su hermano pensara así. Juliana pensó en decirle que Corinna sostenía que una mujer debía besar a algunas ranas para saber cuándo había conocido a su príncipe azul, pero al final decidió no hacerlo. Por un lado, meter a Corinna en un lío no serviría de nada y, por otro, empezaba a creer que su hermana tenía razón. Si James y Amanda ya se hubieran besado, quizás el complot habría tenido éxito.

Y no es que ella deseara que así fuera. Bastante culpable se sentía ya.

—El duque también cree que una pareja debe esperar para besarse —dijo—. Debéis de ser los dos únicos hombres que piensan así en todo Londres.

—Estoy seguro de que pronto pedirá tu mano. —Griffin se inclinó hacia ella y le dio unas palmaditas en la rodilla—. Tendré una charla con él. En mi cuadra.

—¿Perdón?

¿Qué tenía que ver la cuadra de su hermano con todo aquello?

—Da igual. Hemos llegado.

El carruaje se detuvo en St. James's Place y Griffin hizo amago de apearse tras ella.

—Espera aquí —le dijo Juliana.

—¿Por qué?

—Tú espera, ¿de acuerdo? No puedo quedarme mucho tiempo. A las dos vienen a coser unas cuantas señoras. —Tantos proyectos empezaban a agobiarla—. No me llevará más de un minuto preguntárselo.

—Muy bien. —Griffin volvió a menear la cabeza de esa manera tan suya y se dejó caer en el asiento.

Juliana tocó con la aldaba y el mismo lacayo vestido de carmesí que la había recibido la semana anterior abrió la puerta. Lady Stafford la saludó desde el jardín de atrás, a través de la ventana del fondo del vestíbulo, y se apresuró a entrar.

—¿Cómo está, querida? No esperaba verla hasta la sesión de costura de esta tarde. ¿Qué es eso?

Juliana le entregó la fuente.

—Son unas damas de honor de Richmond para lord Stafford. Y para usted, por supuesto.

—Huelen divinamente.

—He venido a hacerle una pregunta a lord Stafford, solo será un momento. ¿Está en casa?

—Está arriba, en su despacho. Ha decidido pasar este día espléndido revisando los libros de cuentas del Instituto. —Lady Stafford meneó la cabeza con cariño maternal y se dirigió hacia la escalera—. Sígame, por favor.

Era la escalera más elegante que Juliana había visto nunca. La balaustrada metálica estaba pintada para que pareciera una cortina festoneada. Por encima de su cabeza, la bóveda de cañón segmentada se asemejaba a la de un templo clásico, con guirnaldas entre pilastras romanas.

Supuso que lady Stafford la llevaba hacia el despacho, pero, en lugar de hacerlo, la condujo a través de una impresionante biblioteca, hasta una sala tan espléndida que Juliana se quedó sin respiración. Si hubiera sido una cazafortunas, su sola visión la habría hecho desear casarse con James. No tenía nada que envidiarle al magnífico Salón de las Palmeras.

En toda su vida había visto tanto dorado. Deslumbraba la vista. Las elegantes columnas doradas sostenían un techo dorado. Y entre tanto esplendor, las paredes estaban cubiertas de pinturas al fresco.

—Este es el Salón Pintado —dijo lady Stafford—. El tema de los frescos es el matrimonio.

Juliana estuvo a punto de desmayarse al ver el friso pintado de la chimenea.

—Precioso, ¿verdad? —Lady Stafford dejó la fuente de tartaletas sobre una mesa de mármol con patas doradas—. Es una copia de las célebres *Bodas de Aldobrandini*, un fresco romano descubierto a principios del siglo XVII que ahora se expone en el Vaticano.

—Es exquisito —murmuró Juliana.

El tema del matrimonio abarcaba toda la sala. Algunas de las escenas estaban pintadas directamente sobre el yeso y otras en paneles de lienzo con marco dorado. Encima de un espejo de pared, un panel representaba otra boda romana. Otros paneles mostraban escenas de música, libaciones y baile. Había pinturas de Cupido y Venus. En el techo bailaban ninfas, en las paredes se cortejaban los amantes y un friso de coronas de rosas y guirnaldas de flores se extendía por toda la cornisa.

Era un ambiente festivo y despreocupado.

—¿Verdad que el matrimonio es maravilloso? —comentó lady Stafford—. Por favor, siéntese. Voy a avisar a mi hijo.

Juliana se sentó al borde de uno de los cuatro sofás de seda verde con brazos dorados, labrados de modo que parecían leones alados. Juntó las manos sobre el regazo. Cruzó los pies y volvió a descruzarlos. Se levantó y echó un vistazo a sus dulces.

Los sofás en forma de leones alados tenían seis sillas a juego y Juliana estaba a punto de sentarse en una cuando entró James.

—Toma —dijo, cogiendo la bandeja—. Te he traído unos pastelitos.

James aceptó los dulces. Parecía tan desconcertado como Griffin, pero tenía un aire mucho menos fraternal. Quizá fuera porque no solo no llevaba levita ni corbata y tenía el cuello de la camisa desabrochado, sino que además se había arremangado los puños, de modo que se le veían buena parte de los antebrazos musculosos, ligeramente salpicados de un vello oscuro.

—¿Qué haces aquí, Juliana?

Ella levantó la mirada y la fijó en su cara. No tenía sentido andarse con rodeos.

—He venido a disculparme. ¿No quieres un pastel? Dicen que la receta lleva en mi familia desde la época de la reina Isabel.

Él dejó la fuente.

—¿Disculparte por qué?

No iba a comerse ninguna dama de honor de Richmond. Juliana tendría que confiar en que la perdonara sin que los dulces obraran su magia.

—Por conspirar con lady Amanda para forzarte a comprometerla —confesó atropelladamente—. Anoche en la biblioteca. Confiaba en que la besaras, y entonces yo llevaría a lady Billingsgate para que presenciara la deshonra de lady Amanda. De ese modo, su padre se vería obligado a consentir vuestro matrimonio. —Respiró hondo, temblorosa—. ¿Podrás perdonarme?

—Eso es horrible. —Juliana sabía que le parecería mal, pero no esperaba que se enojara tanto. Tenía los puños cerrados—. ¿Por qué lo has hecho? Ya te dije que no veía ningún motivo para que lord Wolverston rechazara mi propuesta, si decidía pedir la mano de su hija.

—Amanda no cree que vaya a acceder. Es un hombre muy desagradable.

—Pero seguro que no es tonto. —Abrió los puños, pero cruzó los brazos semidesnudos—. Y yo soy un partido excelente.

Tenía muy buen concepto de sí mismo, pero lo que decía era cierto. No había ninguna duda de que sería un marido excelente para Amanda.

—Siento haber actuado a tus espaldas, pero ¿por qué te enfadas tanto? Por terribles que fueran los medios, el resultado te habría beneficiado. Te habrías encontrado casado con la mujer

a la que amas. A no ser que…

De repente la asaltó una idea horrible.

Había dado por sentado que, puesto que seguía cortejando a Amanda, James se había enamorado de ella. Pero ¿y si no era así? ¿Y si su conspiración hubiera hecho que James se viera obligado a casarse con una mujer a la que no amaba?

—¿No amas a lady Amanda aún? —Contuvo la respiración mientras esperaba la respuesta.

—No —contestó él. Parecía muy seguro de sí mismo. Además de horrorizado.

Era la respuesta equivocada, así que ¿por qué se sentía tan aliviada?

—Puede que estés enamorado de ella y que aún no lo sepas —sugirió—. Tal vez no sabes qué se siente al estar enamorado.

Era una duda razonable, desde luego. Ella misma se había planteado esa cuestión varias veces en las últimas semanas.

James pareció molesto.

—Sé lo que es el amor, Juliana.

Aquella noticia sorprendente la inquietó un poco.

—¿Has estado enamorado antes?

—Sí, de mi esposa.

Juliana no se habría sorprendido más si él le hubiera dado un puñetazo en el estómago. De hecho, se sintió como si le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—¿Tienes esposa?

—La tuve —puntualizó él—. Se llamaba Anne. Murió al dar a luz, junto con nuestro hijo. Hace dos años.

—Santo cielo. No lo sabía. —El dolor agudo que sentía en el vientre se transformó en una opresión en el pecho—. Lo siento. Siento mucho todo esto.

Vio que James se acercaba a una silla y se dejaba caer en ella con cansancio. Ya no parecía enfadado ni molesto; solo triste.

—Te perdono —dijo inexpresivamente—. Lo que has hecho es terrible, pero sé que tu intención era buena.

—Gracias —contestó ella en voz baja.

—Siempre y cuando prometas no volver a intentarlo.

—No lo haré, te lo prometo. Y los Chase nunca rompen una promesa. Es el lema de la familia desde hace siglos.

Se sentó la silla contigua a la suya y se agarró a las dos cabezas de león de los extremos de los brazos como si pudieran prestarle su fuerza. Se alegraba de que la hubiera perdonado, pero su tristeza le partía el alma. Había amado a su esposa y ella había muerto al dar a luz, junto con el bebé.

—Siento mucho que perdieras a tu familia.

—Tú también has perdido a la tuya —dijo él.

—Pero no he perdido un hijo. Eso debe de ser durísimo.

James asintió.

—Se supone que debemos morir antes que nuestros hijos.

—Un hijo forma parte de ti, de tu futuro.

—Hasta hace poco no me he dado cuenta de eso —repuso él con un suspiro—. De que quiero tener otro hijo.

Claro que quería tener otro bebé. Ella también quería. Igual que Amanda, sin duda. Pero James necesitaba más tiempo para enamorarse de ella.

Juliana sabía lo que era el duelo, sabía cuánto se sufría y era consciente de que se tardaba mucho tiempo en volver a vivir plenamente. James había perdido a su esposa. Tardaría mucho en recuperarse y en permitirse amar a otra mujer.

Ella no había sido consciente de la situación.

James necesitaba más tiempo. Había dicho muchas cosas maravillosas de Amanda y, después de todo, seguía cortejándola, así que acabaría por enamorarse de ella. Pero necesitaba más tiempo.

Era una lástima que solo tuviera dos semanas.

Trece días, en realidad. Doce, si no volvía a ver a Amanda hasta el día siguiente. Juliana no podía permitir que esperara más.

—Sabes que tendrás que volver a casarte para tener un hijo —dijo con cautela.

—En rigor, no —contestó él con un asomo de su buen humor habitual.

—James...

—Sí, tendré que volver a casarme para tener un hijo. Mi querida madre, bendita sea, me lo recuerda a diario. —Hizo una pausa y desvió la mirada. Su voz se volvió más baja, más suave—. Aunque no vuelva a enamorarme, algún día tendré que volver a casarme.

¿Cómo podía decir eso?

—No puedes casarte si no estás enamorado.

—Es de lo más habitual. —Volvió a mirarla—. La gente se casa por muchas razones. Por dinero, por ambición, por posición social, por seguridad, por deber, por honor… Y para tener hijos. Yo nunca me casaría con una enemiga, pero desde luego sí podría casarme con una amiga. Se puede besar a una mujer y tener un hijo con ella sin estar enamorado.

Aunque sus palabras la hicieron sonrojarse, Juliana insistió.

—¿Cómo puedes saber que no volverás a enamorarte?

—Lo sé, sin más —contestó rotundamente—. Enamorarme supondría traicionar a Anne, y eso no va a ocurrir.

Riqueza, ambición, posición social, seguridad, deber, honor... e hijos. Esas eran las tristes razones para casarse, pensó Juliana, y también las más antiguas. Sus padres se habían casado por esos motivos. Pero hoy por hoy, en tiempos modernos, los jóvenes preferían las uniones por amor.

Excepto, quizás, Amanda.

Lord Stafford y yo encajamos bien, recordó que había dicho su amiga. *Somos compatibles. Tal vez mi padre esté en lo cierto: puede que haya cosas más importantes que el amor. ¡No puedo casarme con Lord Malmsey!*

En aquel momento, a ella le había preocupado que Amanda hubiera decidido casarse con James por motivos equivocados. Pero quizá encajaran mejor de lo que ella pensaba. El matrimonio les daría a ambos lo que querían. Hijos a James y, a Amanda, un hombre joven con el que congeniara.

—Juliana, ¿en qué estás pensando? —preguntó él.

Entristecida aún, se obligó a sonreír.

—Estaba pensando que salíamos a menudo cuando te estaba dando clases, pero que desde entonces no has salido con lady Amanda.

—¿Quieres que lleve a lady Amanda a montar a caballo a Hyde Park? ¿O al Salón Egipcio?

—No exactamente. —Si esperaba hacerse amigo de Amanda, si quería besarla y, llegado el momento, casarse con ella, tenía que llevarla a un lugar mucho más romántico—. Estaba pensando que Vauxhall Gardens sería perfecto.

Ella nunca había estado en Vauxhall Gardens, pero, por lo que había oído contar, parecía que no había un lugar mejor para una pareja de amantes. Sobre todo, de noche. Se decía que los jardines eran como un paraíso de senderos exuberantes, con numerosos rincones íntimos. Sus doce acres estaban iluminados por románticos farolillos, a excepción de algunos paseos, que se dejaban deliberadamente a oscuras.

—¿Vauxhall Gardens? —repitió James con aire escéptico. Por lo que le habían dicho, aquellos jardines servían sobre todo como escenario para encuentros ilícitos—. Nunca he estado en Vauxhall Gardens.

—¿No? Es un sitio precioso.

Un sitio precioso para robarle la virtud a una dama, o al menos unos cuantos besos. Cosa que James no tenía intención de hacer con lady Amanda.

Aunque, por otro lado, podía ser un sitio precioso para visitarlo con Juliana.

Convencerla de ello, sin embargo, podía requerir un engaño que rivalizara con el suyo.

A decir verdad, se había quedado pasmado al enterarse de que, en su afán por emparejarle con Amanda, Juliana había estado dispuesta a tenderle una trampa. Pasmado y un poco asustado. Aunque sabía que era una entrometida por naturaleza —no hacía falta más que pasar con ella unos minutos para llegar a esa conclusión—, había creído que estaba haciendo progresos en su intento de besarla.

¿Acaso sus esfuerzos por tentarla no habían servido de nada? Evidentemente, no bastaba con que la tocara y se desabrochara la camisa. Tendría que emplear tácticas más contundentes si quería besarla y asegurarse de que no arruinaba su vida casándose con el estirado de Castleton.

—No sabría dónde llevar a lady Amanda en Vauxhall Gardens —le dijo, remangándose un poco más la camisa—. Quizá deberías venir tú conmigo la primera vez, para enseñarme los mejores sitios.

—No creo que... —Juliana clavó la mirada en sus brazos y la deslizó luego hacia su camisa abierta—. Los jardines cierran los domingos. ¿Vamos mañana por la noche?

—Hay sesión en el Parlamento...

—Si quieres tener un hijo, James —repuso ella, mirándole por fin a la cara—, tienes que anteponer el cortejar a una dama a la Cámara de los Lores.

Tal vez tuviera razón. Puesto que su proyecto de ley no estaba progresando en absoluto, quizá no fuera mala idea dar prioridad a sus progresos con Juliana. Por un día, al menos. O por una noche.

—Muy bien —dijo.

—Estupendo. —Volvió a mirarle los brazos, lo que a él le pareció alentador—. Debo volver a casa antes de que lleguen las invitadas a mi sesión de costura.

James asintió con un gesto y se dirigió hacia la puerta.

—Pasaré a buscarte el lunes a las siete.

—Procuraré que tía Frances esté lista —dijo ella mientras atravesaban la biblioteca.

Tentar a Juliana era difícil incluso estando a solas. Lo último que quería James era que su carabina rondara por allí.

—¿Crees que a lord Malmsey le apetecería acompañar a tu tía?

—Seguro que sí. —Juliana bajó las escaleras con ligereza, y su renovado buen humor animó a James. Juliana era una delicia. Un auténtico tesoro—. Es una idea maravillosa —dijo.

Sí que lo era. Lord Malmsey parecía bastante enamorado de lady Frances, de modo que intentaría quedarse a solas con ella, lo que a su vez le dejaría a él a solas con Juliana. El plan sonaba cada vez mejor.

—Hasta mañana, entonces —dijo. Su mayordomo abrió la puerta principal y vieron a Griffin paseándose alrededor del carruaje de los Cainewood.

—Hasta mañana. —Juliana echó a andar hacia su hermano—. Espera —dijo, dando media vuelta—. Olvidaba preguntarte si quieres que trabaje como voluntaria esta semana en el Instituto.

Volvería otra vez sin su tía, se dijo James. Si no conseguía besarla en Vauxhall, tal vez pudiera quedarse a solas con ella en una de las consultas.

—Por supuesto —respondió con una sonrisa—. ¿Qué tal el viernes?

—El viernes es perfecto. —Devolviéndole la sonrisa, se dirigió hacia el carruaje.

El mayordomo cerró la puerta, pero no sin que antes James oyera el resoplido de impaciencia de Griffin.

—¿Por qué demonios has tardado tanto en hacerle una simple pregunta?

34

ESTABA OSCURECIENDO.

Era lunes y Juliana había llegado a Vauxhall Gardens con James, la tía Frances y lord Malmsey hacia las ocho de la noche, cuando el sol adornaba aún el cielo estival. Era una agradable tarde de julio, quizás un poco más fría de lo habitual, pero sin el menor atisbo de lluvia. Los jardines de recreo habían resultado ser tan hermosos como ella esperaba, espaciosos y dispuestos en deliciosos paseos bordeados de setos altos y árboles imponentes, y pavimentados con grava que crujía bajo sus pies.

Durante la primera media hora habían paseado, encontrando algo encantador en cada esquina. Pabellones, grutas, templetes y cascadas, pórticos, columnatas y glorietas. Aquí había un pilar llamativo, allá una estatua prodigiosa, a lo lejos una serie de grandes murales pintorescos. Multitud de visitantes paseaban ataviados con sus mejores galas, llenando el aire nocturno con sus risas alborotadas y sus susurros enamorados.

Ahora, mientras se ocultaba el sol, se hallaban sentados a una mesa para cuatro junto al kiosco de la orquesta, una edificación que a Juliana le parecía morisca o quizás gótica, no sabía cuál de las dos cosas, pero que en cualquier caso era magnífica. La segunda planta estaba abierta por delante, de modo que pudiera verse a los músicos desde fuera.

Mientras escuchaban una agradable variedad de canciones populares entremezcladas con composiciones serias, disfrutaron de una cena ligera a base de embutidos, pan y queso, regada con clarete francés. La tía Frances estaba indignada por el precio exorbitante de las raciones, que eran diminutas.

—¡Dios mío! —exclamó, enojada—. ¡Este jamón de Vauxhall está cortado tan fino que se podría leer un periódico a través de él!

Lord Malmsey se rio y le hizo una seña a una camarera para pedir más.

—¿Quieres también tarta de queso, querida?

—Seguro que no está tan rica como los pastelitos que hace Juliana —comentó James, dedicándole una cálida sonrisa.

Así que se había comido las damas de honor de Richmond y le habían gustado. Rebosante de contento, Juliana le devolvió la sonrisa.

Mientras los músicos tocaban las últimas notas de una pieza de Haendel, un agudo silbido hendió la noche.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella.

Lord Malmsey ladeó su cabeza calva.

—¿Nunca había estado aquí, lady Juliana?

Estaba a punto de decirle que no, pero entonces se acordó de que James no lo sabía.

—Por la noche, no —contestó.

En parte se preguntaba por qué había aceptado la proposición de James de que le enseñara los jardines, sabiendo que él tendría que estar acompañando a Amanda. Necesitaban pasar más tiempo juntos para que decidiera casarse con ella antes de su boda con lord Malmsey, para la que faltaban solo doce días.

—Observe, entonces —dijo lord Malmsey.

Juliana dejó de cavilar y contuvo la respiración cuando un millar de lámparas de aceite cobraron vida, encendidas por una miríada de sirvientes que acercaron fósforos a las mechas en el mismo instante. El efecto fue sensacional y los jardines quedaron bañados por una cálida luz que debía de verse a millas de distancia.

—¡Qué preciosidad! —exclamó la tía Frances.

Lord Malmsey ladeó de nuevo la cabeza.

—¿Tú tampoco habías estado aquí de noche?

—Nunca había estado aquí.

La tímida y retraída tía Frances se había perdido muchísimas cosas, pensó Juliana mientras terminaban de cenar, pero eso estaba a punto de cambiar. Nunca se había alegrado tanto de que uno de sus proyectos saliera bien.

—¿Damos otro paseo? —preguntó lord Malmsey al levantarse de la mesa—. Los jardines parecen otro lugar a la luz de los faroles.

—Buena idea. —Frances se levantó también y se puso los guantes.

Juliana buscó los suyos, pero no los tenía en el regazo.

—¿Dónde están mis guantes? —Estaba segura de que los había dejado allí al quitárselos para cenar. Al fin y al cabo, era una costumbre de toda la vida. Miró el suelo alrededor de la silla—. No los encuentro.

—Qué raro. —Desviando la mirada hacia lord Malmsey, James señaló los atrayentes senderos—. Vayan ustedes delante. Voy a ayudar a lady Juliana a buscar sus guantes y luego les alcanzaremos.

Mientras Frances y lord Malmsey se alejaban, Juliana se inclinó y miró debajo de la mesa.

—No me explico dónde pueden estar. —Se incorporó y miró debajo de su silla—. Parece que han desaparecido.

—Puede que estén en mi bolsillo —dijo James—. Al lado de los míos.

Ella le miró con sorpresa.

—¿Cómo habrían ido a parar ahí?

James se encogió de hombros y esbozó una media sonrisa.

—¿Cómo, en efecto?

Ella se rio.

—Dámelos.

—Creo que no. Me parece que vas a tener que cogerlos tú.

Ella miró su chaleco de seda a rayas, su frac oscuro, sus tersos pantalones blancos. No sabía en cuál de los bolsillos había escondido los guantes, pero no iba a meter la mano en su ropa para averiguarlo. Volvió a reírse.

—James...

Él tomó su mano desnuda entre las suyas.

—Tu tía y lord Malmsey van a adelantarse demasiado si no les seguimos. Vamos.

Los caminos parecían más alegres ahora que había anochecido y la atmósfera estaba impregnada de la alegría y el buen humor de los presentes. La música de la orquesta llegaba a

través de los árboles. Las lámparas, aparentemente suspendidas por doquier, parecían pequeñas esferas iluminadas que brillaban con todos los colores del arcoíris. Algunas estaban dispuestas formando líneas o arcos y otras agrupadas para simular el cielo estrellado.

Juliana pensó que Vauxhall Gardens era el lugar más maravilloso en el que había estado nunca. Notaba el corazón ligero y el calor de la mano de James en la suya. Sabía que no debía permitir que la agarrara de la mano, pero en aquel momento le traían sin cuidado las formalidades. Delante de ellos, en el camino, la tía Frances se inclinaba hacia lord Malmsey como si se hubiera olvidado por completo de su sobrina.

Cuando alcanzaron a la pareja mayor, que se había detenido junto a una fuente cantarina, Juliana soltó la mano de James.

—¡Mirad! —Frances señaló hacia arriba—. ¡Es *madame* Saqui!

Engalanada con un extravagante vestido decorado con oropeles, lentejuelas y plumas, la célebre equilibrista parecía bailar en el aire mientras ascendía por una cuerda atada a un mástil de sesenta pies de alto. Pese a su abigarrado atuendo, tenía un aspecto más bien masculino. Juliana le veía las piernas por debajo de la falda, y eran musculosas como las de un forzudo de circo. Pero su equilibrio era impecable y sus pasos gráciles parecían acompasarse a la cadencia que marcaba la orquesta.

—Parece un ballet, ¿verdad? —dijo.

—Un ballet para dos —respondió James cuando el marido de la equilibrista ascendía por una segunda cuerda junto a la de ella—. He oído que ganan cien guineas a la semana.

Juliana le lanzó una sonrisa burlona.

—Una suma que preferirías que se invirtiera en vacunas contra la viruela, sin duda.

Él se rio.

—Entretener a damas encantadoras también es una buena causa.

Juliana sintió un extraño estremecimiento al pensar que él la encontraba encantadora, aunque sabía perfectamente que se refería a la compañía en general. Estuvieron mirando unos minutos, en admirado silencio, mientras la pareja de equilibristas se balanceaba y saltaba como si no les preocupara lo más mínimo caer al vacío. Al llegar a lo más alto, *madame* Saqui ejecutó una ágil pirueta y luego saludó a su marido cuando pasó junto a él en el descenso. Cuando llegó abajo, hizo una reverencia teatral y aupó a una niña pequeña, apoyando sus piececitos resbaladizos en la cuerda floja.

—¡No puede tener más de cuatro años! —Juliana contuvo la respiración al ver que la pequeña subía por la cuerda, hacia las estrellas. Se tapó la cara con las manos—. No puedo mirar.

—Es su hija. —James la enlazó por la cintura—. Lleva la actuación en la sangre —dijo, atrayéndola hacia sí.

Juliana bajó las manos y miró a su tía para ver si se había percatado del atrevimiento de James.

Pero su carabina ya no estaba allí.

—¿Tía Frances? —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está la tía Frances?

—Se ha ido con lord Malmsey —dijo James, y el tono sugerente de su voz le hizo imaginarse a su tía en una posición muy comprometida—. ¿Reanudamos nuestro paseo?

Mientras la llevaba por un sendero en penumbra, sin dejar de abrazarla, Juliana volvió a asombrarse, como le había ocurrido en el Salón Egipcio, de lo bien que encajaban. James olía a almidón y jabón, un olor limpio, fresco y masculino. Adaptaba su paso al de ella, más corto, y de pronto parecía que la noche era más cálida y los jardines más frondosos y fragantes. Altos

árboles se alzaban a ambos lados, recortándose sus siluetas oscuras contra el cielo iluminado por los faroles.

—¿Cuándo traerás aquí a lady Amanda? —preguntó.

—Hmm —contestó él ambiguamente mientras entraban en un jardincillo apartado.

Había un banco de piedra y un farol, de modo que no estaba del todo a oscuras, pero sí en penumbra y rodeado de altos setos. Juliana oyó pasar a una pareja, la grava crujía bajo sus pies, pero nadie se asomó por la estrecha entrada.

James la soltó y se acercó al banco, ella supuso que para sentarse. Pero no se sentó, sino que se quitó el frac y lo extendió sobre el asiento.

—¿Crees que este sería un buen sitio para traer a lady Amanda? —preguntó.

—Tal vez. —Amanda sin duda se acercaría más a él en aquel rincón íntimo y escondido. Y él se acercaría más a ella. Se harían amigos, y luego se casarían y tendrían un hijo—. Mejor dicho, sí —rectificó—. Este sería un sitio excelente para traer a lady Amanda.

—Eso me parecía. —Sus largos dedos aflojaron el nudo de su corbata, y al verlo Juliana sintió que le revoloteaban mariposas en el estómago—. ¿Qué crees que debería hacer con ella cuando estemos aquí?

Debería besarla, claro, pero Juliana no iba a decir eso en voz alta. Como no sabía qué decir, no dijo nada. Se limitó a mirar cómo se aflojaba lentamente la corbata hasta que se desprendió y quedó colgando de sus dedos.

—¿Y bien? —James fijó en ella su intensa mirada oscura, con aquella expresión que la hacía preguntarse si podía leerle el pensamiento—. ¿No tienes ninguna sugerencia? —Soltó la corbata, que se posó en el banco como un montón de espuma blanca—. ¿Crees que quizá debería besarla?

En efecto, le había leído el pensamiento.

Juliana tragó saliva.

—Tal vez.

—Ya me lo imaginaba. —Se desabrochó el botón de arriba de la camisa. Y el segundo botón —. Creo que deberíamos practicar —dijo como si tal cosa.

Ella tenía la mirada fija en la pequeña V de piel dorada que dejaba ver su camisa desabrochada.

—¿Practicar?

—Sí, practicar. —Levantó una mano y se desabrochó el puño—. Tú y yo. Antes de que lo intente con lady Amanda.

—¿Quieres besarme?

No podía. No debía.

—Solo para practicar. Ven aquí, Juliana.

Su voz profunda y densa como el chocolate hizo que ella volviera a estremecerse. Las mariposas revolotearon más aprisa. James quería besarla. Solo para practicar, pero aun así...

Quería besarla.

No era a James a quien debía besar, sino al duque. Pero el duque le había dejado claro que no la besaría hasta que estuvieran casados. Era muy, muy correcto. La tía Frances pensaba que un beso no era un gran pecado y Corinna le había dicho que debía besar a unas cuantas ranas para saber cuándo había encontrado a su príncipe azul.

No es que James fuera una rana. Era... bueno, no sabía lo que era exactamente. Un amigo, supuso. Un amigo que se estaba arremangando los puños de la camisa para dejar al descubierto sus musculosos antebrazos ante la mirada inocente de la última mujer de toda Inglaterra a la que nadie había besado aún.

Y desabrochándose los botones del chaleco.

Santo cielo, si no le besaba enseguida, terminaría desnudo en medio de Vauxhall Gardens.

—Muy bien —dijo James en voz baja mientras se abría el chaleco—. Si no vas a venir tú a mí, tendré que ir yo a ti.

Y eso hizo. Se fue derecho a ella. Juliana retrocedió y él la siguió. Retrocedió hasta tocar con la espalda un seto alto y fragante, y James la siguió hasta casi tocarla; hasta que estuvieron casi pegados y su olor a almidón y jabón embargó a Juliana, que sintió que un cosquilleo recorría su cuerpo y que las mariposas amenazaban con liberarse.

James estaba tan cerca que ella podía ver las motas doradas de sus ojos marrones. Tan cerca que sentía su aliento en la cara. Tan cerca que tuvo que refrenarse para no acercarse más aún.

—¿Puedo besarte? —preguntó él posando las manos sobre sus hombros.

Ella no podía decirle que sí ni decirle que no. Levantó la barbilla, indecisa, y esperó con el corazón palpitándole con fuerza en el pecho y los ojos cerrados.

Era una invitación, aunque silenciosa.

Una invitación que él aceptó.

La atrajo hacia sí, la rodeó con los brazos y la estrechó contra su cuerpo. Sus labios rozaron los de ella, apenas una caricia que inflamó sus ansias de más.

—¿Puedo? —volvió a preguntar él con un susurro ronco.

—Oh, sí —musitó ella como si le arrancaran las palabras de la garganta.

Y su boca cálida se posó sobre la suya.

Era una sensación divina, más deliciosa de lo que hubiera imaginado jamás. Se apoyó contra él, sintiendo su cuerpo duro a través de su fino vestido y de la camisa de muselina de James. Deslizó las manos por debajo del chaleco desabrochado y tocó su espalda, cuyos músculos sintió ondularse bajo sus dedos.

Él ladeó la cabeza, cambiando el ángulo del beso. Juliana sintió que se derretía. No distinguía ya dónde terminaban sus labios y dónde empezaban los de James. Era como si se hubiera convertido en parte de él.

Y entonces él se apartó. Con el corazón todavía palpitante, Juliana abrió los ojos y suspiró. Quería volver a sentir su boca sobre la suya. Era una boca preciosa, una boca esculpida, con el labio inferior más grueso que el superior. Los ojos de James, aquellos cálidos estanques de chocolate con motas doradas, tenían una mirada aturdida, tan aturdida como se sentía ella.

Era el hombre más guapo que había visto nunca.

Ella sabía que era guapo, por supuesto. Se lo había dicho a Amanda muchas, muchísimas veces. Pero su atractivo era solo un hecho, como tantos otros. James era guapo. Corinna pintaba bien. Griffin había estado en la caballería. Hechos, nada más.

Ahora, en cambio...

Miró a James. Le miró de verdad, como si le viera por primera vez. Y lo que vio la hizo desear que la besara de nuevo.

Se puso de puntillas y él salió a su encuentro y apretó la boca contra la suya. Esta vez no fue un beso tierno y acariciador, sino apasionado y exigente. Sus labios incitaron a abrirse a los suyos y su lengua se deslizó dentro de la boca de Juliana de un modo asombroso y excitante. Era suave, resbaladiza y dulce, impregnada del sabor del clarete que habían bebido con la cena. Juliana se sintió flotar y girar, sintió que habría podido despegarse del suelo si él no la hubiera sujetado con tanta fuerza. Con una mano la sujetaba por la espalda y con la otra le sostenía la cabeza, ajustando el ángulo de modo que sus labios se unieran aún más íntimamente.

—¡Juliana! —Era la voz de la tía Frances, lejana pero reconocible—. Juliana, ¿dónde estás?

—Maldita sea —gruñó James, apartándose de ella.

—¡Dios mío! —Juliana se quedó mirándole un momento mientras su mente se despejaba.

James estaba allí de pie, con la mitad de la ropa desabrochada. La tía Frances los encontraría de un momento a otro y él estaba medio desnudo.

—¡Vístete! —siseó.

Él acercó las manos a los botones del chaleco y empezó a abrochárselos sin ninguna prisa.

—¡Juliana! —volvió a llamarla su tía.

Ella corrió hacia la entrada del jardincito y se asomó al sendero. No se veía a Frances por ninguna parte, gracias a Dios.

Se dio la vuelta.

—¡Deprisa! —le dijo a James—. Solo es cuestión de tiempo que nos encuentre.

Él se encogió de hombros mientras se desenrollaba una manga y volvió tranquilamente al banco, donde su corbata yacía arrugada sobre su frac.

—¿Beso mejor que Castleton?

—No he besado a Castleton. Es demasiado...

—¿Demasiado estirado? —James pareció encantado con la noticia.

—¡No es estirado! Solo es...

—Un mojigato.

—¡No es un mojigato! Es correcto y reservado, lo que no se puede decir de ti.

James sonrió.

—Ni de ti. Lo que es una virtud, en mi opinión...

—¡Juliana! —La voz de lord Malmsey se unió a la de su tía—. ¡Juliana!

Ella volvió a asomarse. Seguía sin verse a nadie. Con el corazón todavía acelerado, pero esta vez por el miedo, no por la pasión, se acercó a James. Se estaba abrochando la camisa tan despacio que Juliana rechinó los dientes.

—¿Quieres darte prisa? —Cogió la corbata con intención de tirársela, pero entonces se oyó un enorme estruendo en lo alto y soltó un grito, alarmada.

—Tranquila. —La corbata cayó a la hierba cuando James se acercó para abrazarla—. Solo son fuegos artificiales. —Otro estallido retumbó en el cielo, acompañado de destellos rojos, azules y blancos—. Tu tía se detendrá a mirarlos —dijo en tono tranquilizador.

Consciente de que tenía razón, Juliana se apartó y se sentó en el banco para ver los fuegos artificiales. Pero no se tranquilizó ni pudo serenarse, ni siquiera después de que él recogiera la corbata, se la anudara torpemente y se pusiera el frac. El corazón seguía latiéndole con violencia y notaba el estómago revuelto.

Grandes chorros de luz estallaban en el cielo y a su alrededor se oían las exclamaciones de admiración del público de Vauxhall Gardens. Ella, sin embargo, solo alcanzaba a pensar que, gracias a Dios, no la habían pillado besando a James con la mitad de la ropa desabrochada.

Habrían tenido que casarse. Y no podía casarse con James. No podía, simplemente.

Podría casarme con una amiga, recordó que había dicho él. *Se puede besar a una mujer y tener un hijo con ella sin estar enamorado.*

El duque se estaba enamorando de ella y James no. Había dicho que no volvería a enamorarse nunca. Solo la había besado porque eran amigos y quería tener un hijo. Y si no se casaba con Amanda, Amanda tendría que casarse con lord Malmsey, y a la tía Frances se le rompería el corazón.

No debería haber dejado que James la besara.

35

JAMES HABÍA BESADO por fin a Juliana, y había sido mejor de lo que jamás había imaginado, y bien Dios sabía que había fantaseado con ello muchas veces.

Había imaginado incontables veces tenerla entre sus brazos. Día tras día, había fantaseado con el sabor de sus labios y, noche tras noche, había imaginado la pasión que surgiría entre ellos.

Y había sido mejor aún de lo que soñaba. Muchísimo mejor, por increíble que pareciese. Hasta tal punto, de hecho, que le había dejado anonadado.

Se preguntaba vagamente qué le había llevado a desabrocharse tantos botones y por qué no había sentido el impulso de volver a abrochárselos con rapidez. Pero lo que más le desconcertaba de todo aquello era por qué no se había sentido tan aliviado como ella cuando, después de los fuegos artificiales, se reunieron con la tía de Juliana y lord Malmsey en la puerta principal de Vauxhall Gardens y lady Frances no pareció sospechar nada.

Ahora iban en su carruaje, de regreso a Berkeley Square. Sentada frente a él y Juliana, lady Frances se rio como una adolescente enamorada.

—Santo cielo —dijo—, cuando no os encontrábamos, casi he temido verme obligada a decirle a mi sobrino que tendría que exigir que os casarais.

Dado que lady Frances tenía las mejillas mucho más encendidas que Juliana, a James le hizo gracia su comentario.

Pero entonces Juliana se alisó su vestido amarillo y dijo:

—Solo estábamos viendo los fuegos artificiales, tía. Además, sabes que voy a casarme con el duque de Castleton.

Y a James aquel comentario le pareció sumamente molesto.

Fue entonces cuando todo empezó a aclararse poco a poco en su mente.

Nunca experimentado un momento de lucidez como aquel.

Se había desabrochado tantos botones para tentar a Juliana, por supuesto. Y no había sentido el impulso de volver a abrochárselos con rapidez porque no le preocupaba que pudieran descubrirlos y obligarlos a casarse.

No, eso no era del todo correcto. No es que no le preocupara que los descubrieran y los obligaran a casarse, sino que más bien confiaba en que los descubrieran y los obligaran a casarse.

Porque quería casarse con ella, pero no había podido reconocerlo, ni siquiera ante sí mismo, porque eso equivaldría a traicionar a Anne.

Solo que… no era cierto.

Se había enamorado de Juliana y eso no era una traición en absoluto.

Sentía que debería sentirse horrorizado. O culpable. O incrédulo.

Pero no se sentía así en absoluto. Estaba enamorado. Y no podía ponerlo en duda, igual que

no dudaba de que tenía dos manos y dos pies.

Se había estado diciendo a sí mismo todo el tiempo que aquello no sucedería nunca, pero quizás una parte de su ser se había dado cuenta de que, de hecho, podía enamorarse de nuevo algún día. Quizás se hubiera empeñado en negar lo evidente.

Quizás.

Era una posibilidad.

Estaba dispuesto a admitirlo.

Pero si había pensado tal cosa —si había considerado que algún día podría enamorarse de otra mujer sin mancillar el recuerdo de su difunta esposa—, estaba convencido de que solo podría ocurrir después de que Anne, de algún modo, le diera su permiso.

En realidad, nunca se había planteado seriamente cómo podía darle su permiso una mujer muerta. Tal vez podría haber ido a su tumba y haber hablado con ella, como había leído en algunos libros. O tal vez ella se le aparecería en sueños, como sucedía también en los libros. O quizá le enviase una señal. Quizá vería algo —algo aparentemente insignificante— y sabría lo que significaba.

Pero nada de eso había sucedido. Porque no necesitaba el permiso de Anne. Porque su amor por Juliana no tenía nada que ver con ella.

Nada.

Amar a Juliana no mermaba el amor que había sentido por Anne. No significaba que no fuera a guardar siempre como un tesoro el recuerdo del tiempo que habían pasado juntos. No quería a Juliana más de lo que había querido a Anne, ni tampoco menos.

La quería de otra manera.

Era una mujer distinta y la amaba por razones distintas. Lo que era lógico, porque él también era distinto. Este nuevo amor no era mejor ni peor, ni más profundo ni más superficial. Era simplemente *distinto*.

Y era justo lo que necesitaba ahora. Lo que necesitaba para sentirse completo de nuevo, para que su vida volviera a ser plena.

Por desgracia, Juliana parecía empeñada en casarse con el estirado de Castleton, con aquel bruto que solo la quería porque su dote incluía un caballo.

El carruaje se detuvo frente a la casa de su hermano.

—Gracias —dijo lord Malmsey al apearse.

—Ha sido una velada encantadora —comentó lady Frances cuando se bajó también.

Juliana no dijo nada al seguirlos, pero, antes de que el lacayo cerrara la puerta del carruaje, se volvió para mirar a James.

—¿Cuándo vas a llevar a lady Amanda a Vauxhall Gardens?

Él no quería llevar a lady Amanda a Vauxhall Gardens. No quería llevarla a ningún sitio. *Nunca* había querido llevarla a ningún sitio.

Y menos aún a Vauxhall Gardens, el lugar donde había descubierto que estaba enamorado de Juliana.

—Nunca —respondió—. No me gustó mucho Vauxhall Gardens.

—¿No? —Entrecerró los ojos como si no le creyera, lo que no era de extrañar, puesto que en realidad había disfrutado enormemente allí—. Bueno, entonces, ¿dónde vas a llevarla?

Quería decirle que a ninguna parte, pero no podía. Porque entonces no tendría excusa para seguir viendo a Juliana. Ella estaba empeñada en casarse con el estirado del duque y no aceptaría una invitación suya a ninguna parte, como no fuera con el pretexto de conquistar a lady Amanda.

No era algo tan terrible, se consoló. Juliana y él se estaban haciendo amigos rápidamente y

con eso le bastaba por ahora. Si seguía fingiendo que le interesaba lady Amanda, podría seguir tocando a Juliana, besándola y tentándola. Ella no volvería a intentar tenderle una trampa; se lo había prometido y confiaba en ella. Podía permitirse ser paciente. La amistad era muy importante en un matrimonio, y había tiempo de sobra para que Juliana se enamorara de él.

James aún se estaba haciendo a la idea de que quería casarse con ella. No había razón para precipitarse.

—Llevaré a lady Amanda donde tú quieras —dijo—, menos a Vauxhall Gardens. Siempre y cuando tú también vengas.

—¡Yo no puedo ir!

—Puedes, si vienes con Castleton. —Le dolió decirlo, pero no veía otra solución. No encontraba otro modo de seguir tocando, besando y seduciendo a Juliana.

Bueno, quedaba el viernes, cuando esperaba poder quedarse a solas con ella en una consulta. Pero para eso aún faltaban cuatro días. Una eternidad.

—Si vamos a un sitio en el que nunca he estado —argumentó—, te necesitaré para que me aconsejes.

Juliana reflexionó un momento y luego dijo «Muy bien», tal y como esperaba él. James sabía que podía apelar a su vocación de casamentera. Seguramente ella nunca creería que era capaz de valerse solo, pero eso James podía soportarlo.

De hecho, estaba deseando soportarlo. Le gustaba mucho que Juliana cuidara de él. Era una fuente inagotable de diversión, una de sus muchas peculiaridades, que tanto le gustaban.

—Creo que mañana deberíamos ir a ver el nuevo panorama de la batalla de Waterloo que hay en Leicester Square —dijo Juliana—. He oído que es muy romántico.

James, que había visto la guerra con sus propios ojos, no pensaba que fuera en absoluto romántica, y tampoco había oído nunca describir como *romántico* el edificio del panorama de Leicester Square. Había oído, sin embargo, que era un lugar bastante oscuro y suponía que la oscuridad podía conducir al romance, y aunque era muy consciente de que Juliana esperaba que él iniciara allí su idilio con lady Amanda mientras ella hacía lo propio con aquel asno de Castleton, sabía que eso no iba a ocurrir, de modo que las falsas ilusiones de Juliana no le desanimaron lo más mínimo.

—Creo que cierra a las cuatro —dijo—, así que iré a buscaros a ti y a lady Amanda a la una.

—Y a tía Frances —le recordó ella.

—Y a lady Frances. —Ni siquiera eso atenuó su alegría—. Invita también a lord Malmsey, ¿quieres? —añadió metiéndose la mano en el bolsillo—. Aquí están sus guantes, a…

Se interrumpió, alargando mucho la *a* final, como si dudara.

Había estado a punto de llamarla «amor mío».

Más le valía tener cuidado. Quería tentar a Juliana, no ahuyentarla.

—Gracias. —Ella los cogió y entró en casa.

James estaba de un humor excelente cuando su carruaje se puso de nuevo en marcha hacia Stafford House. Una vez allí, siguió de muy buen humor mientras buscaba a su madre en el salón de mañana, en la sala de música y en el Salón de las Palmeras. Subió los peldaños de la escalera de dos en dos, todavía eufórico, y por fin la encontró en su salita de estar, leyendo una novela de Minerva Press.

Nunca había visto a su madre leer un libro de Minerva Press. Eran tórridas novelas de amor y no sabía muy bien qué opinar de que leyera algo así, pero eso no afectó a su excelente humor.

—¿Sí, James? —Su madre cerró rápidamente el libro y lo dejó boca abajo en la mesa, a su lado—. ¿Qué tal la velada?

—Bastante agradable —contestó él, quedándose muy, muy corto—. Quiero renovar mi habitación.

—No puedes cambiar esa habitación. La diseñó Henry Holland.

—Me da igual quién la diseñara. El marrón y el morado son demasiado sombríos.

A ella le encantaba redecorar, pero su marido nunca la había dejado tocar Stafford House, así que había tenido que conformarse con reformar de arriba abajo su casa de campo. James sabía que tardaría poco en ceder. Visiblemente ilusionada, se levantó, se ciñó bien la bata y se acercó a su escritorio, un mueble muy femenino.

—¿Qué colores te gustarían, entonces? —preguntó al mojar la pluma en el tintero.

—Rojo.

—Tu color favorito. Sí, debería haberlo adivinado. —Hizo una anotación—. ¿Alguna otra petición?

—Y amarillo. Rojo y amarillo.

Se había dado cuenta de que Juliana vestía a menudo de amarillo, pero no deseaba explicarle eso a su madre. Lo último que quería era que adivinase que había decidido volver a casarse.

—Pondremos rayas —dijo ella sin dejar de escribir—. Rayas anchas rojas y amarillas en las paredes, por encima del friso.

—Quiero quitar el friso de madera. Es muy oscuro y no quiero nada oscuro en la habitación.

Su madre frunció el ceño, pero luego se animó.

—Entonces lo pintaremos de blanco. De esmalte blanco brillante. Y pondremos rayas más estrechas en la tapicería. Pero la ropa de cama será de color rojo intenso, creo. Con cojines amarillos, quizá.

—Bien. —Henry Holland había usado telas con estampado floral, así que las rayas le parecían perfectas. Quería que fuera todo lo más distinto posible—. Y deshazte de esa cama, ¿quieres? Es un armatoste monstruoso.

—Lleva en la familia desde el siglo XVI.

—Se nota.

—Nueve condes de Stafford nacieron en esa cama...

—Quiero algo moderno. Sin dosel ni cortinas sofocantes.

Su madre levantó la vista y se quedó mirándole un buen rato. James empezó a preguntarse si se habría dado cuenta; si era consciente de que la cama, las cortinas y todo lo demás albergaban demasiados recuerdos.

—Muy bien —dijo por fin—. Si insistes, la trasladaremos a una habitación de invitados.

36

—**ES REUMATISMO,** me temo —dijo lady Avonleigh la tarde siguiente.

—Es espantoso —añadió lady Balmforth—. Nos duele todo a las dos cada mañana.

Cuando James había ido a buscar a Juliana y a los demás para su excursión, les había explicado que tenía que pasar por casa de sus tías de camino a Leicester Square. Sentada en el salón de las dos señoras, en un sofá de color melocotón, Juliana le vio acercarse a un gran ventanal.

—Me temo que a vuestra edad es normal cierta rigidez por las mañanas —dijo él en tono comprensivo. Levantó la fina mano de lady Balmforth y la examinó a la luz de la ventana.

—¿No necesitas el monóculo? —preguntó ella.

—Para esto, no. No veo indicios de hinchazón y tus articulaciones no parecen enrojecidas ni están calientes. Es buena señal que el dolor desaparezca antes del mediodía. —Le flexionó el codo—. ¿Te duele?

—Es muy paciente —comentó Amanda en voz baja, sentada al lado de Juliana.

—Sí que lo es —susurró ella, y cogió un bastidor de bordar que una de las tías de James había dejado sobre la mesa. No era un simple dechado, sino una escena increíblemente detallada: una cabaña en el bosque, con animales entre los árboles. Pero, curiosamente, parecía oler un poco a alcanfor—. ¿Verdad que es exquisito?

—Ojalá fuera un poco más impaciente. Vamos a llegar tarde.

—No hay por qué preocuparse. —Juliana olfateó el bastidor y volvió a dejarlo en la mesa. Alcanfor, no había duda—. El panorama no cierra hasta las cuatro.

—Pero el duque va a tener que esperarnos.

—No mucho. —Juliana cogió una funda de asiento hecha con bordado jacobino que estaba a medio terminar y pasó los dedos por el dibujo, un verdadero campo de flores—. Las tías de lord Stafford tienen mucho talento.

—Lord Stafford se ha puesto de rodillas —le informó Amanda—. Eso no puede ser bueno para su lesión.

James estaba de cuclillas en el suelo, examinando servicialmente los rollizos tobillos de lady Avonleigh. Juliana no pensaba mucho en su lesión; no parecía impedirle hacer nada, así que no veía qué importancia tenía. Pero, al parecer, a Amanda sí le importaba.

—Lord Stafford haría cualquier cosa por las personas que le importan —dijo Juliana, devolviendo la labor a la mesa—. Tienes suerte de que alguien tan maravilloso te corteje. —La verdad era que resultaba un poco molesto que Amanda no pareciera darse cuenta de lo afortunada que era—. Es muy amable de tu parte que te preocupes por él. Acuérdate de dejar que te bese.

—¿Y si no lo intenta?

—Lo intentará. Se rumorea que hay partes del edificio del panorama que son muy oscuras.

James aprovecharía la oscuridad, Juliana lo sabía por experiencia.

—¿Y si no me gustan sus besos?

La pobre Amanda parecía aún más asustada que antes. Su estratagema fallida debía de haberla traumatizado.

—Te encantarán sus besos —le aseguró. Otra cosa que sabía por experiencia. De hecho, solo de pensar en ello notaba una extraña sensación en el estómago.

¿Por qué sería?

Debió de poner cara de desconcierto, porque un instante después James apareció a su lado, preocupado.

—¿Te ocurre algo?

—No, nada —le aseguró a él, y a sí misma—. ¿Has terminado?

—Les he recetado compresas calientes para los dolores. Estoy seguro de que van a estar perfectamente.

Juliana se levantó y se acercó al lugar donde permanecían sentadas sus tías mientras las criadas de la casa les aplicaban las compresas.

—Espero que dentro de poco se encuentren mejor —dijo.

—Oh, sin duda —dijo lady Balmforth mientras su doncella le envolvía la muñeca en un paño —. Nuestro James siempre sabe qué hacer. Seguro que estaremos mucho mejor cuando Cornelia venga a buscarnos dentro de una hora. Vamos a Gillow's a ver muebles nuevos para su casa.

—Sus bordados son preciosos. Mañana por la tarde celebro una pequeña sesión de costura para hacer ropita de bebé para el Hospital de Expósitos. ¿Les apetecería unirse?

—Cornelia nos ha hablado de su círculo de costura —respondió con viveza lady Avonleigh, que ya parecía encontrarse mejor. Era ella quien desprendía aquel extraño olor a alcanfor, junto con un fuerte aroma a gardenias—. Suena de maravilla, querida. Me encantaría asistir.

Lady Balmforth juntó las manos con tanto entusiasmo que se le cayó una compresa.

—A mí también me encantaría.

—Muchísimas gracias. ¿Les envío el carruaje de mi hermano a la una?

—Oh, no —contestó lady Avonleigh—. Tenemos carruaje propio y John, nuestro cochero, tiene demasiado tiempo libre.

—Se echa incluso más siestas que nosotras —añadió lady Balmforth.

Juliana notó que James y Amanda se acercaban a la puerta.

—Excelente —dijo antes de seguirlos—. Vivo en el cuarenta y cuatro de Berkeley Square y me hace mucha ilusión que vengan.

—Eso ha sido bastante presuntuoso —comentó Amanda mientras iban hacia el carruaje de James, donde esperaban Frances y lord Malmsey.

—No estoy de acuerdo —respondió James—. Creo que ha sido muy amable. A mis tías les ha encantado que las invite.

Juliana sonrió.

—Son muy simpáticas.

—Y están sanísimas —dijo él con sorna—. Es una pena que no lo sepan.

—Solo necesitan algo con lo que distraerse. Por eso las he invitado a mi sesión de costura. Bueno, por eso y porque necesito su ayuda. Además, estoy pensando que debería presentarles a algún caballero encantador más.

—No creo que les interesen los caballeros, por muy encantadores que sean.

—¿Nunca se han casado?

—Oh, sí. La tía Bedelia, cuatro veces.

—¡Cuatro! —exclamó Amanda.

—Un barón, dos vizcondes y un conde. Todos fallecieron —añadió mientras un lacayo les abría la portezuela del carruaje—. Esa dulce ancianita debe de ser tóxica.

Juliana empezó a reírse, pero se detuvo de pronto. Dentro del opulento carruaje de James, su tía estaba besando a lord Malmsey.

—¡Santo cielo! —exclamó Amanda, visiblemente escandalizada. No porque le importara que lord Malmsey cortejara a Frances, pensó Juliana. Después de todo, ella quería casarse con James. Había dado permiso a lord Malmsey para cortejar a otras mujeres y le había asegurado que encontraría la manera de liberarle de su compromiso. Amanda se habría escandalizado al ver a dos personas cualquiera besándose. Los besos le daban pavor.

La pareja se separó bruscamente. El rubor ascendió por el cuello de Frances y se extendió por sus mejillas. No era un rubor delicado, sino una especie de torrente de color rojo brillante.

Sin embargo, mantuvo la compostura.

—¿Se encuentran mejor sus tías? —le preguntó a James, cruzando las manos sobre el regazo.

—Mucho mejor. —James ayudó a subir primero a Amanda y luego a Juliana y después montó en el carruaje. Juliana le dejó espacio en medio, pero al parecer no era suficiente, porque acabó pegado a ella—. Al Panorama de Leicester Square —le indicó al cochero, y se acomodó en el asiento.

Avanzaron un rato en medio de un incómodo silencio. James parecía arder, pegado a Juliana. Ella notó que aquella extraña sensación en el estómago se intensificaba.

—Lord Stafford nos estaba contando que su tía Bedelia se ha casado cuatro veces —le dijo a Frances.

—Oh, vaya —dijo Frances.

Después de otra pausa incómoda, Juliana miró a James.

—¿No ha tenido hijos?

—Ninguno que haya sobrevivido. Y la vida de la tía Aurelia ha sido aún más trágica.

—¿Cuántos maridos ha tenido ella? —preguntó Amanda en un tono que a Juliana le pareció bastante displicente.

James, sin embargo, no pareció darse cuenta.

—Solo uno, el conde de Avonleigh. Pero sus hijos no les hicieron precisamente felices. Su hija mayor se fugó con un primo, lo que hizo que su marido repudiara a la muchacha. Aurelia no volvió a saber de ella. Solo años después se enteró de que había muerto. Su hijo mediano bebía mucho y se ahogó accidentalmente. Y la pequeña se quitó la vida poco después de casarse. Se tiró del Puente de Londres estando embarazada.

—Oh, vaya —repitió Frances.

—El marido de tía Aurelia falleció poco después. El juez de guardia dictaminó que había muerto «por visitación divina», es decir, por causas naturales desconocidas, pero yo sospecho que tenía el corazón destrozado.

—No lo dudo —repuso lord Malmsey.

Juliana asintió.

—Es increíble que tu tía sobreviviera.

—Es una mujer muy fuerte. Las dos lo son. Es una pena que no tengan hijos ni nietos a los que mimar.

—Te tienen a ti —señaló ella.

—Lo sé, y las adoro. Su coraje me parece admirable. —El carruaje se detuvo—. Pero de vez en cuando desearía que tuvieran alguien más a quien recurrir.

La portezuela del coche se abrió en Leicester Square, delante de un enorme edificio redondo. Encima de una entrada sin ningún rasgo sobresaliente, una ostentosa marquesina anunciaba PANORAMA. Ante ella estaba el duque.

Juliana se alegró al ver que no parecía alterado. Aunque, por otro lado, tampoco parecía contento. Su aspecto era el de siempre: reservado y bastante anodino. Sus ojos azul pálido parecían serenos y su semblante tenía una expresión agradable.

Se apearon todos del carruaje.

—Buenas tardes, querida —le dijo el duque—. Me alegró mucho recibir su invitación.

Después de los saludos, los hombres compraron las entradas en la taquilla y entraron todos. Un pasillo largo, estrecho y mal iluminado se extendía ante ellos. Al cerrarse la puerta a su espalda, se oscureció aún más.

Amanda soltó un gritito.

—No se asuste —dijo una voz tranquilizadora—. Agárrese a mi brazo. —Era el duque, no James.

James le dio el brazo a Juliana. A pesar de la oscuridad, supo que era él porque olía a jabón y a almidón, en vez de a agua de colonia. Y porque volvió a notar aquella extraña sensación en el estómago.

—Deberías acompañar a lady Amanda —le susurró mientras avanzaban a oscuras por el pasillo, riendo y tanteando las paredes.

—Lady Amanda está perfectamente —le aseguró él.

Por supuesto que estaba perfectamente. El duque había sido muy amable al tranquilizarla. Resultaba un poco chocante pasar de la ajetreada y amplia plaza a aquel pasadizo cerrado y oscuro, pero en realidad no daba miedo. De hecho, incluso era divertido. Pero James no podría besar a Amanda mientras estuviera con el duque, y eso no era nada bueno.

Cuando llegaron al final del pasillo, sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y consiguió ver algo. Una escalera muy alta ascendía en espiral. Y subía. Y subía. En el hueco de la escalera, la luz fue aumentando a medida que avanzaban.

—Me duelen las rodillas —se quejó Amanda a mitad de camino—. ¿Podemos parar a descansar, por favor?

—Claro que podemos —contestó el duque.

Impulsada por James, Juliana los adelantó y siguió subiendo.

Detrás de ella, Frances soltó una risita.

—¡No recuerdo la última vez que di tantas vueltas!

En efecto, Juliana se sentía como una niña con los ojos vendados a la que hacían girar como parte de un juego. Estaba un poco desorientada. Se aferró más a James y advirtió que cojeaba un poco más que de costumbre. Quizás Amanda tenía razón al decir que no debería haberse arrodillado.

De repente, la escalera se acabó y se hallaron transportados a otro tiempo y otro lugar. Como por arte de magia, habían pasado de Leicester Square a Bélgica en cuestión de minutos.

Mareada aún, Juliana se abrió paso entre la multitud y se agarró a la barandilla de la plataforma. A su alrededor, por encima y por debajo, un campo de batalla parecía extenderse varias millas a lo lejos.

—Asombroso —murmuró James detrás de ella.

Era sobrecogedor. Juliana sabía que el panorama no era más que una pintura gigantesca, pero

en aquel edificio circular todo estaba diseñado para engañar a la vista. La luz indirecta, que entraba por estrechas claraboyas situadas bajo el borde del techo abovedado, hacía que pareciese un exterior al anochecer. Allá abajo, al fondo, un terreno tridimensional llegaba desde debajo de la plataforma hasta las paredes, repleto de vegetación, objetos y figuras realistas que se confundían con el cuadro, haciendo que todo pareciera real.

Y alrededor se libraba la batalla de Waterloo.

Reinaba el caos. La caballería cargaba, seguida por los soldados de infantería con la bayoneta calada. Los oficiales daban órdenes, los soldados socorrían a los caídos, el humo se elevaba desde los cañones situados en una arboleda. El terreno era bajo en algunos lugares y fangoso en otros, vallado y abierto, marrón y verde, llano, abrupto e intermedio. Los campos que deberían haber estado despejados aparecían sembrados de muertos y heridos, y el contenido de los macutos se esparcía por todas partes. Hasta donde alcanzaba la vista, los hombres luchaban y se debatían, y los fusiles y las espadas centelleaban en la bruma reluciente creada por los disparos de artillería.

Cuando al fin Juliana se sintió con fuerzas para soltar la barandilla, recorrió despacio la plataforma de lado a lado, abriéndose paso entre los espectadores. Daba la impresión de que se hallaban en un pabellón levantado en lo alto de una pequeña loma, en el centro de la batalla. Los soldados parecían mojados, sucios y ateridos de frío. Juliana juraría haber visto a un oficial a caballo agitar el sombrero, dando la señal de ataque. Un escalofrío recorrió su espalda.

—Me siento mareada —dijo Frances desde algún lugar cercano.

—Agárrate a mí —le contestó lord Malmsey—. Tienes los nervios delicados, amor mío.

¿Amor mío? Parpadeando en la penumbra, Juliana apartó la mirada del panorama y se volvió hacia las voces.

Pero la pareja ya no estaba allí.

37

—¿**DÓNDE ESTÁN** mi tía y lord Malmsey? —exclamó Juliana.

James la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí.

—Luego los buscaremos —dijo, y su voz grave pareció vibrar dentro de Juliana, atravesándola.

Aunque sabía que no debía, se apoyó en él.

—¿Dónde están el duque y lady Amanda?

—¿Acaso importa?

—¡Sí!

Amanda debería estar allí con James, en la oscuridad. Besándole. Daba igual que pensar en sus besos le produjera aquella curiosa sensación en el estómago.

Se tambaleó.

—¿Tú también estás mareada? —preguntó él.

—No.

Era el sonido de su voz, densa como el chocolate, lo que la mareaba. Y la idea de besarle. No podía besarle. Otra vez, no. Si iba a besar a alguien, debía ser al duque.

El duque, sin embargo, no quería besarla hasta que estuvieran casados y, en cualquier caso, estaba con Amanda. De hecho, Amanda seguramente se había agarrado a él sabiendo que no la besaría.

Si una mujer temía que la besaran, estaría mucho más segura con el duque que con James.

—¿Los ves? —le preguntó a James, intentando ver a su alrededor.

Él la llevó hacia la escalera.

—Puede que hayan bajado. Deberíamos ir a ver.

Bajaron del todo siguiendo la escalera circular, pero no los vieron por ningún sitio. Al llegar abajo, volvieron sobre sus pasos por el pasillo, a tientas, sin dejar de reír. A pesar de la oscuridad, Juliana notó que, en efecto, James cojeaba más que de costumbre. Cuando llegaron al final del corredor, abrieron la puerta y se asomaron a Leicester Square.

Juliana parpadeó, deslumbrada por el sol. No había ni rastro de su tía, ni de Amanda, ni de sus acompañantes.

—Deben de estar todavía arriba —dijo.

—Sí.

Una familia se acercó a la puerta y James tiró de ella hacia el interior para dejarles pasar.

Los niños se rieron cuando la puerta se cerró tras ellos y el pasillo se sumió en la oscuridad.

—¡No corráis! —les advirtieron sus padres mientras avanzaban hacia la escalera.

Los pequeños seguían riéndose y chocaban entre sí y con las paredes. Cuando James cogió la

mano de Juliana y echó a andar tras ellos, ella sintió su paso irregular.

—Te duele la pierna, ¿verdad?

Sintió que se encogía de hombros.

—La escalera era muy alta. Estoy bien.

Juliana no había pensado en el gran número de escalones que tendrían que subir cuando había sugerido la visita al panorama. A diferencia de Amanda, nunca pensaba en la cojera de James. Él nunca la mencionaba, y normalmente era muy leve.

—¿Te duele muy a menudo?

—Solo cuando hace frío y llueve.

—Santo cielo. —Le agarró el brazo con la otra mano, obligándole a detenerse—. Entonces, este año debe de dolerte *todo* el tiempo.

Su risa resonó en el pasillo.

—No me duele mucho. Tengo la pierna más rígida de lo que me gustaría, pero la sensación es solo de dolor sordo. Nada que merezca tu preocupación. En cierto modo, agradezco esa molestia; me recuerda lo afortunado que soy por conservar la pierna.

—¿Cuándo ocurrió? ¿Y cómo?

—Fue en la Guerra Peninsular —explicó James—. Recibí un balazo justo debajo de la rodilla. —Las risas se atenuaron cuando, al otro extremo del pasillo, la familia empezó a subir la escalera—. Los cirujanos del ejército querían amputar, pero uno de ellos consiguió salvarme la pierna.

—Me alegro —murmuró Juliana, pensando en lo estoico y valiente que era James.

Amanda debería sentirse muy agradecida por contar con él.

—Tuve suerte. —Los pasos se desvanecieron y James siguió caminando por el pasillo—. Agradezco inmensamente la habilidad de aquel hombre. Como ya no podía marchar con el ejército, necesitaba buscarme otra profesión y…

—*Por eso* te hiciste médico —le interrumpió ella en voz baja.

—¿Eso sigue extrañándote? —preguntó con una risa suave mientras se acercaban a la escalera—. Sí, esta vez tienes razón, más o menos. Al final, sin embargo, elegí la carrera de médico en lugar de la de cirujano. Decidí que, para trabajar, prefería los estetoscopios a las sierras.

Juliana intentó ahuyentar de su cabeza la imagen de una sierra de cirujano cubierta de sangre y tardó un rato en darse cuenta de que, en lugar de empezar a subir la escalera, James la había rodeado y se había metido debajo.

—¿Qué haces? —preguntó.

—La gente chocará con nosotros si esperamos en el pasillo. Esperaremos aquí.

Estaba muy oscuro bajo los escalones y James se aprovecharía de la oscuridad. Diría que quería practicar e intentaría besarla de nuevo. Juliana se lo había dicho a Amanda porque sabía por experiencia que era cierto.

—Creo que deberíamos volver arriba.

—Si esperamos aquí —argumentó él—, seguro que tu tía y los demás bajarán.

—La tía Frances no nos verá aquí metidos.

Sobre todo, teniendo en cuenta que Frances estaba probablemente ocupada besando a lord Malmsey. Los hombres más osados tenían tendencia a aprovecharse de la oscuridad y, aunque lord Malmsey era antes bastante tímido, saltaba a la vista que su audacia aumentaba por momentos. Ese mismo día ya se había atrevido a besar a Frances en el coche de James y a llamarla «amor mío».

Juliana notó otra vez aquella sensación en el estómago y de pronto supo por qué.

Lord Malmsey había llamado «amor mío» a tía Frances.

Ella quería que alguien la llamara también «amor mío».

Quería que James la llamara así.

Porque le amaba y quería que él también la amara.

Pero eso no iba a suceder.

—No sé qué hacer —dijo.

Quería amar al duque, pero en cambio amaba a James, porque era amable, afectuoso y caritativo y todo cuanto el duque no era. Ya no le importaba que fuera demasiado alto y tuviera el pelo moreno y una profesión. Era valiente y estoico. Encajaban perfectamente, era el hombre más guapo que conocía y, en cuanto a su profesión… En fin, estaba intentando librar al mundo de los estragos de la viruela, ¿qué tenía eso de malo?

Pero no podía casarse con James, porque nunca la amaría. Al igual que su madre, sería infeliz todos los días de su vida. El duque la necesitaba y era muy educado, le mandaba flores y se había enamorado de ella. James y Amanda eran el uno para el otro. Compartían intereses que Juliana no tenía. Suplían sus mutuas necesidades.

Ya no solo notaba una sensación extraña en el estómago, sino que le dolía. Y deseó no haber dicho en voz alta que no sabía qué hacer, porque no podía explicarle nada de aquello a James.

Él, por fortuna, lo interpretó de forma totalmente distinta.

—No tiene mucho sentido volver a subir hasta arriba solo para volver a bajar. —Llevándola más adentro, debajo de los escalones, levantó la mano y deslizó un dedo por su mandíbula—. No te preocupes por si tu tía nos ve. Yo vigilaré por si llegan. Y mientras esperamos, podemos practicar los besos.

Juliana sabía que iba a decir eso. Y sabía que no debía acceder. Pero sabía también que no debía insistir en que subiera todos esos escalones o la pierna le dolería aún más.

—No hace falta que practiquemos —le dijo con convicción.

James había estado casado, a fin de cuentas. Ella no lo sabía cuando se ofreció a darle clases, pero ahora sí lo sabía. Había tenido práctica. Besaba tan bien que una tendría que estar loca para pensar que necesitaba practicar más.

Detuvo el dedo bajo su barbilla y empezó a trazar pequeños círculos, amenazando con quebrar su determinación. Al fondo del pasillo se abrió la puerta y entró más gente y un poco de luz, la justa para que Juliana pudiera ver su mirada, tan intensa que se dio cuenta de que sabía exactamente el efecto que sus actos estaban surtiendo sobre ella.

Oh, sí, había tenido mucha práctica.

La puerta se cerró y el pasillo volvió a quedar a oscuras mientras la gente se dirigía a la escalera.

—Hace mucho tiempo que no beso a una mujer —dijo James en voz baja, al parecer leyéndole de nuevo el pensamiento.

—Hace menos de veinticuatro horas.

—Pero antes de eso había pasado mucho tiempo.

Bajó el dedo por su garganta, despacio, muy despacio. Deseando poder verle, Juliana tragó saliva.

—No vas a desabrocharte la camisa, ¿verdad?

Él se rio por lo bajo, complacido.

—No, no voy a desabrocharme la camisa aquí. —Su dedo zigzagueó por el pecho de Juliana, suavemente, haciendo vibrar cada nervio de su cuerpo—. Practica conmigo, Juliana —murmuró

al hundirlo en el pequeño valle de sus pechos.

Ella no podía respirar. Ningún hombre la había tocado ahí, y el dedo de James se movía ahora arriba y abajo, haciendo que el corazón le latiera con violencia y que le palpitaran los pechos.

Más gente se acercaba por el pasillo, pero a ella ya no parecía importarle.

—No pueden verte —susurró James. Dobló el cuello, inclinó la cabeza y acercó la boca a la suya—. ¿Practicamos? —Su aliento le acarició los labios—. ¿Quieres?

Y ella le dejó.

—Sí —susurró.

Que Dios la ayudara, aunque estaba claro que él no lo necesitaba, le permitió practicar de todos modos. Solo una vez. O tal vez dos veces.

Al final, perdió la cuenta.

Sus besos la embriagaron. Fueron pequeños mordiscos al principio, y luego se hicieron más profundos, hasta que ella abrió la boca y le invitó a entrar. La gente subía y bajaba por las escaleras mientras la lengua de James se enredaba con la suya en una danza tan excitante que el ardor comenzó a acumularse en sus entrañas. El dedo de James seguía jugueteando entre sus pechos, y con la otra mano le apretaba la espalda, estrechándola contra sí.

Se le aceleró el pulso y la cabeza le daba vueltas, pero no quería que parara. Quería que siguiera besándola eternamente. Quería que la hiciera olvidar que no debía desearlo.

Él deslizó el dedo dentro de su corpiño y le acarició un pezón.

Ella contuvo la respiración y despegó su boca de la suya.

—No voy a desabrochar nada —murmuró él mientras frotaba la delicada cresta del pezón.

No, lo que hacía era mucho más eficaz. Consiguió que el ardor que Juliana sentía en las entrañas se hiciera más urgente. Se tambaleó contra él mientras seguía frotando el pezón y depositando un rastro de besos en su garganta.

Temió que le fallaran las rodillas.

—¡James! —suspiró.

—¿Hmm? —Empezó a darle pequeños besos húmedos por todo el escote y le hundió la mano en el corpiño hasta que consiguió liberar el otro pecho.

Y entonces su cálida boca se cerró sobre él.

—¡James!

—Juliana, ¿eres tú?

James se apartó.

—¿Es usted, lady Frances? —Se dio la vuelta y echó a andar por el pasillo mientras Juliana se recolocaba el vestido.

Sonaron más pasos en la escalera, cada vez más cerca. Juliana salió al pasillo justo cuando cuatro formas oscuras llegaban abajo.

—¡Ahí estáis! —dijo.

En el otro extremo, James abrió la puerta, dejando pasar un rayo de luz.

—Les estábamos buscando.

—Lo mismo digo —dijo Frances, parpadeando rápidamente. Había poca luz y no llevaba gafas—. Lady Amanda desea volver a casa.

—Me he mareado allá arriba —dijo Amanda.

Juliana también se había mareado un poco, pero ahora lo estaba mucho más. Se sentía mareada y confusa. Siguió a los demás hasta Leicester Square. Aún le temblaban las piernas, y los pechos le palpitaban como si James aún se los estuviera tocando.

Deseaba que siguiera tocándoselos.

Volvía a dolerle el estómago.

James nunca la amaría. Tenía que besar a Amanda y casarse con ella, o todo se vendría abajo.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó.

—Al Parlamento —contestó el duque.

James sacó su reloj de bolsillo, lo abrió y volvió a cerrarlo.

—Dios mío, son casi las cuatro. —Efectivamente, la gente empezaba a salir en tropel del panorama—. En efecto, nosotros dos deberíamos ir al Parlamento.

En nombre del cielo, ¿cómo iba a besar a Amanda y a decidir casarse con ella si siempre estaba en el Parlamento?

—Mañana celebro una sesión de costura de una a tres, pero ¿qué les parece si vamos a algún sitio después, a última hora de la tarde o por la noche? La Cámara de los Lores no se reúne los miércoles.

—Podemos ir a Almack's —propuso Amanda.

—No —contestó James al mismo tiempo que Juliana decía:

—Mejor no.

Se preguntó por qué él no quería ir a Almack's, pero en realidad no tenía importancia, porque ir allí era mala idea. Tía Frances podía estar bastante ciega últimamente, pero las señoras que dirigían Almack's tenían vista de lince. James no podría besar a Amanda allí.

—¿Qué tal si vamos a Vauxhall Gardens? —sugirió ella.

—Adoro Vauxhall Gardens —repuso Frances con delectación—. Sobre todo, de noche.

—Solo las mujeres de virtud fácil van a Vauxhall Gardens de noche —dijo Amanda, sin darse cuenta o sin que le importara haber ofendido a Frances—. Me gustan los jardines, pero preferiría ir a uno más respetable.

—¿Qué tal el Jardín Medicinal de Chelsea, entonces? —preguntó James.

—¿El Jardín Medicinal de Chelsea? —Juliana nunca había oído hablar de ese lugar—. ¿Dónde está?

—En Chelsea —contestó secamente el duque.

Juliana le lanzó una mirada ofendida antes de volverse hacia James.

—¿Es interesante?

—Es muy tranquilo. Si no has oído hablar de él, es porque para entrar hay que ser médico o boticario. Pero puedo llevar invitados y creo que a lady Amanda le gustará. Le pediré a mi cocinera que prepare un pícnic para la cena.

—Me parece perfecto —dijo el duque—. ¿A las cinco en punto, digamos? Ahora creo que deberíamos irnos.

38

LAS TÍAS DE JAMES cosían aún mejor que Rachael y sus hermanas. Mejor y más rápido.

Juliana, cosiendo como una loca mientras sus invitadas charlaban, intentaba convencerse de que, con ayuda de lady Avonleigh y lady Balmforth, conseguiría tener lista toda la ropita de bebé antes de la fecha acordada, una semana después contando a partir del sábado.

Al acabar la sesión del lunes, tenía ciento veintiuna prendas terminadas y solamente le faltaban ciento diecinueve más. Bueno, quizá decir *solamente* era un poco optimista, sobre todo teniendo en cuenta que la mayoría de las prendas acabadas eran simples mantas y pañales. Pero era la primera vez que el número de prendas acumuladas superaba al de prendas por hacer, lo que parecía en cierto modo un hito.

Contando la de ese día, le quedaban seis sesiones de costura, lo que significaba que, si las doce invitadas estaban dispuestas a asistir a todas las sesiones, tendrían que terminar...

Empezó a dolerle la cabeza.

—Emily, ¿cuánto es ciento diecinueve dividido entre seis?

—La señorita Emily no está aquí —contestó lady Mabel con un hilo de voz.

Ah, era cierto. Emily había terminado de cortar y seguía negándose a coser, y de todos modos últimamente estaba ocupada con unas cosas y otras. Lo que significaba que Juliana tenía once costureras —bueno, doce si se contaba a sí misma— y necesitaba...

—Diecinueve con cinco sextos —dijo Elizabeth, interrumpiendo sus cavilaciones.

—¿Cómo dices?

—Ciento diecinueve entre seis son diecinueve con cinco sextos.

—¿Lo has calculado sin papel?

Elizabeth se encogió de hombros.

—Me gusta ejercitar el cerebro.

—Mi hija pequeña también era así —comentó lady Avonleigh—. Podía hacer cualquier cálculo de cabeza.

—A nuestra madre también se le daba bien la aritmética —dijo Rachael—. Supongo que Elizabeth lo heredó de ella.

—Es cierto que la inteligencia suele ser cosa de familia. —Lady Stafford sonrió a Juliana—. Mi James era primo de la hija de Aurelia.

—Un primo mucho más joven que ella —señaló lady Balmforth.

—Sí. De haber vivido, ahora sería abuela, supongo. No como mi James, que está en edad de casarse. —Lady Stafford le lanzó otra sonrisa a Juliana—. Durante la cena en mi casa noté, querida, que el duque de Castleton parece un poco reservado para una joven tan vivaz como tú.

—Sí, el duque es muy reservado —contestó Juliana distraídamente mientras trataba de

calcular si podían hacer diecinueve prendas y pico en cada sesión—. Pero es lógico, teniendo en cuenta lo solitaria que fue su infancia. ¿Sabían que nació en esta casa? Sus tíos, que eran muy crueles, la vendieron y le obligaron a mudarse. Cuando lo pienso, se me rompe el corazón.

Rachael le dio un codazo y se inclinó para susurrarle al oído:

—Creo que lady Stafford tiene la esperanza de que te cases con su hijo.

Juliana deseó que las cosas fueran distintas para poder hacerlo. De hecho, lo deseó con tanta fuerza que rechinó los dientes.

—Brillante observación —murmuró, crispada—, pero, por mucho que me agrade lady Stafford, su hijo no me quiere. Voy a casarme con el duque. Es muy amable y me necesita.

—Por el amor de Dios —susurró Rachael—, yo creía que preferías casarte con un hombre que te quiera.

—Y me quiere. Me ha dicho que se está enamorando de mí. Me envía rosas. Y baila conmigo en todas las fiestas.

—A tres palmos de distancia. ¿No quieres un hombre que te desee físicamente?

No era culpa del duque ser tan poco efusivo físicamente. No había conocido otra cosa. Por eso la necesitaba.

Otra vez le dolía el estómago. Se dio la vuelta y alzó la voz.

—No saben cuánto les agradezco que hayan venido, lady Avonleigh y lady Balmforth. Son ustedes excelentes costureras.

—Nuestra madre nos enseñó a coser —dijo lady Balmforth—, y a Cornelia también, por supuesto.

Lady Avonleigh asintió.

—Cornelia y Bedelia no han tenido hijas, pero yo seguí la tradición y enseñé a coser a las mías. Mi hija pequeña tenía un temperamento muy artístico y manejaba especialmente bien la aguja.

Juliana y Rachael se volvieron hacia lady Stafford, expectantes. No las decepcionó.

—Mi hijo también la maneja bien. Hace unas suturas magníficas.

Las primas se sonrieron, pero a Juliana se le borró la sonrisa al instante.

—¿Creen que entre todas podremos terminar diecinueve prendas y pico esta tarde?

—Veinte —dijo Elizabeth—. Redondeando, veinte.

—Por supuesto. ¿Creen que podremos terminar veinte? ¿Entre las doce?

—Claro que sí —contestó Corinna—. Hicimos veintitrés el lunes, ¿recuerdas? Sin lady A y lady B.

Lady A y Lady B sonrieron sin dar descanso a sus respectivas agujas.

—Pero solo eran gasas —dijo Juliana—. No vestidos, abriguitos, gorros o similares, que son más complicados y requieren mucho más tiempo.

Alexandra se frotó la tripa, que aún parecía plana.

—Podemos terminar veinte prendas, aunque sean más difíciles —dijo en tono tranquilizador—. Nos quedaremos hasta más tarde, hasta que terminemos.

—No podemos —dijo Amanda—. Juliana, vuestra tía y yo nos vamos a las cinco al Jardín Medicinal de Chelsea y necesitaremos tiempo para arreglarnos.

—¿Al Jardín Medicinal de Chelsea? —Claire levantó la vista del vestidito que estaba cosiendo—. ¿Qué es eso?

—Un jardín botánico para médicos —repuso Juliana—. James cree que a Amanda le gustará.

Rachael ató un hilo y lo cortó.

—¿Le llamas James?

—Lord Stafford —dijo Juliana, corrigiéndose— dice que es un sitio muy tranquilo.

—Mi hijo sabe exactamente lo que les gusta a las mujeres —comentó lady Stafford—. Me ha llevado al jardín de Chelsea y es precioso.

Rachael fue a coger una bobina y se inclinó hacia Juliana.

—Háblame de James —susurró.

—No hay nada que contar. Y tenemos que dejar de murmurar. Es de mala educación.

—Tienes razón —dijo Rachael en voz más alta mientras enhebraba la aguja—. Me estaba preguntando —añadió dirigiéndose a todas en general— si es buena idea casarse con un hombre esperando que cambie.

Los ojos de Elizabeth se abrieron de par en par.

—¿Con quién estás pensando en casarte?

—Con nadie en concreto. Es solo una pregunta hipotética.

—No —contestó rotundamente Corinna—. No se puede cambiar a la gente. Si te casas con un hombre esperando que cambie, te llevarás una decepción.

—No necesariamente —discrepó Juliana—. La gente cambia constantemente. Fíjate en Amanda.

Amanda se sonrojó.

—Amanda quería cambiar —arguyó Corinna—. Eso es muy diferente a esperar que cambie alguien que está contento consigo mismo.

Claire asintió.

—Piénsalo, Juliana. ¿Cómo te sentirías si alguien se casara contigo esperando que cambiaras? ¿O incluso rezando porque cambiaras? ¿No preferirías a un hombre que te quisiera tal como eres, sin desear que fueras distinta?

—No estamos hablando de mí —le espetó Juliana—. Es Rachael quien ha hecho la pregunta.

Pero sabía que estaban hablando de ella. O al menos que podían estar hablando de ella. Pensaba casarse con el duque confiando en que cambiase, y sabía que el duque probablemente también esperaba que ella cambiara.

Mientras que a James le gustaba tal y como era, pero solo como amiga. Nunca la amaría. Si parecía que la deseaba físicamente, era solo porque eran amigos y quería tener un hijo.

Además, tenía que casarse con Amanda. Si no, la vida de otras tres personas quedaría arruinada.

En toda su vida le había dolido tanto el estómago.

39

E **SA NOCHE, CUANDO** James se iba, su madre entró en Stafford House.

—¿Qué tal te ha ido el día, querido?

—Muy bien. —Deteniéndose en el vestíbulo, James se cambió de mano la cesta de pícnic que llevaba—. Hoy no me ha faltado personal, así que he podido pasarme por Gillow's a ver los muebles de dormitorio que habéis elegido tus hermanas y tú. Me gustan.

—Qué bien. Esta mañana elegí las telas, y el pintor vendrá esta misma semana. Va a ser todo muy rápido.

—Excelente. Te agradezco mucho tu ayuda. ¿Las tías han disfrutado de la sesión de costura de hoy?

—Mucho. Están deseando ir a la de mañana. —Acercó la mano para atusarle el pelo y James se sintió como si tuviera de nuevo seis años—. Me ha sorprendido enterarme de que esta tarde vas a ir al jardín botánico y no a Almack’s.

Se encogió de hombros.

—Lady Juliana y lady Amanda dijeron que preferían visitar el jardín.

—Últimamente pasas mucho tiempo con tus encantadoras señoritas.

—No son *mis* señoritas, madre.

Confiaba en que Juliana estuviera cada vez más cerca de convertirse en su esposa —su reacción en el panorama había sido muy alentadora—, pero aún no lo era.

—¿Vas a casarte con alguna de ellas?

James la miró fijamente.

—¿Vas a casarte tú con lord Cavanaugh?

Ella parpadeó.

—Aún no lo sé. De momento solo estoy disfrutando de su compañía.

—Exactamente. —Se inclinó para darle un beso en la mejilla—. Pásalo bien en Almack's, ¿de acuerdo?

Se puso a silbar al salir por la puerta y siguió silbando mientras el coche se dirigía a Berkeley Square. Las cosas estaban mejorando. Quizás hubiera conseguido quitarse a su madre de encima de momento y, en cualquier caso, dentro de una hora estaría besando a Juliana.

Dejó de silbar en voz alta cuando sus invitados subieron al carruaje, pero siguió silbando de cabeza. Y jugueteando con la baraja de cartas que se había metido en el bolsillo. Eran casi las seis cuando llegaron a Chelsea y se apearon en Swan Walk.

—Buenas tardes —le dijo al guarda de la entrada del jardín.

—Buenas tardes, lord Stafford. —El hombre les abrió la verja encastrada en el muro de ladrillo rojo—. El sol se pone a las nueve menos cuarto.

—El jardín cierra al ponerse el sol —informó James a los demás—. ¿Está Wheeler por aquí? —le preguntó al guarda.

—Esta tarde, no. Se fue a las cuatro.

—Qué lástima —dijo James, aunque no le apenaba en absoluto. De hecho, era exactamente lo que esperaba oír.

—¿Quién es Wheeler? —preguntó Juliana cuando entraron.

—Thomas Wheeler es el guía del jardín botánico. Su labor consiste en explicar los usos de las plantas medicinales a los visitantes. Pero también puedo hacerlo yo. —Los condujo por un sendero flanqueado de árboles, hacia el centro del jardín—. ¿Les apetece una visita guiada o prefieren cenar primero?

—Estoy hambriento —dijo Castleton—. Podemos ver las plantas después.

James sospechaba que no le apetecía en absoluto ver las plantas, lo que se ajustaba perfectamente a sus planes. Eligió un lugar cubierto de césped junto a la rocalla y extendió una gran manta antes de abrir la cesta que habían preparado sus sirvientes. El duque y lady Amanda se quedaron rezagados mientras él abría una botella de vino y Juliana y su tía sacaban el fiambre de pollo, el pan y el queso.

—Yo no me siento en el suelo —dijo Castleton puntillosamente, y se llevó su cena a un banco cercano.

Menudo asno, pensó James por enésima vez.

Lady Amanda, sin embargo, no parecía estar de acuerdo con su apreciación. De hecho, pareció respirar aliviada.

—Yo tampoco —dijo, y fue a sentarse junto al asno.

—Deberías sentarte junto a ella —le susurró Juliana.

—Ya no hay sitio en el banco —respondió James en voz baja.

En realidad, habría sitio en el banco si no se hubieran sentado tan separados el uno del otro. Pero era una suerte, porque de todas formas no tenía intención de sentarse con lady Amanda.

—Parece que no hay nadie más aquí —observó lady Frances, acomodándose alegremente junto a lord Malmsey en la manta—. Qué tranquilo y bonito es este sitio…

Juliana se quitó los guantes al sentarse junto a ellos.

—A Corinna le encantaría venir aquí a pintar.

—Puedo conseguirle una invitación —dijo James. Les llevó sendas copas de vino al asno y a su acompañante y luego se sentó en el suelo junto a Juliana.

—¿Cuál es el propósito del jardín? —preguntó lord Malmsey.

James tragó un bocado de pan.

—Los médicos y los boticarios podemos venir aquí a buscar esquejes de plantas medicinales. Pero sobre todo se usa con fines educativos y de formación. Cientos de estudiantes de medicina y farmacia lo visitan cada año como parte de sus estudios.

Juliana señaló con un muslo de pollo una estatua de alabastro que representaba a un hombre sosteniendo un pergamino, vestido con una elegante túnica y una peluca anticuada.

—¿Quién es ese?

—El doctor Hans Sloane, antiguo presidente del Real Colegio de Médicos. A finales del siglo XVI visitó Jamaica y trajo de allí un quino, pues había descubierto que con su corteza se podía elaborar quinina para tratar la malaria. Más adelante, cuando la Sociedad de Boticarios corría el riesgo de perder el jardín, compró los terrenos y se los volvió a arrendar por solo cinco libras al año. Aún siguen pagando el mismo precio.

—Qué jardín de rocas tan curioso —comentó lady Frances, entrecerrando los ojos para mirar

la rocalla, pues no llevaba sus gafas.

—Es el más antiguo de Inglaterra, o eso dicen. Se construyó para proporcionar un hábitat a las plantas foráneas que crecen mejor en suelo rocoso. Las piedras blancas son de la Torre de Londres, las negras de un volcán de Islandia, y esa concha de almeja gigante se dice que la trajo a Inglaterra el capitán Cook.

—Cuántas cosas sabes. —Juliana sonrió por encima del borde de su copa de vino—. Contigo no nos hace falta guía, ¿verdad, Amanda? —Se volvió hacia el banco—. ¿Amanda?

Amanda se había ido. Al igual que el asno de Castleton.

—¿Dónde han ido? —preguntó Juliana.

—No lo sé —contestó lady Frances, y se volvió hacia lord Malmsey—. Theodore, ¿me ayudas a buscarlos?

—Con mucho gusto, querida. —A pesar de su edad, se levantaron con agilidad y lord Malmsey posó la mano de lady Frances en el pliegue de su brazo—. ¿Vamos, amor mío?

Juliana se quedó boquiabierta mientras los veía alejarse.

—No puedo creerlo —murmuró cuando ya no podían oírla.

James apuró su copa de vino y empezó a guardar los restos de la cena en la cesta.

—¿Qué es lo que no puedes creer?

Juliana lo miró con el ceño un poco fruncido.

—Que tía Frances le haya pedido a lord Malmsey que se vaya a solas con ella. Siempre ha sido tan tímida... Y no puedo creer que nos hayan vuelto a dejar solos otra vez.

Sus ojos parecían verdosos, lo que no era ninguna sorpresa. Tras muchas horas de observación y análisis, James había descifrado al fin el misterio de los iris cambiantes de Juliana: eran más azules cuando estaba contenta o excitada y más verdes cuando estaba preocupada o enfadada. En ese momento parecía bastante inquieta, lo que situaba su tono en la segunda gama.

Su inquietud era buena señal. No tardaría mucho en darse cuenta de que sería mucho más feliz con él que con Castleton. Si sus planes para esa noche se cumplían, pronto tendría los ojos azules. Profundamente azules.

—Volverán pronto —le aseguró—. Lady Frances y lord Malmsey encontrarán a los otros.

—No los están buscando. Están besándose por ahí, en alguna parte.

—¿De veras? —James le tendió la mano para ayudarla a levantarse—. Entonces, supongo que deberíamos ir nosotros a buscar a Castleton y lady Amanda.

—Sí, deberíamos. Se supone que eres tú quien tiene que estar con lady Amanda.

James, que había visto por dónde se iban la amiga de Juliana y el asno, la condujo por un sendero en dirección contraria, que, por suerte, era la dirección por la quería llevarla. Los árboles se alineaban a ambos lados del sinuoso camino de grava. Sus hojas brillaban y se agitaban en lo alto. El sol descendía hacia el horizonte proyectando románticas sombras en el jardín amurallado.

El ambiente no podía ser mejor.

—No los veo —dijo Juliana cuando llevaban unos minutos paseando en grato silencio—. No me explico dónde pueden haber ido.

—Yo tampoco.

James la agarró de la mano. Juliana había dejado los guantes en la manta, y sus dedos le parecieron cálidos comparados con el aire. Llevaba un vestido bastante fino y empezaba a hacer frío, al ponerse el sol.

—Puede que estén en ese invernadero —dijo James, llevándola fuera del sendero—. Quizás hayan entrado a calentarse.

—Qué calor hace aquí —comentó ella cuando entraron. Debido a la cantidad de cristales,

dentro había casi tanta luz como fuera—. Se está de maravilla.

—Tengo entendido que este fue el primer invernadero con calefacción de toda Inglaterra —le dijo él— y quizá del mundo. —La llevó entre las hileras de plantas, hacia la pared del fondo—. Hans Sloane escribió sobre él en 1684, maravillado por el ingenio de colocar hornos bajo el suelo. —Se detuvo ante una puerta en la que decía PRIVADO y echó mano del pomo.

—¿Qué haces? —preguntó Juliana—. No creo que debamos entrar ahí.

—Puede que Castleton esté ahí dentro con lady Amanda.

—No creo. —Sin soltarle la mano, le alejó de la puerta—. Amanda jamás entraría en una habitación a solas con él. Es demasiado reservada.

—Estuvo en una habitación a solas conmigo —le recordó él—. En la biblioteca de lord Billingsgate. Incluso intentó besarme.

Las mejillas de Juliana se sonrojaron.

—Eso es porque quiere casarse contigo.

Pensando que era una lástima que lady Amanda no quisiera casarse con el asno en vez de con él, James volvió a agarrar el pomo de la puerta.

—Puede que tu tía y lord Malmsey estén ahí dentro, besándose.

Su rubor se intensificó. Sus ojos volvían a ser de un azul verdoso. Tiró otra vez de su mano.

—No creo que... —empezó a decir, y soltó un gritito cuando él abrió la puerta.

Sonriendo, James entró.

—No están aquí. Ven a ver, ca…

Maldita sea. Otra vez había estado a punto de llamarla *cariño*.

Por suerte, ella estaba tan preocupada por estar entrando donde no debían que no se dio cuenta. Tras asomar la cabeza, respiró aliviada.

—No debemos estar aquí, James. En la puerta pone *privado*.

—Es el despacho de Thomas Wheeler. —James se encogió de hombros—. El guía que se ha ido a casa. Es amigo mío, no le importaría. —Tiró de su mano—. Entra, Juliana.

Ella entró, reticente.

—Es privado.

Era un cuarto diminuto, con un escritorio compacto arrimado a la pared interior y, en el centro, una mesita redonda de madera con dos sillas.

—La mesa es para las demostraciones —le explicó James—. Para las demostraciones privadas.

La pared exterior era de cristal, claro está, puesto que formaba parte del invernadero, pero a su alrededor los árboles crecían tan juntos que desde fuera no se veía lo de dentro, y a través del follaje y el techo de cristal entraba bastante luz.

James cerró la puerta, aislándolos del mundo de fuera.

Juliana se giró hacia él y le soltó la mano.

—¿Qué haces, James?

Él se metió la mano en el bolsillo y sacó la baraja.

—Ya que parece que no encontramos a nuestros compañeros, me he acordado de que quería que me enseñaras a jugar al casino —dijo en tono despreocupado—. Hace frío fuera y calor aquí dentro, así que se me ha ocurrido que sería agradable sentarnos un rato a jugar a las cartas.

Juliana le miró con recelo. Sus ojos conservaban aquel tono azul verdoso.

—Un minuto, quizá.

—Estupendo. —Se sentó y le indicó que tomara asiento en la otra silla. Después de que ella se sentara, James movió su silla alrededor de la mesa y la acercó a la suya.

Cogiendo las cartas, Juliana frunció el ceño.

—Se supone que tienes que sentarte enfrente de mí.

—Lo haré cuando aprenda a jugar. Ahora necesito ver tus cartas.

—Muy bien. —Estaban tan cerca que, cuando ella barajó las cartas, James sintió la vibración de sus movimientos. Juliana repartió cuatro cartas a cada uno y puso otras cuatro boca arriba sobre la mesa. Luego, dejó el mazo a un lado—. Coge tus cartas —le indicó— y mira si alguna coincide con las de la mesa.

A continuación, procedió a explicarle las reglas del juego. James, sin embargo, no se molestó en escucharlas, pues ya sabía jugar al casino.

Mientras ella hablaba y movía las cartas, él se fijó en su pelo rubio, que brillaba a la luz del atardecer, y pensó en las ganas que tenía de verlo libre de sus horquillas. Se inclinó un poco para olerlo, aspirando su aroma a sol y a flores. Rozó con el hombro el brazo de Juliana y advirtió que sus ojos se volvían un poco más azules. Después, apretó el muslo contra su fina falta.

—¿Me estás escuchando, James? ¿Lo has entendido todo?

—Claro que sí. —Era un juego muy sencillo, en realidad. Al menos, para él. Había jugado años y años con su hermano, y siempre le ganaba por mucho—. Creo que ya estoy listo para jugar.

—Muy bien. —Juliana recogió las cartas y volvió a barajarlas—. Puedes sentarte al otro lado de la mesa.

—Prefiero quedarme aquí durante las primeras manos, por si necesito tu ayuda. Por cierto, ¿qué apostamos?

—¿Apostar? No hace falta que apostemos.

—Nunca juego sin apostar. Así es mucho más interesante y divertido.

—¿De veras? —Dejó de barajar y le miró de soslayo—. He oído que Griffin perdió treinta guineas el mes pasado, jugando contigo al ajedrez. Yo no tengo dinero.

—Entonces apostaremos otra cosa —contestó él alegremente.

—¿Qué, por ejemplo? —Se volvió hacia él, recelosa de nuevo. Sus ojos, sin embargo, no se volvieron verdes. Seguían siendo bastante azules. Divertido, James le pasó un dedo por el brazo y vio que su azul se hacía más intenso.

—¿Qué tal botones?

—¿Botones? No hemos traído botones.

—Los llevamos en la ropa. Cada vez que uno de los dos pierda, se desabrochará un botón.

40

JULIANA ESTABA escandalizada. Absoluta y decididamente escandalizada. Nunca había oído hablar de apostar botones. Amanda se desmayaría si James le propusiera algo así. La sola idea le parecía perversa, inmoral, pecaminosa y...

Tentadora.

Santo cielo, qué tentadora era... Le daría un escarmiento a James, eso seguro. A fin de cuentas, no había duda de que perdería, puesto que no sabía jugar y había estado distraído mientras ella le explicaba las reglas. Distraído y tocándola, haciendo que se le trabara la lengua. Si aceptaba, él perdería y así aprendería que no debía hacer aquella apuesta con Amanda. Era muy, muy tentador decirle que sí.

Le gustaba mucho ver a James con los botones de la camisa desabrochados. Y como estaba segura de que iba a ganar, ella no tendría que desabrocharse ninguno. El juego podía resulta bastante placentero y divertido. Y James se llevaría un escarmiento.

—De acuerdo —dijo ella—, apostaremos botones.

Él pareció sorprendido pero muy contento. Después, todo se precipitó. Él se llevó de inmediato las manos a la corbata y empezó a deshacer el nudo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Juliana.

—Dejar al descubierto mis botones. Adelante, reparte. —Casi se arrancó la levita y la dejó caer al suelo—. Reparte, Juliana.

Ella repartió. Cogieron sus respectivas cartas. James desplegó las suyas y sonrió.

—Yo voy primero, ¿verdad? —Ella asintió y él sacó un rey y se llevó con él el rey de la mesa—. Ajá —dijo—. Tienes que desabrocharte un botón.

—¡Todavía no has ganado! —protestó Juliana—. Ha sido solo una baza. — Cualquiera podía ganar una baza; lo verdaderamente difícil era ganar la partida—. ¿No me estabas escuchando, James? Hay que jugar hasta que se acaben todas las cartas y luego sumamos los puntos y quien tenga más puntos gana. *Entonces* es cuando uno de los dos se desabrocha un botón.

Había estado a punto de decir *entonces es cuando te desabrochas un botón*, pero se había refrenado a tiempo. Aunque sabía que iba a ganar, no había razón para darse aires.

—Ah, no —contestó él—. No tenemos tiempo para eso. Solo vamos a jugar unos minutos, ¿recuerdas? Está oscureciendo y tendremos que irnos. Hemos apostado un botón por cada baza.

—¡No es cierto! Tiene que ser un botón por partida.

—No tenemos tiempo de jugar más que una partida. Y las Chase nunca rompen una promesa, ¿recuerdas? Has prometido que apostaríamos botones, Juliana. Así que desabróchate un botón.

—La verdad es que esto es ridículo. —No había *prometido* que fueran a apostar botones. No exactamente. Pero, como no quería discutir ni parecer quisquillosa, se llevó la mano a la espalda

y se desabrochó un botón, sabiendo que James no ganaría muchas más bazas—. Ya está. ¿Contento? Ahora me toca a mí. —Sacó un ocho de su mano y se llevó un siete y un as, sonriéndose porque un as valía un punto extra—. He ganado esta baza — dijo—. Desabróchate.

James no pareció en absoluto reacio a desabrocharse el botón de arriba de la camisa. Sacó un diez y se llevó el diez de diamantes, que valía *dos* puntos extra.

—Creo que deberías desabrocharte dos botones —dijo con una sonrisa.

—Ni hablar —replicó ella, asombrada porque hubiera recordado el valor de aquella carta a pesar de que no parecía haber prestado atención a sus explicaciones—. Cuando yo me he llevado el as, tú te has desabrochado solo un botón, igual que yo cuando ganaste la primera baza, que no tenía puntos extra. Cada baza vale solamente un botón, da igual cuántos puntos contenga.

—Te equivocas —dijo él, desabrochándose otro botón—. Ya está, ya me he desabrochado dos botones por tu punto extra. Me debes tres botones por llevarme el diez de diamantes.

—No puedo desabrocharme yo sola tantos botones —contestó ella, malhumorada, a pesar de que no quería parecerlo.

Él sonrió, satisfecho.

—Pobrecita. Yo te los desabrocho —dijo, y estirando los brazos le desabrochó tres botones.

—En serio, James, esto es muy infantil.

Como ya no quedaban cartas sobre la mesa, Juliana sacó una de su mano y la puso boca arriba sin mirarla siquiera, lo que fue un error, porque resultó ser el dos de picas, que también valía un punto extra.

James se apresuró a llevárselo con el dos de corazones.

—Dos botones —dijo sin dejar de sonreír.

—¿Cómo es que te acuerdas de que el dos de picas vale un punto extra? —preguntó ella despacio, y entonces se dio cuenta de la verdad. Se volvió hacia él, indignada—. Ya sabías jugar al casino, ¿verdad?

Su sonrisa se ensanchó mientras le desabrochaba dos botones más.

—Nunca he dicho que no supiera.

Ella tenía ya el vestido desabrochado por detrás.

—¡Me pediste que te enseñara!

—Exacto, pero no dije que no supiera jugar. —Con los ojos brillantes, la vio sacar otra carta de su mano—. Lástima que no haya nada en la mesa que coincida con esa carta —dijo cuando ella tiró la carta—. No tengo que desabrocharme más botones. Aunque por otro lado… —Su última carta coincidía con la anterior, y la usó para llevársela—. Me debes otro botón.

—Me has engañado —dijo Juliana—, después de enfadarte conmigo por haberte engañado.

—Vamos, Juliana. Esto es un juego. No es lo mismo que tratar de tenderle una trampa a alguien para obligarlo a casarse.

En eso tenía razón. ¡Porras! Sintiéndose otra vez culpable, Juliana se deshizo de aquel argumento como si la quemara.

Dejó sobre la mesa su última carta, cogió la baraja y repartió cuatro cartas más a cada uno.

—No tengo más botones.

—Hmm. —James puso sobre la mesa un seis—. Entonces creo que me debes un beso.

—No te lo debo. —¡Porras!, ninguna de sus nuevas cartas coincidía con las que había sobre la mesa. Tenía dos ases y debía arriesgar uno si quería tener la oportunidad de llevarse los dos. Eligió uno y lo tiró—. Te toca.

—Un as —musitó él—, figúrate. —Se llevó el as y un seis con un siete—. Dos puntos más —dijo con otra sonrisa—. Sumados al botón que aún no te has desabrochado, hacen tres.

—No tengo más botones —le recordó ella—. Y no te voy a besar. ¿Qué vas a hacer? —añadió con sorna—. ¿Abrirme un poco más el vestido rasgándomelo?

—Qué idea tan interesante —contestó él lentamente—. Debería habérseme ocurrido a mí. Pero no, no creo que te rasgue el vestido. Tu tía podría notarlo.

Y entonces su actitud cambió por completo. Se le borró la sonrisa cuando dejó las cartas boca abajo sobre la mesa. Alargó la mano y le bajó los hombros del vestido, dejando sus pechos cubiertos únicamente por la vaporosa camisa.

—Me debes tres besos, Juliana —dijo en voz baja, mirándolos de una forma de lo más excitante.

A ella se le erizó la piel y se le fruncieron los pezones a pesar de que hacía mucho calor en el invernadero.

—No es verdad.

—Yo creo que sí. —Su voz ya no sonaba satisfecha y petulante, sino ronca y seductora. Juliana sintió que le hacía perder la cabeza. Él le pasó los dedos por la cara y el cuello, casi hasta el escote, haciéndola estremecerse—. Yo creo que sí, Juliana —dijo suavemente, con voz densa como el chocolate—. Creo que me debes tres besos.

Dios mío, quería que la besara. Le daban ganas de abofetearse por desear que la besara, pero aun así lo deseaba. De repente, solo alcanzaba a pensar en los besos del día anterior, bajo las escaleras, y ansiaba frenéticamente que la besara.

Y que le tocara los pechos, como había hecho ayer. Ardía en deseos de que la tocara. Con las manos y la boca, como había hecho la víspera, solo que entonces todo había sucedido tan deprisa que apenas había podido disfrutarlo.

Y quería tocarle. Ansiaba tocarle. A pesar de sí misma, a pesar de cómo la había engañado, se inclinó hacia él y acercó la mano a la pequeña franja de piel que dejaban al descubierto sus dos míseros botones desabrochados.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de James cuando se acercó a ella hasta que Juliana sintió su aliento en la boca, donde quería que la besara.

—¿Puedo besarte ya? —preguntó.

¿Por qué se lo preguntaba? ¿Por qué no la besaba de una vez? Había hecho lo mismo en Vauxhall Gardens y en el panorama; le había pedido permiso, obligándola a aceptar.

Deseó que la besara en lugar de preguntarle, porque sabía que debía negarse, pero no podía hacerlo. Quería a James, deseaba besarle y le daban ganas de abofetearse por ser demasiado débil para decir que no.

—¿Puedo? —insistió él. Estaba tan cerca que apenas había espacio para respirar entre ellos—. ¿Puedo besarte? Por favor, deja que te bese, Juliana. Deseo besarte apasionadamente.

Apasionadamente, como ella quería.

—Sí —musitó. Que Dios la ayudara. Dijo—: Sí, por favor, bésame.

Y él la besó. Su boca salvó el breve espacio que los separaba y se posó sobre la de ella, y la besó hasta dejarla sin sentido. Absolutamente sin sentido. Las cartas cayeron de su mano. Sus sentidos empezaron a zozobrar, a girar como un torbellino, cuando separó los labios y le invitó a entrar. La lengua de James recorrió su boca y Juliana sintió un pálpito doloroso en la garganta y el corazón y, curiosamente, en un lugar entre las piernas.

Sin dejar de besarla, James se las arregló para que se sentara de lado en su regazo. Ella suspiró y se inclinó hacia él, rodeándole el cuello con un brazo, besándole aún.

—Quiero besarte aquí —susurró él, dándole suaves besos en la garganta, hasta llegar al escote—. Y aquí, apasionadamente.

Embriagada de gozo, Juliana echó la cabeza hacia atrás para ofrecérsele. Y entonces su boca se posó en su pecho, como ella deseaba. Primero la besó a través de la camisa y luego por debajo. James abrió la boca y chupó el pezón y ¡santo cielo, qué delicioso era...! Juliana arqueó la espalda lascivamente, ofreciéndole sus pechos, ofreciéndose toda ella, con la esperanza de que siguiera besándola y no se detuviera ahí.

No estaba segura de lo que quería exactamente, pero aquel extraño palpitar que notaba entre las piernas era cada vez más intenso. Más intenso y ardiente, más insistente. Dios santo, cuánto le amaba.. Sabía que no podía amarle, que no debía, pero aun así le amaba. Y cuando empezó a acariciarla, a acariciar su cintura, sus caderas, sus muslos, amó también sus caricias.

Él metió la mano debajo de su vestido y siguió acariciándole los muslos. Sin dejar de besar sus pechos, le acarició los muslos, haciendo que la cabeza le diera vueltas. Su corazón latía con violencia y respiraba entrecortadamente. James abandonó sus pechos para apoderarse otra vez de sus labios, y Juliana perdió el control. Siguió besándola, acariciándola y explorando su boca con la lengua, y aquel extraño palpitar que notaba entre las piernas se hizo tan insistente que casi era insoportable.

Y entonces su mano rozó muy levemente los rizos que custodiaban ese palpitar y dejó de besarla.

—¿Puedo tocarte aquí, Juliana? ¿Puedo?

Santo cielo, ¿por qué se lo preguntaba? Jadeaba tan deprisa que apenas podía respirar y menos aún hablar. Aquel palpitar se estaba volviendo tan exquisito que parecía dejarla sin habla.

Consiguió asentir con un gesto y él volvió a apoderarse de su boca. Su lengua se enredó con la de ella en una danza mientras sus dedos danzaban allá debajo, separando sus muslos y, al fin —¡al fin!—, tocando aquel palpitar. Un suave deslizamiento de los dedos, una sola vez; no hizo falta más. James encontró un punto tan dulce que a Juliana se le cortó la respiración y sintió que caía por un precipicio y giraba en un torbellino, abismándose en el placer más intenso que había sentido jamás.

James la besó y la besó mientras se calmaba, y luego volvió a besarla, y Juliana sintió que empezaba a despejarse.

Santo cielo, ¿qué había hecho? ¿Qué le había permitido hacer? James tenía que casarse con Amanda. *Tenía* que casarse con ella o la tía Frances quedaría destrozada. La había tocado en un lugar donde solo debía tocar a Amanda, y solo después de casados. Y no solo le había dejado tocarla, sino que se lo había pedido. O, mejor dicho, él se lo había pedido y ella no había dudado en permitirlo. Había asentido y le había besado, casi rogándole que la tocara donde ningún hombre la había tocado hasta entonces.

Estaba horrorizada de sí misma. Absolutamente horrorizada. Había deseado que la besara apasionadamente y que la tocara de la peor manera posible, y eso había hecho él.

James la cambió de postura sobre su regazo.

—¿Estás bien, Juliana? —Le levantó la barbilla para mirarla—. Tienes los ojos azules —susurró, complacido—. De un azul muy profundo.

Juliana no quería que estuviera complacido con ella. Quería que estuviera complacido con Amanda.

—Obviamente, está tan oscuro que no ves bien —le espetó—. Tengo los ojos pardos.

Él se rio, una risa baja y satisfecha, y volvió a besarla. Y ella se lo permitió, lo que la hizo sentirse mejor y peor a un tiempo.

—Sí que está oscureciendo —admitió él al fin, apesadumbrado—. Tenemos que ir a buscar a los demás antes de que cierren las puertas del jardín.

Juliana se levantó y él le subió la camisa y el corpiño suavemente, luego le dio la vuelta y le abrochó el vestido. Le recogió el pelo lacio, que se le había soltado de las horquillas. Se abrochó los dos botones, se puso la levita y se anudó la corbata, torcida, como de costumbre. Ella acercó la mano para enderezársela sin poder evitarlo, aunque sabía que no debía hacerlo. Y dejó que la besara otra vez, un beso breve y dulce que sin duda no significaba nada para él, pero que para ella significaba demasiado.

Tenía que recordar que él nunca la amaría. Solo la besaba y la tocaba porque eran amigos y quería tener un hijo. Tenía que hacerse amigo de Amanda.

No podía dejar que la besara de nuevo, después de lo que había ocurrido. O que volviera a tocarla. Jamás.

James recogió las cartas de la mesa y el suelo y se guardó la baraja en el bolsillo. Salieron del invernadero y volvieron al centro del jardín, donde los demás los estaban esperando.

Saltaba a la vista que tía Frances había estado besando a lord Malmsey. A la tenue luz del ocaso, ambos parecían felices y ruborizados. Tía Frances había terminado de llenar la cesta y lord Malmsey había doblado la manta. La llevaba colgada del brazo.

Naturalmente, el duque y Amanda no habían hecho nada. Eran demasiado aristocráticos para rebajarse a hacer el trabajo de los sirvientes. Y, por supuesto, no se habían besado. Ninguno de los dos estaba ruborizado. Sin duda Amanda se había ido con el duque a propósito, para evitar que James la besara.

Así que había besado a Juliana en su lugar. Y la había tocado. Y ella sí estaba ruborizada. Y horrorizada consigo misma.

Aquello no volvería a ocurrir, se dijo con fiereza. No volvería a jugar a las cartas con James.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó Amanda—. David y yo os hemos buscado por todas partes.

Juliana se quedó desconcertada un momento, hasta que recordó que el duque se llamaba David. ¿Cómo podía haber olvidado cómo se llamaba el hombre con el que esperaba casarse? ¿Y cuándo había empezado Amanda -—la pudibunda y reservada Amanda— a llamar al duque por su nombre de pila? Quería casarse con James y aún seguía llamándole «lord Stafford».

Esa noche nada estaba saliendo bien. Nada. Todo se había torcido. Nada estaba sucediendo según lo previsto.

Le dolía el estómago.

—Estábamos jugando a las cartas —explicó James, sacándose la baraja del bolsillo para demostrarlo—. Como se fueron todos, se nos ocurrió entrar en el invernadero, donde hacía calor, y jugar a las cartas.

Nadie pareció sospechar. Al parecer, era una explicación razonable. A fin de cuentas, nadie —y menos aún dos personas tan inocentes como Frances y Amanda— pensaría que jugar a las cartas podía desembocar en lo que había sucedido esa noche.

Pero, aunque era un alivio, a Juliana seguía doliéndole el estómago. Tenía que arreglar aquel desaguisado. De algún modo tenía que juntar a James y Amanda.

—Mañana por la noche voy a casa de los Pevensey —dijo cuando echaron a andar hacia el carruaje de los Stafford—. Para una velada musical. Espero que les apetezca venir a todos.

Ignoraba qué haría cuando llegaran allí, cómo juntaría a James y Amanda, pero el llevarlos allí sería un comienzo.

—Me encantaría asistir a una velada musical —dijo la tía Frances al subir al coche.

—A mí también —añadió lord Malmsey, siguiéndola.

—Y a mí —dijo Amanda, y subió a continuación, sentándose frente a ellos.

El dolor de estómago de Juliana empezó a remitir. Subió al carruaje y se sentó al otro lado del asiento de Amanda, dejando sitio en el centro para James. Le hizo un gesto al duque, indicándole el asiento de enfrente.

—Espero que usted venga también.

—Aunque me encantaría pasar la velada con ustedes, querida, creo que debo ir al Parlamento —contestó él al sentarse junto a Amanda.

Qué fastidio. Y qué chasco. Se suponía que debía sentarse frente a ella y dejar el otro sitio para James, al lado de Amanda.

—Creía que preferiría asistir a una velada musical —dijo con evidente malhumor.

—Detesto las veladas musicales —replicó él con indiferencia. Y luego le sonrió como disculpándose, y ella se dio cuenta de que no se había sentado junto a Amanda, sino junto *a ella*. Muy cerca, de hecho, así que probablemente no debería estar tan molesta.

El duque se estaba enamorando de ella. La llamaba *querida* y le enviaba flores. La necesitaba, y esa proximidad le permitiría por fin empezar a enseñarle a ser cariñoso. Se arrimó un poco más a él para que se tocaran.

Y fue entonces cuando se dio cuenta de que no podía casarse con él.

No iba a ser duquesa.

Se estaban tocando, pero no le parecía agradable en absoluto. Ni siquiera podía imaginar que él la tocara como la había tocado James en el invernadero. Ahora que sabía lo que era el amor, estaba segura de que nunca albergaría ese sentimiento por el duque.

Se sentía fatal. El duque era muy amable y se estaba enamorando de ella, pero ella no podía corresponderle. Había sufrido el abandono y el rechazo durante su infancia, y ahora ella también iba a rechazarle. ¿Cómo iba a decírselo? ¿Cómo iba a darle de lado sin destruirle por completo?

¿Y Griffin? ¡Pobre Griffin! Se iba a llevar una gran decepción. Tendría que volver a empezar a buscarle marido. Evidentemente, no se casaría esa temporada. Probablemente pasaría otro año, como mínimo. ¿Cómo iba a decírselo a Griffin?

James subió al coche.

—Yo también detesto las veladas musicales —dijo mientras un lacayo cerraba la portezuela.

Tomó asiento frente a ella y se acomodó. Tenía las piernas tan largas que sus rodillas tocaban las de ella. Qué fastidio, cuando ella estaba concentrada tratando de encontrar una manera amable de darles esa mala noticia a su hermano y al duque.

James le sonrió como si notara que estaba molesta. Como si disfrutara irritándola.

—Ningún hombre digno de su pago en sal elegiría una velada musical antes que el Parlamento —le informó.

—¡Un dicho romano! —exclamó Amanda.

—¡No es verdad! —le espetó Juliana.

—Sí que lo es —dijo Amanda razonablemente, y añadió en tono muy docto—: Alude a la práctica de pagar a los soldados romanos con raciones de sal. La palabra *salario* procede del latín *salarium*, que significa «pago en sal».

—Tiene razón —dijo el duque—. Es una expresión que se usa desde hace siglos.

Estaba claro que él también era muy culto. Menudo fastidio.

41

LORD MALMSEY era el hombre más joven en casa de los Pevensey.

—¿Dónde están todos? —preguntó Amanda.

Una pregunta absurda teniendo en cuenta que el salón de los Pevensey estaba lleno a rebosar. Pero todas las personas presentes —salvo lord Malmsey y unos cuantos ancianos— eran mujeres. Al recordar cómo habían reaccionado James y el duque a su invitación la noche anterior, Juliana suspiró.

—Creo que la mayoría de los caballeros prefieren las sesiones del Parlamento a una velada musical.

—Excepto lord Malmsey —dijo Amanda.

—Si no fuera por tía Frances, seguramente también estaría en el Parlamento.

De hecho, lord Malmsey se había ido derecho a Frances en cuanto entraron por la puerta. Ahora estaban en un rincón, hablando en voz baja.

Susurrándose palabras de amor, sin duda. Lord Malmsey parecía cada día más enamorado, y más infeliz por tener que casarse con Amanda. Juliana deseaba más que nunca que pudiera cancelar la boda, pero desearlo no cambiaba los hechos. Era sencillamente imposible, si quería volver a aparecer en sociedad.

Amanda la agarró del brazo.

—Necesito hablar contigo.

—¿De qué?

—De mi padre. —Amanda parecía aún más infeliz que lord Malmsey.

Si Frances se enteraba de que lord Malmsey estaba prometido, parecería más desgraciada que los dos juntos. Todos los proyectos de Juliana parecían estar desmoronándose. Y aún no sabía cómo darles la noticia al duque y a su hermano.

—¿Qué pasa con tu padre? —preguntó.

Pero antes de que Amanda pudiera responder, lady Stafford se les acercó.

—¡Buenas noches, lady Juliana! —Comparada con los demás, la madre de James era toda sonrisas. Iba acompañada por lord Cavanaugh, que, aunque era mayor que lord Malmsey, aún no estaba en la senectud—. Es un placer verla aquí.

—Adoro la música —repuso Juliana—. Me alegró mucho recibir la invitación de lady Pevensey a sus veladas musicales.

—Esta es su primera temporada, ¿verdad? —preguntó lord Cavanaugh con sorna.

—Oh, calla —dijo lady Stafford—. Las veladas musicales de lady Pevensey son siempre encantadoras. —Se volvió hacia Juliana—. ¿Irá al desayuno de lady Hartley el domingo?

—Aún no lo he decidido. Se supone que tengo sesión de costura.

—Tiene que asistir. Es el acontecimiento de la temporada. Todo el mundo estará allí.

—¿Sus hermanas también?

—Sin duda. Debo decirle que mis hermanas disfrutan muchísimo de sus sesiones de costura. Hace dos días que no llaman a mi hijo para que las examine.

—Solo me quedan cuatro sesiones de costura antes de la fecha de entrega de la ropita de bebé. —Tres, si iba al desayuno de lady Hartley, y bien podía ir, si de todos modos no había nadie disponible para la sesión de costura—. Le dije a lord Stafford que sus tías tendrían menos tiempo para pensar en su salud si había algún caballero que las cortejara, pero él opina no les interesaría.

Lady Stafford lanzó una sonrisa cariñosa a lord Cavanaugh, el caballero que la cortejaba.

—Mis hermanas son mayores y están muy apegadas a sus costumbres.

—Creo que se aburren y que necesitan algo que hacer. Algo que las haga salir de casa cuando terminen mis sesiones de costura.

—Tal vez tenga razón, querida. Me han estado ayudando a reformar uno de los dormitorios de Stafford House, pero eso también se acabará pronto. No se me ocurre qué proponerles para que estén ocupadas después. He intentado convencerlas de que redecoren su casa, pero no quieren ni oír hablar del asunto.

De pie en el escenario provisional que había hecho montar en su salón, lady Pevensey dio unas palmadas.

—¡Tomen asiento, por favor! Estamos listos para comenzar.

—Pensaré en sus hermanas —le prometió Juliana a lady Stafford antes de volverse para buscar asiento—. Tiene que haber algo que les interese hacer.

Como Frances y lord Malmsey se habían sentado en la última fila, ella se dirigió al frente para dejarles un poco de intimidad. Tras la sesión de esa tarde, tenía acabadas ciento cincuenta y siete prendas de bebé; o sea, que necesitaba ochenta y tres más. No parecía una tarea imposible quedando aún cuatro sesiones: algo más de veinte prendas por sesión. Era perfectamente razonable, sobre todo si confeccionaba algunas por su cuenta entretanto. Pero si al final eran solo tres sesiones…

—Tenemos que hablar. —Cuando se disponía a ocupar una silla en la primera fila, Amanda la agarró del brazo—. Y aquí no podemos, justo delante de los músicos.

Juliana no quería hablar; quería escuchar. Aunque por lo general se pasaba horas tocando el arpa, últimamente sus proyectos le dejaban muy poco tiempo para dedicarse a la música. Pero su amiga parecía angustiada.

—Muy bien. —Dio media vuelta y se sentó en una silla de las filas centrales—. ¿Qué pasa con tu padre?

Amanda se sentó a su lado.

—He recibido recado de que llegará dentro de tres días. El domingo a primera hora. —Juntó las manos con fuerza sobre el regazo, tal vez para evitar que le temblaran—. Viene a ocuparse de los últimos preparativos de mi boda.

Juliana le dio unas palmaditas en el brazo.

—Todavía tenemos tiempo...

—¡No, no lo tenemos! La boda está prevista para dentro de una semana contando desde el sábado y...

—Damas y caballeros —dijo lady Pevensey—, tengo el honor de presentarles a nuestras primeras invitadas. La señorita Harriet Kent interpretará la *Sonata en do mayor* de Mozart al pianoforte, acompañada por su hermana, la señorita Hillary Kent, al violín.

La sala quedó en silencio mientras las hermanas Kent subían al escenario.

—Dentro de una semana —repitió Amanda— y...

—¡Chist! —siseó alguien detrás de ellas.

Juliana puso la mano sobre las de Amanda.

—Espera —susurró.

Su amiga esperó, tan tensa como las cuerdas del violín de la menor de las Kent. Cuando las enérgicas notas del primer movimiento resonaron en el aire, se apresuró a reanudar la conversación en voz más baja.

—Mi boda es dentro de una semana, contando desde el sábado. Se me acaba el tiempo. Necesito que James me comprometa. Tengo que intentar tenderle otra trampa.

—¡No debes hacerlo!

—¡Chist! —protestó alguien más.

—No debes —repitió Juliana en un susurro—. Sería inmoral y deshonesto. No debimos intentarlo la primera vez y yo, desde luego, no volveré a hacerlo.

—¡No tenemos elección!

—¡Chist!

—¡Chist!

—¡Chist!

Juliana se giró en la silla para mirar atrás. Varias personas las miraban con enfado. Todas ellas mujeres. Un par de ancianos ya estaban dando cabezadas.

—Calla —murmuró, volviéndose hacia Amanda—. Claro que tienes elección. Puedes elegir ser más cariñosa con James. Cuando os hagáis amigos, se te declarará y aceptará comprometerte.

Empezaba a pensar que eso nunca sucedería. O quizás empezaba a *confiar* en que no sucediera. Porque James tendría que besar a Amanda antes de proponerle matrimonio y, aunque ella no podía casarse con él, la idea de que besara a otra mujer —y más aún de que tocara a otra como la había tocado a ella—, hacía que le doliera el estómago.

Se acercó más a Amanda.

—Tengo una idea —susurró, desesperada. Sabía que su amiga iba a negarse, pero se sentiría menos culpable de abandonar al duque si podía ofrecerle una sustituta, y de todas formas Amanda no parecía querer besar a James—. ¿Te gustaría casarte con el duque?

—¡No! —Pareció horrorizada—. ¡Ya te dije que nunca me casaría con un bastardo!

Se oyeron murmullos detrás de ellas, y chistaron varias personas más.

—¡Chist!

Juliana deseó que Amanda no hubiera dicho «bastardo» tan alto.

—Entonces, ¿por qué sigues saliendo con el duque? —preguntó—. ¿Por qué has empezado a llamarle David?

—Bueno, es muy agradable. Creo que nos estamos haciendo amigos. Pero hay una gran diferencia entre un amigo y un marido.

Juliana se llevó una decepción, pero no se sorprendió. Sabía desde el principio que Amanda buscaba la compañía del duque solo para no tener que besar a James.

—Quizá deberías elegir a otro hombre —sugirió. Muchos caballeros seguían invitándola a bailar en las fiestas—. En el baile de los Teddington, el sábado…

—Quiero a lord Stafford. Además, no queda tiempo para elegir a otro y esperar a que se declare.

—Queda algo más de una semana.

—No, no es cierto. Mi padre llega el domingo y es posible que después no me deje salir de

casa.

¡Porras! Su amiga tenía razón. Lord Malmsey solo podría casarse con tía Frances si ella procuraba que James besara a Amanda, y no como parte de un complot.

No sería fácil, porque Amanda temía que la besaran. Su carácter introvertido la hacía aferrarse a las personas con las que se sentía segura, para evitar así los momentos de intimidad. Para que James la besara, Juliana tendría que asegurarse de que Amanda solo pudiera aferrarse a él. No a ella, ni a Frances, ni al duque.

Al duque menos que a nadie.

Amanda gravitaba hacia él porque sabía instintivamente que nunca intentaría besarla. De ese modo podía evitar el acercamiento que tanto temía. Sin embargo, si James lograba besarla aunque solo fuera una vez, todo eso cambiaría. Sus besos eran tan maravillosos que Amanda sin duda querría más. Luego una cosa llevaría a la otra y, antes de que Juliana se diera cuenta, James se soltaría del todo y le propondría matrimonio.

El estómago le dolía a rabiar.

Tenía que conseguir que Amanda se quedase a solas con James. Era la única solución. Pero no se le ocurría cómo conseguirlo. Amanda no aceptaría encontrarse con un hombre sin carabina, pero quizás ella pudiera planear otra salida en grupo y alegar luego que la tía Frances estaba indispuesta. Y ella y el duque también.

¡Ay, porras! Eso tampoco funcionaría. Se sentía como si tuviera un puñal clavado en el estómago. Ya se le ocurriría algo mañana, justo después de discurrir cómo terminar ochenta y tres prendas de bebé teniendo solo tres sesiones de costura en vez de cuatro.

—¿Estás bien? —preguntó Amanda.

—¡Chist!

Amanda bajó la voz.

—¿Por qué te agarras la tripa?

Juliana descruzó los brazos y trató de respirar hondo para calmarse. Un momento más y se habría encontrado acurrucada sobre la exquisita alfombra turca de lady Pevensey.

—Estoy bien —dijo con esfuerzo, y se oyó otro coro de *¡chists!*—. Estoy bien.

Pero aunque normalmente le encantaba la música y las hermanas Kent eran intérpretes más que competentes, esa noche no consiguió disfrutar de Mozart. Ni tampoco de las piezas de Haendel y Beethoven que vinieron después. Casi envidiaba a los hombres que habían asistido al Parlamento, en lugar de ir a casa de los Pevensey.

Debería haberse quedado en casa. Tenía que coser. Debería haber pasado esas horas confeccionando ropa, en vez de dedicarse a escuchar música. Y lo que era más importante: tenía que rechazar los acercamientos de James, para que se fijara en Amanda. Y para eso tenía que pasar unas cuantas horas en la cocina.

Era hora de recurrir a su arma secreta: el bizcocho de limón de la señorita Rebecca Chase.

42

Bizcocho De Limón

Tómense una medida de mantequilla y otra de azúcar y mézclense con la ralladura de la piel de dos limones. Añádanse dos huevos y luego harina, una cucharada de levadura y un poco de leche. Póngase la masa en un molde de bizcocho y hornéese hasta que suba y se dore. Háganse agujeros con un pincho y riéguese con el zumo de dos limones. Déjese enfriar el bizcocho, desmóldese y córtese en porciones.

La acritud de los limones hace que los hombres se agríen a tus encantos. Frustré dos veces los planes de casamentera de mi abuela sirviéndoles este bizcocho a mis dichosos pretendientes.

—Rebecca Chase, 1695

DURANTE CINCO DÍAS, desde que Juliana fue a su casa y se ofreció voluntaria para trabajar en la clínica, James había estado pensando en quedarse a solas con ella en una consulta.

Habría sido lógico que sus escarceos en el panorama y en el jardín botánico hubieran apagado su pasión, pero en realidad había ocurrido todo lo contrario. El día anterior, se había pasado la sesión en el Parlamento fantaseando, en lugar de escuchar. Por la noche había tenido sueños imposibles. Y esa mañana, mientras se afeitaba y se vestía, había urdido una fantasía tan escabrosa que sabía que jamás se haría realidad. Pero aun así estaba deseando probar suerte.

Por desgracia, la vida conspiraba contra él.

Juliana entró precipitadamente cuando el reloj estaba dando la una. Haciendo malabarismos con dos cestas mientras plegaba la sombrilla, se abrió paso por la abarrotada sala de recepción.

—Lo siento, pero no puedo quedarme mucho tiempo. Le he dicho al cochero que vuelva dentro de tres horas. Tengo mucho que coser. —Hizo una pausa y parpadeó—. ¿Qué haces detrás del mostrador?

—Trabajar como ayudante mientras entrevisto a candidatas para el puesto. —James frunció el ceño al fijarse en la pechera de su vestido. Por primera vez (al menos, que él supiera), Juliana se había tapado el escote con una especie de pañoleta de gasa, lo que no favorecía sus fantasías.

—¿Se ha despedido tu ayudante? —Juliana rodeó el mostrador y dejó las cestas—. ¿Otra vez?

—Por desgracia, sí. Otra que se ha quedado embarazada. —Sacudió la cabeza—. Es una

epidemia.

—Supongo que le diste cincuenta libras.

—Sí. Fue un gran alivio para ella, pero ahora tengo que buscar otra ayudante. ¿Qué me has traído? —preguntó levantando la blonda que cubría una de las cestas.

—Tela. —Riéndose al ver su cara, sacó un trozo de tela blanca y lo agitó delante de sus narices—. ¿Te apetece un poco? Apetitosa, ¿verdad?

Él le dedicó una sonrisa irónica.

—Creía que a lo mejor habías hecho unos dulces.

—No tengo tiempo de hacer dulces. Apenas tengo tiempo de respirar. —Suspiró y hurgó en la otra cesta—. Pero aun así he hecho dulces. Toma un trozo de bizcocho. — Cuando James cogió un trozo, le empujó hacia el fondo de la clínica—. Ve a vacunar a algunas de esas personas antes de que aparezcan más, o tendrán que esperar fuera bajo la lluvia. Yo me encargo de esto. Te avisaré si alguna candidata prometedora viene a solicitar el puesto.

James se fue. El bizcocho de limón estaba riquísimo, pero aun así no paró de refunfuñar por el camino. Nunca le había molestado tener muchos pacientes; al fin y al cabo, cuanta más gente aceptase vacunarse, antes se erradicaría la viruela. Pero no llevaba toda la semana fantaseando con niños lloriqueando en la consulta, maldita sea, sino con Juliana. Era ella quien debería estar allí.

Sin un absurdo pañuelo ocultando sus encantos.

Mientras cosía ropita de bebé, Juliana demostró ser un dechado de eficiencia, pero James y el otro médico solo podían vacunar a cierto ritmo. Pasaron casi tres horas antes de que el número de pacientes disminuyera hasta el punto de que todos los que esperaban pudieron sentarse. Cuando el doctor Payton se marchó y llegaron dos médicos más para el segundo turno, James exhaló un suspiro de alivio y se reunió con Juliana detrás del mostrador.

Ella tenía el ceño fruncido y, aunque miró a James un momento, enseguida volvió a centrarse en la tarea que tenía entre manos. Parecía tener los hombros rígidos y encorvados. James se puso detrás de ella para masajeárselos y notó que tenía los músculos tensos y contraídos.

—Ven atrás conmigo —murmuró—. Te encontrarás mejor.

—No puedo. Mi coche llegará en cualquier momento y hasta entonces debo seguir cosiendo. —Aunque cosía atropelladamente y con descuido, estaba avanzando en su tarea—. Además, no deberíamos quedarnos solos, James. Ya sabes lo que pasará.

Claro que sabía lo que pasaría. Él la tentaría y ella caería en la tentación, lo que a su vez llevaría a cosas aún mejores. Aunque sabía que solo era cuestión de tiempo que Juliana se diera cuenta de que era con ella y no con lady Amanda con quien debía estar, empezaba a impacientarse.

Siguió masajeándole los hombros, con firmeza pero con ternura, mientras se preguntaba por qué sus músculos no se relajaban pese a sus esfuerzos.

—Solo un minuto —insistió—. En un minuto no pasará nada.

Pero quizás en dos o tres...

—Tu ayudante de la tarde aún no ha llegado —contestó ella sin apartar la vista de su labor—. No podemos dejar a toda esta gente aquí, sin vigilancia.

En eso tenía razón. James le dio un beso en la coronilla y suspiró.

—¿No ha habido suerte con la nueva ayudante?

—Cómete otro bizcocho de limón, ¿quieres?

James no cogió otro trozo de bizcocho, porque no quería soltar a Juliana para hacerlo. Tocarla era mucho más apetecible que comer bizcocho. Y el agarrotamiento de Juliana no

disminuía, lo cual era preocupante.

—No tengo hambre —dijo.

Ahora fue ella quien suspiró.

—Tu última ayudante ha mandado a una amiga, pero no creo que debas contratarla.

—¿Por qué no? ¿No sabía leer?

Ella cortó con los dientes el extremo de un hilo y se apartó de él para buscar una bobina en la cesta. Suspiró de nuevo cuando él también se inclinó.

—Sí, sabía leer. Pero sospecho que no tardaría en quedarse embarazada.

Los dedos de James se detuvieron.

—¿Qué?

—Ya me has oído. —Cortó un trozo de hilo—. Has perdido a dos asistentes porque se han quedado encinta. ¿A qué crees que se debe?

En realidad, era cuatro, no dos, pero no iba a decírselo ahora.

—¿Al agua? —especuló.

—A tu generosidad —afirmó ella—. Eres demasiado bondadoso, James.

—¿Perdón? —Soltó sus hombros y rodeó el mostrador para quedar frente a ella—. ¿Cómo diablos se puede ser demasiado bondadoso?

—Esas chicas se están aprovechando de tu generosidad. —Juliana se metió el extremo del hilo en la boca para humedecerlo. James deseó besar aquella boca—. Se quedan encinta a propósito. Sospecho que la chica anterior ha mandado a su amiga con la promesa de conseguir cincuenta libras. Tienes que encontrar a alguien mayor, alguien más responsable.

—Las mujeres mayores no buscan empleo. Están ocupadas criando a sus hijos.

—Me refiero a mujeres mucho mayores. —Después de enhebrar la aguja, Juliana levantó la vista, y James se descubrió zozobrando en sus ojos verdosos—. Como tus tías.

Él parpadeó.

—¿Mis tías?

—Disculpa. —Juliana se dio la vuelta para entregar un número a una mujer que esperaba junto al mostrador con dos niños.

James ni siquiera se había dado cuenta de que estaban allí.

—Tiene el número cuarenta y dos —le dijo ella a la mujer—. La llamaré cuando sea su turno.

Volvió a mirarle a los ojos y James tuvo la sensación de quería decirle algo. Pero no lo hizo. Sus ojos se habían vuelto aún más verdes. Tragó saliva lentamente y luego, poco a poco, pareció ablandarse como una marioneta a la que se le hubieran aflojado los hilos.

El parloteo de los pacientes que esperaban se intensificó en medio del silencio que se hizo entre ellos.

De pronto, James acercó la mano y le quitó el pañuelo del vestido.

—¡Eh! —Juliana se lo arrebató—. ¿Por qué has hecho eso?

—No te estás comportando como Juliana. Y no pareces Juliana, con esa pañoleta o como se llame.

—Es un fichú —le informó ella remilgadamente mientras volvía a ponérselo.

Juliana nunca era remilgada. Ni rígida, ni distante. Preguntándose qué le ocurría, James le acarició la barbilla con los nudillos.

—¿Qué te pasa, Juliana?

Ella apretó la mandíbula.

—Nada.

—Te estás esforzando demasiado. Estás agotada.

Ella metió la mano en una de las cestas y le dio un trozo de bizcocho de limón.

—Cómete esto, por favor.

—No tengo hambre.

—Cómetelo —le exigió de una manera muy poco propia de ella. Desvió la mirada hacia la puerta, donde acababa de aparecer un lacayo vestido con la librea de los Chase. Le hizo un gesto con la mano, aliviada—. Mi coche ya está aquí. Pero tus tías se aburren. Necesitan algo que hacer.

—Son condesas, por si lo has olvidado. No buscan empleo.

—No estoy sugiriendo que les pagues un salario. Tu madre me dijo que están disfrutando mucho con mis sesiones de costura y, lo que es más significativo, han dejado de llamarte para que las examines. Pero solo quedan tres sesiones más y luego volverán a aburrirse y a obsesionarse con sus achaques. A menos que te ayuden. —Guardó la tela, la aguja y el hilo en la otra cesta—. ¿No lo ves, James? No pensarán que ayudarte es un empleo o un trabajo. Lo verán como una obra de caridad, como un acto de buena voluntad. Y si están ocupados ayudando aquí, no tendrán tiempo de preocuparse por su salud. Dejarán de pedirte que vayas a examinarlas por sus dolencias imaginarias.

Era una idea brillante. De un plumazo, Juliana podía haber resuelto ambos problemas: procurarles a sus tías algo que hacer y a él dos ayudantes que no se quedarían embarazadas al cabo de una semana. O, mejor dicho, nunca. La verdad era que nunca se había planteado contratar a mujeres que ya no estuvieran en edad de tener hijos.

Al parecer, el entrometimiento de Juliana era muy útil a veces.

—¿Cómo lo haces? —preguntó—. ¿Cómo analizas lo que necesita la gente y sumas dos y dos? ¿Por qué se te da tan bien?

Ella se encogió de hombros.

—Simplemente estoy atenta a la gente que me rodea.

No podía ser tan sencillo, tan fácil.

—¿Y si mis tías no quieren ayudar aquí?

—Les va a encantar la idea —le prometió ella con una seguridad que daba a entender que lo sabía a ciencia cierta. Lo cual era muy probable—. ¿Quieres que se lo pida yo de tu parte?

—Puedo pedírselo yo. Me pasaré por allí de camino al Parlamento.

Cuando hizo amago de tocarle el brazo, ella dio un respingo. James sintió un punzada de resquemor que le sorprendió, pero luego se recordó que ella aún estaba en edad fértil y, si algo había aprendido en su breve matrimonio, era que las mujeres jóvenes a veces se ponían ariscas.

Aunque Juliana nunca se había mostrado arisca con él.

—¿Qué ocurre, Juliana?

—Tienes razón, estoy agotada. Y abrumada. Y el dichoso bizcocho de limón no está dando resultado.

—¿Perdón? —Miró el trozo de bizcocho intacto que tenía en la mano y, al volver a levantar la mirada, vio con horror que ella tenía los ojos arrasados en lágrimas—. ¿Qué tiene que ver el bizcocho?

—Nada —murmuró—. Lo siento. —Rodeó el mostrador y se dirigió a la puerta—. Cómetelo, ¿quieres? Todo. Nos veremos mañana en el baile de los Teddington. Ahora tengo que irme a casa a coser.

43

EL SÁBADO por la noche, Griffin observó a Juliana escudriñar el salón de baile de los Teddington.

—¿Dónde está lord Stafford? —preguntó ella.

—¿No deberías estar buscando a Castleton?

—Castleton está en la sala de naipes, jugándose su fortuna.

Griffin se preguntó por qué parecía tan hostil.

—Castleton no es un jugador empedernido. Solo juega por diversión.

Ella se encogió de hombros.

—Solo hace las cosas por diversión.

—¿Y eso te parece mal? —Griffin entornó los párpados—. ¿Desde cuándo? —Se suponía que estaba enamorada del duque. Santo cielo, ¿habría cambiado de opinión?—. ¿Ya no quieres casarte con él?

Juliana apartó la mirada.

—Me necesita.

—Yo esperaría que quisieras casarte con un hombre porque tú le necesitaras a él.

Su hermana le miró ladeando la cabeza.

—Rachael opina que la gente debería casarse porque se desee, no porque se necesite.

Si los hombres se casaran con todas las mujeres a las que deseaban, pensó él, la poligamia sería la norma.

—¿Castleton ya te ha besado?

—¿Querrías saberlo si fuera así?

Supuso que no. Pocas cosas había más incómodas que imaginarse a una hermana abrazada a su amante. Sin embargo, conocía a Juliana lo suficiente como para saber que no dudaría en contárselo todo con pelos y señales, de modo que dedujo que, si había respondido a su pregunta con otra pregunta, era porque el mojigato de Castleton aún no la había besado.

Tenía previsto hablar con el duque en su cuadra la próxima vez que fuera a visitar a Juliana, pero últimamente no se había cruzado con él.

—Creo que voy a ir a jugar a las cartas —le dijo a su hermana.

—Con tal de que no pierdas treinta guineas…

¿A qué venía aquel comentario tan cáustico?, se preguntó mientras se dirigía a la sala de naipes. Rara vez apostaba, y nunca hacía apuestas desorbitadas.

Castleton estaba jugando al *whist.*

—¿Sí? —preguntó cuando Griffin se le acercó.

—Ayer hablé con mi jefe de cuadra. Velocity está corriendo muy bien. Todavía te interesa,

¿no?

El duque se removió, incómodo, y tiró una carta sin mirar a Griffin.

—Muchísimo.

—Excelente. Podrías probar a besar a mi hermana.

Griffin dio media vuelta y vio a Rachael allí de pie, con un vestido del mismo color azul cielo que sus ojos. Era muy escotado. Parecía un poco resfriada; tenía la nariz un poco roja y los ojos vidriosos, pero no por eso estaba menos seductora.

Menos mal que él no tenía por costumbre casarse con todas las mujeres a las que deseaba, porque se habría casado con ella diecisiete veces ya.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con los dientes apretados.

—Mis hermanas me han traído a rastras al baile. Y entonces te he visto entrar en la sala de naipes. —Rachael miró a su alrededor con inquietud—. Me gustaría preguntarte una cosa. En privado.

—Vamos a buscar la biblioteca de lord Teddington.

—De acuerdo. —Salieron juntos de la habitación—. ¿Qué tiene que ver Velocity con que el duque de Castleton bese a tu hermana?

Griffin no se había dado cuenta de que había oído la conversación.

—Le prometí a Velocity si se casaba con ella.

—¿Le prometiste un caballo por casarse con Juliana? —Sus ojos vidriosos reflejaban incredulidad—. ¿Cómo has podido hacer eso, Griffin?

Él desvió la mirada y tomó un pasillo que esperaba que condujera a la biblioteca.

—Juliana quiere casarse con él. Y yo quiero verla feliz.

—¿Y crees que será feliz cuando descubra que su marido se ha casado con ella por un caballo?

Griffin se asomó por una puerta abierta y vio que era la sala de música.

—¿Por qué iba a enterarse?

—¿Quizá porque se lo diga yo?

—No lo hagas. —Se volvió hacia ella—. Dime que no lo harás.

—No puedo asegurártelo.

—Rachael, dime que no se lo dirás. Solo conseguirás herir sus sentimientos.

—Deberías haberlo pensado antes de hacerle esa oferta al duque. —Se quedó mirándole fijamente un momento mientras él se movía, nervioso—. De acuerdo, no se lo diré. A menos que acabe prometida con él, en cuyo caso creo que le conviene saberlo, hiera o no sus sentimientos.

—Gracias —contestó él, aunque no sabía por qué le daba las gracias, ya que con toda probabilidad Castleton pediría la mano de Juliana y entonces Rachael iría corriendo a contárselo a su prima. Aunque tal vez no. Y al menos no iba a decírselo de inmediato.

Se acercaron a la habitación contigua, que resultó ser un pequeño comedor familiar.

—¿Cómo se te ocurrió ofrecerle un caballo a cambio de tu hermana? —preguntó ella mientras seguían por el pasillo.

Él se encogió de hombros.

—En aquel momento me pareció buena idea. Creo que estaba un poco achispado.

—Menos mal que no bebes mucho. —Se detuvo ante otra puerta abierta—. Ah, la biblioteca. —Respiró hondo, entró y se acercó a un largo sofá de cuero. Dio media vuelta y se sentó con cuidado, juntando las manos sobre el regazo—. Hace unas semanas me preguntaste si quería que me ayudaras a encontrar a mi padre. Me gustaría saber cómo te propones hacerlo. Teniendo en cuenta que está muerto, quiero decir.

Aunque le aliviaba cambiar de tema, Griffin odiaba verla tan preocupada. Dejando la puerta abierta, se reunió con ella en el sofá.

—Puede que no esté muerto —dijo.

—En la carta que encontré, mamá se refería a sí misma como viuda.

—La carta podía ser deliberadamente engañosa —señaló Griffin, y luego, al ver que la esperanza iluminaba sus ojos, se apresuró a añadir—: Aunque seguramente no lo era. Pero, en cualquier caso, quizá yo pueda ayudarte a descubrir su identidad.

—¿Cómo? —Rachael tosió y sorbió por la nariz—. Mi madre no dejó ninguna otra carta en la que mencionara un matrimonio anterior. Sus padres murieron jóvenes y, al morir su hermana cuando yo era pequeña, no le quedó más familia. Nunca tuvo amigos íntimos, aparte de tus padres. Siempre fue muy reservada, ¿recuerdas? Yo no sabría por dónde empezar a buscar.

—¿Por sus cosas? ¿No guardaba ningún recuerdo de su anterior marido?

—Nada en absoluto. Lo revisé todo cuando limpié sus habitaciones para prepararlas para Noah.

Noah, el hermano menor de Rachael, había alcanzado hacía poco la mayoría de edad y asumido la responsabilidad del condado, una responsabilidad que Rachael había sobrellevado sola desde la tierna edad de quince años. Era una mujer muy inteligente y competente. Si ella no había encontrado nada, probablemente no había nada que encontrar.

Pero ahora que estaba dispuesta a seguir adelante, Griffin no quería rendirse tan fácilmente.

—Puede que se te escapara algo. O que vieras algo y no te dieras cuenta de que era una pista.

Parecía dudosa.

—No había nada, Griffin.

—¿Qué daño puede hacerte mirar de nuevo? —A juzgar por su expresión, podía ser una experiencia muy penosa para ella—. Revisaremos las cosas de tu madre juntos —añadió—. Puede que vea algo que tú hayas pasado por alto.

Ella se sacó un pañuelo de la manga y se limpió la nariz.

—Todas las cosas de mi madre están en Greystone —dijo con un suspiro, refiriéndose a la casa solariega de su familia—. Quizá podamos revisarlas en Navidad.

Por mucho que Rachael deseara posponerlo, Griffin no soportaría verla tan abatida hasta Navidad. Iba en contra de su naturaleza.

—Faltan seis meses para Navidad...

—Me lo pensaré. —Se puso en pie de repente—. No me encuentro bien. Me voy a casa.

44

TÍA AURELIA y tía Bedelia se mostraron encantadas cuando James les preguntó si querían ayudarle en el Instituto. Llegaron a Nueva Esperanza el sábado a primera hora de la mañana, después del desayuno, y se pusieron manos a la obra con gran entusiasmo, dirigiendo la sala de recepción con una precisión que James no había visto desde su paso por el ejército. Como resultado de ello, pudo vacunar a más pacientes en un día de los que normalmente vacunaba en tres.

A las cuatro en punto, antes de que sus tías se marcharan para prepararse para el baile de los Teddington, anotó sus nombres en la agenda, procurando que sus turnos no se solaparan para no acabar exhausto. Después fue a casa a cambiarse, pero decidió descansar los pies y cerrar los ojos un momento, y se despertó cuatro horas más tarde.

Cuando se vistió y salió de casa, eran más de las diez. Llegó al baile muy tarde y un poco malhumorado. Al cruzarse con Occlestone en la puerta, con su nariz de cerdo bien alta, tuvo que refrenarse para no ponerse a gruñir. Pero sabía que se sentiría mejor después de hablar con Juliana de lo bien que había ido el día, siempre y cuando ella estuviera menos arisca.

Por desgracia, lady Amanda le abordó antes de que pudiera averiguarlo.

Ni siquiera le habían anunciado aún —acababa de entregarle sus cosas al lacayo del guardarropa— cuando se le acercó, retorciéndose las manos.

—Lord Stafford, ¿dónde estaba? Una de las invitadas de lady Teddington está terriblemente enferma.

Sin saber por qué, James reparó en que no llevaba guantes. Y parecía bastante alterada. Normalmente era tan fría y distante que le extrañó que se preocupara tanto por otra persona. No parecía tener amigos íntimos, salvo...

—¿Es Juliana? —preguntó. El corazón le latía de repente a mil por hora.

—No. Permítame llevarle con ella. —Dejaron atrás el salón de baile y le condujo a toda prisa por un pasillo.

—¿Es otra señora, entonces? ¿Qué le ocurre?

—No lo sé. —Entró en una habitación y se volvió hacia él tan bruscamente que James casi chocó con ella—. Béseme —le dijo, y luego, abrazándole, apretó los labios contra los suyos.

Perplejo, James se quedó inmóvil un instante. Cuando salió de su estupor, solo alcanzó a pensar con asombro que era la primera que besaba a una mujer y no sentía nada. O, mejor dicho, sí sentía algo —sus labios rígidos y cerrados pegados a los suyos—, pero no era nada bueno.

Volviendo en sí, la apartó enérgicamente.

—¿Qué demonios cree que está haciendo?

—¡Besarle! —Tenía las mejillas sonrosadas y respiraba agitadamente—. ¿Ya se ha

enamorado de mí?

—¿Qué?

—Juliana dijo que, si le besaba, se enamoraría de mí. ¿Se ha enamorado?

—Claro que no.

Era una chica encantadora, sobre todo ahora que parecía un poco más vivaz y le brillaban los ojos de un azul grisáceo.

Pero él amaba a una chica de ojos pardos.

—¿Dónde está Juliana? —Miró a su alrededor y abrió los ojos de par en par—. Dios mío, esto es el tocador de señoras. —La habitación estaba llena de bolsitos y otras pertenencias femeninas. Los biombos que había en dos rincones ocultaban probablemente retretes, pero James no iba a pararse a averiguarlo—. Es un milagro que no haya nadie. Podría aparecer alguien en cualquier momento.

—Lo sé.

—Las señoras suelen venir en grupo. ¡Podrían habernos visto besarnos!

—Lo sé.

—¿Lo sabe? ¿Lo sabe? —La agarró del brazo y dio un paso atrás, y luego otro y otro, hasta que volvieron al pasillo, que en ese momento estaba desierto pero que al menos era un lugar público—. ¿Tiene idea de lo que podría haber pasado si nos hubieran pillado?

—¿Lo que esperaba que pasara?

—¿Lo que esperaba...? —Se interrumpió al comprender lo que ocurría—. Juliana y tú habéis planeado tenderme otra trampa, ¿verdad? —dijo entre dientes—. Voy a matar a esa mocosa entrometida.

¿Había sido ayer cuando había pensado que su entrometimiento era muy útil?

—Ella no ha participado —dijo lady Amanda con ojos llorosos—. Esta vez ha sido idea mía. Ha sido todo idea mía. Ella se ha negado a ayudarme. Dijo que era inmoral.

—¡Por supuesto que lo es!

¿Qué les pasaba a las mujeres? ¿Por qué se echaban a llorar en su presencia? El día anterior Juliana y ahora lady Amanda. ¿Se había confabulado el género femenino para hacerle pedazos?

Una lágrima se desbordó y corrió por la mejilla de Amanda, haciendo que se sintiera aún peor.

—¿Por qué no acepta besarme? Lo desea, ¿no? Lleva semanas cortejándome.

—Desde luego que…

No. Quería decirle que no. Pero la palabra no salió de sus labios. Dios santo, pensó de pronto, era cierto que llevaba semanas cortejándola. O al menos eso debía de parecerle a ella. Le había enviado regalos, la había invitado a bailar y...

De repente sintió la necesidad de sentarse, pero no había sillas en el pasillo y él parecía haber perdido las fuerzas necesarias para desplazarse a otro lugar. Finalmente, se apoyó en la pared.

—Bueno, eso es...

¿Cómo podía explicarlo? Aunque Juliana y ella sin duda habían hecho mal al intentar tenderle una emboscada, lo que había hecho él era igual de reprobable en otro sentido. Sus actos daban a entender que estaba interesado en lady Amanda, de modo que no podía sorprenderle que ella hubiera llegado a esa conclusión. No tenía derecho a crearle falsas expectativas para conseguir sus fines con otra mujer.

—Lo siento —dijo—, yo….

—Mi padre llega mañana por la noche —le interrumpió ella en tono cortante, impacientada por sus titubeos—. Sospecho que no me dejará salir de casa hasta la boda. ¿Y cómo me libraré

entonces de casarme con lord Malmsey?

—¿Librarse de… qué? —James parpadeó—. ¿De casarse? No comprendo. ¿Qué demonios le hace pensar que lord Malmsey va a casarse con usted? Está enamorado de lady Frances.

—Bueno, pidió mi mano antes de conocer a lady Frances. Y mi padre va a hacer que nos casemos, a menos que...

—¿Está prometida? —la interrumpió—. ¿Con lord Malmsey?

Estaba anonadado. Todo aquel tiempo, mientras Juliana intentaba emparejarle con lady Amanda, ¿ella estaba comprometida?

—Nos casamos dentro de una semana. Y la única manera de librarme es que me sorprendan con otro hombre. —Le agarró las manos. La recatada lady Amanda le estaba agarrando las manos, y ni siquiera llevaba guantes. Así de desesperada estaba—. ¿Podría cooperar, por favor?

Un hombre mejor que él lo haría. Enmendaría sus actos siguiendo adelante. Pero él no podía.

No podía, era así de sencillo.

Dos mujeres entraron en el pasillo para ir al tocador de señoras. James apartó las manos de las de lady Amanda y bajó la voz.

—No puedo —dijo—. Lo siento, pero no puedo cooperar. No puedo casarme con usted. Estoy enamorado de otra mujer.

Dio media vuelta y se dirigió al guardarropa. No sabía con quién estaba más furioso: si con lady Amanda por intentar engañarle de nuevo, con Juliana por tratar de emparejarle con una mujer que ya estaba comprometida, o consigo mismo por haber jugado al despiste con ambas. Lo único que sabía era que no tenía ánimos para hablar con nadie. Quería irse a casa.

—¡James! —oyó que le llamaban al pasar por el salón de baile.

Se giró y vio a Juliana con una sonrisa cautelosa en la cara.

¿Cautelosa? ¿Juliana? ¿Estaba otra vez de un humor extraño?

—¿Cómo te ha ido con tus tías?

—Bien —contestó escuetamente.

Su sonrisa se borró.

—¿Pasa algo?

—Tu amiga ha intentado engañarme otra vez. Tu amiga *prometida*.

—Ah. —Juliana palideció—. Santo cielo. Puedo explicártelo…

—Seguro que puedes, tú siempre tienes un plan para arreglarlo todo. Pero no quiero oírlo esta noche. Me voy a casa.

Mortalmente pálida aún, ella dudó un momento.

Dudó. Juliana dudó. Ella, siempre tan segura de sí misma.

—De acuerdo —dijo por fin—. ¿Podemos hablar mañana en el desayuno de lady Hartley?

—No creo. Tengo cosas más importantes que hacer que asistir a un estúpido desayuno.

El Instituto estaría cerrado por ser domingo, pero seguramente trabajaría en los libros de cuentas. O se cortaría las uñas. Cualquier cosa con tal de no perder medio día sonriendo a gente que le traía sin cuidado. Nunca le habían gustado las fiestas ni los bailes; solo asistía a ellos para aplacar a su madre y, últimamente, para ver a Juliana.

Pero no quería ver a Juliana. O, mejor dicho, no quería que ella le viera. Enfrentarse a ella en una carpa llena de mirones y entrometidos.

Qué diablos, ni siquiera se sentía capaz de enfrentarse a sí mismo.

45

DESPUÉS DE QUE James se marchara, Juliana regresó al salón de baile, furiosa, con intención de buscar a Amanda.

Pero antes de que tuviera oportunidad de hacerlo, Amanda la encontró a ella.

—¿De quién? —preguntó con los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas—. ¿De quién está enamorado lord Stafford?

—¡Te dije que no intentaras engañarle otra vez! ¿Se puede saber por qué le has dicho que estás prometida? —Como la gente las miraba extrañada, llevó a Amanda a un rincón del salón donde podían hablar detrás de una palmera plantada en un macetero—. Ahora nunca accederá a... —Se paró en seco, comprendiendo por fin lo que había preguntado Amanda—. ¿Qué te hace pensar que lord Stafford está enamorado de otra?

—¡Me lo ha dicho él! Le besé y entonces...

—¿Le besaste? —La punzada de celos que sintió la pilló por sorpresa. O, a decir verdad, no. Pero le sentó fatal—. ¿Qué hizo él entonces?

—Me apartó. ¡Dijiste que se enamoraría de mí, pero me apartó!

Los celos se desvanecieron tan rápidamente como habían surgido, sustituidos por un sentimiento de euforia. Una euforia inconfundible y jubilosa. Nunca se había sentido tan sacudida por emociones incontrolables, y se preguntó cómo podía estar tan exultante cuando era evidente que Amanda estaba desesperada. Pero al parecer no podía dominarse. Amanda había besado a James y él había reaccionado apartándola.

Debía de ser muy mala persona, porque tenía ganas de gritar de alegría.

—Le pedí que cooperara —prosiguió Amanda con un sollozo patético— y que me comprometiera para que mi padre me dejara casarme con él. Pero dijo que no podía porque está enamorado de otra mujer. —Soltó otro largo sollozo cargado de aflicción—. ¿De quién será?

—No lo sé —dijo Juliana. Y no era mentira. Tenía sus sospechas, pero no lo sabía con certeza.

James había afirmado que nunca volvería a enamorarse. Y aunque a ella, desde luego, nunca la había rechazado, tampoco había salido de sus labios una declaración de amor. Nunca la había llamado «amor mío», ni siquiera «querida». Nunca le había enviado flores. Y parecía muy enfadado porque le hubiera ocultado que Amanda estaba prometida.

—No lo sé —repitió apartando la mirada.

Porque aunque no lo sabía, no podía evitar tener la esperanza de que...

Recorrió con la mirada el salón de baile y vio a lord Malmsey bailando con tía Frances. ¿Su entrometimiento los habría condenado a ambos a la infelicidad? Aunque James la amara y acabara perdonándola, ¿cómo iba a ser feliz con él sabiendo que otras personas que le

importaban eran desgraciadas?

Y luego estaba el duque, que había salido por fin de la sala de naipes y estaba allí parado, mirándola con ardor. Nunca la había mirado con esa expresión. ¡Vaya suerte la suya! Ahora que había decidido que no podían casarse, él había decidido al fin que la deseaba.

Amanda se removió incómoda a su lado.

—¿Por qué me mira David así?

—¿Así? ¿Cómo? —preguntó Juliana. Luego parpadeó. Y miró con más atención.

¡Santo cielo, el duque no la estaba mirando a ella, y mucho menos *así!* Estaba mirando a Amanda. *Así.* ¿Podía estar enamorado de ella?

¿De Amanda?

Bueno, ¿por qué no?, pensó de repente, mirándolos a ambos y recordando todos sus encuentros. A decir verdad, era increíble que no se hubiera planteado antes esa posibilidad. El duque y Amanda eran tal para cual, idénticos como dos guisantes de una misma vaina. Dos guisantes perfectamente redondos e intachables, y con la misma pasión que cabía esperar de un par de legumbres.

Eran ideales el uno para el otro. Absolutamente ideales. Él se llevaba mejor con Amanda de lo que se había llevado nunca con ella. La fría educación que había recibido Amanda era muy semejante a la suya, a fin de cuentas. Se entendían perfectamente entre sí.

Se volvió para mirar a su amiga.

—Es una pena que no quieras casarte con un bastardo, porque eso lo solucionaría todo.

Amanda se mordió el labio.

—Me casaría con un bastardo si ese bastardo fuera el duque —dijo tímidamente.

Juliana sofocó una exclamación de sorpresa.

—¿Me engañan mis oídos? ¿Acabas de decir que te casarías con el duque?

—Tú tenías razón desde el principio. —En lugar de mirarse los pies como solía, Amanda la miró a los ojos—. Él no tiene la culpa de los errores de sus padres, y es amable y bueno.

—Entonces, ¿por qué me dijiste que no en la velada musical de lady Pevensey? ¿Y con tanta vehemencia, además?

—Porque tú quieres casarte con él. Y te has esforzado tanto por ayudarme... Lo último que quiero es pagarte robándote lo que deseas. Eres muy buena amiga.

—Tú también eres muy buena amiga. —Juliana la cogió de las manos—. No quiero casarme con el duque. Quiero que te cases tú con él. Espera aquí —añadió, apretándole los dedos antes de soltarla—. Voy a hacer que suceda.

Mientras se acercaba al duque, Juliana no pudo evitar darse cuenta de que su rubio e impecable atractivo armonizaba a la perfección con la pálida belleza de Amanda. Si él no se había dado cuenta de que eran el uno para el otro, ella se encargaría de demostrárselo.

Se detuvo ante él y le miró a los ojos azules, tan insípidos como los de Amanda.

—No está enamorado de mí —dijo, aunque él había afirmado que se estaba enamorando de ella. Era una afirmación, no una pregunta—. Está enamorado de lady Amanda.

—Yo no llegaría al extremo de llamarlo amor —respondió él—. Pero le tengo cierto cariño.

Juliana supuso que era lo máximo que podía esperar Amanda, puesto que era lo máximo que ella misma era capaz de ofrecer. Ninguno de los dos tenía ímpetu suficiente para sentir emociones más intensas.

—¿Le gustaría casarte con ella? —preguntó.

Él vaciló, pero solo un momento.

—Muchísimo. Aunque no venga con un caballo.

—¿Perdón?

—Da igual. Definitivamente, me gustaría casarme con ella. Pero, por desgracia, tengo entendido que está prometida con otro.

—¿Se lo ha dicho ella? —preguntó Juliana. Pero evidentemente se lo había dicho Amanda. Mientras James y ella se besaban, Amanda y el duque debían de haber hablado—. Eso podemos arreglarlo —afirmó—. Pero primero tiene que declararse.

El duque asintió con gravedad.

—Quizá le ayude decirle lo que siente —le aconsejó ella mientras se acercaban a Amanda, pensando que era el tipo de hombre que olvidaría una cosa así—. Y quizá convenga que exagere un poco.

Después de llevarle junto a su amiga, retrocedió y observó desde lejos cómo mantenían una conversación que parecía más una discusión de negocios que una declaración de amor. Por fin, cuando Amanda asintió, él se inclinó y la besó en la mejilla.

Parecía un comienzo prometedor. Quizá al cabo de un año o dos pasarían a besarse en los labios.

Y tal vez una década después tendrían un hijo.

Terminadas las negociaciones, llamaron a Juliana. En el transcurso de la siguiente media hora, idearon un plan entre los tres. Al día siguiente, después de ir a la iglesia, asistirían todos al desayuno de lady Hartley, donde, a las tres en punto, Amanda sería sorprendida en la biblioteca con el duque, con el vestido desabrochado por detrás.

Amanda se puso pálida cuando Juliana sugirió esto último, pero todos convinieron en que era necesario para asegurar su ruina. Cuando el padre de Amanda llegara esa noche, su deshonra sería un hecho consumado. Tendría que permitirle casarse con el duque.

—¿Le pedirás a lord Stafford que ayude a «descubrirnos»? —preguntó Amanda.

—No. Me ha dicho que no asistirá. —Juliana se alegraba de ello, porque él nunca aprobaría su complot—. Pero estoy segura de que acudirá mucha gente cuando me ponga a gritar, así que no hay necesidad de que él participe.

Con un poco de suerte, James nunca se enteraría de lo sucedido.

Y cuando todo estuviera dicho y hecho, si tenía la suerte de descubrir que la amaba, nunca jamás volvería a hacer de casamentera.

46

AL DÍA SIGUIENTE, en su despacho de Stafford House, James dejó a un lado el papeleo y suspiró.

En algún momento de aquella noche, que había pasado en vela, la furia ardiente que sentía se había convertido en una frialdad profunda. Su madre estaba acatarrada. Él se había pasado toda la mañana aturdido, confiando en que decidiera que se encontraba lo bastante bien como para ir al desayuno de lady Hartley. Cuando por fin se marchó, él se sentó a su escritorio, sumó la misma columna de números tres veces y las tres veces le dio distinto resultado.

No podía concentrarse. Aún no había asimilado que Juliana le había estado ocultando el compromiso de Amanda desde el primer día. Creía conocerla.

Pero también creía conocerse a sí mismo. Y, a la hora de la verdad, la decepción que sentía consigo mismo era mucho más difícil de digerir.

Sí, Juliana había hecho mal, pero era una entrometida y él lo sabía desde el principio. A veces sus maquinaciones funcionaban —como con sus tías, por ejemplo— y a veces no.

Todo el mundo cometía errores y, por reprobables que fueran sus actos, lo cierto era que él no había actuado mucho mejor. No estaba en posición de juzgar a nadie. Los dos habían estado jugando. Sus juegos habían lastimado a Amanda, y los juegos de Juliana habían estado a punto de obligarle a casarse con una mujer a la que no quería.

Pero aun así la amaba. Amaba cada palmo de su ser, por entrometida e intrigante que fuera. Si tenía la suerte de casarse con ella, soportaría con gusto sus maquinaciones el resto de su vida.

Él, por su parte, estaba harto de juegos.

Una vez tomada la decisión, se levantó del escritorio, llamó a su ayuda de cámara y fue a cambiarse a su dormitorio recién reformado. El dormitorio a rayas rojas y amarillas que esperaba compartir con Juliana.

Era hora de comprarle rosas.

SOLO LA FLOR y nata de la sociedad celebraba «desayunos» a primera hora de la tarde.

Bajo una carpa levantada en el jardín de lady Hartley, el desayuno estaba ya muy avanzado cuando llegó James, poco antes de las tres. Mientras echaba un vistazo a los varios cientos de invitados sentados en mesas redondas, buscando a Juliana, lord Occlestone se levantó de una cercana.

—¿Le debe una disculpa a alguna dama, Stafford?

James miró las flores que sostenía: una docena de rosas rojas.

—Algo así. —En el coche, entre la floristería y la casa de lady Hartley, había desenvuelto las rosas y les había quitado las espinas, nervioso. Ahora, envueltas de nuevo en el papel arrugado, no parecían gran cosa.

—Le he echado de menos en el Parlamento esta semana. O, mejor dicho, no le he echado de menos.

—Estuve allí el jueves —contestó James distraídamente, buscando aún entre la multitud. Tenía cosas más importantes que hacer que discutir con Occlestone.

—Ah, sí, estuvo el jueves. ¿Cómo he podido olvidar los argumentos que dio para sustentar esa ridícula idea suya de devolver los Mármoles de Elgin a Grecia en lugar de comprarlos para el Museo Británico?

—Es una cuestión moral —le espetó James—. No tenemos derecho a...

—¿Dónde diablos está mi hija? —les interrumpió otro caballero.

Agradecido por la interrupción, James se volvió hacia él y parpadeó al ver su semblante severo.

—¿Y su hija es...?

—Lady Amanda Wolverston —respondió Occlestone, dándole una palmada en el hombro al recién llegado—. Me alegro de verle por fin, Wolverston. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Dos años? ¿Tres? Los conservadores hemos echado mucho de menos su elocuencia.

Mientras el padre de lady Amanda mascullaba algo sobre excavar antigüedades en su finca, James se fijó en él. Era más bien bajo, con el pelo rubio y ojillos azules claros. Tenía la boca comprimida y vuelta hacia abajo, flanqueada por dos surcos profundos que daban la clara impresión de que aquel rictus de mal humor era la expresión más habitual en él.

No parecía agradable en absoluto. ¡Pobre lady Amanda! La idea de tener a Wolverston por suegro haría que cualquier hombre se lo pensara dos veces antes de proponerle matrimonio a la infeliz muchacha.

Un destello amarillo llamó la atención de James. Era Juliana, saliendo de la tienda.

—Disculpen —dijo rápidamente y se dispuso a seguirla.

Llegó al jardín justo a tiempo de verla entrar en la casa. Preguntándose qué podía impulsarla a entrar en una casa durante una fiesta en el jardín, cruzó el umbral en el momento en que ella llegaba al otro extremo de un pasillo que le pareció increíblemente largo. Giró entonces, según vio, y entró en una habitación.

Se apresuró a seguirla mientras ensayaba disculpas para sus adentros, palabras desesperadas que brotaban de su cerebro con la rapidez de sus pasos.

Juliana, no debería haberte juzgado...

Juliana, por favor, escúchame...

Juliana, te quiero...

Al llegar al final del pasillo, abrió la puerta que esperaba fuera la correcta y entró en una biblioteca. Cuando la cerró sin hacer ruido, se quedó boquiabierto.

Era la puerta correcta, en efecto. Juliana estaba de pie, de cara a una ventana, entre dos cortinas de terciopelo rojo intenso: una silueta oscura a contraluz. Tenía desabrochada la espalda del vestido, y el corpiño se le había deslizado por los brazos, dejando al descubierto una esbelta y tentadora columna de piel.

—Juliana —dijo en voz baja, asombrado.

Ella se volvió y dio un paso al frente. Su pelo rubio claro centelleó.

No era Juliana.

—¡Lord Stafford! —Lady Amanda se puso muy colorada. Se subió rápidamente el vestido

para cubrirse, pero no sin que antes él vislumbrara una curiosa marca de nacimiento que tenía en el pecho izquierdo—. ¿Qué hace aquí?

—¿Qué hace usted aquí? —¿Se había equivocado de habitación? ¿Dónde estaba Juliana?—. Póngase bien la ropa, ¿quiere?

—¡No… no puedo!

Agarraba el corpiño con fuerza, reacia a soltarlo para abrocharse el vestido. Preguntándose vagamente cómo se las había arreglado para desabrochárselo, James cruzó la habitación y empezó a ayudarla con los botones.

La puerta se abrió y volvió a cerrarse.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó el duque de Castleton con altivez.

El muy asno.

—Estoy abrochándole el vestido a esta dama —le espetó James, enunciando lo obvio—. ¿Y usted? ¿Qué hace aquí? —Con las rosas envueltas en papel metidas bajo el brazo, sus dedos subieron torpemente por la espalda de lady Amanda lo más rápido posible.

Pero no lo suficiente. Antes de que le diera tiempo a acabar, antes incluso de que Castleton pudiera abrir la boca para responder, la puerta volvió a abrirse de golpe y entró una avalancha de gente.

Liderada por lord Occlestone.

—¿Cómo se atreve a predicar moralidad ante la Cámara de los Lores, Stafford?

James apartó los dedos de los botones de lady Amanda y las rosas cayeron al suelo. Las recogió.

—No es lo que parece.

Occlestone levantó su nariz cuadrada. Nunca se había parecido tanto a un cerdo.

—Dudo que el padre de la joven esté de acuerdo.

—¿Mi padre está aquí? —chilló lady Amanda.

—Lord Wolverston la está buscando. Iré a traerle de inmediato.

—No, por favor —dijo ella rápidamente, pero él ya se había ido.

Los espectadores se volvieron a la vez para mirarle y luego prorrumpieron en murmullos alborotados.

—Dios mío —musitó lady Amanda, volviéndose lentamente hacia James—. Qué hombre tan desagradable.

Lady Amanda siempre se quedaba muy corta. Desagradable, sí, y un cuerno. A James no se le había escapado la sonrisa de satisfacción de Occlestone, que sin duda estaba disfrutando de aquella pequeña venganza.

Una venganza que, por desgracia, podía acabar teniendo consecuencias muy graves.

Lady Amanda recorrió con la mirada a la multitud.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó en voz baja, angustiada.

—Nada. No podemos hacer nada.

Su instinto le decía que huyera. Pero era imposible escapar. Alertados por Occlestone, los invitados de lady Hartley llegaban en tropel, bloqueando la puerta y abarrotando la habitación. Se alegró de que su madre y sus tías no estuvieran entre ellos. De momento, al menos. Quizás se hubieran ido a casa, acatarradas las tres.

Una larga cortina de terciopelo se agitó detrás de él. James se volvió y se quedó de piedra al ver a Juliana salir de detrás de ella.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —preguntó.

Ella recorrió con la mirada a los fascinados espectadores y luego la posó en James como si

estuvieran los dos solos.

—Lo siento mucho. —Parecía sentirlo de veras, aunque no serviría de nada—. Habíamos planeado que descubrieran a lady Amanda con el duque.

James se giró hacia Castleton con incredulidad.

—¿Usted ha tomado parte en esto? ¿Se ha prestado voluntariamente a…?

—Sí —le interrumpió Castleton con rigidez, pero, antes de que pudiera explicarse, llegó más gente, incluidas la madre de James y sus hermanas, y lord Wolverston apareció bramando:

—¡Stafford, pagará por esto!

A James le dio un vuelco el estómago. Nunca le habían presentado formalmente al padre de Amanda; de hecho, hasta hacía unos minutos nunca se habían visto. Pero no le sorprendió que Wolverston conociera su nombre. Occlestone le habría proporcionado todos los detalles escabrosos en el camino desde la carpa a la biblioteca.

Debería haber huido.

Aunque era más bajo que su hija, la cólera de lord Wolverston resultaba imponente.

—Se casará con mi hija en lugar de lord Malmsey. El próximo sábado, como estaba previsto.

Un murmullo se extendió por la sala. Exclamaciones de sorpresa y susurros de asombro. Al parecer, el compromiso de lady Amanda era un secreto muy bien guardado.

—¡No! —gritó ella—. ¡Todo esto es un error!

Su padre la miró apretando los dientes.

—Un grave error, en efecto, jovencita. —Se volvió hacia James—. Le espero en Wolverston House a mediodía con una licencia especial.

James miró a su madre, que parecía horrorizada, antes de asentir. No podía hacer otra cosa. Le habían sorprendido abrochándole el vestido a lady Amanda en una fiesta a la que asistía la mitad de la alta sociedad de Londres, de modo que no tenía más remedio que ceder o deshonrarse por completo.

—¿Y si el barón Malmsey aún la quiere? —gritó alguien haciéndose oír por encima del alboroto—. ¿Le privará de su prometida?

—Yo jamás faltaría a mi palabra. —Lord Wolverston estiró el cuello, buscando entre la multitud—. ¡Malmsey! —vociferó—. ¿Todavía desea casarse con la desdichada de mi hija?

Alguien empujó a lord Malmsey hacia delante.

—Yo... yo… —balbuceó. Malmsey, que siempre había sido un hombre apocado, parecía haberse encogido de repente—. Pues…

—El barón no la quiere —dijo Wolverston.

Pues claro que no. Quería a lady Frances.

—Mi hija debe casarse con el conde —concluyó Wolverston, que de pronto parecía menos descontento. De hecho, James sospechaba que, de haber tenido un carácter más afable, se habría mostrado encantado.

—¡Por favor, padre! —suplicó lady Amanda—. ¡Esto no es justo! ¡Padre, tiene que escucharme! Tiene que reconsiderar...

—No voy a reconsiderar nada. —Lord Wolverston la agarró del brazo, haciéndola estremecerse—. Nos vamos.

—¡Por favor, padre! —sollozó ella mientras la arrastraba entre la multitud—. ¡Por favor!

James temió escuchar aquel sollozo el resto de su vida.

Literalmente.

47

MIENTRAS LOS INVITADOS de lady Hartley seguían a los Wolverston fuera de la habitación como ratas hipnotizadas por un flautista —salvo que en este caso lo que les fascinaba eran las súplicas patéticas de Amanda—, Juliana vio que lady Stafford se abría paso entre ellos en dirección contraria.

—¡James! —exclamó, abrazándose a él.

Su hijo la estrechó unos segundos, pero luego se zafó.

—Por favor, vete, madre. Lleva a tía Aurelia y a tía Bedelia de vuelta a la carpa. Hablaremos dentro de unos minutos.

Lady Stafford miró a sus hermanas, que estaban allí paradas, boquiabiertas, y volvió a fijar la mirada en su hijo.

—Pero, James...

—Vete, por favor. Necesito hablar con lady Juliana.

Cuando se marcharon, dejándolos solos, se volvió hacia ella.

Juliana tenía la sensación de no haber respirado en los últimos cinco minutos.

Y de que quizá no volvería a respirar.

Pensó que debería llorar, pero se sentía abotargada. No sabía qué decir. No sabía qué *podía* decir. Era como si se hubiera quedado sin palabras.

—Lo siento —murmuró. Fue todo lo que alcanzó a decir.

James se limitó a hacer un gesto de asentimiento.

Ella nunca le había visto tan pálido, tan abatido. Ni siquiera estando aterrado por la serpiente de Emily. El verle en ese estado la hizo enfurecerse, y por fin se le aflojó la lengua.

—Habría que fusilar a lord Occlestone.

—Yo no le tengo ninguna simpatía —dijo él cansinamente—, pero otras muchas personas nos han seguido hasta aquí. El padre de lady Amanda se habría enterado de todos modos. Occlestone no tiene la culpa de esto.

—Lo sé. La tengo yo. Pero lo arreglaré.

Tenía que arreglarlo.

Los labios de James se tensaron en una especie de triste sonrisa.

—No puedes arreglarlo todo, Juliana, pero el hecho de que nunca dejes de intentarlo... En fin... Es una de las muchas cosas que han hecho que me enamore de ti.

Juliana comprendió que jamás se perdonaría a sí misma si él se veía obligado a casarse con Amanda.

—Puedo arreglarlo y lo haré —insistió—. Tengo que hacerlo. —Luego se quedó paralizada —. ¿Una de las muchas cosas que han hecho... qué? —Volvió a contener la respiración, pero por

un motivo totalmente distinto, y entonces posó la mirada en su mano. Y dejó escapar de golpe el aire que estaba conteniendo—. Has traído rosas.

Él bajó la mirada como si hubiera olvidado que llevaba las flores en la mano.

—Se han estropeado un poco.

Parecían, en efecto, un poco deterioradas.

—Pero son rosas rojas.

—No son muchas. No podía llevar fácilmente más de una docena. No son dos docenas, como encargamos para lady Amanda, y comparadas con las que lord Malmsey le envió a tu tía...

—Son rosas *rojas*. —James no hizo amago de entregárselas—. ¿Son para mí?

Se las tendió bruscamente.

—¿Para quién podrían ser, si no? ¿Para qué otra mujer en todo Londres o, mejor dicho, en el mundo entero, compraría yo rosas rojas y les quitaría las espinas? Maldita sea, debo de haberme pinchado veinte veces.

—Dijiste que no volverías a enamorarte nunca. —Juliana cogió las flores y las apretó contra su pecho, el papel crujió y su dulce perfume inundó sus fosas nasales—. Oh, James, yo también te quiero.

James le tendió los brazos y ella se precipitó hacia él. Se abrazaron, aplastando el ramo entre los dos. Y las lágrimas que no caían cayeron por fin, porque todo aquello les desbordaba.

Y porque llegaba demasiado tarde.

James le había traído rosas rojas. Ella confiaba en que la amara y, ahora que lo sabía a ciencia cierta, se daba cuenta de que su intromisión lo había echado todo a perder.

Iba a arreglarlo, pero de momento no podía dejar de llorar. No paraba de sollozar. No podía parar.

—Tranquila —murmuró él varias veces mientras sus lágrimas le mojaban el chaleco y le calaban hasta la camisa. Pasado un rato, dijo por fin—: ¿Sabes qué odio aún más que las serpientes?

Juliana negó con la cabeza, frotando la nariz contra aquel calor húmedo.

James le puso un dedo bajo la barbilla y la hizo mirarle a los ojos.

—Ver llorar a una mujer —dijo—. Te juro por Dios, cariño, que no hay cosa que me haga sentir más impotente.

—Lo siento —repuso ella, y era cierto que lo sentía. Lamentaba haberse echado a llorar y lamentaba que él se sintiera incómodo. Pero, sobre todo, lamentara que se amaran y que fuera todo un desastre.

—Tranquila —repitió él de nuevo, y entonces bajó la cabeza y la besó, un beso pequeño y suave. Y otro más. Y otro, aunque este último no fue suave, sino devorador.

Juliana dejó de llorar porque no quería disgustar más a James. O tal vez porque sus besos la distraían. Le rodeó el cuello con los brazos, se inclinó hacia él y metió los dedos entre los rizos oscuros que le caían sobre el cuello de la camisa. Todo se había torcido, pero aquello —únicamente aquello— era una deliciosa maravillosa.

Estaba enamorada.

No recordaba haberse sentido nunca tan feliz y tan triste al mismo tiempo.

—Voy a arreglar esto —dijo cuando él por fin le permitió respirar—. Tenemos cinco días, hasta el sábado.

Él le apartó el pelo de la cara, su maldito pelo lacio.

—Apenas cinco días.

—Cinco y medio —susurró ella, inhalando su aroma a almidón y a jabón mezclado con

rosas. Quería retener ese perfume dentro de sí. Le abrazó con más fuerza, deseando no tener que separarse nunca de él.

Pero tenía que hacerlo. Al menos, por ahora.

—Cinco y medio —repitió.

Tendrían que bastar.

48

AL DÍA SIGUIENTE, Juliana se paseaba por el salón mientras esperaba la llegada de sus invitadas a la sesión de costura de la una.

—No puedo concentrarme. —Sentada ante su caballete, Corinna aplicó con el pincel una pizca de gris en la panza de una nube—. Sé que me vas a hacer coser toda la tarde, ¿puedes sentarte mientras tanto, por favor?

Juliana se sentó y se puso a clavar y desclavar la aguja en un camisoncito blanco. Estuvo así cosa de un minuto. Luego se levantó y empezó a pasearse de nuevo, con el camisoncito colgando de los dedos apretados.

—Tiene que haber algún modo de arreglar esto. Es un desastre para todos los implicados.

—Tía Frances no cree que sea un desastre —señaló Corinna.

Eso era cierto. Aunque Frances se había quedado de piedra al enterarse de que lord Malmsey estaba prometido, él se las había ingeniado para que le perdonara antes incluso de que Juliana tuviera oportunidad de ofrecerse a ayudar. De hecho, la noche anterior, al volver a la carpa del jardín de lady Hartley, se le había encontrado pidiéndole matrimonio de rodillas, una proposición que tía Frances había aceptado con entusiasmo.

Pero el hecho de que ambos estuvieran encantados no paliaba el desastre que habían causado sus maquinaciones.

James y ella estaban destrozados. El duque estaba destrozado. Y sin duda Amanda también, aunque Juliana no la había visto desde la noche anterior. Lord Wolverston se la había llevado directamente a casa, proclamando a voz en grito, según varios testigos, que no se la volvería a ver en público hasta que estuviese casada. Juliana había recibido una nota de disculpa de su amiga esa misma mañana, explicándole que ni ella ni su tía Mabel podrían asistir a más sesiones de costura.

Por lo visto, lord Wolverston, poco impresionado por la destreza de su hermana como carabina —o, mejor dicho, por su falta de ella—, le había echado tal reprimenda que lady Mabel se había ido derecha a la cama con un ataque de asma y esperaba quedarse allí toda la semana.

Fuera, en el vestíbulo, la aldaba golpeó la puerta. Unos instantes después, Adamson entró en el salón llevando dos cartas para Juliana.

—Gracias. —Juliana rompió el sello de la primera y echó un vistazo al breve mensaje—. ¡Porras!

—¿Qué ocurre? —preguntó Corinna.

—Rachael no puede venir hoy. Está resfriada. —Abrió la segunda carta y sus ojos se ensancharon cuando leyó lo que decía—. ¡Porras y requeteporras!

—¿Y ahora qué pasa?

—Las tías de James también están enfermas. Y su madre. En nombre del cielo, ¿cómo vamos a hacer hoy veinticinco prendas de ropa de bebé si solo estáis tú y Alexandra, Claire y Elizabeth, y la tía Frances?

Trabajando con ahínco cada vez que tenía un rato libre, había conseguido completar siete prendas por su cuenta desde la anterior sesión de costura, pero aún tenía que reunir setenta y seis y solo quedaban tres sesiones más. Eso equivalía a más de veinticinco prendas por sesión, y hoy le faltaban seis mujeres.

—Tal y como están las cosas —comentó Corinna—, creo que la ropita de bebé es el menor de tus problemas.

—Tienes razón. —Diciéndose a sí misma que debía dominarse y no perder la perspectiva, Juliana se dejó caer en el sofá y siguió cosiendo. Lanzó una mirada a las maltrechas rosas rojas que descansaban en un jarrón sobre la repisa de la chimenea. Parecían tan alicaídas como ella—. Es mucho más angustioso que James vaya a verse obligado a casarse con Amanda.

—Puede que lord Wolverston se haya calmado —dijo Corinna—. Quizá cambie de parecer, si Amanda le explica que fue todo un malentendido.

—No lo creo. A pesar de su cólera, saltaba a la vista que le satisfacía que su hija hubiera atrapado a un conde, en vez de a un humilde barón. —La aguja se le cayó de los dedos—. ¡Eso es!

—¿Que? —Corinna ladeó la cabeza, observando su obra.

—Si el duque de Castleton se ofrece a casarse con Amanda en lugar de James...

—Su padre se negaría, ¿no? —Aplicó un poco más de pintura a la nube—. ¿No fue por eso por lo que intentaste que la comprometieran?

—Pero ahora todo ha cambiado. Lord Wolverston no estaría faltando a su palabra ni incumpliendo un contrato. Ahora mismo, solo quiere ver casada a su hija deshonrada y librarse de ella y, a fin de cuentas, si un conde es mejor que un barón, seguro que un duque le parece mejor aún. —Era tan sencillo que le dieron ganas de abofetearse por no haberlo pensado en el acto. Podría haberse evitado toda aquella angustia—. ¿Por qué iba a negarse?

Corinna se encogió de hombros y volvió a mojar el pincel.

—Parece un argumento sólido, pero según Amanda su padre no es una persona razonable.

—Entonces haré unas galletas de barquillo, por si acaso. —Según la receta del libro de cocina familiar, las galletas de barquillo surtían un efecto calmante y ayudaban a hacer entrar en razón a quien las comía—. Aunque no sé por qué iba a negarse.

—Bueno, entonces, estoy segura de que no se negará. Después de todo, tú siempre aciertas.

Como era evidente que Juliana no siempre acertaba —como habían demostrado los desastrosos acontecimientos de la víspera—, el sarcasmo de su hermana le escoció ligeramente. Aun así, estaba segura de que lord Wolverston no se negaría. Tendría que ser un idiota para rechazar a un duque como yerno.

Cinco minutos después estaba en la puerta de Amanda, explicándole su nuevo plan.

—¿Por qué iba a negarse tu padre? —concluyó.

—No creo que lo haga. —Los ojos de Amanda, que parecían apagados por la desesperación, brillaban ahora llenos de esperanza—. Ojalá estuviera en casa para que pudiéramos preguntárselo enseguida.

—El duque ha de estar con nosotras, en cualquier caso. A fin de cuentas, tu padre es muy estricto y el duque tendrá que pedir formalmente tu mano. Y lord Stafford también tendría que estar presente para confirmar que está de acuerdo con la solución propuesta. ¿Cuándo volverá lord Wolverston?

—No estoy al tanto de sus planes, pero le he oído decirle a la cocinera que prepare pato asado para cenar, y siempre cena a las seis en punto.

—Perfecto. Enviaré recado a lord Stafford y al duque con un lacayo, y estaremos todos aquí a las seis y media.

—No aceptará visitas en mitad de la cena.

—¿Sabes si estará en casa después?

Amanda negó con la cabeza.

—Entonces, informa a vuestro mayordomo de antemano de que vamos a venir. Así no irá a ver a tu padre para preguntarle si puede recibirnos. —Juliana empezó a bajar los escalones y luego se volvió—. Ay, vaya. Estoy segura de que lord Stafford estará en el Instituto, pero no tengo ni idea de dónde enviarle recado al duque.

—Estará en su club, jugando a las cartas.

—¿En qué club?

—El White, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Juliana. No le sorprendió saber que el duque pertenecía a un club conservador: a fin de cuentas era la personificación misma del conservador. Le sorprendió, en cambio, que Amanda supiera dónde encontrarle y ella no.

A pesar de que había tenido esperanzas de casarse con él, no había llegado a conocerle en absoluto.

—¿Seguro que no te molesta que David me quiera? —preguntó Amanda de repente, con cierta cautela—. Sé que querías ser duquesa.

Aunque no estaba segura de que el duque quisiera realmente a Amanda, Juliana se encogió de hombros.

—No, no me molesta. Creo que sois el uno para el otro. —Y lo eran, en efecto, de eso no había duda—. Um… Si te dijera que la mujer a la que ama lord Stafford soy yo, ¿a ti te molestaría?

—Dios mío —repuso Amanda—, por mí puedes quedártelo. Ese hombre es frío como un témpano de hielo.

49

Galletas De Barquillo

Mezclar mantequilla, harina y un poco de sal. Añadir nata y miel y extender con un rodillo hasta que la masa quede bien fina. Cortar en redondeles pequeños, meter en el horno y comer las galletas frías o calientes.

Una delicia muy sencilla y con efectos calmantes. Mi abuela solía servírselas a mi abuelo para que entrase en razón.

—Ana, marquesa de Cainewood, 1764

A **PESAR DE** sus muchos quehaceres, a Juliana la tarde se le hizo eterna. Incluso contando con el heroico esfuerzo de sus cinco invitadas, su sesión de costura solo añadió ocho prendas al total, un resultado muy por debajo de las veinticinco que esperaba. Sin embargo, no había podido prolongar la reunión más allá de la hora de costumbre—las cuatro de la tarde—, pues sabía que los hombres llegarían a las seis y cuarto.

Despidió a toda prisa a sus invitadas y se fue a la cocina a preparar las galletas de barquillo. Cuando los dulces salieron del horno, se puso su vestido más modesto —uno blanco— y se aplicó los cosméticos justos para presentar un aspecto fresco e inocente. Luego estuvo paseándose por el salón hasta que Corinna, enojada, dejó el pincel y llamó a su doncella para que la acompañara a dar un paseo.

No era su intención ahuyentar a su hermana, pero aun así se alegró de poderles explicar su plan a James y al duque sin tener que soportar los comentarios cáusticos de Corinna.

James fue el primero en llegar. Juliana le hizo pasar rápidamente al salón, contándole los detalles sobre la marcha.

—Así lady Amanda podrá casarse con el duque —concluyó— y tú serás libre de... —Apretó los labios. Aunque James le había proclamado su amor, no le había propuesto matrimonio—. ¿Por qué iba a negarse el padre de lady Amanda? —dijo por fin.

—No sé. —Parecía esperanzado pero quizá también un poco indeciso. Miró hacia la puerta abierta, luego se encogió de hombros y la estrechó entre sus brazos—. Pero rezo para que no se niegue, porque lady Amanda no es la mujer con la que deseo casarme.

Juliana apoyó la cabeza en su pecho y disfrutó de su calor, confiando en que fuera ella la mujer con la que deseaba casarse. Anhelaba que fuera suyo para siempre.

Sería suyo para siempre.

—Lord Wolverston no se negará —dijo con firmeza—. Sería un idiota si rechazara a un duque por yerno.

—Mi optimista Juliana… —James le levantó la barbilla y ella se descubrió atrapada por su intensa mirada de color chocolate. Algo se agitó en su interior cuando él inclinó la cabeza y la besó en los labios.

Le rozó la boca con anhelante ternura y luego posó sus labios sobre los suyos y ahondó el beso. Deslizó las manos por sus costados y entrelazó los dedos con los de ella, apretándoselos con fuerza. Había algo distinto en sus besos ahora que se habían confesado su amor; algo posesivo y trascendente.

Algo que Juliana sabía que nunca encontraría con otro hombre.

—Ejem. —Se separaron y vieron al duque en la puerta—. Su nota decía que tenía un plan.

Aunque se sonrojó intensamente, Juliana no soltó la mano de James.

—Sí —dijo, y se lo explicó rápidamente—. ¿Por qué iba a negarse el padre de lady Amanda? —concluyó.

—No debería —dijo el duque secamente, mirando con desaprobación sus manos entrelazadas —. No me rechazará como yerno. Sería más tonto que una mata de habas si lo hiciera.

50

JULIANA Y CASTLETON estaban seguros de que lord Wolverston no era tan necio como para rechazar a un duque. Y James estuvo tácitamente de acuerdo con ellos... hasta que llegaron al comedor de lord Wolverston y este los saludó con la calidez de un carámbano.

—No recuerdo haberles invitado a cenar.

Lady Amanda dejó el tenedor sobre la mesa.

—No han venido a cenar, padre.

—Excelente. En ese caso, estoy seguro de que tendrán la amabilidad de marcharse.

—No, no van a marcharse. —En todas las semanas que había pasado en compañía de lady Amanda, James nunca la había visto tan decidida—. El duque de Castleton tiene algo que preguntarte, padre.

—Me niego a escucharle. —Lord Wolverston vació tranquilamente su copa de vino y la dejó sobre la mesa—. Hastings, acompañe a esta gente a la puerta —dijo, e hizo amago de levantarse.

—¡No! —Amanda saltó de su silla y le obligó a sentarse otra vez—. Vas a quedarte aquí sentado y a escucharle.

Wolverston miró a su hija, tan extrañamente resuelta, como si de pronto tuviera dos cabezas.

—¿Desde cuándo...?

—Lord Wolverston —le interrumpió Juliana, ofreciéndole su cesta—, si ha terminado de cenar, ¿le apetece un dulce? He hecho galletas de barquillo esta misma tarde.

Él la miró como si tuviera *tres* cabezas.

—Las señoras no se rebajan al nivel de las criadas de la cocina.

Se hizo un silencio incómodo en la habitación. Hasta Castleton, siempre tan estirado, parecía desconcertado por la actitud de Wolverston. Aun así, dio un paso al frente.

—Milord —dijo solemnemente—, le aseguro que mi esposa, la futura duquesa, nunca pisará una cocina. Sería para mí un honor que me concediera la mano de su hija.

—Mi hija va a casarse con lord Stafford —respondió Wolverston con rigidez—. Este sábado. —Se levantó de nuevo—. Ahora espero que se marchen todos o me veré obligado a ordenar que los echen.

—¡Padre! —Las lágrimas inundaron los ojos azul grisáceo de lady Amanda—. El duque de Castleton está pidiendo mi mano en matrimonio. ¡Un *duque*, padre! ¡No puedes rechazarlo!

—Puedo y lo haré. —Miró a Castleton—. La próxima vez que le vea en el White's, esta noche o en otra ocasión, fingiremos que esta entrevista no ha tenido lugar —dijo, y dio media vuelta para marcharse.

—No, nada de eso. —Castleton rodeó la mesa y le cortó el paso—. Deseo casarme con su hija y ella desea casarse conmigo. Si tiene alguna razón válida para oponerse, quiero oírla.

Wolverston vaciló un momento mientras su expresión parecía petrificarse.

—No, no quiere oírla —dijo por fin en tono suave.

—*Exijo* oírla —insistió el duque entre dientes.

James tenía que reconocer el mérito de Castleton. En contraste con el semblante inexpresivo de Wolverston, aquel asno parecía menos reservado que nunca. De hecho, tenía un aspecto imponente, casi como si se dispusiera a estrangular al anciano.

Hasta que las siguientes palabras salieron de la boca de Wolverston.

—Muy bien, pues —dijo tranquilamente, sin emoción alguna—. Antaño tuve relaciones con su madre. Hace treinta y tres años, para ser precisos. Temo que quizá sea usted mi hijo.

A Juliana la cesta se le cayó de las manos mientras Wolverston apartaba a Castleton como si el duque fuera tan endeble como una hoja de papel.

—Imagino que le parecerá razón suficiente para que me oponga a que se case con mi hija —añadió Wolverston antes de salir por la puerta.

Durante unos segundos reinó el silencio.

—No se ha comido mis galletas —murmuró por fin Juliana—. Se suponía que le harían entrar en razón.

—No habrían servido de nada. —James le pasó el brazo por los hombros, un brazo que parecía pesar como el plomo.

Observó su rostro atónito y luego miró a los demás. Castleton ya no tenía un aspecto imponente; al contrario, parecía que iba a arrugarse como una hoja de papel. Lady Amanda se había encogido sobre sí misma. En medio del silencio conmocionado que había seguido a la confesión de su padre, se había echado hacia delante en su silla y había bajado la cabeza hacia el regazo.

—Dios mío —musitó, y sus palabras sonaron amortiguadas por la falda—. No puedo casarme con mi hermano.

—Ha dicho que *quizá* sea su hijo —señaló Castleton, pero su voz sonaba derrotada.

—Los dos son rubios y tienen los ojos azules —observó Juliana, abatida.

No fue necesario que añadiera que lady Amanda también tenía los ojos azul grisáceos y el cabello rubio. O que todo el mundo sabía desde siempre que el padre natural de él no era el difunto duque de Castleton. Su semblante dejaba claro que él era plenamente consciente de ello.

Se removió, inquieto.

—El color del pelo y los ojos no prueba la paternidad —masculló, cada vez menos seguro de sí mismo.

Pero no se trataba solamente del color del pelo y los ojos. Ahora que se había planteado esa posibilidad, James se dio cuenta de que Castleton se parecía mucho más a Wolverston que Amanda. Había algo en la línea de la mandíbula, en su forma de inclinar la cabeza y en la longitud de su nariz. En la rigidez de su porte y su escasa estatura.

James sintió que se le retorcían las entrañas.

—Ahora, la idea de que os caséis... —Tragando saliva con esfuerzo, Juliana se llevó una mano a la tripa—. Me pone un poco enferma.

—A mí me revuelve las tripas —murmuró lady Amanda, todavía doblada sobre sí misma. Levantó lentamente la cabeza. Parecía, en efecto, mareada. Evitando los ojos de Castleton, miró a James—. Tendremos que casarnos...

—Todavía queda lord Malmsey —la interrumpió Juliana.

Se estaba agarrando a un clavo ardiendo, y a un clavo roto, además. Con el corazón en un puño, James se puso frente a ella y la tomó de las manos.

—Lady Amanda ya no puede casarse con lord Malmsey, amor mío. Ha quedado deshonrada públicamente. Dadas las circunstancias, lord Malmsey tiene perfecto derecho a poner fin al compromiso y, además, desea casarse con lady Frances. No querrás arrancarle del lado de tu tía, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza. Las lágrimas brillaban en sus ojos, repentinamente verdes.

—No —musitó.

James la estrechó contra sí, consciente de que sería la última vez. A pesar de que odiaba las lágrimas, quería llorar con ella. Lloraría con ella si pudiera.

Pero se sentía muerto por dentro. Hundido, vacío y muerto.

No había salida. Tenía que casarse con lady Amanda.

Tenía que casarse con lady Amanda.

Tenía que casarse con lady Amanda.

Daba igual cuántas veces se lo repitiera a sí mismo, le parecía imposible de creer.

Imposible de aceptar.

Pero tenía que hacerlo.

Soltó a Juliana lentamente, pensando que era lo más difícil que había hecho nunca... aunque no tan difícil como le sería darle el «sí, quiero» a otra mujer.

—Me voy a casa —dijo—. Volveré el sábado a mediodía.

51

Crema De Chocolate

Se toman dos cuartillos de nata, una pinta de vino blanco y un poco de zumo de limón; se endulza todo muy bien, se le echa una ramita de romero, se ralla chocolate y se mezcla todo. Se remueve al fuego hasta que espese y se vierte en copas.

Hay que enfriar las copas en hielo antes de servirlas. Una deliciosa cura para la melancolía.

—Belinda, marquesa de Cainewood, 1792

—¿**POR QUÉ ESTÁS** tan triste, lady Juliana?

—No estoy triste, Emily. —*Triste* era una palabra demasiado suave para describir cómo se sentía al día siguiente—. Lo estás haciendo muy bien. Sigue batiendo.

La niña levantó la vista del fogón de hierro fundido de la cocina del sótano de la familia Chase.

—Pareces triste. —Mientras removía la cazuela con una mano, acarició con la otra a la serpiente que llevaba sobre los hombros—. Herman, ¿verdad que lady Juliana parece triste?

Juliana casi esperaba que el reptil respondiera, teniendo en cuenta que nada en la vida salía como ella suponía que iba a salir. Que una serpiente hablara sería menos chocante que la revelación que lord Wolverston había hecho la noche anterior.

Y que la reacción de James.

Se había marchado. La había abrazado un momento y luego se había ido. Al parecer, había llegado a la conclusión de que tenía que casarse con Amanda, lo había aceptado y... se había ido sin más.

Todo indicaba que no tenía intención de hablar de aquella tragedia. Había dicho que volvería el sábado. Había tomado una decisión y no pensaba volver a ver a Juliana hasta que fuera un hombre casado.

Si es que volvía a verla.

Suspiró y empezó a rallar chocolate en la mezcla de nata y azúcar que Emily estaba removiendo en la cazuela.

—Hacía muchos días que no te veía, Emily.

—Una familia nueva se ha mudado al otro lado de la plaza. Lord y lady Lambourne. Y tienen tres hijas. Tres *niñas*.

Otra sorpresa. Por lo general, Juliana sabía todo lo que pasaba en Mayfair. Estaba claro que había estado un poco distraída últimamente.

—¿Cómo se llaman las niñas?

—Jane, Susan y Kate. Susan es justo de mi edad.

—Eso debe de ser estupendo para ti. —Siguió rallando el chocolate—. ¿Y qué opinan de Herman las Lambourne?

—Uy, les chifla —contestó Emily con entusiasmo.

En circunstancias normales, Juliana habría sonreído al oír usar aquella expresión tan novedosa a Emily. Pero estaba demasiado abatida. Eso por no hablar de que aquella noticia no auguraba nada bueno para el éxito de su proyecto de convencer a la niña de que se librara de aquel bicho horrible.

Emily siguió removiendo más deprisa.

—Le estás poniendo demasiado chocolate, ¿no?

—Nunca es demasiado chocolate —repuso Juliana.

¿Y qué si había puesto el doble de lo normal? *Necesitaba* chocolate. Su madre siempre decía que el chocolate curaba la melancolía, y ella nunca se había sentido tan melancólica.

¿Cómo iba a seguir adelante cuando el hombre al que amaba iba a casarse con otra mujer, cuando las vidas de cuatro personas se habían visto arruinadas? Y todo por culpa suya…

Emily había dejado de remover.

—Estás llorando —dijo—. Sí que estás triste.

—Supongo que sí. —Dejó el chocolate y el rallador y se obligó a sonreír—. Creo que ya hemos terminado.

—¿Qué te pasa, lady Juliana?

¿Que qué le pasaba? Que no podía casarse con el hombre al que amaba. Que le había condenado a un futuro espantoso con una mujer increíblemente reservada, un futuro en el que solo habría ajedrez, antigüedades y poco más. Estaba agotada y abrumada —la noche anterior no había pegado ojo— y de algún modo, fuera como fuese—solo Dios sabía cómo, y al parecer no iba a decírselo—, tenía que confeccionar sesenta y dos prendas de bebé en cuatro días, a pesar de que había hecho menos del triple en el último mes y medio.

—¿Que qué me pasa? —alcanzó a preguntar con un nudo en la garganta—. De todo, al parecer.

—¿Es por lord Stafford?

Juliana parpadeó.

—¿Qué te hace pensar eso?

La chica puso en blanco sus grandes ojos grises.

—Es obvio que te gusta. Lo sé desde hace siglos. Y tú le gustas a él.

¡Qué ironía que la verdad fuera obvia para una niña de ocho años, pero no para ella! Claro que Emily siempre había sido muy precoz para una niña de su edad.

—Bueno, parece que ahora mismo no quiere verme.

—Entonces debes ir a verle tú. Tienes que hablar con él. No puedes quedarte aquí, llorando. Tienes que *hacer* algo, lady Juliana.

Santo cielo, Emily tenía razón. Ella nunca se había limitado a dejar que las cosas sucedieran sin tratar de influir en el resultado, y no entendía qué la había llevado a hacerlo ahora. La melancolía, supuso. Pero no podía dejarse dominar por ese sentimiento.

¡Menos mal que estaba haciendo crema de chocolate!

—Ay, mi queridísima niña. —Se limpió las lágrimas de las mejillas y envolvió a Emily en un

abrazo—. Se supone que soy yo quien debe ayudarte y eres tú quien me ayuda a mí.

—¿Vas a ir a ver a lord Stafford?

—Ahora mismo no. He mandado recado a las damas pidiéndoles que vinieran a coser hoy, aunque nunca hemos quedado un martes. Llegarán en menos de una hora y no puedo ir y volver del Instituto en tan poco tiempo. —Santo cielo, James estaría en el Parlamento cuando terminara la sesión de costura—. Tendré que ir a verle mañana. Vas a quedarte a la sesión de costura, ¿verdad?

—¿Hay que cortar algo más?

—No, ya está todo cortado.

—Entonces, me voy a jugar con Jane, Susan y Kate. —Cuando Juliana abrió la boca para protestar, Emily levantó la manita con la que no estaba acariciando a su serpiente —. No querrás que cosa, ¿verdad? Seguro que acabaré haciéndome sangre.

No, Juliana no quería que Emily se hiciera sangre. Solo de pensarlo se le revolvía el estómago. Y lo último que necesitaba era vomitar un montón de chocolate sobre la ropita de bebé que tanto le había costado reunir.

—Adelante, ve a jugar con las Lambourne. Tienes mi bendición.

—¿Puedo comer un poco de crema de chocolate antes de irme?

—Primero tengo que ponerla en hielo para que se enfríe. Te llevaré un poco mañana.

Emily la ayudó a verter la crema en tres docenas de copas antes de irse a visitar a sus amigas del otro lado de la plaza. Después, Juliana tuvo el tiempo justo para subir a su alcoba y lavarse la cara antes de que llegaran sus invitadas. Se puso un poco de colorete y bajó a sentarse en el salón. Mientras retomaba su costura y Corinna seguía pintando sin hacer comentarios, se felicitó por lo tranquila y serena que debía de parecer.

Rachael seguía enferma, y Claire y Elizabeth también lo estaban, al igual que lady Stafford y lady Balmforth. Lady Avonleigh, en cambio, se encontraba mejor y fue la primera en llegar.

—¡Ay, querida! —exclamó—. ¡Cuánto lo siento! —Y cruzó corriendo la habitación para abrazarla.

Juliana se levantó del sofá y se dejó consolar por la tía de James. Solo que su abrazo no la reconfortó. Cuanto más la abrazaba lady Avonleigh, más tenía que luchar para que no se le saltasen las lágrimas.

—Quería que se casara con mi sobrino —murmuró lady A, también llorosa—. Quería que fuera mi sobrina.

—Y yo que fuera usted mi tía. Y que lady Stafford fuera mi madre. —Parecía que hacía siglos que no tenía madre, y no conocía a nadie más cariñoso y maternal que lady Stafford. Se estremeció en brazos de lady A, inhalando su aroma a alcanfor y gardenias—. Tiene que haber *algo* que podamos hacer.

—Nuestro James no cree que la cosa tenga remedio, pero, si alguien puede dar con una solución, es usted, querida. —Lady Avonleigh se apartó y le secó las lágrimas de las mejillas con ternura—. Siga pensando, que yo haré lo mismo.

—Gracias —dijo Juliana, apesadumbrada.

Iba a añadir algo más, pero en ese momento la tía Frances bajó las escaleras y llegó Alexandra, y Corinna dejó de mala gana su pintura y se acercó para ponerse a coser con ellas. A partir de entonces, la conversación giró en torno a la inminente boda de Frances y a la incipiente barriga de Alexandra. Aún no se le notaba la barriga, en realidad, pero no dejaba de frotársela como si sintiera al bebé dentro, lo que hacía que Juliana se pusiera terriblemente celosa.

Celosa, sí.

James se había equivocado al decir que estaba celosa cuando se enteró del embarazo de Alexandra. Ahora, en cambio, sí lo estaba, porque solo Dios sabía cuándo tendría un hijo... Tal y como iban las cosas, probablemente nunca. Y ahora la tía Frances también hablaba de tener hijos. ¡A los cuarenta y tantos años! Aunque Juliana dudaba de que eso fuera a ocurrir, tenía que admitir que cabía dentro de lo posible, puesto que Frances seguía quejándose de su menstruación con regularidad. Se preguntó si ella tendría un hijo antes de los cuarenta. Probablemente no. Pero, como a su alrededor solo se hablaba de cosas felices, apretó los dientes, compuso una sonrisa y siguió cosiendo, porque todas habían tenido la bondad de ayudarla a hacer ropa de bebé y lo que más deseaba en el mundo era ver a la gente feliz.

Su sonrisa, sin embargo, no solo era forzada; era completamente rígida.

Pidió que les llevaran crema de chocolate, pero comérsela no pareció servir de nada. La conversación fluía a su alrededor. Lady Avonleigh se levantó y se acercó al caballete de Corinna para admirar su nuevo cuadro.

—Impresionante, querida.

—Gracias —dijo Corinna.

Alexandra sonrió mientras manejaba la aguja.

—¿Sabían que Corinna piensa presentar un cuadro a la Real Academia el año que viene?

—Varios cuadros —puntualizó Corinna—. Espero que acepten alguno para la Exposición de Verano.

—¿De veras? —dijo lady A—. Ya les dije que mi hija pequeña era pintora, ¿verdad? Aunque parecía improbable, siempre tuvo la esperanza de ver uno de sus cuadros en la Exposición de Verano. Pero su verdadero sueño era que la eligieran para la Real Academia.

—Ese es mi sueño también —dijo Corinna—. Sé que no será fácil, pero estoy dispuesta a trabajar con ahínco para ganarme ese honor.

La anciana la miró por un momento y luego fue a sentarse a su lado.

—Quiero ayudarla —anunció—. Mi hija nunca alcanzó su sueño. Quiero verla a usted hacer realidad el suyo.

La tía Frances anudó un hilo y lo cortó.

—¿Cómo puede ayudarla?

—No lo sé, pero ya se me ocurrirá algo. —Lady A recogió el gorrito que estaba haciendo y sonrió a Juliana—. A usted se le ocurren muchas ideas. Si no le importa ayudar, quizá juntas podamos conseguir que su hermana se convierta en la próxima mujer miembro de la Academia.

Eso sería maravilloso para Corinna. Y a Juliana, por supuesto, no le importaba ayudar. Necesitaba otro proyecto. Sería un proyecto largo —seguramente de varios años—, pero mantenerse ocupada haría más llevadera su desesperación y la de James.

Bueno, en realidad no. Pero pronto encontraría un modo de poner remedio a desesperación. Al día siguiente hablaría con James.

Maldición (santo cielo, mejor dicho), no iba a llorar, no, nada de eso.

52

HABÍA DIFERENTES formas de afrontar los golpes que la vida asestaba al azar a ciertas personas. El método de James, perfeccionado durante los años de luto por su hermano, su padre, su esposa y su hijo recién nacido, consistía en volcarse en el trabajo.

Desde el domingo trabajaba a ciegas, inmerso en una especie de neblina oscura y dolorosa que conocía demasiado bien. Aquella bruma se había disipado momentáneamente el lunes, cuando parecía que el plan de Juliana podía funcionar. Pero desde que sabía la verdad acerca del nacimiento de Castleton, la oscuridad había vuelto a atenazarle.

James no podía afirmar que lo que le esperaba fuera peor que enfrentarse a la muerte. No lo era, por supuesto. Pero tampoco parecía mejor. Era distinto, como amar a Juliana y amar a Anne.

La muerte era definitiva. Uno lloraba, se afligía y pasado un tiempo seguía adelante. Pero lo que le aguardaba ahora no era definitivo, era *para siempre*. Era una sentencia de por vida. Le parecía tan arbitrario, tan accidental, tan rematadamente injusto…

Y tan ineludible…

Por eso trabajaba y trabajaba. Porque no parecía poder hacer nada más.

Sabía lo que no podía hacer: no podía abandonar a una joven a una vida de completa deshonra; no podía condenarse a sí mismo a un futuro carente de todo honor; no podía encontrarle sentido a nada en aquel mundo azaroso e irracional.

Pero podía trabajar.

Podía trabajar en el Instituto para salvar al mundo de la viruela. Podía trabajar en el Parlamento para contribuir al progreso de su país. Podía trabajar en su finca para mejorar la vida de los que dependían de él.

No podía ayudarse a sí mismo ni ayudar a Juliana, pero había otras personas a las que podía ayudar. En ese momento, su trabajo era lo único que parecía tener sentido.

Si algo sabía —seguramente era lo único que sabía con toda certeza—, era que podía sumergirse en su trabajo excluyendo todo lo demás, dejando a un lado todo lo que le hacía daño. Y así, el martes se levantó al amanecer y pasó todo la mañana en el Instituto y toda la tarde en el Parlamento. Y luego volvió al Instituto y se quedó allí hasta la madrugada buscando cosas que hacer, hasta que pudo volver a casa y dejarse caer en la cama, y levantarse y empezar de nuevo.

Hoy se había levantado al alba y había vuelto al Instituto a pesar de que había ya dos médicos de guardia y su presencia no era necesaria. Esa tarde no se reunía el Parlamento, así que se quedaría en la clínica hasta bien entrada la madrugada, buscando cosas que hacer, hasta que pudiera irse a casa y dejarse caer en la cama, y levantarse y volver a empezar.

Lo mismo haría mañana y el viernes. El sábado sería un poco diferente: habría un paréntesis para la boda. Pero luego volvería al Instituto y repetiría la misma rutina otra vez.

No era una vida insoportable. Al menos tenía un propósito. Y se mantenía tan ocupado que no tenía tiempo para pensar. Pensar era un riesgo para su salud mental, y el ajetreo era una suerte de medicina, un ungüento medicinal con el que podía untarlo todo para ocultar los males que infectaban su mundo.

Pero, por desgracia, era una cura imperfecta. Como decía la Biblia —el Eclesiastés, si no recordaba mal—, «las moscas muertas hacen que el ungüento del boticario desprenda un olor apestoso». A pesar de los innumerables domingos que había pasado en la iglesia, nunca había entendido del todo qué quería decir aquello del «olor apestoso». Pero, dicho de otra manera, con palabras más sencillas, había una mosca en el ungüento.

Y la mosca eran las mujeres.

Las mujeres siempre, siempre, siempre querían hablar. Y no se trataba de la charla superficial propia de los hombres —hablar de las noticias, del tiempo y de caballos—, que no le hacía pensar a uno. La charla de los hombres era un sustituto del trabajo y el ajetreo. La charla de las mujeres era distinta. Porque las mujeres no solo hablaban.

Las mujeres querían *discutir* las cosas. Y esas discusiones le obligaban a pensar, lo que a su vez producía ese olor apestoso que tanto se esforzaba por evitar.

¡Ojalá pudiera evitar a las mujeres!

Por desgracia, eso era imposible, ya que constituían aproximadamente la mitad de la población mundial. Estaba su madre, que siempre tenía ganas de hablar. Estaban sus ayudantes, que siempre querían discutir cosas. El olor apestoso estaba por doquier y amenazaba con hacerle pensar, bombardeándole con pensamientos pestilentes.

Dado que Aurelia era su único pariente sano, le estaba ayudando esa mañana y era, por tanto, su principal amenaza.

—Tiene que haber algo que podamos hacer, James, algo que no se nos haya ocurrido.

—No hay nada, tía. ¿Me alcanzas esa caja de bastones de caramelo?

—Claro. —Su tía se volvió hacia los estantes de detrás del mostrador—. Pero tiene que haber algo —insistió al darle la caja—. Tenemos que hablarlo.

—Tengo que dirigir una clínica. Ahora no tengo tiempo para discusiones.

—Pues tendremos que hablar después, entonces. He prometido ayudar a lady Juliana a coser esta tarde, y luego pensaba quedarme en casa cuidando a Bedelia, pero supongo que puedo escaparme y reunirme contigo en Almack's.

—No voy a ir a Almack's.

Si había un sitio en Londres donde dominaba el olor apestoso, ese sitio era precisamente Almack's. Y, además, no le hacía ninguna falta acudir al mercado matrimonial. Dentro de tres días estaría casado.

Maldición, lo peor de todo era pensar en su boda inminente. Ni siquiera estaban discutiendo y Aurelia ya le estaba provocando pensamientos apestosos.

Apretando los dientes, se apartó del mostrador.

—¡Cincuenta y dos! Sígame, por favor.

Una madre se levantó con sus tres niñas pequeñas. Cuatro parlanchinas más. Las condujo a una consulta lo más rápidamente que pudo.

Acompañó a otro grupo de pacientes hasta la puerta y llevó a otros a la consulta que acababan de desocupar. Repuso los bastones de caramelo de las tres consultas. Desenvolvió lancetas y otros instrumentos. Hizo algunas anotaciones en sus libros de cuentas y revisó la agenda de la semana siguiente. Luego, volvió a la sala de recepción en busca de más pacientes.

—No te necesito aquí —le dijo Aurelia—. No me dejas nada que hacer.

—Sigue repartiendo números. Y sonriendo a los pacientes. Agradecen que se les tranquilice.

—Deberías irte a casa, James. Tienes ojeras. Deberías irte a casa y descansar, o acabarás necesitando un médico.

¿Irse a casa, donde su madre languidecía en la cama esperando el momento de *discutir* la situación?

—Creo que no. —La puerta se abrió y salieron dos personas, pasando junto a otra que esperaba para entrar—. Aquí viene otra paciente. Dale un número.

De hecho, tal vez se lo diera él mismo. Para repartir números no había que pensar. Se dio la vuelta y cogió uno de los cuadrados de papel desgastado.

—Tiene el número sesenta y siete —dijo al volverse—. La llamaré cuando... Juliana...

Su voz se apagó, hundiéndose junto con su corazón.

—James. —Ella se acercó y le dedicó una sonrisa indecisa y triste, una sonrisa que hizo que su corazón siguiera hundiéndose hasta caérsele a los pies—. Tenemos que hablar.

Ah, no.

—¿Se te ha ocurrido una solución?

—Todavía no. Tenemos que pensar esto juntos. Tenemos que discutir...

—No hay nada que discutir. No saldrá nada de esto, Juliana. ¿Qué sentido tiene? — Le haría pensar. Le provocaría pensamientos apestosos.

—¿Podemos hablar a solas?

—No quiero hablar.

—Por favor, James. —Sus ojos eran verdes, de un verde profundo, verdes y suplicantes—. Por favor, vamos a una consulta.

—James —dijo Aurelia en voz baja—, tus pacientes están mirando. Llévala a una consulta.

Mujeres… ¡Si pudiera evitarlas!

—Todas las consultas están ocupadas.

—Llévala a tu despacho, entonces —insistió Aurelia.

—¿No crees que sería impropio? —le preguntó a su tía, y dirigiéndose a Juliana añadió—: ¿No crees que lady Frances lo desaprobaría?

—Tonterías —contestaron al unísono.

—Ya hemos estado a solas antes —le recordó Juliana, refiriéndose sin duda no solo a una consulta del Instituto, sino también a un rincón apartado de un jardín iluminado con farolillos, a un escondite secreto bajo una escalera, a un cálido cuartito dentro de un invernadero—. Y entonces no te oí protestar.

Entonces no intentaba dejar de pensar.

—No vas a aprovecharte de ella —señaló Aurelia—. Te vas a casar con otra mujer.

Ahí estaba esa palabra, *casarse*. Un pensamiento apestoso. Y ni siquiera estaban teniendo una discusión.

Se rindió.

—Muy bien —dijo—, pero no hay nada que discutir.

Llevó a Juliana a la parte de atrás, decidido a evitar una discusión. Solo conocía una manera de lograrlo. Una forma de esquivar los pensamientos apestosos.

La hizo pasar a su despacho, cerró la puerta y la besó en la boca.

No fue un beso suave. Fue un beso nacido de la frustración, del desengaño, de la furia y la lujuria reprimida. Fue un beso destinado a distraer, a devorar. Un beso cargado de dolor y arrepentimiento y de una emoción indeleble e inconmensurable.

Un beso que los consumió a ambos.

Juliana le rodeó con los brazos. Sus labios se abrieron bajo el asalto de los de James. Su boca cálida y dulce sabía a pasión y a promesa. Juliana no desprendía un olor apestoso; olía a sol y a flores y a todo cuanto deseaba James. No pensó, se limitó a sentir. Simplemente sintió a Juliana, y le pareció increíblemente maravillosa.

Con el cuerpo tenso, cayeron juntos sobre el escritorio que ocupaba la mayor parte del pequeño despacho. Volaron los papeles. Se desabotonaron los botones. Los dedos acariciaban, el corazón latía con fuerza y la piel se erizaba con delicioso ardor. James la deseaba más que a la vida, la necesitaba más que respirar.

—Juliana —murmuró con un suspiro estremecido.

Ella se incorporó.

—No podemos hacerlo.

—No podemos *no* hacerlo. —James también se incorporó y le apartó los sedosos mechones de pelo de los ojos acongojados—. No podemos dejar de tocarnos.

—Tienes razón, pero aun así está mal. —Se apartó del escritorio, repentinamente pálida, y empezó a abrocharse los botones con dedos temblorosos—. Tenemos que hablar. Tenemos que encontrar un…

—No se puede hacer nada por cambiar las cosas. —Sentado aún en el escritorio, le hizo darse la vuelta para abrocharle el vestido. Entre sus rodillas separadas, sintió el calor de las caderas de Juliana a través del fino vestido, y el tacto de su espalda le pareció como de seda—. No podemos hablar sin tocarnos y no podemos tocarnos porque está mal, así que... —Juró en voz baja y siguió abrochándole los botones más deprisa—. Por eso no quería verte hasta después del sábado.

—Tenías razón. —James notó el tono lloroso de su voz y sintió que sus malditas lágrimas le desgarraban por dentro—. No puedo volver a verte hasta después de la boda, hasta que estés...

—No lo digas. —No soportaba oír la palabra «casado». Después de casarse, no volvería a sentir su cálido cuerpo—. No soporto oírlo.

—Me voy a casa —dijo ella, temblando—. Tengo que hacer cincuenta y dos prendas de bebé para pasado mañana. —Le temblaba la voz—. Tu madre sigue enferma, y también lady Balmforth, Rachael, Claire y Elizabeth. —Su voz se volvió más aguda—. Así que solo quedan Alexandra y lady Avonleigh para ayudarnos a mí, a Corinna y a Frances, y de todas nosotras tu tía es la única que cose bien.

James la hizo volverse hacia él.

—Te vas a matar, Juliana. —A ella le temblaba la barbilla y las lágrimas le corrían por las mejillas—. No puedes coser en el estado en que te encuentras. El Hospital de Expósitos puede arreglárselas con menos ropa.

—Hice una promesa y una Chase nunca rompe una promesa, ¿te lo había dicho, James? Es el lema de nuestra familia desde hace siglos. Tengo que hacer cincuenta y dos prendas de bebé, aunque nunca vaya a tener un bebé.

—¿Eso es lo que estás pensando? —No sabía qué le dolía más, si sus lágrimas o aquella idea —. Algún día tendrás un bebé, Juliana. —La atrajo hacia sí y sintió cómo sus cálidas lágrimas le humedecían la camisa medio desabrochada—. Tendrás un bebé con otro hombre.

—No quiero tener hijos con otro —murmuró ella.

—Eso dices ahora, pero los tendrás.

Otro hombre la amaría. Otro hombre la haría suya. Otro hombre uniría su cuerpo al de ella y le daría un hijo.

Eran quizá los pensamientos más apestosos que había tenido jamás.

Sabía que no debía pensar.

53

DURANTE DOS DÍAS, Juliana no hizo otra cosa que coser ropa de bebé mañana, tarde y noche, y aún tenía que terminar treinta y tres prendas más antes de que acabase el día.

No sabía cómo iba a hacerlo. Sus hermanas y tía Frances cosían casi tanto como ella, pero ninguna era rápida ni cosía del todo bien. Lady Avonleigh las había ayudado toda la mañana, pero James la necesitaba esa tarde en el Instituto y las demás seguían enfermas. Se estaban recuperando, gracias al cielo, pero aún no se sentían con fuerzas para pasar horas manejando la aguja.

Le dolían los dedos. Se le nublaba la vista. Y no porque tuviera mal los ojos.

—Estás llorando —dijo Alexandra con ternura.

—No, qué va. Creo que me he contagiado del resfriado que ha pillado todo el mundo.

—¿Y te moquean los ojos? —preguntó Corinna con una sonrisa burlona.

Alexandra le dio un codazo.

—Creo que Juliana necesita chocolate.

—No tengo hambre. —Desde hacía dos días apenas tenía ganas de comer, ni siquiera chocolate—. Todavía queda crema de chocolate, si queréis un poco —dijo, y fue entonces cuando se acordó—. Ay, porras.

Tía Frances levantó la vista.

—¿Qué pasa, querida?

¿Aparte de la ropa de bebé que aún le faltaba por hacer y de que el hombre al que amaba se casaba al día siguiente con otra mujer?

—Le prometí a Emily llevarle crema de chocolate. Hace tres días.

—Llévale un poco, entonces —dijo Frances—. Te sentará bien tomar el fresco.

Pero no podía permitirse hacer un descanso. ¿O sí?

—Tal vez lo haga —decidió. Solo tardaría unos minutos. Dejó su labor, cogió dos copas de la cocina y se acercó a la puerta de los Neville, en la casa de al lado.

El demacrado mayordomo salió a recibirla.

—¿Sí?

—Vengo a ver a la señorita Neville.

—Me temo que la señorita Neville no puede recibirla.

—¿Está jugando con las Lambourne?

El aire fresco le sentaba de maravilla, en efecto. Tal vez cogiera tres copas más y cruzara la plaza para presentarse. Solo le llevaría unos minutos más, unos minutos que no pasaría cosiendo envuelta en una neblina melancólica.

—Me temo que no, lady Juliana. —El viejo criado parecía afligido—. La pobre chiquilla está

en cama.

—¿En cama? —Eran las cuatro de la tarde y Emily ya había pasado la edad de la siesta—. ¿Está enferma?

—Todavía no, pero lo estará. Las Lambourne han enfermado de viruela hoy mismo.

—¡De viruela! —De repente se le desbocó el corazón—. ¿La señorita Neville no está vacunada?

Él se encogió de hombros.

—Yo solo soy el mayordomo, milady.

—Me gustaría verla, por favor.

El mayordomo, que también tenía marcas de viruela, miró su piel lisa e impecable.

—Podría contagiar...

—Me variolaron, así que no puedo contraer la viruela. Por favor, lléveme con la señorita Neville.

Oyó los sollozos de Emily antes de entrar en la habitación. La niña estaba en la cama, sepultada bajo una montaña de mantas. El fuego ardía en la chimenea y las ventanas estaban cerradas, con las cortinas echadas, de modo que la habitación se hallaba en penumbra y hacía un calor sofocante. El aire olía ligeramente a vómito.

Un hombre sostenía el brazo de Emily sobre una bacinilla en la que goteaba su sangre.

Juliana tragó saliva convulsivamente. De pronto tenía la boca seca, la respiración entrecortada y el estómago constreñido. Temió ponerse a vomitar. Era una tontería, una estupidez, pero no podía evitarlo.

Se acercó y se obligó a concentrarse en el rostro de Emily, bañado en lágrimas.

—Dios mío, ¿qué está pasando aquí?

—¡El doctor me está haciendo daño! —gritó Emily—. ¡Quiero a Herman!

Con el corazón acelerado, Juliana dejó la crema de chocolate en la mesilla de noche y le apartó el pelo de la frente, pero no vio rastro alguno de sarpullido.

—¿Seguro que ha enfermado ya?

—Todavía no —contestó el médico—. La estoy preparando para la enfermedad.

—¿Preparándola? Yo creo que no.

—Hay que purgarla, sangrarla y provocarle ampollas. Esos procedimientos ayudarán a su cuerpo a resistir la infección.

—¡Nada de eso! —James no creía en esas cosas—. Solo conseguirán debilitarla.

Juliana desvió la mirada hacia la bacinilla de líquido rojo y la cabeza empezó a darle vueltas. Apartó rápidamente la mirada, no sin antes advertir que las manos del médico no parecían muy limpias. James tampoco lo aprobaría. Según él, la limpieza ayudaba a prevenir infecciones.

—Váyase, por favor. Véndele el brazo a la señorita Neville y...

—Lord Neville me mandó llamar...

—¡Pues yo le mando marcharse!

¿Dónde estaba lord Neville, de todos modos? ¿Tenía idea de lo que aquel hombre le estaba haciendo a su hija?

—Usted no tiene autoridad...

—Tengo toda la autoridad —mintió Juliana enderezando los hombros—. Soy lady Neville y le ordeno que deje en paz a mi hija y se marche inmediatamente.

Apenas podía creer que esas palabras hubieran salido de su boca. Y menos aún que el doctor la creyera.

Pero la creyó.

—Discúlpeme, milady. Le pido perdón. —Dejó la bacinilla, rebuscó en su maletín y sacó un paño—. He pensado que no era más que una visita —se apresuró a explicar mientras aplicaba el paño al corte que había efectuado en el brazo de Emily.

—Así aprenderá a no hacer suposiciones —replicó Juliana con firmeza, acercándose para sujetar el paño—. Tranquila, Emily. Te vas a poner bien. —Al menos eso esperaba. No tenía ni idea de si la niña enfermaría de viruela, pero estaba segura de que los remedios de aquel médico no eran de ninguna ayuda—. Puede enviarle su minuta a lord Neville —le indicó—, pero ahora le agradecería que se marchara.

Se atareó atando la venda mientras el médico recogía rápidamente sus cosas y se marchaba.

—Quiero a Herman —dijo Emily en cuanto salió por la puerta. Se incorporó con dificultad y señaló el terrario que había en un rincón—. Tra-áeme a Herman. Po-por favor.

Juliana se acercó a la caja de cristal y suspiró al meter la mano para coger al reptil. Era la primera vez que lo tocaba, y en realidad manipular serpientes no era nada propio de una dama. Pero Herman le pareció más seco y cálido de lo que esperaba, y sonrió al ver que la niña se relajaba cuando la serpiente se acomodó alrededor de su cuello.

—Gra-gracias —musitó Emily. Ya no sollozaba, pero seguía respirando entrecortadamente —. No-no puedo creer que el médico se haya creído que eras mi madre.

—Yo tampoco —dijo Juliana con sorna. Tendría que haber dado a luz a los catorce años para que Emily fuera su hija. Por lo visto, el médico había pensado que parecía muy joven o que había sido muy precoz, y ninguna de las dos cosas le hacía gracia.

Pero estaba muy contenta de que se hubiera marchado.

—No quiero tener la viruela, lady Juliana.

—Claro que no, pero no creo que lo que te estaba haciendo ese doctor pudiera impedirlo.

Tenía la horrible sensación de que no había nada que pudiera impedirlo, aparte de la suerte, pero había alguien que lo sabría con toda seguridad. La persona que más sabía sobre la viruela de todo Londres.

—Voy a mandar recado a lord Stafford —dijo. Habían acordado no verse hasta pasado mañana, pero no tenía elección. La salud de Emily estaba en juego, tal vez incluso su vida—. Espera aquí mientras escribo una nota y se la doy a uno de los lacayos de tu padre. —Hizo amago de salir—. No, mejor a uno de los lacayos de mi hermano —puntualizó.

Los sirvientes de Neville eran tan viejos que pasaría un día entero antes de que uno de ellos llegara arrastrando los pies hasta el Instituto y volviera. Además, tenía que avisar en casa, porque estarían preguntándose por qué tardaba tanto.

Unos minutos después, regresó y le quitó todas las mantas a Emily. Apagó el fuego, descorrió las cortinas y abrió la ventana. Apretando los dientes, cogió la bacinilla de sangre y tiró su contenido a los arbustos de fuera, luego la enjuagó con agua del aguamanil de Emily y también la tiró. Cuando terminó, su corazón se había aquietado un poco y estaba mucho mejor del estómago. Acercó una silla a la cama de Emily, buscó un libro y estuvo leyéndole en voz alta más de una hora, hasta que llegó James.

Cuando el mayordomo le hizo entrar en la habitación, se detuvo en la puerta y la miró. Solo la miró, como si se la comiera con los ojos.

—Juliana —dijo en voz baja. Parecía cansado y desaliñado; tenía el pelo alborotado y la corbata torcida. Seguramente se había puesto la corbata y la levita en el carruaje, durante el trayecto desde el Instituto.

Juliana sintió una opresión en el pecho al verle.

—Sé que dijimos que no nos...

Se interrumpió al notar que él había desviado la mirada hacia Emily. Y Herman. Un momento antes tenía el corazón en los ojos, y ahora esos mismos ojos estaban vidriosos y tenían una expresión que a Juliana le recordó lo que había sentido ella al ver la sangre de Emily. Como si se le hubiera acelerado el pulso y se le hubiera encogido el estómago.

Como seguramente así era.

—Emily —dijo con cautela, levantándose de la silla—, tienes que devolverme a Herman. Voy a ponerlo en su caja hasta que lord Stafford termine.

—¡No! —Emily se aferró a la serpiente de color verde oliva—. Quiero que esté conmigo.

—Emily...

—El otro doctor se lo llevó y luego me hizo daño. ¡Quiero quedarme con Herman!

—Emily...

—Está bien —dijo James, blanco como el papel—. Puede quedárselo. —Respiró hondo y volvió a mirar a Juliana—. ¿Tu nota decía que estaba enferma? —Miró el vendaje de Emily—. ¿Se ha hecho daño en el brazo?

—No exactamente. El otro médico le ha hecho una sangría. Ha estado expuesta a la viruela y...

—¿Dónde? ¿Cuándo? —Se acercó a la cama como si no le diera ningún miedo la serpiente. Su mano, sin embargo, agarraba el asa del maletín de cuero con tanta fuerza que se le transparentaban los nudillos—. Dime lo que sepas.

—Lleva toda la semana jugando con tres niñas que hoy han enfermado de viruela.

—¿Cómo sabes que es viruela? ¿Tienen erupción o solo fiebre?

—Erupción —dijo Emily—. Pero Susan me dijo que ayer tenía mucho calor.

—Maldita sea —masculló en voz baja. Dejó su maletín sobre la mesilla de noche de Emily, al otro lado de la cama—. ¿Tú tienes calor?

—No, ahora no. Antes sí, pero lady Juliana me ha quitado todas las mantas.

—El otro médico la había arropado con siete mantas —explicó Juliana con fastidio.

—Qué idiota. —James se inclinó sobre Emily y le puso una mano en la frente, estremeciéndose ligeramente—. No tiene fiebre —dictaminó, y se apartó rápidamente de la niña y su serpiente—. Eso es buena señal. La viruela no suele ser contagiosa durante la primera o segunda semana tras la exposición, pero nunca se puede estar seguro.

—Si es buena señal —dijo Juliana con cautela—, ¿puedes hacer algo para evitar que se le declare la enfermedad?

—Tal vez. —Abrió su maletín y sacó varios útiles que ella había visto en el Instituto—. Es muy posible. La vacunación dentro de los tres primeros días después de la exposición suele prevenirla por completo. Entre cuatro y siete días, la vacunación todavía puede proteger al paciente, y como mínimo atenúa la gravedad de la enfermedad. ¿Está ya vacunada?

—No lo sé —dijo Juliana—. El mayordomo no lo sabe y lord Neville no está en casa.

—El doctor le ha mandado a la botica —explicó Emily—. Para que trajera más pur... pur...

—Purgante —dijo James.

—Estupendo —masculló Juliana—. ¿Crees que han pasado menos de tres días desde que estuvo expuesta? ¿Desde que se contagiaron las Lambourne?

—No lo sabemos —contestó él—. Sería preferible que las amigas de Emily no presentaran erupción, pero en ese caso supongo que no estaríamos seguros de que fuera viruela, así que... —Se encogió de hombros y levantó el monóculo que colgaba de la cadena que llevaba al cuello—. Abre la boca, cielo —dijo al inclinarse hacia Emily.

Contuvo la respiración mientras la examinaba, apretando los labios. Comprendiendo que

debía de tenerle un miedo mortal a Herman, Juliana también contuvo la respiración. Quizá fuera una idiotez tener miedo de una culebra inofensiva, pero marearse al ver sangre era igual de absurdo. Se le rompía el corazón al ver su valentía, su determinación de anteponer la salud de la niña a sus propios temores.

¿Cómo podía haber pensado alguna vez que el hecho de que ejerciera una profesión era algo malo? Más le valía a Amanda valorar el tener un marido tan maravilloso, pensó con fiereza.

Cuando James se enderezó, ambos exhalaron un suspiro.

—¿Qué estabas mirando? —preguntó ella.

—Quería ver si tenía manchitas rojas en la lengua y en el interior de la boca. La erupción suele aparecer ahí primero, aunque no esperaba que hubiera aparecido tan pronto, antes de que se declare la fiebre. En cualquier caso, no tiene.

—Eso es bueno, ¿no?

James asintió y se armó visiblemente de valor antes de inclinarse de nuevo para desabrochar los botones de la parte delantera del camisón de Emily. Herman colgaba a ambos lados del cuello, y los dedos le temblaban un poco. Juliana nunca había visto a nadie desabrochar botones con tanta rapidez.

—Quiero examinarle el resto del cuerpo. Lo más probable es que las manchas aún no hayan aparecido, si ha contraído la viruela, pero podemos tener esperanzas de que sus amigas tengan en realidad alguna otra enfermedad que presente otros síntomas...

Apartó las manos bruscamente y se quedó inmóvil, con la vista fija. Al principio, Juliana pensó que se había quedado paralizado de miedo a causa de la serpiente. Luego se dio cuenta de que no miraba a Herman; tenía los ojos clavados en el pecho plano de Emily.

O, más concretamente, en una extraña marca de nacimiento en forma de flor de lis que tenía en el lado izquierdo.

Frunció el ceño y murmuró:

—Creo que he visto antes una marca de nacimiento así.

Emily asintió.

—Mi padre tiene una igual. Todos los Neville la tenemos. Exactamente en el mismo sitio.

—Ah —dijo James. Sin dejar de mirar la piel desnuda de Emily, volvió a fruncir el ceño—. Pero nunca le he visto el pecho a tu padre.

—Sí que se lo has visto —le recordó Juliana—. En el baile de lady Hammersmithe, ¿recuerdas? Lord Neville se estaba ahogando y le salvaste la vida.

—Le quité la corbata del cuello, pero no la camisa. Solo le aflojé un par de botones. No vi...

Parpadeó. Y luego ahogó una exclamación de sorpresa.

—¿Qué? —preguntó Juliana.

James la miró a los ojos.

—La marca de nacimiento que recuerdo es otra. Porque otra noche, la noche que me sorprendieron con lady Aman... —Se interrumpió y miró un momento a Emily—. Con tu amiga, desabrochada —añadió, e hizo una pausa antes de concluir, muy despacio—: Vi esa marca de nacimiento en su pecho.

¡Cielo santo, tenía razón! Juliana recordó de pronto que ella también la había visto desde donde los estaba espiando, detrás de la cortina. Había visto una marca de nacimiento muy parecida en el pecho medio desnudo de Amanda, que su amiga se había apresurado a ocultar.

No, no podía haberla visto entonces, desde aquel ángulo.

Pero había visto esa marca de nacimiento en el pecho de Amanda.

Estaba confusa, pero sabía que la había visto. Cerró los ojos y, haciendo un esfuerzo por

recordar, la vio... en su propia habitación, la noche en que la «nueva» Amanda se presentó en sociedad, cuando se estaba vistiendo para el baile de lady Hammersmithe.

Y eso significaba...

Algo se agitó al fondo de su mente. Algo importante. Al otro lado de la cama, siguió la mirada de James hasta el pecho de Emily. Si todos los Neville tenían esa marca de nacimiento y Amanda también la tenía...

Entonces Amanda era hija de lord Neville, no de lord Wolverston. Lo que significaba...

—Oh, cielos —musitó.

54

LOS OJOS DE JAMES se clavaron en los de Juliana con una mirada de compresión, y ambos tuvieron que hacer un esfuerzo por no enunciar sus conclusiones en voz alta delante de la niña. Lord Neville llegó con un purgante en la mano —mascullando algo sobre la necesidad de contratar a criados en edad de hacer recados— y James le preguntó si su hija estaba vacunada.

Contestó que no, lo que a James le molestó bastante. Si la clase alta educada no daba prioridad a la vacunación, ¿qué esperanza tenía la gente corriente?

Para alivio de todos —excepto quizá de Emily, que lo último que quería era que volvieran a hacerle un corte—, el purgante se dejó a un lado y James la vacunó. Le practicó una pequeña incisión, aplicó a la herida una lanceta de marfil con el virus de la viruela bovina y le puso rápidamente un vendaje. Fue todo muy rápido, a pesar de que James no tenía bastones de caramelo a mano. De hecho, no recordaba haber vacunado a nadie tan deprisa. Quizá Herman tuviera algo que ver, y de todos modos parecía que la niña prefería la crema de chocolate.

Ya solo les quedaba esperar. El período de incubación de la viruela solía ser de entre siete y catorce días, pero a veces llegaba a los diecisiete. Lo más probable era que Emily hubiera estado expuesta dos o tres días antes, lo que significaba que pasarían al menos dos semanas antes de que supieran con certeza si estaba fuera de peligro.

Pero había muchos motivos para abrigar esperanzas. Y por ahora Emily estaba sana, así que, aunque debía quedarse en casa para no poner en peligro a los demás, no había razón para que siguieran en la cama.

Eran casi las siete cuando todo estuvo dicho y hecho y James y Juliana salieron de casa de los Neville. En cuanto la puerta se cerró tras ellos, Juliana se volvió hacia él.

—¿De verdad se pondrá bien Emily?

—No puedo prometer nada, pero creo que sí. Puede que no contraiga la viruela y, si la contrae, debería ser un caso leve.

Aunque incluso un caso leve de viruela podía ser complicado, al menos no sería mortal. Y, de todos modos, lo que tuviera que ser, sería. Ya no dependía de él, y había asuntos mucho más urgentes que discutir.

Sí, quería hablar.

Estaba dispuesto a pensar; lo necesitaba.

Y después de hablar con Juliana, quería besarla hasta dejarla sin sentido. O tal vez mientras hablaban. O antes. O todo lo anterior. Tampoco sería un mal plan.

«Tranquilo», se dijo. Todo estaba aún en el aire. En lugar de besarla, le cogió la mano.

—Lady Amanda no es hermana de Castleton.

—Lo sé. Yo también he llegado a esa conclusión. —Le apretó los dedos. Hacía días que

James no la veía tan animada—. ¿Verdad que es maravilloso?

—Puede que a ella no se lo parezca —contestó él precavidamente—. Una mujer tan formal como ella puede llevarse un disgusto al saber que es hija de otro hombre.

—Tendrá que hacerse a la idea. No le quedará otro remedio. Y lo mejor de todo es que no tendrás que casarte con ella porque no hay motivo para que no se case con el duque. —Parecía estar conteniendo la respiración—. No te casarás con ella, ¿verdad?

Por más que James quisiera hacerle esa promesa, no podía. Su honor estaba en juego. No había forma de que un caballero se retractara honorablemente de un compromiso matrimonial. Y aunque quizá se echara atrás de todos modos si solo estuviera en juego su propia reputación, tenía que pensar en su madre y sus tías, que también se verían afectadas.

—Lord Wolverston aún puede empeñarse...

—Puede retener la dote y la herencia de Amanda, pero no puede obligarla a dar el «sí, quiero» —dijo Juliana, muy segura de sí misma (a fin de cuentas, era Juliana), y por fin dejó escapar el aliento—. Amanda no necesitará el dinero de Wolverston si se casa con el duque.

—Puede que el duque no esté de acuerdo.

—Él la quiere. Creo que estará de acuerdo. Vamos a buscarle y a preguntárselo ahora mismo. —Empezó a bajar los escalones, pero se detuvo y se volvió hacia él—. Ay, porras, no podemos. —Su entusiasmo recién recuperado se desvaneció, sustituido por algo semejante al pánico—. Todavía tengo que hacer treinta y tres prendas de bebé antes de mañana por la mañana.

—No, no tienes que hacerlas. —James tomó su cara entre las manos y la besó con ternura en los labios—. Relájate.

—No puedo. Quizá mis hermanas y tía Frances hayan hecho tres o cuatro prendas en las últimas dos horas, pero aún quedarán…

—No tienes que hacer más ropa de bebé, Juliana. —Lentamente, mientras ella permanecía perpleja, o embelesada, le pasó las manos por el cuello, los hombros y los brazos. Entrelazando sus dedos, la hizo bajar los escalones, se acercó a la puerta de al lado y se detuvo en la acera, frente al gran ventanal que daba al salón del número cuarenta y cuatro—. Mira —murmuró.

Al otro lado del cristal, Corinna pintaba tranquilamente, con una sonrisa soñadora en el semblante. Detrás de ella, lady Frances estaba de espaldas a la ventana, gesticulando o explicando algo, quizá. A su alrededor había una docena de chicas jóvenes, sentadas en las sillas y sofás del salón, encorvadas sobre la labor que tenían entre manos.

Juliana se volvió hacia él, con el ceño fruncido por el asombro.

—¿Quiénes son?

—Mis antiguas ayudantes y algunas amigas a las que han conseguido reunir. Puede que algunas no sepan leer ni escribir, pero todas las mujeres que viven cerca del Instituto saben coser.

Ella parpadeó.

—¿Cómo es que están aquí?

—Cuando la tía Aurelia vino a ayudarme hoy, me contó muchas cosas. Me dijo que la pobre lady Juliana se estaba dejando los dedos cosiendo. Y que no iba a terminar a tiempo. —Se encogió de hombros—. Así que las contraté.

—¿Las contrataste?

James asintió.

—Antes de que me avisaras de que viniera a casa de Emily.

—Santo cielo. —Le brillaron los ojos de incredulidad y gratitud, y algo más. Algo que hizo que se le estremeciera el corazón—. ¿Te he dicho que te quiero? —susurró con un nudo en la garganta.

Él le apretó la mano.

—Sí, pero nunca me cansaré de oírlo.

—Ojalá que... —Se mordió el labio—. Gracias. Gracias de todo corazón. —Le apretó la mano—. Debo ir a ayudarlas, pero...

—No. Oh, no. Estás demasiado agotada y tenemos cosas mucho más importantes que hacer.

—James...

—Entra si debes hacerlo, diles que Emily está bien y que te han invitado a cenar a Stafford House.

—Tía Frances puede ser un poco distraída, pero no es tonta. Sabe que tu madre está todavía demasiado enferma para invitar a nadie.

—Te estoy invitando yo. Iremos a mi casa después de hablar con Castleton. Tu tía tiene que quedarse aquí para supervisar a las demás, y no es momento de preocuparse por las formalidades, Juliana. Estoy hambriento y mi madre está en cama. Ni siquiera la despertaremos. Ahora, ve. Yo te espero aquí.

Se inclinó para darle un beso suave. Deseaba mucho más, pero sabía que no era el momento. La hermana de Juliana estaba a tres metros de distancia —por suerte, absorta en su pintura— y había muchas cosas que aún tenían que resolver.

Todo seguía en el aire.

Por un momento pareció que Juliana iba a protestar, pero luego asintió y entró en la casa. Empezó a llover mientras James esperaba en el umbral y, cuando ella volvió a salir, corrieron a su carruaje.

—Ya han hecho veintiuna prendas —le informó ella—. Solo les faltan doce, así que no me necesitan. —Como no podía ser de otra manera, Juliana ya tenía un plan—. La Cámara de los Lores está reunida. Tendrás que entrar solo a buscar al duque, pero creo que lo mejor será que le traigas al carruaje para que hablemos juntos con él.

James mandó a un recadero a Stafford House para avisar a su cocinera de que preparara la cena y le dijo al cochero que se dirigiera al Parlamento.

Por desgracia, Castleton no estaba en el Parlamento.

Tampoco estaba en su casa de Grosvenor Square.

Ni en el White's, que era el último lugar donde a Juliana se le ocurrió buscarle.

Era muy desconcertante. Todo seguía en el aire. Le dejaron una nota en su casa y en el club explicándole lo que habían averiguado, junto con sus conclusiones, y pidiéndole que les informara de sus intenciones lo antes posible. Luego, como no podían hacer nada más, se fueron a esperar a Stafford House.

La cena estaba lista cuando llegaron y la mesa estaba puesta para dos, un plato a cada extremo de la mesa ovalada para seis comensales.

—No tengo hambre —dijo Juliana.

—Tienes que comer o te pondrás enferma.

Cogió los platos de un extremo de la mesa y los puso junto a su sitio. Y luego se sentaron. Porque no había nada más que hacer.

James tampoco tenía hambre, en realidad. Había perdido el apetito. Era todo tan incierto... Picotearon algo, alternando el silencio y las conversaciones forzadas mientras les servían los tres platos de la cena.

No podían hacer nada más.

—Quizá deberíamos volver a salir en busca del duque —sugirió Juliana una hora después, cuando terminaron y James estaba sirviendo el oporto.

Él dejó la botella.

—¿Dónde? —preguntó antes de darle un buen trago a su copa.

—No estoy segura. —Ella también bebió un sorbo generoso—. Pero no se me ocurre otra cosa.

En ese momento entró un lacayo vestido con librea roja.

—Milord. —Dejó una carta en la esquina de la mesa, hizo una elegante reverencia y se marchó.

Era una sola hoja de papel grueso, de color crema, doblada en tres y cerrada con un gran sello de lacre rojo. James y Juliana se quedaron mirándola un momento como si les diera miedo tocarla.

—El membrete es del White's —dijo James por fin, empujando la carta hacia ella.

—Es del duque. —Le tembló la mano al levantarla—. Tiene que ser de él.

—Ábrela.

Juliana le dio la vuelta, con una mirada aprensiva en sus ojos verdes.

—Va dirigida a ti.

Evidentemente, creía que él tenía derecho a leerla primero, pero James sospechaba que se la arrancaría de las manos si lo intentaba.

—Ábrela —repitió.

Ella asintió, rompió el sello y desdobló despacio la carta. Antes incluso de terminar de ojearla, soltó un gritito y se lanzó en sus brazos. La carta cayó al suelo mientras le estrechaba con fuerza.

Con tanta fuerza que James apenas podía respirar.

—¿Qué dice? —preguntó sin saber si sus lágrimas indicaban felicidad o desesperación. Su única respuesta fue un profundo sollozo. Sintió que algo se encogía dolorosamente en su pecho cuando se inclinó con torpeza, abrazado aún a Juliana, y recogió el papel para leerlo.

Lord Stafford:

Deseo casarme con lady Amanda Wolverston con o sin su dote. Tampoco hará falta ningún caballo. Agradecería su ayuda y la de lady Juliana para aclarar el asunto, que supongo que lady Amanda querrá verificar con lord Neville. A tal fin, me personaré en casa de Cainewood mañana a las diez de la mañana, a menos que antes tenga noticias suyas.

Atentamente,

Castleton

El dolor que James sentía en el pecho se disipó cuando tomó dos bocanadas del aire más delicioso que había respirado nunca. Al parecer, Castleton no era tan asno como pensaba. Todo iba a arreglarse. Después de la pesadilla de la semana anterior, parecía un milagro.

—Ningún caballo... —Juliana resopló en su hombro—. Ya dijo eso otra vez. ¿Qué demonios querrá decir?

James supuso que ya no le haría daño saberlo.

—Tu hermano le prometió un caballo como parte de tu dote si se casaba contigo.

Ella levantó la cabeza.

—Será una broma. ¿Un caballo?

—Creo que Griffin estaba bastante beodo cuando lo propuso. El caballo en cuestión se llama Velocity, si no me equivoco.

—Idiota.

—¿Griffin o el caballo?

—Griffin, por supuesto. Velocity es un caballo muy inteligente.

James se rio y le dio un beso rápido.

—¿Crees que a mí me regalará a Velocity cuando me case contigo?

—Le estaría bien empleado que insistieras en ello. Aunque no sabía que te gustaran los caballos de carreras.

—No especialmente, pero con la venta de un animal de esa categoría podrían pagarse muchas vacunas. Castleton pujaría muy alto, imagino... ¿Qué? —Juliana se había retirado lo justo para mirarle a la cara, y las lágrimas volvían a correr por sus mejillas—. ¿Qué ocurre ahora?

—¿Eso era una proposición?

James parpadeó.

—Supongo que sí. Aunque no era muy buena, ¿verdad? —Se levantó, la hizo sentarse en la silla y clavó una rodilla en tierra—. Ay.

—Prueba con la rodilla buena —le aconsejó ella con una risa llorosa.

Eso hizo. Con cuidado. Luego la tomó de las manos.

—Mi querida Juliana, amor mío, ¿me harías el grandísimo honor de ser mi esposa?

—¡Oh, sí! —Se lanzó de nuevo en sus brazos, con tanto ímpetu que James cayó de espaldas al suelo. Fue una suerte que hubiera una alfombra, porque se dio un golpe tan fuerte en la cabeza que vio las estrellas—. Lo siento —dijo tumbada sobre él—. ¿Te has hecho daño?

—Qué va. —Le dolía la cabeza a rabiar, pero no le importó—. ¿Y tú?

—No. Sé que odias que las mujeres lloren, pero no puedo evitarlo.

—No pasa nada —le aseguró—, mientras llores de felicidad. —Al ver caer un lagrimón de la barbilla de Juliana a su corbata, añadió—: ¿Eres feliz?

—Oh, sí —suspiró, y se inclinó para besarle.

Le besó *ella*. Y ni siquiera se había desabrochado un botón.

James saboreó aquel instante, luego la estrechó entre sus brazos y la besó. Primero los labios, luego las mejillas, la frente y la barbilla. Y luego otra vez los labios...

—¿Lord Stafford? ¿Va todo bien?

Juliana se levantó de un salto y James giró la cabeza y vio a su ama de llaves de pie junto a él.

—Muy bien, señora Hampton, se lo aseguro. —Se sentó y se pasó una mano por el pelo—. Estábamos... um… a punto de subir al piso de arriba. Sí, eso es. Vamos a tomarnos el oporto en el Salón Pintado.

—Muy bien, milord. ¿Quiere que le traiga algo más?

—Nada. Nada de nada. —Poniéndose en pie desmañadamente, cogió las copas—. Nos vamos arriba.

—Si necesita algo, avíseme —dijo la señora Hampton. Y se quedó allí de pie.

—Por supuesto. Nos vamos ya. —Le dio una copa a Juliana e hizo un ademán con la otra mano que esperaba que pareciera cortés e inofensivo—. ¿Lady Juliana?

55

AL LLEGAR AL FINAL de la elegante escalera, James no llevó a Juliana a través de la biblioteca, hasta el precioso salón con las sillas de cabeza de león, sino en dirección contraria.

—James, eh… ¿El Salón Pintado no es el que tiene todas esas escenas matrimoniales? ¿En el que te di las damas de honor de Richmond y...?

Se interrumpió, pensando que no era el mejor momento para recordarle que había ido a su casa a disculparse por tratar de engañarle. Que había pensado que estaba enamorado de su amiga y que ignoraba que había estado casado anteriormente.

Por suerte, él no pareció advertir aquella pausa abrupta e incómoda.

—Se me ha ocurrido enseñarte otra habitación. La mía, para ser precisos. Aunque muy pronto será la nuestra. —Se detuvo junto a una puerta abierta y le dio un beso rápido, un beso que la dejó con ganas de más—. Cierra los ojos y espera aquí.

La habitación estaba tan oscura que Juliana no alcanzaba a ver nada.

—¿Por qué tengo que cerrar los ojos?

—Tú hazlo. Sígueme la corriente, por favor.

Ella obedeció. Cerró los ojos y esperó. Oyó crujidos, un ruido sordo y, por último, un crepitar que supuso era un fuego al encenderse. Después esperó un poco más, oyéndole andar de un lado a otro, haciendo quién sabía qué, hasta que al fin volvió con ella.

—Muy bien, ya puedes abrir los ojos.

Así lo hizo. James esperaba en la puerta, pero su corpulenta figura le impedía ver lo que había más allá.

—No veo nada —dijo Juliana.

Él, que parecía contener la respiración, asintió y se hizo a un lado.

—¿Qué te parece?

Más allá, la habitación parecía titilar. Sobre las mesas, encima de la cómoda, en las mesillas de noche, había velas encendidas. Al menos una docena, o quizá más.

—Santo cielo —musitó—, qué maravilla.

El dormitorio de James no se parecía al resto de la casa; no había dorados ni nada antiguo u ornamental. Todos los muebles hacían juego, eran de Hepplewhite, modernos, el colmo de la elegancia, tallados en madera ligera y satinada, con líneas curvas, gráciles y diáfanas. Las telas rojas y amarillas parecían sedosas y opulentas. Incluso las paredes estaban forradas de seda, con anchas franjas, sobre un friso blanco esmaltado. Frente a la chimenea blanca —la chimenea que había encendido esa noche fría y lluviosa— había dos sillas y un sillón de aspecto mullido, todo ello tapizado con rayas más finas.

Y luego estaba la cama. Cubierta de damasco rojo y repleta de mullidos cojines amarillos, tenía unos postes esbeltos y altísimos que dominaban la habitación.

Al verla, Juliana sintió que se le aflojaban las rodillas. Pensar que algún día, no muy lejano, compartiría aquella cama con James hizo que se le acelerara el pulso y que se le erizara la piel con súbito acaloramiento.

Bebió un sorbo de su copa de oporto con la esperanza de que el vino dulce y embriagador la calmase.

—Es el dormitorio más bonito que he visto nunca.

Soltando un suspiro tenso, James se inclinó para darle un tierno beso en la coronilla, un beso tan cariñoso que Juliana se estremeció.

—Me alegro mucho de que te guste.

Ella se volvió y le miró.

—Todo parece nuevo, a estrenar.

—Y así es. Lo he hecho redecorar especialmente para ti. Para nosotros. Mi color favorito es el rojo y a ti te gusta el amarillo, ¿verdad?

Juliana bebió otro sorbo y con la mano libre se alisó las faldas amarillas.

—Es mi color preferido. —Se sentía un poco confusa—. Pero ¿cómo...? Quiero decir... Cielos, ¿cómo lo has redecorado tan rápido?

—Hacía semanas que sabía que quería casarme contigo, Juliana. —Su voz grave y densa como el chocolate parecía vibrar a través de ella—. Solo lamento haber tardado tanto en decírtelo. Podríamos habernos evitado muchos disgustos.

A ella volvieron a saltársele las lágrimas. Se estaba convirtiendo en una auténtica fuente.

—Debería haberme dado cuenta —dijo con un nudo en la garganta—. Pero estaba tan convencida de que nunca me amarías… Y tan empeñada en casarme con el duque y en que tú te casaras con Amanda en vez de lord Malmsey...

—Ambos hemos cometido errores, cariño, pero todo va a arreglarse.

Sí, los dos se habían equivocado. Ella no era perfecta; nadie lo era. Era humana, como todo el mundo, y las últimas semanas lo habían demostrado.

En cierto modo era decepcionante, pero por otro lado sabía que era inevitable desde el principio. Y estaba muy, muy agradecida de que todo fuera a salir bien.

—Oh, James, creo que nunca he sido tan feliz. —Tenía el corazón tan henchido que temía que fuera a estallar—. Estoy deseando estar en esa cama contigo.

—Amor mío…

Rodeándola con el brazo con el que sostenía la copa de vino, la atrajo hacia sí y la agarró de la barbilla con la mano libre. Y entonces la besó con ardor, hundiéndole la lengua. Juliana sintió zozobrar sus sentidos y comprendió que no se debía al vino.

Pero el beso terminó demasiado rápido.

James se apartó, con una sonrisa cautivadora en los labios.

—Esperaba que dijeras eso. —La agarró de la mano y tiró de ella hacia el interior de la habitación.

—¿Qué? —No podía querer decir que se metieran en la cama en ese preciso instante—. ¡Tu madre está en casa!

—Sí, pero está enferma y sin duda duerme profundamente. Además, su dormitorio está al final del pasillo. —Al ver que Juliana se paraba en seco, cambió de dirección y tiró de ella hacia el pasillo—. ¿Ves? Es la última puerta. No hay ninguna posibilidad de que nos oiga, cariño. Por muy fuerte que te haga gemir.

Ella se sonrojó intensamente, preguntándose si alguna vez la había hecho gemir. Lo cierto era que no lo recordaba, pero no le sorprendería. Que ella supiera, podía haber estado gimiendo treinta segundos antes. Aquel beso la había dejado sin aliento. Si había algo en lo que James era un experto, era en hacerla perder la cabeza.

Y era cierto que el pasillo era muy largo, se dijo para sus adentros mientras bebía más oporto. Había visto dentro del dormitorio de James una puerta que seguramente conducía a una sala de estar o un vestidor. O a ambas cosas. Sin duda su despacho estaba más allá, y luego estaría el vestidor de su madre, antes del dormitorio, y quizás hubiera también una salita de estar. Y tal vez alguna que otra habitación de invitados en medio. Stafford House era enorme.

Pero todo eso no venía al caso.

—No podemos acostarnos mientras tu madre duerme al final del pasillo. Antes de casarnos, no. No sería correcto, James. Sería muy indecoroso.

—Nunca te había preocupado el decoro. Como tú misma le dijiste a tía Aurelia hace solo dos días, hemos estado a solas más de una vez. —Su voz se volvió aún más grave, más seductora—. En Vauxhall, y en el Panorama, y en jardín botánico...

Juliana se ruborizó de nuevo al acordarse de esas ocasiones. Sobre todo, al acordarse del invernadero de Chelsea y rememorar las emociones que James había despertado en ella.

—Pero entonces no estábamos en una cama. —Bebió más oporto.

—¿De verdad crees que eso importa, amor mío? —La llevó de nuevo a la habitación y cerró la puerta—. Te he besado otras veces, sin cama —le recordó, acercándola a una mesa. Cogió la copa de vino de Juliana y dejó ambas copas en la mesa—. Si lo prefieres, puedo besarte ahora mismo sin que nos tumbemos en la cama. ¿De acuerdo?

Así lo hizo. La apretó contra su cuerpo duro y musculoso y la besó. Fue un beso cálido y profundo. Un beso persuasivo y divino. Sabía a lujuria, a vino dulce y a James, y los sentidos de Juliana comenzaron a girar y a girar en torbellino, de un modo que ya le resultaba familiar.

Despacio, muy despacio, la acercó a la cama y Juliana se movió con él, rodeándole con los brazos y hundiendo los dedos en su cabello rebelde. James le recorrió la espalda con las manos y las deslizó hasta su trasero, sin dejar de estrecharla contra sí, tan fuertemente que Juliana sintió la prueba de su deseo apretándose contra ella. Una oleada de emociones la recorrió, y el ardor se acumuló en ese lugar entre sus piernas que sentía palpitar cada vez que él la tocaba.

Mientras tanto, James siguió acercándola a la cama. Antes de que ella se diera cuenta de lo que ocurría, estaban *en* la cama.

—Es solo una cama —murmuró él—. No hay ninguna diferencia, en realidad. —Y no la había, era cierto, ella lo sabía—. Estamos más cómodos aquí —susurró con una voz tan ronca que la hizo derretirse.

Era más cómodo, sí. Debía de haber un colchón de plumas bajo la colcha, porque Juliana sintió que se hundía. James se acercó más, hasta cubrirla con su cuerpo, apretándola aún más contra el colchón mullido y sensual. La abrazó, envolviéndola por completo, sin dejar de besarla.

Su cuerpo era cálido y pesado pero no en exceso. Debía de estar sosteniéndose de algún modo, porque pesaba solo lo justo para que su peso resultara deliciosamente excitante. Y Juliana deseaba que la besara eternamente. Sabía que no debía permitirle hacer nada más, y el solo contacto de su boca bastaba para satisfacer todos sus deseos.

Pero entonces él dejó su boca para besar su garganta, encontrando una oquedad especialmente sensible. Juliana gimió... Oh, sí, claro que podía hacerla gemir. Menos mal que su madre dormía al final del pasillo, porque James tenía tal habilidad para hacerle perder la cabeza que no había forma de que pudiera refrenarse. Volvió a gemir, se le aceleró la respiración y

deseó que él la besara allí para siempre.

Entonces besó la amplia franja de piel delimitada por su escote, con besos breves y delicados que llegaban a todas partes, y Juliana quiso que la besara allí para siempre. Besó a continuación la parte superior de sus pechos, y deseó que la besara *allí* para siempre.

Después introdujo una mano bajo su cuerpo, lo justo para desabrocharle unos pocos botones, y le bajó el corpiño y la camisa, dejando al descubierto sus pechos.

Hizo una pausa, y sus ojos de color chocolate se empañaron, llenos de deseo.

—¿Quieres que te bese aquí? —preguntó con aquel susurro ronco y arrebatador.

Juliana sentía un hormigueo en los pechos, a pesar de que él ni siquiera los había tocado aún. Le cosquilleaban y solo los estaba mirando. Sus pezones se fruncieron y la hicieron retorcerse.

—Oh, sí —jadeó, y él la besó allí. Primero un pecho y luego el otro. Luego volvió al primero, abrió la boca, atrayéndola hacia sí, y el placer fue tan intenso y excitante que aquel lugar entre sus piernas comenzó a latir con insistencia.

De repente, al recordar cómo la había hecho sentirse cuando la había tocado allí en otra ocasión, sintió que aquello no era suficiente para satisfacer todos sus deseos.

Quería más.

—Oh, James —jadeó—, bésame más.

Él levantó la cabeza y su aliento cálido rozó su piel desnuda.

—¿Quieres que te bese aquí? —preguntó indicando el otro pecho.

—Oh, sí.

Lo hizo y fue un placer aún mayor, más asombroso. La sangre se le había acelerado y respiraba entre jadeos. Deseosa de darle el mismo placer, tocó a James por todas partes, hasta donde alcanzaban sus manos: su pelo rizado y elástico, la curva de su cráneo, la aspereza de sus mejillas; sus hombros duros y esculpidos; la suave y musculosa extensión de su espalda bajo la ropa.

Era una sensación maravillosa, una delicia, pero no alcanzaba más abajo. Sus brazos no eran lo bastante largos.

—Más —susurró—. Bésame más. —Pensando que él volvería a besarle la boca, que se deslizaría por su cuerpo de modo que ella alcanzara con las manos más abajo, jadeó—: Más. Bésame más.

Pero él se movió hacia abajo en vez de subir. La besó a través del fino vestido amarillo, en la cintura y el vientre. Y una mano bajó aún más para quitarle los escarpines. Y a continuación se deslizó bajo sus faldas.

Y por sus piernas, hacia arriba. Le desató los ligueros y le bajó las medias. La seda se deslizó por sus piernas con un cosquilleo acariciador. Luego sus dedos danzaron sobre sus pantorrillas y rozaron sus rodillas, por delante y por detrás, haciéndole cosquillas en las corvas. Siguieron después hacia arriba, entre los muslos, separándole un poco las piernas.

Aquel lugar entre sus muslos palpitaba tan fuerte, con tanta insistencia, que pensó que iba a volverse loca. Pero sabía que no debía dejar que la tocara allí de nuevo, hasta que estuvieran casados. No podía pedirle que la tocara.

—Más, James —susurró, sin embargo—. Bésame más.

Y él obedeció. Le subió las faldas y le besó las rodillas, pasando la lengua por su piel en provocativas caricias. Le subió aún más las faldas y le besó los muslos, por encima y entre ellos, besos suaves que hacían que ella se derritiese, que le derretían el corazón y disolvían su voluntad de resistir. Luego le subió aún más las faldas, hasta el abdomen, y, sin levantar la cabeza ni dejar de besarla, la desnudó hasta la cintura.

Juliana sabía que debía detenerlo, pero gemía sin poder refrenarse. Sabía que se estaba comportando como una libertina, pero no le importaba. Y entonces él levantó la cabeza y, abriéndole las piernas con las manos, la miró *allí*... y ella comprendió que aquello estaba mal, que era perverso.

Pero nunca, jamás, había experimentado nada tan placentero y excitante.

—¿Quieres que te bese aquí? —preguntó James con aspereza.

Juliana nunca había oído hablar de tal cosa. Ni siquiera lo había imaginado. Pero deseaba que la besara allí más de lo que había deseado nada en toda su vida.

Aquel lugar ya no solo latía: su pálpito era como un martilleo.

—¿Quieres que lo haga? —repitió él, y su aliento cálido hizo que el pálpito se intensificara —. ¿Quieres que te bese aquí?

Ella no se atrevía a decir que sí. No osaba aceptar algo tan perverso, a pesar de que deseaba tanto que la besara allí que los ojos se le llenaron de lágrimas.

Él bajó la cabeza, pero no la besó. El pelo —aquellos queridos rizos rebeldes— le caía sobre la frente y Juliana no podía verle los ojos, pero sabía que la estaba mirando, y esa certeza hizo que el pálpito se intensificara hasta hacerse insoportable.

—¿Quieres? —susurró él, y su aliento, más ardiente que nunca, hizo que ella levantara las caderas de la cama.

—¡Sí! —gimió—. ¡Oh, sí!

Y la besó allí. La besó una y otra vez. Su lengua encontró ese punto dulce, haciéndola palpitar más aún. Era un placer caliente, resbaladizo, pequeñas pinceladas de un ardor resbaladizo. Ansiaba tocarle más que nunca, pero no podía alcanzarle, y sus dedos se crisparon sobre la colcha de damasco. Él siguió acariciándola hasta que aquel calor resbaladizo la hizo volar, lanzándola al abismo.

Nunca había sentido nada parecido. Ni siquiera en el invernadero. Gimió. Gimió hasta que James trepó por su cuerpo y sofocó sus gemidos con su boca caliente y habilidosa.

Juliana pensó que se calmaría entonces, como la vez anterior, pero sucedió todo lo contrario. Sus besos la devoraban, haciendo que el pálpito aumentara de nuevo. Ahora su boca no solo sabía a James, no solo sabía a lujuria, a vino y a James, sino también, ligerísimamente, a ella. Y aquella mezcla resultó ser el sabor más delicioso, más increíble, más excitante que había probado nunca.

No era suficiente. Quería sentir ese sabor eternamente, quería que él la besara para siempre, pero no le bastaba con eso.

Y entonces él levantó la cabeza y la miró un momento. Solo la miró. Volvió a besarla, levantó de nuevo la cabeza y la miró otra vez.

La expresión de sus ojos —la devoción y el amor que reflejaba su mirada— era casi insoportable.

—¿Puedo entrar dentro de ti? —susurró con aquella voz áspera y desgarradora—. Te juro, Juliana, que te deseo más de lo que deseo seguir respirando. Más que a mi vida. Cariño, ¿puedo entrar dentro de ti?

Ella gimió de nuevo, pero fue un gemido mudo, que solo se oyó dentro de su cabeza. ¿Por qué no la tomaba sin más? ¿Por qué siempre tenía que pedírselo? ¿Por qué la obligaba a decidir en la misma medida que él, de modo que no pudiera argumentar, ni siquiera ante sí misma, que se había aprovechado de ella?

¿Por qué, por qué, por qué?

Pero ella sabía por qué. Porque era un hombre honorable. Porque era el mejor hombre que

conocía. Porque era todo cuanto ella deseaba, incluso antes de saber qué deseaba.

Le amaba. Le amaba más de lo que creía posible amar a otro ser humano. Y él estaba esperando. Seguía esperando su respuesta. Esperaba oír que le deseaba tanto como él a ella. Esperaba pacientemente, con el corazón puesto en sus ojos marrón chocolate.

¿Cómo podía negárselo a él? ¿Negárselo a sí misma? De todos modos, pronto se casarían, y James merecía oír las palabras que estaba esperando, merecía saber que le deseaba con toda su alma.

Respiró hondo.

—Sí —susurró—. Sí, por favor. Por favor, hazme tuya.

Él se quedó inmóvil. No se movió; ni siquiera respiró.

—¿Estás segura, amor?

¿Por qué tenía que preguntar?

Pero ella sabía por qué.

—Estoy segura. Te quiero más que a mi vida.

No se lo volvió a preguntar. Se apartó de ella, dejándola deseosa, pero solo para quitarse la corbata, la levita y el chaleco. Se desabrochó la camisa y se la sacó por la cabeza. Luego, mientras a ella se le hacía la boca agua al ver su torso desnudo y firme, se llevó la mano a los botones del pantalón y ella se dio cuenta, a pesar de que una bruma empapada de amor envolvía su mente, de que en todo ese tiempo ni siquiera se había desabrochado la ropa. La había besado y acariciado y la había hecho gozar sin desabrocharse un solo botón.

Se desabrochó ahora el pantalón y en un abrir y cerrar de ojos estuvo desnudo. Santo cielo, era magnífico. Juliana le deseó aún más, mucho más de lo que creía posible. Se echó sobre ella y se apoderó de su boca, y ella ansió sentirle dentro. La besó, la besó y...

—¿James? ¿Estás en casa?

Era su madre, fuera, en el pasillo.

—James, ¿eres tú?

—Maldita sea —masculló, y se apartó bruscamente de Juliana. Murmurando obscenidades que ella no había oído nunca, se acercó al armario Hepplewhite y abrió la puerta de golpe. Sacó una bata de seda roja y se la puso con tal violencia que Juliana temió que la rasgara.

—¿James? —Su madre llamó a la puerta.

—Ya voy, madre.

A Juliana le gustaba mucho más verle sin bata que con ella. Furioso, se ató el cinturón anudándolo de un tirón, se acercó a la puerta, la abrió lo justo para deslizarse por el hueco —así su madre no la vería, gracias a Dios— y la cerró tras de sí.

Y Juliana se quedó tumbada sobre la colcha de damasco rojo, temblorosa, escuchando su conversación.

—Ah, James, me ha parecido oírte. ¿Cómo estás, querido?

—Cansado. Estaba durmiendo.

—Pobrecito. —Hubo una pausa durante la cual Juliana se imaginó a lady Stafford revolviéndole el pelo a James, aunque ya era demasiado mayor para eso—. Siento mucho todo lo que ha pasado. Tenía tantas ganas de que te casaras con Juliana…

—Lo sé. —Oyó suspirar a James—. Todavía puede suceder.

—¿Qué quieres decir? —Lady Stafford pareció ilusionada—. ¿Cómo que todavía puede suceder?

—Estoy muy cansado, madre, y no quiero explicártelo ahora. ¿Podemos hablar por la mañana? ¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Mucho mejor. Creo que podré asistir a la boda mañana.

—Confío en que no haya boda. —Su voz sonaba cada vez más débil—. Deja que te acompañe a la cama, madre. Hablaremos por la mañana.

—No quiero esperar hasta mañana para que me lo expliques, James —oyó Juliana a lo lejos.

Y luego no oyó nada más. James debía de estar acompañando a su madre de vuelta a la cama. Tardó mucho en volver y al principio Juliana supuso que se debía a que el pasillo era muy largo, pero, al ver que no llegaba, dedujo que le estaba explicando la situación a su madre. Lady Stafford era muy persistente, después de todo. La mayoría de las madres lo eran. Juliana pensó que seguramente ella también lo sería cuando fuera madre. Si es que alguna vez lo era.

Cielo santo, ¿y si las cosas se torcían?

Por fin, James entró apresuradamente en la habitación y cerró la puerta. Se llevó los dedos al nudo del cinturón. Pero ella se sentó al borde de la cama, se bajó las faldas y se subió el corpiño.

—¿Qué haces?

—Me estoy quitando esta maldita bata. —Parecía tener dificultades para hacerlo. Por lo visto, había anudado demasiado fuerte el cinturón—. Quiero retomarlo donde lo hemos dejado.

—No podemos, James.

—¿Qué? —Levantó la vista sin dejar de deshacer el nudo. O, mejor dicho, de intentar deshacerlo. No parecía que fuera a ceder—. ¿Por qué dices eso? Sé que te habrás enfriado un poco mientras hablaba con mi madre, pero enseguida volverás a entrar en calor, cariño. Te haré gemir en un santiamén.

—¿Y si algo sale mal?

—¿Qué quieres decir?

—Te he oído, James. Te he oído decirle a tu madre que aún puede suceder. Que confías en que no haya boda mañana.

Sus dedos resbalaron en el nudo, pero agachó la cabeza y siguió luchando por deshacerlo.

—Solo intentaba que volviera a la cama. No quería pararme a explicárselo todo. No me apetecía tener una *discusión.* Quería volver contigo.

—No podemos volver a hacer eso. ¿Y si algo se tuerce? No podemos hacer el amor si te vas a casar con Amanda.

James dejó de intentar deshacer el nudo y la miró.

—No voy a casarme con lady Amanda. Has leído la nota de Castleton. Todos estamos de acuerdo.

—El padre de Amanda, no.

—¡Ni siquiera es su padre!

—Eso no tiene importancia. Es su tutor legal. Podría poner otras objeciones.

James se sentó en la cama junto a ella.

—¿Qué se le podría ocurrir ahora? ¿Qué relación ilícita podría alegar para impedir que lady Amanda y Castleton se casen?

—No lo sé. Lo único que sé es que antes todos pensábamos que no podía poner ningún reparo válido y resultó que sí podía. Así que es posible que ponga otra objeción. O que la ponga otra persona. No lo sabemos, James. —Le frotó la espalda a través de la seda roja, pensando que parecía muy tenso y frustrado. Bueno, ella también estaba frustrada, pero eso no cambiaba nada —. Vamos a tener que esperar. No nos moriremos por eso. Será poco tiempo.

—Ya lo creo que será poco tiempo, maldita sea. En cuanto aclaremos este asunto, nos casaremos, mañana mismo. De todo modos, pensaba casarme mañana.

A pesar de su frustración, a pesar de todo, Juliana no pudo evitar que una risa suave escapara

de su garganta.

—No seas absurdo. No podemos casarnos mañana.

—¿Por qué no? Fue ridículamente sencillo conseguir la licencia especial para casarme con lady Amanda. Solo hizo falta dinero. Puedo conseguir otra licencia a tu nombre mañana mismo, sin ningún problema.

—No solo necesitamos una licencia, James. Yo necesito un vestido de novia. Y mañana tenemos que lidiar con el lío del parentesco de Amanda, y además yo tengo que entregar la ropita de bebé. Los gobernadores me esperan en el Hospital de Expósitos mañana por la tarde con doscientas cuarenta prendas.

¡Menos mal que habían terminado la ropa! Las mujeres que había contratado James solo tenían que hacer doce prendas más. Todo iba a salir bien.

O eso esperaba.

—De acuerdo —dijo él con fastidio—. Nos casaremos el sábado que viene. ¿Ya puedo besarte?

—Sí, puedes besarme. Y luego tenemos que ir a contarle a Amanda lo que está pasando.

La besó y volvió a besarla y, mientras ella le rodeaba el cuello con los brazos y le besaba a su vez, cruzó los dedos deseando que todo saliera bien.

56

Y **ASÍ FUE COMO** James llegó a casa de lady Amanda el día que lord Wolverston había ordenado, pero doce horas antes de lo previsto. No llegó, además, por la puerta principal, como habría sido lógico.

—Creo que su dormitorio es ese —susurró Juliana, mirando hacia arriba desde el jardín trasero—. Esa ventana con cortinas azul claro.

Estaba en la primera planta. James observó la pared, que era de estuco liso, sin puntos de apoyo visibles. Se agachó para recoger unos guijarros.

—¿Qué haces?

—Intento avisar a lady Amanda. —Lanzó una piedrecilla y el ruido que hizo pareció oírse en varias leguas a la redonda.

Ella se estremeció.

—Vas a despertar a alguien.

—Ajá. De eso se trata. —*Clinc*.

—Creía que ibas a escalar la pared.

Clinc.

—Siento decepcionarte —*clinc*—, pero vas a casarte con un médico, no con un deportista. —*Clinc, clinc*—. Ya tengo una rodilla lesionada.

—Voy a casarme con un médico —repitió Juliana como si no acabara de creérselo.

James también pensaba que era demasiado maravilloso como para creérselo. Sobre todo, porque varios de los implicados aún no sabían lo que estaba pasando. Y porque alguien podía poner alguna objeción. Por eso ella había insistido en que no hicieran el amor, y había hecho bien en insistir.

Pero aun así le encantaba oír esas palabras de su boca.

—James.

—¿Hmm? —*Clinc*.

Antes de que pudiera lanzar otro guijarro, ella le cogió la mano.

—Te quiero.

James se volvió y le sonrió. Había dejado de llover, el cielo se había despejado y la escasa luz de la luna llena se reflejaba en su hermoso cabello liso, que se había soltado de las horquillas mientras estaban en la cama. Su pelo era de un millón de tonos distintos de rubio y castaño. Le tocó la mejilla con la mano libre —James imaginó que notaba su ligera aspereza— y, cuando él agachó la cabeza, dejó escapar un suspiro de expectación.

—¿Qué está pasando ahí fuera? ¿Lord Stafford? —Lady Amanda había abierto la ventana—. ¿Qué está haciendo con lady Juliana? —No parecía muy contenta.

James y Juliana se separaron de un salto.

—Hemos venido a despertarla —contestó él.

Le explicaron rápidamente lo que habían descubierto y los ojos de lady Amanda fueron agrandándose cada vez más. Al final, Juliana suspiró con simpatía.

—Espero que no te disgustes mucho al saber que eres... bueno...

—¿Una bastarda? —respondió su amiga, temblorosa—. No debería, ¿verdad? A fin de cuentas, el hombre al que amo también lo es.

—¡Santo cielo! —exclamó Juliana con una risa suave—. Está claro que has cambiado de opinión. Reúnete con nosotros en mi casa a las diez en punto. El duque estará esperando. Iremos todos juntos a casa de lord Neville para verificar que es cierto.

—Mi padre no me dejará salir de casa a las diez. Espera que me case al mediodía.

—No es tu padre —le recordó Juliana—. No tienes obligación de obedecerle. Seguro que encontrarás la manera de salir.

—No puedo...

—Dile a lord Wolverston que vas a vestirte para la boda —dijo Juliana en voz alta, y luego añadió en voz baja—: Pero ¿es que tengo que planearlo yo todo? —Suspiró y volvió a alzar la voz—. Me aseguraré de que haya una escalera en tu ventana para que bajes. Haré que uno de los lacayos de mi hermano la traiga.

—¡No puedo salir por una ventana!

—Entonces sal por la puerta de servicio. Sea como sea, te espero en mi casa a las diez.

Mascullando por lo bajo, lady Amanda cerró la ventana y Juliana se volvió y miró a James un momento. Levantó las manos y las puso sobre sus hombros.

—Iba a besarte antes de que Amanda abriera la ventana —dijo en voz baja.

En realidad, era él quien iba a besarla a ella, pero no le pareció buena idea llevarle la contraria. Sobre todo cuando le miraba así, con esos ojos tan azules. Incluso a la tenue luz de la luna se veía que los tenía azules.

—¿Puedo besarte ahora? —preguntó ella.

—Sí —contestó, y Juliana le besó.

Después de todas las semanas que había pasado intentando tentarla para que le permitiera besarla, ella le besó. Le besó mientras caminaban de vuelta a la calle, tropezando al pasar por el lateral de la casa. Y mientras caminaban por la calle, ignorando el ruido de un carruaje que pasó por su lado. Y siguió besándole cuando llegaron a la puerta de su casa.

Por fin, James se apartó, riendo por lo bajo.

—Me estás dejando agotado.

Ella le atrajo hacia sí y volvió a besarle, un beso rápido y alegre.

—No voy a durar hasta el próximo sábado —dijo él—. Necesito *macaroons* para resistir.

—Ah —suspiró ella, y luego añadió—: ¿Sabes qué, James? No quiero que haya más secretos entre nosotros.

—Estoy de acuerdo. Ni secretos ni mentiras.

—Yo *nunca* miento —dijo ella, poniéndose un poco a la defensiva—. Bueno, le mentí a ese maldito médico, pero nunca miento a no ser que sea absolutamente necesario. Yo tampoco quiero mentiras, ni medias verdades. —Respiró hondo—. Los *macaroons* no dan resistencia, en realidad —confesó atropelladamente.

—¿Ah, no? —Él soltó una risita.

—¿Te estás riendo de mí? ¿De mí, de la mujer con la que quieres casarte?

Bueno, quizá sí, pero solo porque sus pequeñas supersticiones le hacían muchísima gracia.

No era supersticioso en absoluto y le costaba creer que alguien pensara que unas galletitas podían dar resistencia a un hombre. Resistencia o cualquier otra cosa, aparte de su delicioso sabor.

Pero no se había reído con mala intención; solo se había reído porque la quería y le encantaban todas sus rarezas, especialmente aquella.

—No me he reído —dijo, aunque eso significaba que ya le estaba diciendo una verdad a medias.

Había estado casado anteriormente, así que sabía que eran necesarias algunas medias verdades para mantener una relación armoniosa. Pero solo le diría medidas verdades cuando fuera absolutamente necesario.

—Está bien —dijo ella, y luego agregó en un tono más bajo—: En realidad, los hice para que te pusieras cariñoso.

—¿Ah, sí? —contestó él, pero esta vez no soltó una risita. De hecho, se sentía bastante cariñoso en ese momento, incluso sin los *macaroons*, lo que era lógico dado que era imposible que unos dulces pudieran hacer que un hombre se pusiera cariñoso. Pero le encantaba que ella creyera que sí—. Eres un tesoro, Juliana —le dijo, esperando que le hiciera *macaroons* muchas, muchas veces en años venideros.

Lo esperaba con todas sus fuerzas.

Luego volvió a besarla y se marchó, se fue a casa y pasó el resto de la noche con los dedos cruzados, a pesar de que no era supersticioso.

57

AL FINAL, fue Amanda quien puso objeciones.

Llegó a casa de Juliana a las diez y cuarto, temblando como una hoja.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó Juliana—. Se suponía que tenías que estar aquí a las diez. Vives calle abajo.

—Ha sido por culpa de este vestido. —Paso las manos por la enorme y voluminosa falda blanca de su vestido, pasado de moda desde hacía al menos veinte años. Cielo santo, era tan ancha que debía de llevar miriñaque debajo—. ¿Alguna vez has intentado bajar por una escalera con un vestido de este tamaño?

—¿Por qué te lo has puesto?

Amanda la miró como si hubiera perdido la cabeza.

—Es el vestido de novia de mi abuela. Es tradición familiar llevarlo.

Llevaba cincuenta años pasado de moda, entonces. La falda estaba de hecho algo amarillenta, no era de un blanco puro.

—No te vas a casar hoy, Amanda. Por eso vamos a ir a hablar con lord Neville.

—Después de decirle a mi padre que me iba a vestir para la boda, no podía hacer otra cosa, ¿no crees? —Miró al duque—. Además, nos vamos a casar hoy, ¿verdad?

—Hoy no —contestó rígidamente el duque—. Una boda ducal suele requerir meses de preparación.

—Si uno ama a una mujer —dijo James despectivamente—, lo lógico es querer casarse con ella lo antes posible.

Juliana creyó oírle murmurar «menudo asno», pero estaba segura de que James no diría eso. De un duque, no. Y le preocupó por un instante que el duque dijera que en realidad no amaba a Amanda, sino que solo le tenía cierto afecto, lo que podía echarlo todo a perder.

Pero por suerte eso no ocurrió. Fueron todos a casa de lord Neville y James llamó con la aldaba.

El demacrado mayordomo salió a abrirles.

—¿Sí?

—Venimos a ver a lord Neville —dijo Juliana.

Los ojos del anciano se abrieron de par en par cuando vio a Amanda con un vestido de novia que su propia esposa podría haberse puesto cincuenta años atrás, suponiendo que alguna vez se hubiera casado, cosa que probablemente no había hecho, ya que la mayoría de la gente exigía que sus mayordomos permanecieran solteros. Pero, como era un mayordomo educado, no dijo nada. Sobre eso, al menos.

—Esperen en el salón, por favor —dijo—. Veré si lord Neville está en casa.

El vizconde Neville estaba en casa, por supuesto. Pasaba las noches con sus diversas amantes o en su club, lo que significaba que nunca salía temprano de casa. De hecho, bajó un poco desaliñado, como si su ayuda de cámara hubiera tenido que sacarle de la cama.

Juliana se dio cuenta enseguida de que era, en efecto, el padre de Amanda. Su amiga se situaba, por edad, entre los dos hermanos de Emily, el que estaba casado y el que pasaba la mayor parte del año en Cambridge. Lord Neville era rubio y tenía los ojos grises como sus dos hijas, y además era alto, igual que ellas. Y como no parecía privarse de ningún capricho, a Juliana no le extrañaba que se hubiera acostado con la madre de Amanda.

O al menos no le extrañaba tanto como le habría extrañado apenas unas semanas antes. Al parecer, vivía en una calle muy promiscua. Además de la aventura de lord Neville y la madre de Amanda, lord Wolverston se había acostado con la difunta duquesa de Castleton cuando esta vivía en casa de Juliana.

Menos mal que James y ella iban a vivir en St. James's Place y no en Berkeley Square. Eso suponiendo que todo saliera bien, claro. Estaba deseando averiguarlo.

Nadie decía nada y el vizconde Neville parecía un poco desconcertado por ver a tanta gente en su casa. Parecía intrigarle especialmente Amanda, con su viejo vestido de novia. Juliana se moría por resolver el misterio, así que pensó que más le valía no andarse con rodeos.

—Lord Neville, ¿es usted el padre de lady Amanda? Ella tiene una marca de nacimiento en forma de flor de lis en el mismo lugar que usted y que Emily.

Amanda ahogó un grito de sorpresa y se sonrojó intensamente, y Juliana lamentó avergonzarla, pues sabía que para su amiga aquel era un detalle muy íntimo. Pero pensó que era preferible hablar sin tapujos, en vez de esperar a que lord Neville pidiera verlo, lo que habría sido aún más embarazoso para Amanda.

—Llevo veintitrés años preguntándomelo —contestó lord Neville lentamente—. Por favor, permítanme explicarme.

Lord Neville estaba soltero, tras la muerte de su primera esposa y antes de su boda con la segunda, cuando Amanda fue concebida. Había estado muy enamorado de la madre de Amanda, pero lord Wolverston se había negado a conceder el divorcio, que ella deseaba. Por desgracia, era imposible que una mujer se divorciara de su marido, aunque un hombre sí podía divorciarse de su esposa si ella le había sido infiel. Como lord Neville y lady Wolverston no estaban del todo seguros de que el hijo que ella esperaba fuera del vizconde, pensaban esperar a ver si el bebé tenía la marca de nacimiento de los Neville y, si así era, utilizarían ese hecho para presionar al conde y conseguir el divorcio. Wolverston no era el tipo de hombre que habría soportado que se supiera que era un cornudo, sobre todo si había pruebas que pudieran hacerse públicas. Su honor lo era todo para él. Anteponía su reputación a la felicidad de cualquier otra persona.

—Eso es del todo cierto —murmuró Juliana.

—Lo siento muchísimo, querida —le dijo lord Neville a Amanda, que se había puesto pálida y le miraba con fijeza. Neville comenzó a acercarse a ella—. Sufrí horriblemente cuando tu madre murió al dar a luz y lord Wolverston se negó a dejarme verte. No era un hombre muy agradable.

—Sigue sin serlo —dijo Juliana.

—Nunca supe con certeza si eras mi hija —continuó lord Neville, acercándose todavía a Amanda, que seguía con la vista fija en él—. Esperaba que lo fueras, pero no había forma de averiguarlo. Cuando creciste, a veces te veía y más de una vez pensé en preguntarte si tenías la marca de nacimiento. Pero parecías una joven muy reservada y temía que una pregunta así te escandalizara.

—La habría escandalizado —dijo Juliana.

Lord Neville estaba ya de pie frente a Amanda.

—También temía que lord Wolverston te tratara con dureza, al sospechar que no llevabas su sangre en las venas...

—Así ha sido —le interrumpió Juliana.

Lord Neville bajó la cabeza.

—Lo siento mucho.

Amanda pareció cobrar vida de repente. Como era una mujer muy reservada, no saltó a los brazos de lord Neville como habría hecho Juliana, pero por fin abrió la boca.

—No lo sienta —dijo—. Lo comprendo. Y me alegro de que mi padre sea usted y no lord Wolverston.

Lord Neville la tomó entre sus brazos y la estrechó con fuerza. Amanda también le abrazó, aunque con menos ímpetu.

—Me alegro de que se haya aclarado todo —dijo el duque—. Ya podemos empezar a planear nuestra boda para el próximo verano.

Y fue entonces cuando Amanda protestó.

Soltó a lord Neville —no quisiera Dios que se acercara demasiado a un hombre, aunque ese hombre fuera su padre recién descubierto— y se volvió hacia el duque.

—Me opongo a ese plan —dijo, y añadió despectivamente—: Si me amas, lo lógico sería que quisieras casarte conmigo lo antes posible.

Una vez más, Juliana temió que el duque dijera que no la amaba exactamente, lo que podía echarlo todo a perder. Pero no lo hizo. Se limitó a mirarla con la boca abierta.

Amanda levantó la barbilla.

—Llevo puesto el vestido de novia de mi abuela. Creo que deberíamos fugarnos ahora mismo a Gretna Green.

—Eso no sería muy ducal —contestó él por fin—. De hecho, sería muy impropio.

Amanda levantó más aún la barbilla.

—Me da igual. Estoy cansada de ser siempre tan formal. Quiero casarme contigo enseguida.

Y entonces le lanzó *la mirada*. Miró hacia abajo e inclinó un poco la cabeza para que sus pestañas se desplegaran sobre sus mejillas. Luego levantó los párpados, volvió a mirar al duque de frente y despacio, muy despacio, curvó los labios en una sonrisa seductora.

El duque no cayó rendido a sus pies, pero suspiró y dijo:

—Muy bien, entonces.

Juliana se quedó de piedra. Absolutamente de piedra. Cuando ella había probado aquel truco con el duque, no había surtido ningún efecto.

Evidentemente, tenía razón al decir que Amanda y él eran tal para cual. El duque *necesitaba* a Amanda. Con Amanda a su lado, aprendería a ser cariñoso y tal vez consiguiera engendrar un hijo dentro de una década.

James le pasó el brazo por la cintura delante de todos y la atrajo hacia sí. Encajaban perfectamente.

—Todo ha salido bien —dijo con aquella voz grave y achocolatada que la hacía estremecerse.

Aunque seguramente tenía razón, era demasiado maravilloso como para creerlo. Sobre todo, porque alguien podía poner aún algún reparo.

—¿Y qué hay de lord Wolverston? —le preguntó a Amanda, cruzando los dedos—. Podría tener alguna objeción.

—No es mi padre —le recordó su amiga, y sonrió a lord Neville—. No tengo obligación de obedecerle. Y me importa un bledo mi herencia. David es todo cuanto necesito.

Era una lástima que Amanda no *quisiera* al duque en lugar de necesitarle, pensó Juliana. Pero ninguno de los dos tenía la capacidad de sentir emociones tan fuertes. Y con su ayuda, Amanda estaba cambiando. Tal vez aún no fuera un cisne, pero distaba mucho de ser un patito feo.

Descruzó los dedos y se dijo que estaba muy, muy agradecida porque todo hubiera salido bien.

—James, estoy segura de que nunca he sido tan feliz —suspiró, volviéndose hacia él y abrazándole. Y con el corazón tan henchido de gozo que temió que fuera a estallar, le besó delante de todos.

Fue una sensación divina. Él sabía a amor, a lujuria y a James, lo que hizo que sus sentidos empezaran a zozobrar, como de costumbre.

—Ejem.

El beso terminó demasiado rápido. Se apartó de James y vio que el duque los miraba pasmado, con cara de desaprobación. A diferencia de Amanda, él no había cambiado mucho. Pero, a fin de cuentas, su actitud era resultado de toda una infancia de frialdad y maltrato. A Juliana no le sorprendería que Amanda tardara más de un par de años en contrarrestar todo aquello.

Y ella, Juliana, también había cambiado. Había escarmentado. Y tenía que hacer una declaración.

—No volveré a entrometerme en la vida de los demás —dijo.

James soltó una risita y los demás rompieron a reír.

58

—**MUCHAS GRACIAS** —dijo uno de los gobernadores del Hospital de Expósitos en la Sala del Comité, aquella tarde—. Nuestro próximo día de recepción es el segundo sábado de agosto.

—¿El día diez? —preguntó Juliana.

—Sí —contestó otro gobernador—. Le agradecemos mucho que done la ropa de bebé, querida.

James se mordió la lengua hasta que salieron al patio del hospital, pero entonces no pudo contenerse más.

—¡No puedo creer que te hayas comprometido a hacer más ropa! ¡Estás agotada y abrumada!

—¿Cómo voy a negarles a esas pobres chiquillas lo que esté en mi mano hacer por ellas? —Juliana señaló a las niñas que hacían ejercicio vestidas con uniforme—. Si, gracias a mi donación, el hospital puede acoger aunque solo sea a un bebé más y una madre puede volver a trabajar y llevar una vida decente, vale la pena el esfuerzo.

Viendo que no estaba convencido, se acercó y le puso las manos sobre los hombros. Juliana olía a sol y a flores.

—Esta vez sé a qué atenerme —dijo—. Me organizaré mejor. La última vez empecé con una sola sesión de costura la semana, pero ahora sé que...

—No harás más sesiones —la interrumpió él—. Contrataré a gente para hacer la ropa.

—Por mucho que te quiera porque lo hicieras ayer, esto no debería ser responsabilidad tuya. Bastante te cuesta ya encontrar gente para que trabaje en el Instituto.

—Tú me solucionaste ese problema, y contratar costureras no va a costarme ningún esfuerzo. Todas mis antiguas ayudantes me deben algún favor.

—Ya lo creo. ¡Les diste cincuenta libras a cada una! ¿Te das cuenta de que con eso basta para sufragar los gastos de una familia pequeña durante dos años? Eres demasiado bueno, James. Demasiado generoso.

Nunca sería demasiado bueno ni demasiado generoso con ella. Juliana se merecía todo lo que pudiera darle y más. A pesar de sus rarezas, no podía haber una mujer más maravillosa en todo Londres. Mejor dicho, en el mundo entero.

Era un tesoro. Era exactamente lo que necesitaba para tener una vida plena. No sabía cómo iba a esperar hasta el sábado siguiente para hacerla suya.

—Ninguna de esas ayudantes tendrá que entregar a su bebé al Hospital de Expósitos —le recordó—. Pero tampoco pueden trabajar, porque nadie les permitirá llevar a sus hijos a su lugar de trabajo. En cambio, sí que pueden coser la ropita de bebé en casa y estoy seguro de que les vendrán bien los ingresos extra, incluso con mis cincuenta libras.

—Pero tienes que guardar tu dinero para pagar las vacunas contra la viruela.

—Ah, mi preciosa Juliana… —¿Había alguna otra mujer que se preocupara tanto por los demás?—. No tengo suficiente dinero para librar al mundo de la viruela yo solo, pero puedo hacer lo que esté en mi mano aquí, en Londres, y aun así pagar a algunas costureras y comprarte vestidos bonitos y cualquier otra cosa que desees. No estoy en la indigencia, sabes.

—Lo sé. En tu casa usas cubiertos de oro.

—Son de plata de ley bañados en oro.

—Ya me lo imaginaba. —Juliana suspiró—. ¿Seguro que no quieres que haga ropa de bebé?

No se le daba especialmente bien coser y no había ninguna otra dama de la alta sociedad londinense que estuviera dispuesta a empuñar la aguja, como no fuera para bordar y hacer dechados. Claro que tampoco había ninguna otra dama de la aristocracia que él conociera que pusiera un pie en la cocina. Juliana era diferente y por eso la quería.

Le sonrió. La quería más de lo que nunca había creído posible y la deseaba más que a su propia vida. Los siete días siguientes iban a ser un infierno.

Un infierno absoluto y atroz.

—Por supuesto que quiero que hagas ropa de bebé —le dijo—. Para *nuestros* bebés.

Y vio cómo sus ojos se tornaban azules antes de besarla.

59

Sábado, 10 de agosto
Cainewood Castle

CUANDO JULIANA soñaba con recorrer el pasillo hacia el altar, esas últimas semanas, a menudo se había imaginado al duque. Pero nunca se había imaginado a Amanda del brazo del duque. Sin embargo, cuando se volvió hacia sus invitados tras la ceremonia, en la antigua capilla de su familia, los vio a ambos y comprendió que la estampa de su boda era perfecta.

Incluso aunque la niña de las flores llevara encima una culebra.

Todo había salido a pedir de boca. Emily no había enfermado de viruela y las Lambourne se habían recuperado. Desde que Amanda y el duque habían regresado de Gretna Green, Juliana los veía a veces cogidos de la mano y empezaba a pensar que quizá concibieran un hijo dentro de un año Y, oh milagro, tía Frances y lord Malmsey *ya* esperaban uno. Al volver de entregar la ropa de bebé, se los había encontrado esperando en el salón, con un párroco y una licencia especial. Dos semanas después, Frances había tenido su primera falta.

Todos estaban contentos.

Menos James.

Juliana notaba la tensión de su brazo y, al mirarle mientras volvían a recorrer el pasillo, temió que estuviera apretando los dientes. Se había sentido muy frustrado cuando Frances, sus tías y su madre se empeñaron en disponer de un mes entero para organizar la boda, y aún más al ver que los preparativos eran agotadores y que las mujeres mayores de su familia los vigilaban a todas horas, de modo que Juliana y él no habían podido disfrutar de un solo momento de intimidad.

Ella también había sentido esa frustración, por supuesto, pero, a fin de cuentas, solo pensaba casarse una vez. Necesitaba un vestido de novia y quería que todo fuera perfecto. Y aunque sabía que James tenía tal habilidad para hacerle perder la cabeza que, si lograba quedarse a solas con ella solo treinta segundos, la haría gemir y ceder al instante, sospechaba que esperar hasta que estuvieran casados haría que su noche de bodas fuera mucho más especial.

Además, compartir la cama antes de la boda habría sido muy indecoroso. Ella no era una mojigata, desde luego, pero se esforzaba por hacer lo correcto. No era una rebelde como Corinna. Una cosa era besarse antes del matrimonio y otra bien distinta hacer el amor.

Aun así, la espera se le había hecho terriblemente difícil y había sido para ella un alivio que un par de semanas antes el Parlamento diera por terminadas sus sesiones, lo que significaba que la temporada había acabado y todo el mundo se había ido a sus fincas en el campo. James se había quedado en Londres para ayudar a su madre a mudarse a casa de sus tías, y los cuatro habían llegado a Cainewood la noche anterior.

Las horas transcurridas desde entonces habían sido un perfecto infierno para ambos.

Cuando salieron de la capilla al patio del castillo de Cainewood, James pasó la mano por los botoncitos forrados de la espalda de su precioso vestido blanco.

—Ya está. Estamos casados. ¿Puedo hacerte el amor ya?

A pesar de su frustración, ella se rio.

—No podemos dejar a nuestros invitados dos minutos después de la ceremonia, James.

No había habido tiempo de planear una boda muy concurrida —ello habría requerido mucho más de un mes—, pero todas las personas que le importaban estaban presentes. Recorrió con la mirada la verde pradera de césped que se extendía en medio del castillo de cuatro plantas. Allí, a la sombra de los muros almenados, estaban sus hermanas. Los ojos de Corinna brillaban con cierto asombro mientras posaba una mano en la barriga cubierta de seda azul de Alexandra, que ya sobresalía un poco. A su lado, Tristan sonreía a su mujer.

Dispersa por el jardín había gente con la que Juliana había crecido, además de un contingente de Berkeley Square junto a la ruinosa torre del homenaje y unos cuantos vecinos del campo paseando por las almenas. Los amigos y colegas de James también estaban allí. Claire y Elizabeth se contaban confidencias en voz baja, y sus cabezas morenas brillando al sol poniente. Noah, el primo de Juliana, alto y apuesto, charlaba con las tías de James.

Allí estaba lady Stafford —su suegra, al fin—, mucho más pegada a lord Cavanaugh de lo que aconsejaba la decencia. Allí estaban el duque y Amanda, de nuevo cogidos de la mano, hablando con lord Neville y Emily. Allí estaba lady Mabel, que en el campo respiraba mucho mejor. Y allí, de pie entre la agreste vegetación que les llegaba hasta los tobillos, en el viejo patio inclinado, estaban lord Malmsey y tía Frances.

—James, ¿me prestas tu monóculo?

Vestido de boda, él llevaba el monóculo en un bolsillo en vez de llevarlo colgando del cuello con una cadena, como de costumbre. Cuando lo sacó y se lo dio, Juliana se lo acercó al ojo izquierdo.

—¡La tía Frances se ha puesto las gafas!

—A lord Malmsey no parece importarle —comentó James mientras veían a la pareja besarse a hurtadillas—. Dicen que el amor es ciego.

—¿Quién lo dice? —Juliana le devolvió el monóculo—. Por favor, no me digas que es un proverbio romano.

Su risa grave la hizo vibrar.

—Creo que lo oí en el teatro. En *Romeo y Julieta*, si no me equivoco. No soy muy culto, ya lo sabes. Prefiero los periódicos y las novelas.

Ella también. Y le encantaba el teatro. James y ella tenían de verdad intereses comunes. Con un suspiro de contento, volvió a echar un vistazo a los invitados y se fijó en Rachael, que estaba sola, mirando a Griffin subir los escalones del gran salón.

James se guardó el monóculo en el bolsillo y sacó otra cosa. Algo que brillaba al sol de la tarde.

—Un detalle para recordar este día —dijo con una sonrisa.

—Ya tengo mi anillo. —Juliana hizo girar en su dedo la sencilla alianza de oro, una reliquia de los Stafford que le había encantado al instante—. Y te tengo a ti, que es lo mejor de todo.

—Y ahora tienes también esto. —Levantó el colgante: un corazón de oro blanco con diamantes incrustados.

Ella se quedó sin aliento al verlo.

James le puso la delicada cadena al cuello y la abrochó.

—Ya han pasado cinco minutos, como mínimo —le susurró al oído—. ¿Puedo hacerte el amor ya?

—No —contestó ella riendo, y tocó el precioso colgante, posado en su escote—. Tengo que departir con nuestros invitados.

Poniéndole un dedo en la barbilla, él le levantó la cara. Juliana notó su olor a jabón, a almidón y a James, y el corazón se le encogió en el pecho. De repente le faltaba la respiración.

—Te doy una hora —le advirtió él suavemente, acercando sus labios a los de ella—. Ni un minuto más. —Luego le dio un beso rápido y la dejó marchar.

GRIFFIN EXAMINÓ el gran salón una última vez, satisfecho con lo que veía.

La estancia no tenía tan buen aspecto desde el baile que había organizado el año anterior con la esperanza de encontrarle marido a Alexandra. Los enormes tapices gobelinos de los extremos del salón se habían limpiado y vuelto a colgar, y sus vistosos colores parecían desafiar su antigüedad. Bajo el viejo artesonado, el antiguo suelo de madera relucía, bien bruñido. Los sirvientes se afanaban en encender las antorchas colocadas entre las ventadas ojivales de cristal emplomado. Pronto la enorme sala estaría inundada de luz. Arriba, en la galería de los juglares, los músicos afinaban sus instrumentos.

En cuestión de minutos, la sala se llenaría de música y baile, de risas y opulentos invitados. Confiaba en que fuera una noche que Juliana recordara toda su vida. Lo que más deseaba en el mundo era ver felices a sus hermanas.

Por suerte, solo le quedaba una por casar.

—Griffin —oyó decir cerca de él. Era una voz grave y sensual.

Al volverse vio a su dueña. Estaba allí de pie, con un vestido rojo que se ceñía a sus curvas seductoras. Llevaba la mayor parte del pelo recogido en un sofisticado moño que solo dejaba algunos mechones castaños sueltos, cayendo en suaves ondas alrededor de la cara. Su piel desprendía un aroma delicioso que parecía decir «ven, acércate», y que le hizo dar un paso atrás.

No la había vuelto a ver desde que ella había rechazado su oferta de ayudarla, el mes anterior. Juliana no había convocado más sesiones de costura y él no había asistido a más bailes. Había estado ocupado con asuntos del Parlamento y después con algunos problemas de poca importancia allí, en la finca. Las dichosas responsabilidades que había heredado junto con el título que no deseaba le habían mantenido tan atareado que no había tenido tiempo de asistir a reuniones de sociedad.

Lo cual le parecía bien. Hacía cinco semanas enteras que no rechinaba los dientes.

—¿Qué quieres, Rachael?

Ella pestañeó, sin duda extrañada por la dureza involuntaria de su tono, pero enseguida recuperó la compostura.

—Si tu oferta sigue en pie, sí, me gustaría que me ayudaras a revisar las cosas de mi madre.

Griffin sonrió, ablandado de pronto.

—¿Antes de Navidad?

Ella respiró hondo y asintió.

—¿Qué tal la semana que viene?

60

CINCO HORAS después, James se encontró ante la fila de botones más impresionante que había visto jamás.

Durante el último mes —el más largo de su vida— había imaginado esa noche cientos de veces, puede que miles. Y de momento todo había salido más o menos como había previsto.

Había cerrado con llave la puerta de la habitación —la Cámara Dorada, como la llamaba Juliana— y había procedido a besarla hasta dejarla sin sentido mientras débiles retazos de música romántica les llegaban desde el gran salón, al fondo del pasillo. Sin dejar de besarla con ansia, había conseguido despojarse de toda la ropa salvo de los pantalones y la camisa desabrochada y se las había arreglado para quitarle a Juliana parte de sus prendas: cosas pequeñas pero esenciales, como los zapatos de raso y las medias.

Estaba muy orgulloso de sí mismo, de hecho, porque estaba decidido a tomárselo con calma dado que era la primera vez de Juliana y, si alguien merecía una primera vez lenta y amorosa, una primera vez que recordara toda la vida, era su preciosa Juliana. Y hasta ahora, a pesar de que estaba casi temblando de ansiedad y deseo, había conseguido ir despacio.

Pero entonces le dio la vuelta y vio todos esos botoncitos forrados de tela.

—¿Se puede saber por qué has encargado un vestido con tantos botones? —dijo entre dientes. No recordaba haber estado nunca tan frustrado. Dios santo, si todo iba conforme había planeado, si seguía yendo despacio, desabrochar el maldito vestido iba a llevarle *toda la noche*. Moriría de deseo antes de conseguir desabrochar todos aquellos botoncitos. Moriría de hambre. Moriría de pura necesidad—. Debe de tener cien, por lo menos.

Juliana se rio en voz baja, una risa de frustración que hizo vibrar cada nervio de su cuerpo.

—Creía que te gustaban los botones, James —dijo suavemente, mirando hacia atrás, con una voz tan sensual que él temió volverse loco—. No sé por qué había llegado a la conclusión de que te gustaban. Le pedí a la modista que pusiera tantos botones porque tenía la impresión de que disfrutarías desabrochándolos.

Y en cierto modo, así era. Sin dejar de apretar los dientes, James agachó la cabeza y se dispuso a acometer la tarea. Despacio, le apartó el pelo de la nuca y le dio un suave beso en la delicada franja de piel que quedaba por encima del botón superior. Fue un beso acariciador, aspirando su aroma, ese olor increíblemente tentador a flores, a sol y a Juliana. Luego, muy despacio, empezó a desabrochar los botones, aquella fila interminable, besando cada precioso trozo de piel que quedaba al descubierto a lo largo de su espalda tierna y flexible. Y en cierto sentido, lo disfrutó. Pero, en otro sentido, la presión del deseo, cada vez más intenso, se le hacía casi insoportable.

No le llevó toda la noche, pero sí mucho tiempo, mucho más del que hubiera querido. Ir

despacio le resultó muchísimo más difícil de lo que esperaba. Juliana suspiraba y gemía, y cada sonido que emitía, cada uno de sus jadeos leves y preciosos, parecía atravesarle y alojarse dentro de su corazón. Parecía que había pasado una eternidad cuando acabó de desabrochar los botones. Se le hizo más largo que el mes más largo de su vida.

Después de tanto esperar, después de desabrochar poco a poco los botones, por fin le bajó el vestido, deslizándolo por la curva de las caderas, por los miembros sedosos, por su piel suave y bruñida por la luz vacilante del fuego de la Cámara Dorada. Por fin (¡por fin!), la llevó a la cama. Y se apartó un momento que le pareció eterno: el último instante antes de hacer suya a Juliana.

Fue un momento que recordaría toda su vida, una escena que quedó grabada para siempre en su memoria. El castillo de Cainewood estaba repleto de oscuros muebles de roble macizo que habían prestado un buen servicio a la familia de Juliana durante los casi seiscientos años que hacía que eran dueños del lugar, pero aquella habitación se había redecorado para una visita real en algún siglo anterior, y todos los muebles eran dorados, todas las paredes y la cama con dosel estaban forradas con gruesa tela dorada.

Todo parecía brillar. La piel de Juliana relucía, atrayéndole. Sus ojos entornados centelleaban, llenos de pasión, provocándole con su azul profundo. Incluso su pelo parecía brillar. Nada más entrar en la habitación, James le había quitado las horquillas y ahora su melena lisa y brillante parecía resplandecer sobre sus hombros y sobre la sábana, centelleando a la luz dorada.

Sintiendo que su cuerpo relucía también, James se despojó de la ropa que aún llevaba puesta y se tumbó a su lado sin prisa. Esta vez, no le preguntó. Sabía cuál sería su respuesta y no quería oír palabra alguna. Solo quería oír sus suaves gemidos cuando por fin se deslizara dentro de ella, cuando por fin llegara a casa y la hiciera suya.

Juliana había soñado con ese momento, pero nada de cuanto había imaginado igualaba la sensación de plenitud que la embargó cuando su cuerpo se unió al de James. Nunca había sentido nada tan bello, tan delicioso. Nada le había parecido nunca tan perfecto como aquella unión. Había merecido la pena esperar, se dijo con fiereza un instante antes de que pareciera estallar en un millón de pedazos rutilantes.

Pero aun así, cuando ese millón de pedazos empezaron a juntarse de nuevo poco a poco, cuando James volvió a besarla, uniendo su boca a la suya como una cálida promesa, no pudo evitar dar gracias por no tener que esperar nunca más.

ESTIMADO LECTOR:

En abril de 1815, el monte Tambora entró en erupción en la isla indonesia de Sumbawa, lanzando al aire más cenizas que ningún otro volcán en los diez mil años anteriores. Durante el año siguiente, el polvo llegó a la atmósfera superior y se extendió paulatinamente por todo el planeta, tapando la luz del sol hasta tal punto que en medio mundo se dieron condiciones meteorológicas extremas. La temporada de cultivo se vio aquejada por una serie de olas de frío arrasadoras que destruyeron las cosechas, lo que mermó enormemente el suministro de alimentos y causó una hambruna generalizada. Nevó en junio y 1816 pasó a conocerse como «el año sin verano».

La gente de aquella época, que no disponía de los conocimientos de los meteorólogos actuales, no sabía por qué hacía tanto frío. Se propusieron innumerables teorías absurdas; entre ellas, las expuestas por los invitados a los bailes de *Seduciendo a Juliana*. Aunque algunos culpaban, en efecto, a los pararrayos de Benjamin Franklin, si este hubiera estado vivo quizás hubiera deducido el verdadero motivo. Durante una ola de frío parecida, en 1784, causada por la gran erupción del monte Asama en Japón, Franklin escribió acerca de una «niebla constante sobre toda Europa y gran parte de Norteamérica», y especuló con la posibilidad de que el polvo que observaba en el cielo pudiera deberse a explosiones volcánicas o a la desintegración de meteoritos.

En la época de James, a la viruela se la llamaba a veces «el monstruo moteado». A lo largo de la historia, desde que se tienen registros documentales, mató al diez por ciento de la población. De pequeño, antes de variolarse (es decir, de infectarse a propósito con viruela como medida preventiva), a Edward Jenner le «prepararon» haciéndole pasar hambre, purgándole y sangrándole, y encerrándole por último en un establo con otros niños enfermos hasta que la enfermedad dejó de presentar síntomas. Fue una experiencia que no olvidó nunca y que más adelante le sirvió de acicate para experimentar y descubrir que la inmunización con viruela bovina prevenía la viruela.

En 1801, después de convertirse en pionero de la vacunación, Jenner publicó un panfleto que terminaba con estas palabras: «la erradicación de la viruela, el azote más espantoso de la especie humana, ha de ser el resultado final de esta práctica». Por desgracia, pasaron casi 180 años antes de que su profecía se hiciera realidad.

En *Seduciendo a Juliana*, James se muestra muy optimista al confiar en que la vacunación contra la viruela se hiciera pronto obligatoria. Inglaterra no aprobó dicha ley hasta 1853 y la Organización Mundial de la Salud (OMS) no lanzó su campaña para erradicar la viruela hasta 1967. En aquella época, se registraban quince millones de casos de viruela al año. El plan de la OMS consistía en vacunar a todo el mundo en todas partes. Equipos de vacunadores viajaron por todo el mundo, llegando hasta las comunidades más remotas.

El último caso documentado de viruela se dio solo ocho años después, en 1975. Tras un tenso periodo de vigilancia en busca de nuevos casos, en 1980 la OMS declaró formalmente que se había vencido a la viruela. El sueño de Jenner se había cumplido: la enfermedad más temida de todos los tiempos había sido erradicada.

El Hospital de Expósitos lo fundó en 1739 el capitán Thomas Coram, un armador sin hijos al que preocupaba la situación de los bebés no deseados en Londres. En su época, el setenta y cuatro por ciento de los niños pobres nacidos en Londres moría antes de cumplir los cinco años y la tasa de mortalidad de los niños internados en asilos superaba el noventa por ciento. En cambio, la tasa de mortalidad del Hospital de Expósitos era inferior al treinta por ciento. Si parece una

cifra elevada, conviene recordar que la viruela, el sarampión, la tuberculosis (o tisis) y otras enfermedades eran endémicas durante dicho periodo. La mayoría de la gente no llegaba a la vejez.

En 1740, el artista William Hogarth, uno de los primeros gobernadores del hospital, donó el primer cuadro al establecimiento y animó a otros artistas a seguir su ejemplo. Así nació la primera galería de arte pública de Inglaterra. Cuando los ricos acudían a ver las obras de arte o asistían a los conciertos de otro gobernador, Georg Friedrich Haendel, se les animaba a hacer donaciones benéficas. Aunque no hay constancia escrita de que se donaran otras cosas, aparte de dinero, me gusta pensar que los gobernadores habrían acogido de buen grado una idea como la de Juliana.

En 1954, año en que echó el cierre, el hospital había atendido a más de 27 000 niños. Hoy en día se puede visitar el Museo de Expósitos de Londres (Foundling Museum), que se encuentra en el emplazamiento original del hospital y contiene numerosos objetos históricos, así como la colección de pintura, todo ello expuesto en interiores totalmente restaurados.

La mayoría de las casas de mis libros están inspiradas en lugares reales que se pueden visitar. Stafford House, la casa de James en St. James's Place, está basada en Spencer House, uno de los grandes hitos arquitectónicos de Londres. Construida en el siglo XVIII por John, primer conde de Spencer (antepasado de Diana, princesa de Gales), la casa fue reconocida de inmediato como un edificio de gran importancia. Si alguna vez visitas Londres, te recomiendo encarecidamente que vayas a visitarlo. Sus exquisitas habitaciones han sido restauradas y en ellas podrá ver muchas de las antigüedades que Amanda admira en este libro. Spencer House abre al público todos los domingos, salvo en enero y agosto.

La casa de los Chase en el número 44 de Berkeley Square se ha descrito como «la mejor casa adosada de Londres». La diseñó en 1742 William Kent para lady Isabella Finch. Por desgracia, no se puede visitar porque el edificio se utiliza actualmente como club privado, pero, si pasas por Berkeley Square, puedes verlo por fuera: busca la puerta azul.

Cainewood Castle, la casa de Griffin donde se celebra la boda de Juliana y James, está inspirada vagamente en el castillo de Arundel, en West Sussex, sede de los duques de Norfolk y su familia, los Fitzalan-Howard, desde 1243, salvo durante un breve paréntesis durante la Guerra Civil. Aunque la familia aún reside allí, algunas partes de su magnífico hogar están abiertas al público de domingo a viernes, entre abril y octubre.

Espero que hayas disfrutado de *Seduciendo a Juliana*. La próxima entrega, *El arte de la tentación*, es la historia de Corinna (¡y de Griffin!). Más abajo encontrarás un extracto.

Con afecto,

Lauren

El arte de la tentación

Libro 3 de la serie
La Familia Chase: La Regencia

¿Qué hace un irlandés daltónico cuando le chantajean para que se haga pasar por un artista de renombre, mintiendo a toda la alta sociedad londinense y arriesgándose a despertar sus iras? ¡Pues enamorarse de la encantadora e inalcanzable hija del marqués de la casa de al lado, claro está!

Museo Británico, Londres
Abril de 1817

—QUEREMOS VER la Piedra de Rosetta —dijeron a coro dos voces femeninas.

Por tercera vez en el último cuarto de hora.

—Solo unos minutos más —les prometió lady Corinna Chase a sus hermanas sin apartar la mirada del cuaderno de dibujo.

—«Unos minutos» pueden ser tres —señaló Alexandra, la mayor— o cinco. Pero no treinta, desde luego. Y dijiste «solo unos minutos más» hace media hora.

—Y hace una hora, también —añadió Juliana, la mediana.

El chirrido de las ruedas amenazaba con desconcentrar a Corinna. Alexandra empujaba un cochecito de un lado a otro con la esperanza de dormir a Harold, su bebé. Aunque era casi inaudito que una dama llevara a su bebé por la ciudad en un cochecito —la mayoría de las mujeres de la aristocracia dejaban a sus hijos al cuidado de nodrizas y niñeras—, Alexandra se había empeñado en comprar uno de aquellos artilugios tan novedosos, porque rara vez perdía de vista al pequeño Harry.

Cric. Cric. Cric.

—¿Cómo puedes mirar una estatua tanto tiempo?

—No estoy mirando, estoy dibujando. —Corinna trazó otra línea, siguiendo la curva de un musculoso muslo masculino—. Y, por si no te has dado cuenta, en los Mármoles de Elgin no solo hay estatuas. Esta estela en concreto forma parte de un friso del ilustre Partenón de Grecia. Y lo que es más importante: las figuras son anatómicamente correctas.

Por eso estaba allí, por supuesto. Por eso había estado dispuesta a levantarse a una hora intempestiva: para dibujar. Le apasionaba estudiar la anatomía humana, pero por desgracia las clases de anatomía de la Real Academia de las Artes les estaban totalmente vedadas a las mujeres.

Totalmente prohibidas.

Era indignante. El mayor deseo de Corinna era ingresar en la Real Academia, un honor que no había recaído en ninguna mujer desde 1768. Aunque no soñaba con lograrlo a sus veintidós años —para empezar, porque los académicos debían tener al menos veinticuatro años—, conseguir que la nominaran y la eligieran era un proceso largo y complejo, y esperaba dar el primer paso en cuestión de semanas, si lograba que la Real Academia aceptara uno de sus

cuadros para su Exposición de Verano.

Eso era algo que las mujeres sí lograban con regularidad, aunque casi nunca gracias a un retrato. Tradicionalmente, las señoras solo pintaban paisajes y naturalezas muertas. Pintar personas se consideraba algo atrevido e indecoroso. Corinna, aun así, quería pintar retratos. La atraía la figura humana y le fascinaba la posibilidad de plasmar personalidades en óleo sobre lienzo.

Pero ¿cómo iban las mujeres a pintar personas con precisión si no se les permitía asistir a clases de anatomía?

—No podemos quedarnos mucho más tiempo —dijo Juliana—. Tengo que asegurarme de que todo está listo para la boda de mi suegra. —Cornelia, la condesa viuda de Stafford, se casaba con lord Cavanaugh en casa de Juliana esa misma tarde—. Y quiero ver la Piedra de Rosetta —añadió por cuarta vez.

—Pues ve a verla.

—Y yo quiero ver las gemas y los minerales —añadió Alexandra—. Y las joyas...

—Id a verlo todo. Id a ver el museo entero. —Corinna pasó una hoja del cuaderno y volvió a centrarse en el hermoso desnudo de un dios griego que tenía delante—. Yo no voy a moverme de aquí.

—Tardaríamos una hora o más. —Cric, cric—. No podemos dejarte sola aquí, en la Galería Elgin.

—No estoy sola. Hay gente por todas partes. —Demasiada gente, empujándola constantemente e impidiéndole ver.

—La Piedra de Rosetta está en el edificio principal.

—Es perfectamente decoroso que dos señoras casadas crucen juntas el recinto del museo. —A diferencia de Corinna, que tenía fama de rebelde, sus hermanas siempre se preocupaban por el decoro y la corrección—. Sabía que debería haber venido con la tía Frances. Es mucho más paciente que vosotras dos.

—Y está de nueve meses. —Alexandra suspiró—. Volveremos dentro de una hora.

—Ojalá sean dos o tres —murmuró Corinna mientras se alejaban.

Al oír el chirrido del cochecito camino de la puerta, sonrió y se pasó la lengua por los labios. Por fin estaba a solas con el dios griego.

Santo cielo, era magnífico.

Si encontrara un hombre de verdad que tuviera ese físico...

No es que pensara casarse pronto, para disgusto de su hermano Griffin, que lo único que quería era verla casada y que su última hermana soltera se fuera de casa y le dejara en paz. Que fuera responsabilidad de otro.

Con ese fin, se había empeñado en presentarle a hombres solteros en todos los bailes de ese año y la había arrastrado a Almack's y a cualquier otro acontecimiento social marcado en el calendario. La temporada había empezado hacía solo unos semanas y Corinna tenía ya la sensación de haber conocido a más hombres que durante el resto de su vida.

Era, como mínimo, muy molesto.

Le gustaban los bailes y los hombres, por supuesto. Le había gustado, sobre todo, besar a los pocos que habían conseguido quedarse con ella a solas. Aunque los artistas tenían fama de ser apasionados, ella, lamentablemente, no había conocido la pasión hasta hacía poco. Su abuela, su padre, su madre y su hermano mayor habían fallecido sucesivamente, lo que le había impedido alternar en sociedad durante cuatro largos años.

Ahora que al fin había experimentado un asomo de pasión, había descubierto que los labios

de los hombres eran más suaves y cálidos de lo que esperaba y que su cercanía resultaba sumamente estimulante. Era un verdadero placer. Pero, de momento, para ella pintar era más importante que encontrar el amor.

A menos que encontrara a un dios griego...

Mordiéndose el labio inferior, usó el lápiz para sombrear los fascinantes músculos del pecho desnudo y firme del dios. Luego, al levantar la vista, vio a dos caballeros que se dirigían hacia ella. Como si un poder superior le hubiera leído el pensamiento y hubiera decidido cumplir su fantasía, el más alto de los dos le pareció un dios griego hecho carne.

Pasó otra hoja y se puso a dibujar al hombre real en vez de a la réplica de mármol. Rápidamente, antes de que desapareciera de su vista.

Su rostro anguloso y cincelado estaba enmarcado por rizos negros que le llegaban hasta la nuca. Su cabello tenía el largo justo como para que a una le dieran ganas de hundir los dedos en él y peinárselo. Sus ojos eran los más verdes que había visto nunca. Desgraciadamente, iba más vestido que los dioses de mármol, pero, después de dibujar a unos cuantos, creía poder imaginar su cuerpo bajo los pantalones, el chaleco y la levita bien confeccionados pero muy conservadores. Trazó con el lápiz unos hombros anchos, cuyas líneas se iban estrechando hasta las caderas...

Se detuvo cuando los dos hombres se le acercaron.

—Buenas tardes —le dijo el más bajo.

Al igual que el alto, era moreno, de ojos verdes y guapo. Vestía mucho más a la moda, pero, en conjunto, decidió Corinna, no tenía el calibre de un dios griego.

Aun así, tragó saliva. No estaba acostumbrada a que se le presentaran caballeros apuestos. Los buenos modales dictaban que pidieran permiso a la carabina de la joven, que era quien se encargaba de las presentaciones.

Quizás hubiera besado a algunos hombres, pero todos ellos habían seguido el protocolo de rigor para conocerla primero.

—Buenas tardes —respondió con cautela—. ¿Señor...?

—Delaney —contestó él con suavidad—. Sean Delaney, a su servicio. Y este — añadió indicando al más alto— es mi buen amigo el señor John Hamilton. La ha visto dibujar y desea conocer a una colega artista. Supongo que habrá oído hablar de él.

¿Si había oído hablar de él? Su cuaderno y su lápiz cayeron al suelo mientras se quedaba boquiabierta. Todo el mundo había oído hablar de John Hamilton, el famoso y esquivo pintor de paisajes.

Se volvió hacia él, atónita. Su dios griego era John Hamilton —¡John Hamilton!— y quería conocerla. A ella, Corinna Chase, posiblemente la pintura menos conocida de Londres.

—Señor Hamilton, no sabe cuánto admiro...

—Basta, por favor —la atajó él, inclinándose para recoger sus cosas. Se enderezó y, desviando un momento sus magníficos ojos de color esmeralda hacia el señor Delaney, se las devolvió—. Lo siento, pero no soy John Hamilton. —Su acento cantarín era delicioso. La profunda y melodiosa voz irlandesa no encajaba del todo con su físico de dios griego—. Soy Sean Delaney y me temo que mi cuñado, el verdadero John Hamilton, tiene un sentido del humor terrible.

—Vamos, Hamilton. —Su acompañante sacudió la cabeza—. No tienes por qué ocultarle tu identidad a esta encantadora joven.

—Es tu identidad y se la ocultas a todo el mundo. —El dios griego trazó una línea en el aire, abarcando al otro hombre de pies a cabeza—. Notará usted que es él quien viste como un artista

—le dijo a Corinna, y a continuación señaló su propia ropa, mucho más sencilla—. Yo soy un simple hombre de negocios.

—Por favor, disculpe al señor Hamilton. —El señor Delaney, o quizás el señor Hamilton, miró a Corinna enarcando una ceja—. Es demasiado modesto.

—¡Por Dios santo! —replicó el dios griego—. Eres un cabeza hueca, Hamilton.

Corinna había visto una vez un partido de tenis y ahora se sentía como esa pelotita, rebotando de un lado a otro entre los dos desconocidos. No sabía a quién creer, pero, como no esperaba volver a verlos, pensó que no tenía importancia.

Mientras discutían, recuperó la compostura lo suficiente como para acordarse de que el señor Hamilton era miembro del comité que elegía los cuadros para la Exposición de Verano. Eso sí que tenía importancia.

Apretó sus materiales de dibujo contra el pecho.

—Yo también pinto al óleo —les dijo, rezando para que uno de los dos fuera de verdad John Hamilton—. Vengo aquí a dibujar los mármoles para aprender anatomía y mejorar mi técnica retratística. Sueño con que elijan uno de mis lienzos para la Exposición de Verano de este año.

—Estoy seguro de que el señor Hamilton votará a favor —le aseguró el más bajo solemnemente.

—No lo haré. —El dios griego apretó los puños y añadió entre dientes, con su acento irlandés —: Quiero decir que no lo hará. O quizá sí, pero yo no soy Hamilton.

—Bah. —El otro agitó una mano suave y elegante—. Es...

—¡Corinna! —Apartó la vista y vio que sus hermanas se acercaban a toda prisa, con el cochecito chirriando—. Siento que hayamos tardado tanto —dijo Alexandra—. ¿Ya has terminado?

Corinna sonrió aliviada, convencida de que Juliana averiguaría cuál de los dos hombres era John Hamilton. Era la entrometida de la familia y tenía especial habilidad para descubrir secretos.

—Tengo el gusto de presentaros al señor Hamilton —dijo volviéndose hacia los hombres.

Pero ya se habían ido.

Alexandra levantó a su bebé del cochecito y frunció el ceño.

—¿El señor Hamilton?

—El paisajista, John Hamilton. Estaba aquí hace un momento. —Corinna recorrió con la mirada la abarrotada galería, en vano—. Parece un dios griego. O tal vez sea su amigo el que parece un dios griego, o su cuñado...

—Pero ¿qué estás diciendo? John Hamilton nunca se deja ver en público. — Mirándola con pena, Juliana le tocó el brazo—. Creo que deberíamos irnos. Tengo que llegar a casa con tiempo de sobra para la boda de mi suegra y, además, está claro que llevas demasiado tiempo dibujando.

¿Te ha gustado? ¡Cómpralo!

Para mi gran amiga y escritora
Glynnis Campbell,
porque odia las historias con bailes,
de ahí que no haya podido resistirme a dedicarle esta.

Gracias por tu amistad: no tengo palabras para expresar cuánto significa para mí.

MI MÁS SINCERO AGRADECIMIENTO:

A Katarina Grant, ayudante de conservación del Foundling Museum de Londres, por sus inestimables pesquisas sobre la historia de las donaciones al Hospital de Expósitos.

A Nancy y Charles Williams, por muchas (¡muchísimas!) firmas de libros fabulosas en los festivales de Highland (¡espero que disfrutéis de la jubilación!).

A todos los primos Chase honorarios de mi Grupo de Lectura de la Familia Chase, por su apoyo entusiasta.

Y, como siempre, a mis lectores, que siempre me envían cartas que me alegran el día y me impulsan a volver a mi MacBook a seguir escribiendo.

¡Gracias a todos!

SOBRE LAUREN ROYAL

LAUREN ROYAL es autora de numerosas novelas románticas históricas llenas de humor que han alcanzado las listas de los libros más vendidos del *New York Times* y *USA Today*. Sus novelas, «verdaderamente encantadoras», han ganado un sinfín de premios, incluido el «Top 10 Romance of the Year» de *Booklist*, y han sido aclamadas por la crítica. *Publishers Weekly* la ha calificado de «talento impresionante».

Todos los libros de Lauren son historias completas e independientes y, sin embargo, todos están vinculados entre sí, pues están protagonizados por su querida familia Chase, una saga «escandalosamente divertida, leal, compasiva y nada convencional».

Lauren escribe romance histórico erótico en solitario y romance histórico blanco con su hija, Devon Royal. Vive en el sur de California con su familia, su gato, que está constantemente mudando el pelo, y una estupenda colección de calcetines peludos. Cuando no está atareada escribiendo, le gusta cantar (desafinando) al ritmo del musical *Hamilton*, bailar (mal) y ver HGTV (o sea, perder el tiempo).

OTROS TÍTULOS DE LAUREN ROYAL

SERIE LA FAMILIA CHASE

When an Earl Meets a Girl
How to Undress a Marquess
If You Dared to Love a Laird
A Duke's Guide to Seducing His Bride
Never Doubt a Viscount
The Scandal of Lord Randal
A Gentleman's Plot to Tie the Knot
A Secret Christmas
A Chase Family Christmas

SERIE LA FAMILIA CHASE: LA REGENCIA

Tentación a medianoche
Seduciendo a Juliana
El arte de la tentación

SEDUCIENDO A JULIANA, de Lauren Royal

Publicado originalmente en rústica por Penguin Putnam Inc.

COPYRIGHT © Lauren Royal 2006, 2012, 2017, 2021

Ilustración de portada por The Midnight Muse

Todos los derechos reservados. Ningún fragmento de esta publicación puede utilizarse, reproducirse o transmitirse por ningún medio, ya sea en formato electrónico, impreso o de cualquier otro modo, sin previo permiso por escrito de Lauren Royal, con la salvedad de citas breves incorporadas en artículos críticos y reseñas.

NOTA DEL EDITOR: Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos incluidos en ella son producto de la imaginación de la autora o se utilizan únicamente con fines literarios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Más información sobre la autora y sus libros en www.LaurenRoyal.com.